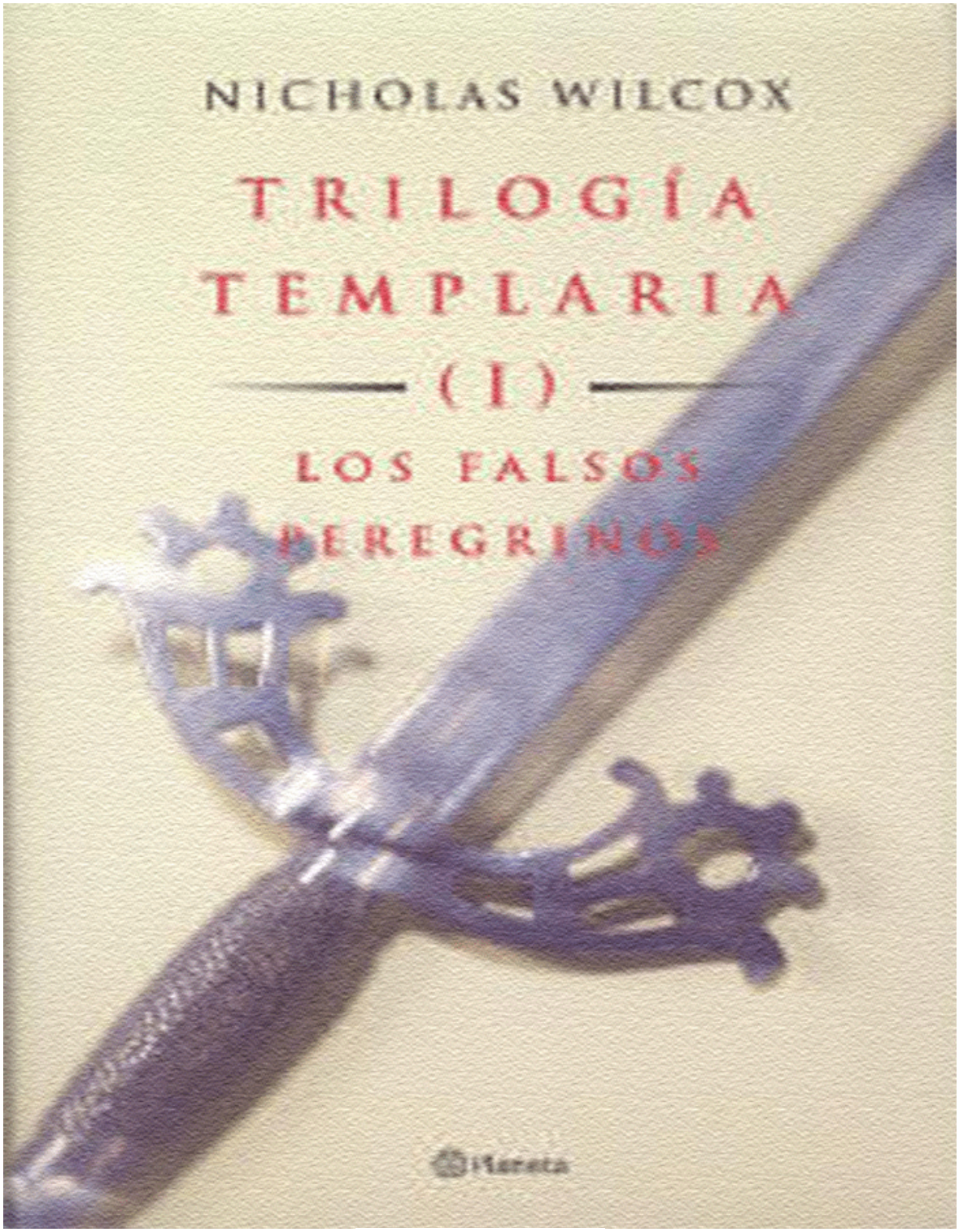
Trilogía templaría I, Los falsos peregrinos
Nicholas Wilcox



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Título original: *The templar trilogy (I). The false pilgrims*

PREFACIO

San Juan de Acre, Tierra Santa, viernes 18 de mayo de 1291

El estruendo de los tambores sarracenos al otro lado de la muralla impedía entenderse a los cruzados aunque se gritaran al oído. Las flechas llovían sobre las barbacanas, sobre las callejas y sobre los tejados.

A media mañana cambió la dirección del viento y el humo de los incendios veló el sol como si una tormenta se abatiera sobre la ciudad. Entonces la tierra tembló ligeramente y los tambores enmudecieron.

De pronto, los sarracenos abandonaron el combate, descendieron apresuradamente sus escalas de asalto y se retiraron en desorden, atropellándose unos a otros, a través del campo sembrado de cadáveres.

Los que repelían el ataque desde las almenas se miraron perplejos.

El rumor subterráneo fue creciendo en los alrededores de la puerta de San Antonio.

—¡Es la mina! —gritó uno de los venecianos que defendían el antemuro de la Torre Maldita.

El aviso llegó demasiado tarde. El rumor aumentó hasta convertirse en un estruendo ensordecedor, la tierra cedió bajo la Torre Maldita y los sillares se desencajaron y estallaron despidiendo una lluvia de esquirlas afiladas que sembró la muerte alrededor. La Torre Maldita se desprendió del muro y se desplomó con estrépito. Al amparo de la espesa nube de polvo, la muchedumbre de mamelucos trepó por los escombros e irrumpió ululante en la ciudad. Desde la barbacana interior, Guillermo de Beaujeau, maestre del Temple, acudió a atajar la invasión al frente de una docena de freires, pero, al levantar la espada para arengar a los suyos, una flecha emplumada le acertó en la axila, el único espacio del cuerpo desprotegido por la cota de malla. Nadie lo advirtió, porque el astil se rompió cuando el maestre bajó el brazo, pero el hierro había penetrado casi un palmo. Herido de muerte, Guillermo de Beaujeau tiró de las riendas y se retiró hacia la zaga. Sus desconcertados escuderos lo siguieron.

¡El gran maestre del Temple flaquea ante los sarracenos! Su mariscal, Beltrán de Bonlieu, se acercó a suplicarle que no abandonara el combate.

—Messire, por caridad, si los templarios desamparan la puerta de San Antonio, Acre está perdida —le dijo.

El gran maestre, mortalmente pálido bajo su yelmo de acero, respondió:

—*Seigneurs, je ne puis plus car je suys mort. Vees le coup.* (Señores, yo no puedo hacer más porque estoy muerto. Vean la herida.)

Entonces repararon en el astil rojo que le asomaba por la axila y en la sangre que le manaba debajo de la cota y le chorreaba desde el estribo. Beaujeau iba dejando un reguero oscuro sobre el empedrado al retirarse.

Los templarios descabalgaron cuidadosamente al maestre herido, lo tendieron sobre un pavés y lo trasladaron al convento del Temple, una sólida fortaleza cuyas murallas batían las olas en el extremo opuesto de la ciudad. Cuando atravesaron el barrio genovés y el

pisano, la gente se asomaba para contemplar la comitiva, y muchas mujeres mojaban pañuelos en la sangre que goteaba del pavés, para hacer reliquias. La noticia corrió de boca en boca y regresó a la muralla, descorazonando a sus defensores: «El maestre del Temple, herido de muerte, desampara la ciudad.»

Acre estaba perdida. El último bastión cristiano en Tierra Santa, asediado durante mes y medio por un ejército de cien mil sarracenos y defendido sólo por ochocientos caballeros y tres mil sargentos de armas, no podría resistir. Dos gigantescas catapultas, construidas expresamente para expugnar la ciudad, arrojaban, día y noche, piedras de doscientos kilos contra las murallas, pero fueron los zapadores del sultán quienes, excavando minas y entibando los cimientos de torres y muros con soportes de madera que luego quemaban, consiguieron abrir la gran brecha. Fue entonces cuando las defensas se desplomaron, arrastraron en su caída a los defensores y dejaron el camino libre a los sarracenos.

Muchos años después, en las bajamares tristes de Túnez, cuando paseaba melancólico por la playa, o en los rojos crepúsculos del desierto africano, Roger de Beaufort rememoraría el día en que, con otros cuatro freires de la orden, se abrió camino entre la enloquecida muchedumbre de fugitivos que atestaba las callejas del barrio genovés y los patios del consulado pisano.

La caída de Acre había sido el episodio más penoso de su vida. Beaufort nunca olvidaría el siniestro aullido de las vasijas de nafta incendiaria que noventa y dos catapultas sarracenas lanzaban continuamente sobre la ciudad. Los fugitivos abandonaban primero los fardos donde llevaban sus bienes y después, ya presas del pánico, incluso a los hijos de corta edad; todo el mundo corría hacia el puerto con la esperanza de salvarse si encontraba acomodo en alguna embarcación, pero los pisanos y los genoveses habían cargado sus naves con las mercancías más valiosas y navegaban rumbo a Chipre. Casi toda la población quedó a merced de los invasores. Los sarracenos apartaban a las mujeres y a los niños, para venderlos como esclavos, y degollaban a los demás.

En el convento de los templarios, un enorme edificio con almacenes, cuadras, refectorios, patios, cocinas, dormitorios, armerías y toda clase de dependencias administrativas, reinaba una extraña paz. Tras los muros de tres metros y medio de espesor no se oían los estertores de la ciudad moribunda.

En la capilla de San Juan Bautista de la iglesia del Temple, Roger de Beaufort sostenía la cabeza del gran maestre, que yacía en un catre de campaña, rodeado de sus hombres, mientras el cirujano intentaba extraer la flecha. El médico agarraba firmemente el extremo del astil y tiraba de él al tiempo que lo giraba, como aconseja el maestro Abulcasis en su tratado de cirugía. De los resecos y agrietados labios del herido, tenso como un arco por el tremendo dolor, no se escapaba una queja. El cirujano continuó un poco más, sin resultados. Finalmente desistió.

—No se puede —declaró con desmayo—. Hay que esperar unos días para que la carne se pudra alrededor de la flecha. Entonces será más fácil extraerla.

Nadie respondió. Habían encanecido combatiendo en Tierra Santa y sabían de sobra que la herida era mortal.

—Que venga Fleury —murmuró el maestre.

—Fleury está combatiendo en la muralla, messire.

El maestre guardó silencio unos instantes. La palidez de la muerte le teñía el semblante de color ceniza.

—Entonces, Amaine.

—Murió está mañana, messire.

El maestre cerró los ojos y se abismó en sus pensamientos. Respiraba fatigosamente. El paño que le cubría la herida alrededor del astil de la flecha estaba empapado y la sangre oscura no dejaba de manar.

—En ese caso me confesaré con un hermano, según la regla —murmuró. Y reparando en el que le sostenía la cabeza le preguntó—: ¿Quién eres y de dónde procedes?

—Soy Roger de Beaufort, messire. Nací en Saint-Bonnet-le-Bourg, en las montañas de Francia.

El maestre cerró los ojos. Roger de Beaufort, de veinticuatro años, llevaba seis en la orden y hacía dos que era caballero. Había desempeñado una encomienda menor en Jebal y se había distinguido en la defensa del castillo de Atlit durante la campaña de la Gacela Empeñada.

La mano del maestre, manchada de sangre seca, se aferró al brazo de Roger de Beaufort. A pesar de su estado, la presa era firme como el acero. Guillermo de Beaujeau clavó en los ojos del freiré una mirada febril.

—Roger de Beaufort: en adelante serás Cristóbal.

Los que presenciaban la escena intercambiaron miradas alarmadas. El maestre empezaba a delirar. El físico de las llagas asintió gravemente con un ademán de la cabeza.

—Dejémoslo a solas con el confesor que ha elegido.

Cuando no se disponía de capellán, el templario en peligro de muerte podía confesarse con cualquier freiré. Se quedaron solos Beaufort y el moribundo en la silenciosa capilla y éste dijo:

—El hermano Amaine, que me ayudaba a transportar el pesado fardo del secreto del Temple, ha muerto y yo también voy a morir. —Beaufort iba a protestar, pero el maestre se lo impidió con un gesto—. Antes de abandonar mi alma en las manos de Dios —prosiguió— depositaré en las tuyas la terrible palabra. Guárdala para la orden y transmítesela solamente a otro hermano digno y temeroso de Dios.

Roger de Beaufort miró al maestre con ojos espantados.

—Messire, sólo soy un guerrero —objetó—. Apenas sé leer...

—A partir de ahora portarás la Palabra y ella te inspirará la sabiduría —prosiguió el agonizante—. Busca el camino que te conducirá hasta el Arca. Es la única salvación de Tierra Santa.

El maestre se moría, pero reunió la fuerza necesaria para rodear con la mano el cuello de su confesor y cercarlo. Los labios febriles murmuraron en el oído de Beaufort una palabra extraña que éste no comprendió. Después, el maestre del Temple, Guillermo de Beaujeau, reclinó la cabeza con desmayo, aflojó la presión de las manos y se sumió plácidamente en el sueño de la muerte.

1

Poitiers, Francia. 24 de agosto de 1307

Los patriarcas bíblicos y los santos de la bella portada de Notre-Dame-la-Grande contemplaban con ojos de piedra policromada a la muchedumbre de campesinos y ciudadanos que madrugaba para acudir al mercado de la plaza mayor. Entre los puestos de aves, de hortalizas, de casquería, de quesos, de cerámica y de objetos de mimbre o de hierro, el guirigay era tan ensordecedor que los que desayunaban en torno a las humeantes sartenes de buñuelos y de las calderas de sopa no podían conversar si no gritaban más alto que los que pregonaban la mercancía: «¡Mira qué puchero, María, mira qué plato, José!», voceaba el cacharrero; «¡El dornajo que endulza las gachas!», gritaba el carpintero; «¡Zanahorias para las viudas!», ofrecía el verdulero.

Un grupo de once jinetes armados con robustas lanzas de fresno apareció por la Puerta de París y se abrió paso pacientemente entre la densa multitud. La comitiva cruzó la plaza, subió por la calle principal, dejó atrás las obras de la catedral de San Pablo y desembocó en el altozano empedrado del palacio papal. Entre tantos grupos armados como deambulaban aquellos días por la ciudad, la comitiva del maestre del Temple pasó desapercibida. La reducida escolta vestía mantos pardos, en lugar de las capas blancas con cruces rojas sobre el hombro derecho distintivas de la orden. Ninguna lanza lucía *beausant*, el preceptivo guión blanco y negro del maestre. Jacques de Molay prefería acudir discretamente, casi de incógnito, a la reunión convocada por el pontífice. Corrían malos tiempos para el Temple y no convenía exhibir riqueza.

La Santa Sede se había instalado provisionalmente en un destartalado palacio del barrio alto de Poitiers. Aquella mañana, a lo largo de la fachada azul de la residencia papal aguardaban veinte caballos de guerra. Roger de Beaufort notó que lucían el hierro del rey de Francia. Otros tantos jinetes conversaban en corrillos cerca de las monturas o jugaban a los dados acuclillados sobre las losas.

—No viaja descalzo el secretario del rey —comentó un templario joven ante aquel despliegue. Uno de los mayores le dirigió una mirada severa y bajó la vista, avergonzado.
El maestre Jacques de Molay no prestaba atención a la charla de sus hombres, pero pareció salir de su ensimismamiento cuando, al llegar ante la puerta del palacio, guardada por dos soldados ataviados con la librea amarilla del pontífice, detuvo su caballo y levantó la mano izquierda. A esta señal, sus hombres descabalgaron.

—Soy Jacques de Molay, maestre del Temple —le anunció al mayordomo papal, que salía a recibirlos.

—Lo estábamos esperando, monseñor —respondió el hombre—. El mariscal del Hospital y el enviado real ya están dentro.

Jacques de Molay entró en el palacio con dos de los suyos. El resto de la escolta se retiró al extremo opuesto de la plaza, apartados de los hombres del rey.

Olía a humedad y por las ventanas abiertas al jardín se filtraba un tenue aroma a flores podridas. Una imagen del Crucificado, de la escuela borgoñona, los enormes pies clavados por separado, el rostro impávido y los grandes ojos mirando al frente, presidía la sala capitular del palacio pontificio. Sobre la chimenea de granito todavía campeaba el escudo de armas del anterior dueño del palacio.

Más de una docena de hombres aguardaban al pontífice. Reunidos en corrillos, que hablaban en voz baja y de vez en cuando intercambiaban miradas recelosas. El emisario real, Guillermo de Nogaret, observó a Pedro Vergino y volviéndose hacia sus interlocutores inquirió: «¿Quién es ese que acompaña a De Molay?» Vergino se sintió observado por los escribanos reales, tres hombres vestidos de negro, uno enteco y gordos los otros dos. Dos cuervos cebados y una corneja. Se sonrió de su propia ocurrencia. Los funcionarios pontificios se parecían a los pajarracos que en Tierra Santa aguardaban la conclusión de la batalla para picotear los ojos de los cadáveres, pero éstos quizá estaban dispuestos a cebarse en la carne viva.

La carne viva del Temple; tal como estaban las cosas, pensó.

Cuando su santidad penetró en la sala, seguido del protonotario pontificio y de dos solícitos cagatintas, los visitantes se arrodillaron para recibir la bendición papal. El pontífice dispensó una ancha sonrisa pastoral a uno y otro lado mientras se encaminaba hacia el trono, un sólido sillón con el respaldo acolchado de raso sobre una tarima de dos peldaños. Los convocados aguardaron a que el papa tomara asiento y luego se acomodaron a lo largo del muro en los amplios sillones capitulares, ornados con relieves de santos.

Clemente V era de mediana edad, gordo, colorado y con los ojos glaucos desprovistos de brillo. «Quítale la sobrevesta púrpura y sólo le quedará un culo avaro y temblón», pensó De Molay mientras se inclinaba a besarle el anillo. Le debía el pontificado al rey de Francia. No se había instalado en Roma porque no se atrevía a afrontar la enemistad de los romanos partidarios de los papas locales.

Después de interesarse por la salud y por el viaje de algunos conocidos, el pontífice guardó silencio y se contempló durante unos instantes las punteras de las babuchas rojas adornadas con hebillas de plata. Cuando salió de su ensimismamiento, miró al atento auditorio e hizo un gesto con la mano enguantada al protonotario. El monseñor se aclaró la garganta y dijo:

—Hace doscientos años, Nuestro predecesor, Urbano II, persuadió a los príncipes cristianos para que unieran sus armas bajo el símbolo de la cruz y rescataran el Santo Sepulcro de Cristo y los Santos Lugares del poder de los sarracenos. Fue un momento glorioso para la cristiandad: normandos, loreneses, flamencos y languedocianos, linajes que hasta entonces se habían hecho la guerra, bordaron la cruz de Cristo en sus mantos, tomaron las armas y formaron un solo ejército. Los guerreros de la cristiandad, juntos codo con codo, conquistaron Antioquía y Jerusalén. El milagroso hallazgo de la Santa Lanza confirmó que Dios bendice a los caballeros que luchan al servicio de la Iglesia y combaten por la fe de Cristo.

Hizo una pausa y miró al papa, que había seguido el parlamento con los ojos entrecerrados y la expresión ausente. El pontífice abrió los ojos y dirigió una mirada aprobadora a su protonotario. El muelle gesto de la mano se repitió invitándolo a seguir.

—Desgraciadamente, la fe y el entusiasmo decrecieron —continuó el funcionario con expresión lúgubre—, al poco tiempo volvieron las enemistades y la empresa se desvirtuó hasta el punto de que Dios, para castigar a los réprobos, permitió que Saladino, la encarnación del demonio, se hiciera poderoso y conquistara Jerusalén. Las cruzadas que sucesivamente se decretaron para rescatar los Santos Lugares fracasaron a causa de las ambiciones particulares: los señores normandos reñían con los emperadores bizantinos;

Venecia, Genova y las otras repúblicas mercantiles sobornaban a los barones y usaban sus fuerzas en provecho propio. Incluso ocurrieron episodios tan vergonzosos que Nos preferimos callar.

Todos sabían a qué episodios vergonzosos aludía. Los armadores marselleses, mercaderes respetables que cumplían con los preceptos de la Iglesia y entregaban generosas limosnas a los monasterios, ofrecieron desinteresadamente sus naves para transportar a Tierra Santa una muchedumbre de mozalbetes inflamados por un predicador itinerante. Pero lo que hicieron fue llevarlos directamente al mercado de esclavos de Alejandría. Eso ocurrió cien años atrás, pero el engaño se recordaba todavía y desde entonces muchos pusilánimes se negaban a viajar por mar.

El protonotario papal hizo una pausa para que cada cual reflexionara sobre lo que acababa de oír. Era un hombre ducho en su oficio.

—Lo cierto —prosiguió— es que la cristiandad ha perdido Tierra Santa. Los sarracenos nos han ido arrebatando plaza tras plaza y castillo tras castillo hasta que, finalmente, ¿es necesario que lo recordemos?, hace dieciséis años cayó San Juan de Acre, la última ciudad cristiana en ultramar.

El maestre del Temple cruzó una mirada con Roger de Beaufort. Los dos habían combatido en Acre y la invocación de aquel nombre les traía desagradables recuerdos. Allí habían comenzado los problemas del Temple.

—Dieciséis años en los que la cristiandad se ha mantenido cruzada de brazos —siguió diciendo el protonotario—. Ahora creemos que ha llegado la hora de unirnos nuevamente para conquistar el Sepulcro de Cristo. Por todas partes se alzan voces en la grey cristiana y Nos, como pastor designado por Cristo, tenemos el sagrado deber de escuchar a nuestro rebaño y de encauzarlo por los caminos que aseguren la salvación de sus almas.

Vergino, aburrido, miró a Guillermo de Nogaret, la negra corneja entre los cuervos cebados. El enviado del rey tampoco disimulaba su aburrimiento. Curvando el esbelto y pálido cuello fuera de las solapas de marta cibelina, como un buitre, el secretario del rey contemplaba los artesones del alto techo, iluminados con colores vivos y escenas de caza. No se distraía. Simplemente aguardaba pacientemente a que los otros dejaran de parlotear y le permitieran exponer su embajada. En cuanto el protonotario apostólico hubo expuesto las razones papales, Nogaret se puso de pie y tomó la palabra:

—Creo hablar en nombre de todos los presentes si le aseguro a su santidad que los príncipes cristianos desean fervientemente marchar unidos de nuevo a la conquista del Sepulcro de Cristo. También creo interpretar el sentimiento de todos si propongo que esta vez no incurramos en los errores del pasado.

—¿De qué errores habla, messire? —quiso saber el maestre De Molay.

Nogaret le dirigió al templario una mirada en la que se mezclaba el desprecio y la inquina.

El cardenal que acompañaba al papa emitió un discreto bostezo y se contempló las manos: diez dedos como salchichas enfundados en guantes de seda roja sobre los que refulgían varios anillos adornados con rubíes, espinelas y perlas. Después prestó atención a Nogaret, que seguía:

—... es cierto que Tierra Santa no se hubiera perdido si los cristianos no nos hubiésemos enzarzado en luchas intestinas, pero no todos los príncipes cristianos son igualmente responsables. Las principales culpables fueron las órdenes militares, con sus celos y sus sordas rencillas. No estoy revelando ningún secreto, puesto que todo el mundo sabe que los templarios y los hospitalarios son dos gemelos que se devoran en el seno de su madre. —Jacques de Molay hizo ademán de protestar, pero el papa lo contuvo con un gesto conciliador.

—¿Hemos de entender que el rey Felipe propone la fusión de las órdenes militares? —

preguntó el papa.

—Sí, santidad, eso es exactamente.

El pontífice se removió inquieto en el sillón, no porque lo que estaba oyendo le desagradara especialmente, sino más bien porque había desayunado carne de ciervo, generosamente espolvoreada con pimienta, y tenía las almorranas enrabiscadas. Se volvió hacia Hugo de Herault, mariscal de los hospitalarios.

—¿Cuál es el parecer del Hospital?

—Por nuestra parte no hay inconveniente —informó Herault—. Sólo debo matizar las palabras del enviado real en un punto: los hospitalarios no hemos abandonado Tierra Santa.

De hecho, seguimos guerreando contra los sarracenos y si nuestro maestre ha excusado su asistencia a esta reunión ha sido porque se encuentra combatiendo en Rodas, mientras que los templarios ni siquiera han sabido evitar que los piratas sarracenos saqueen Limasol.

—¿Qué es Limasol? —preguntó el papa, genuinamente interesado.

El protonotario apostólico cambió una mirada resignada con Nogaret, como diciendo: «Su Santidad es un asno, lo sé, pero es precisamente el asno que necesitábamos para aniquilar a los templarios. Sólo tenemos que andar vigilantes para evitar que meta la pata.» Sin embargo evitó exponer en público estas opiniones y se limitó a decir:

—Limasol es una de las aldeas que les concedió el rey de Chipre, santidad.

—¿En ultramar? —preguntó el papa.

—Sí, Santidad, en el mismo Chipre.

El papa asintió gravemente, como si aquella información fuera decisiva, y levantó dos dedos hacia Herault invitándolo a proseguir.

—Por este motivo —dijo Herault— es de justicia que el maestrazgo de las órdenes unidas recaiga sobre el maestre del Hospital. Foulques de Villaret lo merece sobradamente porque es el único caudillo cristiano que hace la guerra a los sarracenos, y del mismo modo en que ahora está conquistando la isla de Rodas, sin más fuerzas que las del Hospital, cuando disponga de mayores recursos reconquistará los Santos Lugares.

—¿Qué opina el maestre De Molay? —preguntó el papa.

El maestre de los templarios no había disimulado su indignación durante el parlamento del mariscal del Hospital, pero cuando el papa le concedió la palabra recuperó el tono mesurado y dijo:

—Es cierto que el maestre Villaret está realizando una hazaña meritoria en la conquista de Rodas, pero desembarcar en Tierra Santa y conquistar Jerusalén son empresas que quizá excedan sus capacidades como estratega. El Hospital combate y mantiene hospitales y enfermerías, una labor evangélica de gran mérito; el Temple solamente combatía y probablemente a eso se deba que sufriera mayor desgaste en los últimos y catastróficos años en Tierra Santa. La Orden se desangró allí y ahora se está rehaciendo. Pronto nos recuperaremos.

«Y quiera Dios que ese muy pronto no sea demasiado tarde», pensó Juan Vergino.

Un clérigo leptosómico, que hasta entonces había permanecido en silencio, levantó un índice huesudo y acusó:

—Esa apatía se debe más bien a que los templarios os habéis convertido en banqueros y comerciantes.

El maestre miró al que había hablado y reconoció a Luis de Marignane, uno de los teólogos del entorno papal. Estaba secretamente a sueldo de los banqueros lombardos, para los cuales espiaba en la corte pontificia, y una de sus obligaciones consistía en defender los intereses de sus protectores.

—Los templarios estáis demasiado apegados a vuestras empresas —continuó el clérigo—. Os habéis entregado a vuestras factorías, a los fletes, a los préstamos y a las

ganancias. Y habéis olvidado vuestras obligaciones como soldados de Cristo.

2

Los dos clérigos gordos que flanqueaban al de Marignane asintieron vigorosamente con movimientos de sus blandas papadas. De Molay suspiró. El Temple estaba apresado entre los intereses coincidentes de la Corona, de los banqueros lombardos y de los hospitalarios. Por otra parte, las acusaciones de Luis de Marignane eran tan viejas que su mera antigüedad parecía conferirles credibilidad. Era cierto que la Orden del Temple, fundada doscientos años atrás, era rica, pero desde luego no tanto como se suponía. Era cierto que sus encomiendas, excelentemente gestionadas, producían excedentes agrícolas e industriales cuya venta le reportaba al tesoro de la orden muchos miles de piezas de oro. También era cierto que los templarios habían fundado una banca tan poderosa que competía con los banqueros lombardos, genoveses y pisanos, los dueños del dinero en la cristiandad. Con la diferencia de que la red de sucursales de los templarios era mucho más extensa que la de todos los banqueros italianos juntos. El ciudadano que temía viajar con mucho dinero, debido a la inseguridad de los caminos o a los azares del mar, depositaba su peculio en la encomienda templaria más cercana y recibía una letra de cambio canjeable por su valor en la moneda de su lugar de destino, en cualquiera de las ocho mil encomiendas templarias repartidas por las nueve provincias de Europa.

El Temple era rico, nadie podía negarlo, y prestaba el dinero de sus depósitos con crecido interés. En eso no era muy distinto a los banqueros laicos. Pero, a diferencia de éstos, la orden invertía la mayor parte de sus ganancias en sostener Tierra Santa. Los templarios de ultramar, unos pocos cientos de caballeros y sargentos, luchaban contra ejércitos sarracenos de veinte o treinta mil hombres. Para mantener los castillos y cuarteles, la orden se había visto obligada a reclutar un ejército de mercenarios turcopoles. La mayor parte de las ganancias de la orden se invertía en pagar a estas tropas y en construir y pertrechar los castillos.

—Humildad —dijo el cardenal de los dedos enjoyados, hablando por vez primera. Sobre su túnica roja destellaba una cruz de oro guarnecida de rubíes y perlas.

—¿Perdón? —dijo De Molay volviéndose hacia él.

—Humildad —repitió el prelado con una voz bien timbrada, educada en la disciplina del coro—. El Temple necesita humildad. Vuestra orden ha ido creciendo en patrimonio y en arrogancia. La arrogancia os ha cegado y os aparta de vuestros votos. El papa, representante de Cristo en la tierra, viaja en un incómodo carromato con un séquito de diez personas. Vos, maestre del Temple, llegasteis hace un mes a vuestro puerto de La Rochela con dieciocho galeras. La soberbia del Temple escandaliza al pueblo.

Jacques de Molay lamentó no poder retorcerle el cuello a aquel granuja. Juan Vergino debió de leerle el pensamiento, puesto que le colocó una mano apaciguadora sobre el brazo. Iba el maestre a protestar cuando nuevamente el papa le impuso silencio con un gesto conciliador al tiempo que decía:

—Oigamos al enviado de París y conozcamos la opinión del rey de Francia.

Era el momento que Guillermo de Nogaret había estado esperando. Se inclinó ante el pontífice, y, tras recorrer con la mirada los rostros de los reunidos, comenzó:

—El rey, mi señor, opina que si los reyes de la cristiandad tienen que marcharse, como antaño, a la conquista del Santo Sepulcro no debemos incurrir en los errores del pasado. En

el pasado, la conquista de Tierra Santa fue efímera debido a la desunión y a las rivalidades de los propios cristianos comprometidos en defenderla. —Hizo una pausa y observó los rostros del auditorio, encontrando gestos de aprobación, salvo en los templarios—. El rey de Francia cree que la Iglesia debe mostrarnos el camino con su ejemplo y que hospitalarios y templarios deben unir sus esfuerzos formando una única y poderosa orden. También opina que el maestre idóneo para presidir esa nueva orden fortalecida es Foulques de Villaret, después de compensar a Jacques de Molay, naturalmente.

—¡Ninguna compensación logrará que yo permita el expolio del Temple! —exclamó De Molay golpeando el tablero de la mesa con la palma de la mano.

—El Temple debe obediencia al papa —advirtió Nogaret.

—¡No tenéis que recordármelo! —replicó De Molay.

—El rey, mi señor —prosiguió Nogaret en tono solemne—, hace saber a Su Santidad que si la cristiandad ha de embarcarse en una nueva y decisiva cruzada, Francia sólo participará con la condición de que previamente los templarios y los hospitalarios se fusionen en una sola orden.

—Una añagaza que tu señor prepara desde hace tiempo —observó De Molay— y que sólo oculta la ambición de arrebatar a la orden sus propiedades.

Iba a replicar el legista, pero el papa salió al paso.

—Nos recordamos al maestre que las órdenes deben obediencia a la Santa Sede. Nos mismo decidiremos sobre este asunto después de oídas las justas reclamaciones de todos. Pero antes deseamos escuchar la opinión de la Sorbona.

La Sorbona, la Universidad de París, era también la institución consultora del reino para temas legales. Su representante, André de Saint Bertevin, un anciano enjuto y calvo, carraspeó y tomó la palabra:

—Beatísimo padre, mi humilde opinión es que los justos intereses particulares deben supeditarse al supremo bien de la cristiandad y no creo que la Sorbona discrepe. Debo decir, en honor a la verdad, que la unión de las órdenes militares es un anhelo antiguo de la cristiandad y que, desde la pérdida de Tierra Santa, los más venerables varones han clamado para que se nombre un Rex Bellator que pueda recuperarla.

—¿Un Rex Bellator? —se extrañó su santidad, cuyos latines eran escasos.

—El rey guerrero —aclaró Saint Bertevin—, el caudillo único que reconquiste la tumba de Cristo.

—Ya conozco esa idea —replicó De Molay, indignado—. Es propia de hombres que ignoran lo que es la milicia, justos varones que se pasan la vida en la paz de sus conventos, entre libros, como ese Raimundo Lulio o ese Pierre de Bois.

—Pierre de Bois, en su *De recuperatione Terrae Sanctae*, demuestra un claro juicio de la situación, maestre —replicó aceradamente Saint Bertevin.

—Quizá convenga un mando unificado cuando estemos en Tierra Santa, pero eso no significa que el Rex Bellator tenga que ser forzosamente el rey de Francia —insistió De Molay—. Puede que Felipe sea el mejor cazador de la cristiandad, eso no se lo discuto, pero carece de experiencia en el combate contra sarracenos y es dudoso que consiga alistar un gran ejército y transportarlo a ultramar.

Iba a replicar el legista del rey, pero nuevamente intervino el papa:

—¡Paz, hijos míos, no discutáis sobre asuntos que ya están decididos! —Guardaron los otros silencio y él continuó—: Nos mismo hemos reflexionado largamente sobre este asunto y participamos en la conveniencia de un mando único. No podemos regresar a Tierra Santa para repetir los viejos errores. Esta vez debe haber un solo hombre, un, ¿cómo se dice? —preguntó volviéndose hacia Saint Bertevin.

—Un Rex Bellator, santidad.

—Eso, un Rex Bellator que decida los asuntos de las armas, como existe un pontífice

que decide sobre la doctrina. Pero, una vez más, la Iglesia debe dar ejemplo. ¿Cómo podemos pretender que los reyes de la cristiandad le cedan el mando a uno de ellos y formen un único ejército si las órdenes religiosas, sometidas a nuestro magisterio, siguen enemistadas y conservan sus respectivos maestres? Todo interés particular debe someterse al interés de Cristo, que consiste en la conquista de Jerusalén y la recuperación de su Santo Sepulcro.

Las conversaciones se prolongaron hasta la hora del almuerzo, en que el papa levantó la sesión aplazándola hasta el día siguiente. Los delegados templarios regresaron a la encomienda de Noilles, distante una legua de Poitiers, sobre cuya torre ondeaba el *beausant,* la enseña blanca y negra de la orden, como correspondía a la residencia temporal del maestre. Aquella tarde, De Molay convocó una reunión a la que asistieron Juan Vergino y los comendadores de Jerusalén, Trípoli y Antioquía, tres cargos meramente nominales cuyos titulares se ocupaban de funciones mucho más complejas en el seno de la orden, además del senescal André de Braquemont y el mariscal Juan de Fayed. La conferencia se prolongó hasta bien entrada la noche.

3

A la mañana siguiente, el maestre del Temple y su acompañante regresaron a la sala capitular del palacio papal y ocuparon sus asientos. Tras ellos fueron llegando los delegados del rey y los representantes de la orden hospitalaria. Intercambiaron saludos formularios y permanecieron en tenso silencio frente al trono papal vacío.

Después de hacerse esperar más de media hora, Clemente V compareció seguido de sus cardenales y secretarios. Las bolsas azules bajo sus ojos delataban su vigilia. «He orado para que nuestro Señor Jesucristo nos ilumine», informó brevemente, y tras bendecir a la asamblea con los conferenciantes arrodillados, declaró abierta la sesión.

Retomaron la discusión de la víspera. El maestre del Temple defendió una vez más la independencia de su orden contra la opinión del resto de las instituciones representadas. Finalmente el pontífice tomó la palabra para desestimar las objeciones del Temple.

Jacques de Molay y Juan Vergino intercambiaron una mirada.

—Quizá sea hora de que el Temple comunique a esta asamblea cierto secreto —dijo el maestre con voz apenas audible.

—¿Un secreto? —exclamó Guillermo de Nogaret, el legista real—. Espero que no se trate de otra maniobra dilatoria.

La mano papal trazó un gesto paternal hacia el maestre del Temple invitándolo a intervenir.

—Cederé la palabra, en nombre de la orden, al hermano Juan Vergino para que Juan exponga el asunto y responda a las preguntas.

Era la primera vez que Vergino hablaba a la asamblea. Se puso de pie y se inclinó hacia el papa. Era de elevada estatura y debió de ser fuerte en su juventud, aunque ya la edad le curvaba la espalda. Tenía el pelo blanco cortado casi al rape y la expresión de su rostro era noble y ausente, como la de quienes renuncian al mundo y viven entre libros, más con los muertos que con los vivos.

El papa le dio la venia.

—Su santidad y los hombres excelentes aquí presentes recordarán que el pueblo de Israel, cuando huyó de Egipto dirigido por Moisés tuvo que conquistar la tierra de Canaán.

Guillermo de Nogaret hizo un gesto de fastidio.

—¿Es necesario remontarse a la historia sagrada para discutir lo que traemos entre manos?

—Sí, es necesario —respondió Vergino suavemente—. Y si el legista real me lo permite lo demostraré enseguida.

El papa impuso silencio al legista real e invitó al anciano a proseguir.

—El pueblo de Israel era poco numeroso y estaba debilitado a causa de cuarenta años de peregrinación por el desierto. No obstante conquistó Canaán, como entonces se llamaba la Tierra Santa, una provincia densamente poblada *y* habitada por reyes belicosos. Esta extraordinaria conquista se debió, como todos sabemos, al Arca de la Alianza.

La alusión al Arca de la Alianza provocó el asentimiento unánime de los teólogos, pero los demás se miraron confusos. A pesar de la condición clerical de casi todos ellos, no estaban muy versados en la Biblia.

El cardenal purpurado se inclinó y cuchicheó algo al oído del pontífice, que ordenó:

—¡Que traigan unas Escrituras!

André de Saint Bertevin salió a dar las órdenes pertinentes.

—¿Qué es exactamente lo que propone el Temple? —preguntó el cardenal.

—Dios inspiró el Arca de la Alianza —comenzó Juan Vergino—, no sólo como depósito de su poder y escabel de su gloria sino como arma de guerra.

—¿Un arma de guerra? —lo interrumpió Nogaret, impaciente.

—Sí, la más devastadora arma de guerra que pueda concebirse. Un murmullo general acogió las palabras del templario. Los teólogos se enzarzaron en una discusión y el mariscal de los hospitalarios, ajeno a lo que su acólito le susurraba al oído, dirigió a Nogaret un gesto de impotencia.

La discusión se prolongó unos minutos, hasta que un sacristán trajo al fin una Biblia, un abultado manuscrito de pergamino bellamente iluminado. El pontífice bendijo el libro e indicó al sacristán que lo entregara al maestre del Temple, pero Jacques de Molay se excusó de leer alegando tener los ojos enfermos y delegó la tarea en Juan Vergino.

Vergino recibió el libro santo con reverencia y lo instaló sobre un atril de bronce. Lo abrió y lo hojeó brevemente hasta encontrar el pasaje que buscaba. Manejaba el libro con la destreza del que ha empleado los últimos treinta años de su vida en el estudio y la reflexión. Carraspeó un poco para aclarar la voz y tradujo del latín con pausa y entonación:

—Esto fue lo que Dios ordenó a Moisés: «Haz un arca de madera de acacia de dos codos y medio de largo, uno y medio de ancho y medio de alta.»

Nogaret notó que el templario conocía el texto de memoria, aunque fingía leerlo en la Biblia, y comprendió que era un hombre modesto que evitaba alardear de sus conocimientos ante los ilustres asnos purpurados.

—«Forra el arca con planchas de oro puro por dentro y por fuera —iba leyendo Vergino— y ponle una cornisa superior y una arandela en cada esquina, todo de oro puro. Para el transporte del arca fabrica unas barras de madera de acacia, fórralas de oro puro y pásalas por los anillos. Construye también una tapa ajustada al arca y sobre ella las figuras de dos querubines, uno frente al otro, con las alas extendidas cubriendo el propiciatorio. Pon el propiciatorio sobre el arca. Yo vendré a encontrarme contigo, encima del propiciatorio, entre los dos querubines.» Esto es lo que Dios ordenó a Moisés —concluyó el templario, y al levantar la mirada del texto halló una fila de rostros expectantes.

—Es la silla de Dios —murmuró respetuosamente Saint Bertevin.

—Lo que sabemos por otros textos venerables —prosiguió Vergino— es que un artífice llamado Bésalel, un hombre lleno del espíritu de Dios, de sabiduría y de pericia, construyó el Arca siguiendo las divinas instrucciones y que Moisés guardó en ella las Tablas de la Ley escritas por Dios mismo en el monte Sinaí. El Arca quedó depositada en

el sanctasanctórum, y permaneció oculta a la vista de todos por un velo.

—El Arca de la Alianza ayudó a los judíos a conquistar la Tierra Prometida —reconoció Nogaret—, pero ¿quién nos asegura que nos auxiliará a nosotros?

El papa miró al teólogo André de Saint Bertevin que, obediente, tomó la palabra y dijo:

—Los judíos, al rechazar a Jesucristo como Mesías, perdieron la condición de Pueblo de Dios. Ahora esa condición la tenemos los cristianos, con todos los derechos y obligaciones que de ella dimanan. Entre los derechos figura el de conquistar y poseer la Tierra Prometida.

—Pero esta vez la conquista debe ser más extensa y definitiva —advirtió el papa.

—¿Cuáles son los límites de la Tierra Prometida? —quiso saber el mariscal del Hospital.

Vergino consultó nuevamente las Escrituras y leyó:

—«Desde el desierto y el Líbano hasta el río Grande, el Éufrates, y hasta el mar grande de Poniente, será vuestro territorio.» Está en el primer libro de Josué.

—Eso es mucho más de lo que jamás hemos conquistado los cristianos —observó el mariscal del Hospital sin ocultar su admiración.

—Mucho más —reconoció De Molay—, y quizá tierra suficiente para que los Santos Lugares permanezcan definitivamente en manos cristianas.

—¿En qué consiste exactamente el poder del Arca? —quiso saber Nogaret.

Vergino buscó un nuevo pasaje en el libro y dijo: —«Mira: yo pongo en tus manos a Jericó y a su rey. Vosotros, valientes guerreros, todos los hombres de guerra, rodearéis la ciudad dando una vuelta alrededor. Así haréis durante seis días. Siete sacerdotes llevarán las siete trompetas de cuerno de carnero delante del Arca. El séptimo día daréis la vuelta a la ciudad siete veces y los sacerdotes harán sonar las trompetas. Cuando el cuerno de carnero suene, todo el pueblo prorrumpirá en clamor y el muro de la ciudad se desplomará. Entonces el pueblo se lanzará al asalto, cada uno por la parte que tenga delante. Lanzad entonces el grito de guerra porque Dios os ha entregado la ciudad.»

—¿Y la ciudad cayó realmente? —se atrevió a preguntar Nogaret.

—¿Pones en duda el texto sagrado? —inquirió André de Saint Bertevin con una mirada reprobadora.

—No lo pongo en duda —protestó Nogaret, incómodo—, pero me gustaría saber cómo ocurrió.

Vergino pasó el dedo por la página que tenía delante y leyó:

—«Y el resultado del asalto fue que consagraron al anatema todo lo que había en la ciudad, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, bueyes, ovejas y asnos, todo lo pasaron al filo de la espada.» Sólo salvaron a la prostituta Rajab que había ocultado a los espías de Josué.

—Con el Arca en nuestro poder —intervino el maestre De Molay— reconquistaremos Tierra Santa y ampliaremos los confines de la cristiandad hasta lugares en los que nunca se ha escuchado el nombre de Cristo.

André de Saint Bertevin clavó los ojos en la alta bóveda, suspiró y dijo:

—Eso es imposible. El Arca se perdió después del reinado de Salomón y no se vuelve a mencionar en las Escrituras.

—No se menciona porque salió de Israel. Los judíos la perdieron por voluntad de Dios.

—¿Qué pruebas hay de tal suceso? —objetó Saint Bertevin.

De Molay cedió la palabra nuevamente a Vergino. Nadie en el mundo sabía tanto del Arca, Había envejecido entre libros y códices antiguos, custodiando el tesoro más estimado de la orden, la biblioteca donde se encerraba la sabiduría de Oriente.

—Su santidad conoce que, seis siglos antes de Cristo, Israel padeció el mal gobierno

de un rey impío llamado Manases —informó Vergino—. Este Manases introdujo en Jerusalén la adoración de un ídolo llamado Asera.

El papa y sus teólogos sólo tenían barruntos de lo que Vergino exponía, pero asintieron para ocultar su ignorancia.

—Los sacerdotes del Templo sacaron el Arca del sanctasanctórum antes de que el ídolo pagano usurpase el lugar destinado al dios de Israel —prosiguió Vergino—. El reinado de Manases pasó, como pasan todos los reinados de la tierra, y después de cincuenta años de idolatría Josías restauró la religión hebrea. Sólo entonces advirtieron que el Arca había desaparecido del sanctasanctórum, pero nunca pudo rescatarse.

—¿Desaparecida? —aventuró el papa.

—Los sacerdotes, temerosos de que los impíos profanaran el escabel de Dios, trasladaron el Arca a un lugar seguro, lejos de los dominios de Manases. Se acogieron a la tierra de Egipto y se llevaron el Arca.

—¿Y qué fue de ella? —urgió el papa.

—En Egipto se pierde la pista y las escrituras antiguas no dicen más. No obstante, en 1211, el maestre del Temple envió a Egipto una embajada y supo que el Arca estaba todavía allí.

—¿Dónde? —intervino el mariscal de los hospitalarios—. Egipto es enorme, ocupa media África con sus desiertos y sus ríos.

—Los templarios que el maestre envió combatieron para ayudar a un emperador cristiano llamado Lalibala.

—¿Un emperador cristiano? —exclamó el hospitalario—. ¿Qué emperador? Todo el mundo sabe que en África sólo hay sarracenos.

—Ignoramos muchas cosas de África —replicó ácidamente De Molay—. El Temple envió a algunos de sus hijos a auxiliar a un rey cristiano. Lamentablemente, sólo regresó uno de los caballeros.

—¿Qué fue de los otros?

—Murieron en combate.

—Todo esto me suena a patraña —manifestó el hospitalario.

—A vos quizá —replicó intencionadamente De Molay—, pero tengo motivos para creer que a Su Santidad no le sonará a patraña.

Los presentes miraron al papa, pero Clemente V permaneció impasible. No tenía ni idea del asunto del que estaban hablando, pero tampoco quería que advirtieran su ignorancia. Acudió en su ayuda el protonotario apostólico. Jean de Lemours se inclinó y le cuchicheó algo al oído. El papa, sin disimular un gesto de sorpresa, asintió. Acababa de enterarse de que, efectivamente, uno de sus predecesores había recibido cartas de un emperador cristiano llamado el Preste Juan, que reinaba más allá de los desiertos de África. En algún momento, un papa más emprendedor que él había concebido la idea de aliarse con el Preste Juan en una cruzada y atrapar a los sarracenos entre dos fuegos, pero los correos y embajadores se habían extraviado. Ahora resultaba que los templarios habían tenido más suerte.

—Oigamos lo que el maestre del Temple tiene que decir —dijo Clemente, conciliador.

De Molay le dirigió al hospitalario una mirada en la que había más desprecio que desafío, y prosiguió:

—Aquel templario superviviente de África contó que había combatido junto a sus camaradas cerca del santuario del Arca de la Alianza. Estaba en un reino cristiano, en el que se veneraba a la Virgen y a los santos. Habló de iglesias circulares con los muros cubiertos de pinturas que representaban a patriarcas y a santos. No supo decir más porque los sufrimientos lo habían trastornado.

—Es decir, que sólo contamos con el testimonio de un loco —observó ácidamente

Nogaret.

—Este hombre que vos despreciáis combatió y padeció por la fe de Cristo, y a su regreso aún sirvió a la orden hasta su muerte. Y cuando la razón lo asistía contaba maravillas de aquel reino cuyos reyes descendían de la reina de Saba.

—¿Sabe su paternidad de dónde era la reina de Saba? —preguntó Nogaret.

—Era negra, africana, de allende el Nilo. El papa hizo un gesto de hastío.

—El Nilo otra vez. ¿Qué es el Nilo? Mis hijos disculparán si me pierdo.

—Es un río, santidad —intervino Guillermo de Nogaret—. Un río ancho como el mar.

—¿Puede existir un río ancho como el mar?

—Eso dicen los que han estado allí —repuso De Molay.

—¿Alguno de los presentes ha estado allí? —insistió el mariscal del Hospital recorriendo con la mirada a los conferenciantes. El silencio de la asamblea confirmó que ninguno conocía el Nilo.

—Si nadie ha estado allí —prosiguió—, ¿por qué creemos que tal río existe?

—Por lo mismo que creemos que existe Dios y que Cristo resucitó al tercer día —replicó el templario—: porque tenemos fe.

—Sí. En los presentes tiempos hay que tener fe en muchas cosas —reconoció el papa—. Fe incluso en que el Arca pueda demoler las murallas de Jerusalén.

No había pizca de ironía en su voz.

—Es más difícil de creer cuando se han visto esas murallas —comentó el mariscal del Hospital, apesadumbrado—: Enormes muros de piedra reforzados con torres tan altas como las de Notre-Dame de Francia.

—Seguramente el Temple conocerá algo más de ese santuario del Arca —supuso Nogaret intencionadamente.

Jacques De Molay se permitió una sonrisa.

—Por supuesto que conocemos más, pero esa preciosa información pertenece al Temple como la torre de Neslé pertenece al rey de Francia y como las llaves de san Pedro pertenecen al papa. No sería justo que la compartiéramos. Su señoría dijo antes que los templarios nos hemos quedado sin trabajo tras la caída de San Juan de Acre. Pues bien, éste es el trabajo que podemos realizar para contribuir a recuperar Tierra Santa, si Su Santidad lo autoriza: rescatar el Arca de Dios.

La discusión se prolongó estérilmente para que los teólogos del papa y los legistas del rey, funcionarios que nunca habían salido de Francia, pudieran lucir sus conocimientos sobre Jerusalén y Tierra Santa. De Molay, Vergino y Beaufort, veteranos de la cruzada, con los cuerpos acribillados de heridas sarracenas, intercambiaron una mirada resignada. El destino de la orden dependía ahora de aquellos pálidos funcionarios de piel delicada que jamás habían abandonado sus covachuelas burocráticas y de un papa débil y acomodaticio sometido a la voluntad del rey de Francia.

—Encuentro una dificultad —objetó el mariscal del Hospital—. ¿Cómo pudo consentir Dios que el Arca saliera de Israel?

—Los designios de Dios son inescrutables —respondió De Molay—. Quizá Dios permitió que el Arca saliera del Templo para evitar su profanación.

—Es razonable, pero en ese caso hubiera permitido su regreso cuando pasó el peligro —argumentó Saint Bertevin.

—Después de ese peligro vinieron otros peligros —replicó Vergino—. Dios tendría motivos para mantener el Arca en el exilio, de modo que no se perdiera.

—¿Qué queréis decir?

—Dios sabía que los babilonios destruirían su Templo y su santuario.

—Aun así, después pasaron años y siglos y por lo que decís, el Arca jamás regresó a Jerusalén.

Intervino el maestre del Temple.

—Quizá estamos olvidando que el tiempo no existe para Dios y que los siglos de los siglos no son más que un suspiro para Él, que habita en la eternidad. ¿Acaso no ha podido colocar el Arca lejos de todo peligro para que un día los cristianos la encontremos y conquistemos con ella Jerusalén y su Santo Sepulcro?

Los teólogos convinieron en que así podía ser.

4

A una legua de París, en Leprais, a un lado de la calzada festoneada de robles, un hombre descabalgó en el patio empedrado de la taberna del Negro y dejó que un criado se hiciera cargo de su mula. Amalric Deville era uno de los veintiocho capellanes de la Casa del Temple en París, aunque, debido a su habilidad con los números, estaba destinado al Cuarto de los Abacos, donde se ordenaban las complejas finanzas de la orden. El contable sólo había abandonado la Casa del Temple en los últimos veinte años cuando le tocaba oficiar misa y administrar los sacramentos en Notre-Dame. Ahora acudía a una cita galante con una de sus hijas de confesión, una hermosa mujer que le había prometido entregársele a cambio de cierta información reservada. En realidad se trataba de servir a una causa humanitaria. El abuelo de la mujer había ofrecido al Temple a uno *de* sus hijos cuando todavía era niño. Este niño, su tío, si es que aún vivía, era la única familia que le quedaba, y se había propuesto encontrarlo. Amalric Deville había tranquilizado su conciencia. Después de todo, favorecer el encuentro entre tío y sobrina era una obra de misericordia y no entrañaba, en absoluto, traición a la orden. Por otra parte, la orden no había hecho gran cosa por él y no sentía que mereciera más celo del que rutinariamente desplegaba en servirla: en veinte años de callada labor había visto cómo sujetos francamente incompetentes alcanzaban sinecuras y cargos a los que él tenía mayores derechos.

Amalric Deville se detuvo en el umbral y recorrió con la mirada el interior del establecimiento. El gordo mesonero escanciaba vino a un grupo de alegres cazadores. Cuando descubrió al visitante miró significativamente al techo de fuertes vigas. Amalric entendió: la dama se encontraba en el piso superior. Correspondió con un breve gesto de asentimiento y subió con paso firme la escalera de gastados peldaños. Arriba había un pasillo angosto con puertas a uno y otro lado. La dama aguardaba en el aposento del fondo, el más alhajado y lujoso. Deville probó a girar el picaporte, pero lo encontró bloqueado. Llamó quedo, con los nudillos, e inmediatamente se descorrió el cerrojo. Una doncella le franqueó el paso. La dama estaba en el centro de la amplia estancia, iluminada por un ventanal emplomado. Deville se dirigió a ella, pero la dama lo detuvo con un gesto.

—No seáis impaciente, padre.

—¡Amalric! ¡Llamadme Amalric!

La joven se despojó de una toca azafranada mostrando la ropa que llevaba debajo. Un corpiño negro ceñido revelaba unas caderas firmes y unos pechos abultados. Se recogía la melena rubia con una redecilla de oro que le realzaba el cuello blanco y alto, alto cuello de garza, según la manida imagen poética que Amalric Deville recordaba cada vez que la veía.

A una señal de la dama, la doncella hizo una reverencia y salió cerrando la puerta. Amalric Deville corrió el cerrojo con mano trémula. Contempló a la dama un momento y luego la abrazó y le besó con fruición los pechos, que rebosaban sobre el ajustado brial. Se disponía a tocarlos cuando ella le contuvo la mano mientras sonreía entre picara y tímida.

—Aguardad un momento —le susurró—. No seáis loco. Permitidme que corra un

poco la cortina. Me da vergüenza mostrarlos a la luz.

—¡La luz! ¿Hay luz más resplandeciente que la que ellos mismos emanan? —declamó el capellán recurriendo nuevamente a la poesía trovadoresca.

Al correr la espesa cortina, el aposento se quedó en penumbra.

Deville intentó un nuevo avance, pero la dama lo rechazó con expresión severa.

—Hablemos primero —exigió—. ¿Habéis averiguado quién es ese Juan Vergino?

—Lo he averiguado.

—Contadme, entonces.

—Es un hombre de ultramar. Nació en una familia de la pequeña nobleza de Auvernia. Él y su hermano gemelo ingresaron en el Temple a los diecisiete años. Combatió contra los sarracenos por espacio de nueve años y regresó de Tierra Santa hace treinta. Desde entonces ha permanecido en la casa madre.

La casa madre. Así llamaban al Temple de París, una ciudad dentro de la ciudad, con su propia muralla dentro de la cual había cuarteles, iglesias, oficinas, almacenes, talleres y cocinas. Y el edificio más famoso de todos, la tesorería del Temple, donde se rumoreaba que la orden había acumulado enormes sumas y donde, hasta fecha reciente, los propios reyes de Francia depositaban el tesoro de la Corona. No había lugar más seguro ni mejor guardado en el mundo.

—¿Qué cometido ha desempeñado ese Vergino durante todos estos años?

—Ninguno. Sólo leer y escribir. Instruirse e instruir a otros en la torre Áurea, junto a la tesorería. Cuando el anterior preceptor murió, él ocupó su puesto como director del Aula.

—¿Qué es la torre Áurea? ¿Una especie de Sorbona?

La mención de la Universidad de París, con sus revoltosos estudiantes, que arrojaban al profesor al abrevadero cuando no estaban satisfechos de la lección, provocó una sonrisa del capellán.

—No es precisamente la Sorbona. En la torre Áurea residen sólo media docena de freires. Nadie sabe lo que estudian, lo hacen con reverencia y secreto y jamás mencionan las materias. Están dispensados de las tareas habituales y sólo se dedican al estudio y a la oración. Llevan una vida apartada. Sólo se mezclan con la comunidad en la iglesia y en el refectorio.

—Pero vos habéis trabajado en la biblioteca del Temple. Conoceréis qué libros usan.

—¡Ay, señora! —suspiró el capellán—, la biblioteca del Temple es muy rica, pero ellos raramente la utilizan. Tienen sus propios libros en la torre Áurea. Pero ¿por qué me preguntáis todo esto? ¿Qué tiene que ver lo que hace Vergino con la búsqueda de vuestro pariente?

—Luego os lo aclararé —dijo la dama—, pero ahora respondedme. ¿Qué clase de libros guardan allí?

El capellán se encogió de hombros.

—Libros antiguos, algunos escritos en forma de rollo a la manera judía, sin encuadernar. En una ocasión, hace años, el ecónomo me envió con un recado y pude entrar en el lugar. Los volúmenes están protegidos por una reja de gruesos barrotes, pero a través de ella pude otear un armario entreabierto que contenía libros. No alcancé a ver los títulos de los tejuelos.

La dama pensó que no podía sacarle mucho más. Él intentó abrazarla y nuevamente lo rechazó. Comprendió que tenía que facilitar más información para merecer el premio que buscaba.

—Lo más extraño —prosiguió— es que en la lista de los frailes, Vergino y los otros habitantes de la torre Áurea figuran como adscritos a la encomienda de Nois.

—¿Qué tiene eso de extraño?

—¡Que la encomienda de Nois no existe!

La dama escudriñó el rostro del contable, que sonreía enigmáticamente, seguro del efecto perturbador de su revelación.

—¡Explicaos!

—Permitidme que tome vuestra mano —exigió él en tono firme—. Concededme un adelanto, porque me abraso de amor, o no diré nada más.

Le tendió desganadamente una mano fina, blanca, de largos dedos, que él besó con fruición.

—¡Si supierais cómo os amo!

—¿Qué hay de la encomienda de Nois? —preguntó secamente la dama al tiempo que retiraba la mano.

—He revisado los documentos, incluso los antiguos. La encomienda de Nois no existe pero, absurdamente, tiene tres comendadores, los Verginos y un tal Roger de Beaufort, un sujeto carente de instrucción que jamás pisa la torre Áurea y se pasa el día de un lado a otro en las caballerizas, en compañía de uno de los herreros.

—¿Cómo puedes estar seguro de que esa encomienda no existe si incluso tiene tres comendadores?

El capellán sonrió.

—¿Dónde está, entonces? Porque los Verginos y Beaufort no abandonan nunca el barrio del Temple. Y lo más sorprendente es que la encomienda de Nois, que jamás ha ingresado una libra en el tesoro de la orden, ha retirado, sin embargo, grandes sumas. Por otra parte, en la lista de dicha encomienda figuran inscritos siete caballeros, todos ancianos dedicados al estudio, pero ningún sargento, ningún capellán, ningún criado y, lo más extraño de todo, jamás aparece en los inventarios ni figura en los libros de visitadores.

—¿A qué provincia pertenece?

—A ninguna. Va he dicho que no está en ninguna parte. Ni en Francia, ni fuera, ni en la cristiandad ni en ultramar. No figura adscrita a provincia alguna.

La dama se quedó un momento pensativa.

—Nois —repitió saboreando aquel nombre—. Tiene que haber algún modo de saber dónde está.

—Lo que se puede saber por los libros ya lo tengo sobradamente registrado e investigado —dijo Deville—. No hay más que yo pueda averiguar. Ahora dame lo que me debes.

Intentó abrazarla, pero ella se zafó. Entonces lo intentó por la fuerza, la agarró de un brazo hasta lastimarla, y recibió una tremenda bofetada.

—¡Me lo habíais prometido! —protestó el eclesiástico frotándose la mejilla dolorida.

—¡Me lastimáis con vuestra impaciencia! —objetó ella recuperando la dulce compostura—. Debierais saber que las damas preferimos hacer las cosas con arreglo a las leyes de la cortesía, bebiendo antes con nuestro galán. Así es más dulce.

El capellán sonrió satisfecho. Así que era eso. No hay dos mujeres iguales; algunas había conocido que tenían que hacerlo a oscuras y otras que sólo se excitaban en lugares públicos donde corrieran peligro de que alguien los sorprendiera. Aquélla, por lo visto, era de las sentimentales, que antes de la entrega tenían que brindar diciendo estupideces y esperaban que se les recitara al oído alguna poesía compuesta por un trovador marica. En fin, al que algo quiere, algo le cuesta. Se dispuso a ser amable.

París, 14 de septiembre de 1307

Jacques de Molay se mesó la corta y cana barba y entornó los irritados ojos, cuyas bolsas violáceas denotaban vigilias y malos sueños. De pronto, el peso del maestrazgo se revelaba excesivo para los hombros del viejo soldado. En la sala capitular del Temple, ancha como una iglesia, con un magnífico techo artesonado y vidrieras emplomadas que filtraban la luz ambarina del crepúsculo, estaba reunido el estado mayor de la Orden: De Molay ocupaba la silla presidencial, flanqueado por su secretario de cartas y el senescal o lugarteniente. Los asientos contiguos los ocupaban el mariscal, o jefe militar, y los consejeros, los comendadores de Jerusalén, Antioquía y Trípoli. Completaban el gobierno de la orden el pañero o jefe de intendencia y el turcoplier o jefe de mercenarios. Desde la pérdida de Tierra Santa, el turcoplier había cambiado de funciones, ahora se dedicaba a informar sobre las empresas de los soberanos cristianos y de los maestres de otras órdenes. Esa calurosa mañana de septiembre, el maestre había convocado capítulo extraordinario *y* el turcoplier había dibujado un sombrío cuadro del estado del Temple. Su informe sobre los proyectos del rey Felipe de Francia era preocupante. El rey estaba negociando con el papa la fusión del Temple y el Hospital en una sola orden, un modo diplomático de decir que quería suprimir el Temple y repartirse sus despojos con el Hospital.

El maestre se resistía a admitir la realidad.

—No puedo creer que el rey pretenda perdemos. El Temple ha apoyado la corona de los Capelos desde su ascensión al trono de Francia. Yo mismo soy padrino de su hija Isabel.

—Recordad, messire, que el rey Felipe intentó ingresar en la orden hace años y no fue admitido —señaló el comendador de Trípoli.

—Felipe sabe perfectamente que los estatutos prohíben que un soberano mande la orden —replicó De Molay—. Por otra parte, nos debe muchos favores: le hemos prestado dinero en tiempos de escasez. Incluso adelantamos el rescate de su padre, el buen rey Luis, cuando cayó en manos de los sarracenos. Hemos custodiado su tesoro.

—Monseñor —habló el comendador de Jerusalén—, eso fue hace tiempo y ahora el rey ha recuperado su tesoro y tiene sus propios contables.

—Y además guarda el tesoro en su castillo del Louvre —intervino el comendador de Antioquía—. No quiere depender de la orden en nada. El paso siguiente será ir contra ella.

—¿Atacar al Temple? —se preguntó De Molay, incrédulo.

—Lo está preparando, monseñor —dijo el de Antioquía—. Está agobiado por las deudas. Necesita mucho dinero, pero al propio tiempo es tan orgulloso que preferirá robarlo a pedirlo.

—¿Cuánto nos debe?

El comendador de Jerusalén, custodio del tesoro del Temple, consultó unos papeles.

—Dos mil quinientas libras, desde hace catorce años, monseñor, y doscientos mil florines; pero tengo entendido que a los banqueros lombardos les debe otro tanto. Está entrampado hasta las cejas.

—¿Puede eso justificar una acción tan terrible como atacar a la orden?

—Después de los recientes motines de París no se siente seguro —aventuró el comendador de Antioquía—. Debe demostrar que sigue al mando de la nave de Francia y que maneja el timón con mano firme.

—El rey no puede hacer nada contra nosotros —insistió De Molay—. La orden depende directamente de la jurisdicción papal.

—Sí, pero el papa hará lo que le pida Felipe —añadió el comendador de Antioquía—.

Su Santidad es un hombre débil y se negará mucho tiempo.

—En tal caso, ¿qué podemos hacer? —inquirió el turcoplier—. ¿Resistir por las armas?

—¿Y provocar una carnicería en Francia? —replicó De Molay—. ¿Y derramar la sangre de los cristianos? No, eso está descartado. El argumento supremo que lleva meses esgrimiendo es que ya no somos necesarios. Nacimos para la lucha en Tierra Santa y hace años que perdimos el Sepulcro de Cristo. Sólo el regreso a Tierra Santa puede justificar la supervivencia de la orden.

—Lo que nos lleva a la cuestión inicial —concluyó el comendador de Jerusalén—. Necesitamos que Dios se ponga de nuestro lado. Reconquistar Tierra Santa con unos cientos de caballeros y unos miles de voluntarios es imposible. Allá nos aguardan grandes ejércitos sarracenos. Nuestra única posibilidad de éxito consiste en hacernos con el Arca de la Alianza.

El comendador de Antioquía sacudió la cabeza.

—Enviar a África una expedición entraña sus peligros. Os recuerdo que ya lo intentamos hace cien años y fracasamos.

—Porque lo hicimos abiertamente —objetó el comendador de Jerusalén.

—¿Qué proponéis?

—Que esta vez lo intenten pocos hombres y se hagan pasar por sarracenos. Así podrán atravesar la tierra *de* los mahometanos y llegar hasta el Arca sin inducir sospechas.

Jacques De Molay reflexionó.

—Eso podría intentarse.

—Una galera de La Rochela los lleva hasta Egipto con algún pretexto comercial —propuso el comendador de Jerusalén—. Allí desembarcan, se disfrazan con atuendos sarracenos y penetran en África.

—No creo que dé resultado —objetó el comendador de Antioquía—. Nogaret y los hombres del rey harían lo posible por abortar la misión. Y no digamos los hospitalarios. Todos conocen ahora la existencia del Arca. Estarán interesados en conseguirla.

De Molay se encogió de hombros con desaliento.

—¿Es que no podemos burlar a los espías del rey?

—Desde luego en La Rochela sería imposible —reconoció el turcoplier—. Nuestro principal puerto es un nido de espías.

Las palabras del oficial cayeron como un jarro de agua fría en la asamblea, pero nadie se atrevió a protestar. De sobra sabían que en los últimos años muchas vocaciones habían flaqueado, que algunos caballeros habían abandonado la orden y otros seguramente se mantenían en ella solamente por interés, porque en su seno tenían asegurada una vida relativamente cómoda y no tenían ya edad de dedicarse a otra cosa.

—¿Qué hay de Marsella? —propuso el comendador de Jerusalén—. Aquella encomienda marítima cuenta con buenas naves y capitanes expertos.

El turcoplier movió la cabeza desesperanzado.

—Estamos como en La Rochela. El armador Beauseroi dispone de una red impenetrable de espías y hará cualquier cosa por complacer al rey. Nadie puede soltar un pedo en la Casa del Temple sin que Nogaret lo sepa antes de que se disipe el olor —resumió.

—¿Es que no existe ningún puerto seguro? —preguntó el maestre.

—Lamentablemente, no, monseñor —respondió el turcoplier—. Cuando no es el rey, son los cónsules lombardos, genoveses, pisanos o venecianos. Nuestros adversarios tienen informadores en todos los puertos del Mediterráneo y del norte de África.

—¿Qué predispone contra nosotros a los italianos? —quiso saber el comendador de Antioquía—. El Temple les ha ayudado muchas veces. Hemos luchado codo con codo

contra los piratas. Tenemos buenos amigos entre las repúblicas marítimas.

El maestre y el comendador de Jerusalén intercambiaron una mirada conmiserativa. Su compañero había pasado mucho tiempo enfermo en una leprosería de Tours y no había asistido a los consejos los últimos años. No estaba al día de los cambios que se habían producido, todos en perjuicio de la orden.

—Eran otros tiempos —reconoció el comendador de Jerusalén—. Ahora nuestros antiguos aliados han venteado nuestra sangre y se disponen a devorarnos. Si el Temple desaparece, habrá desaparecido el más directo competidor de todos ellos.

Jacques de Molay asintió con tristeza. La Orden del Temple, como prestamista y depositaría de los bienes terrenales de muchos señores, abades o simples particulares, había competido durante dos siglos con los lombardos, como genéricamente se denominaba a los banqueros italianos establecidos en Francia. Éstos se organizaban en familias o compañías, los Albizzi, los Bardi, los Peruzzi de Florencia; los Salimbene, los Zacearía de Genova; los Tolomei de Siena. Entre todos elegían un capitán general para que mediara en casos de conflicto. Además de mercaderes y prestamistas, los lombardos actuaban como subarrendadores del fisco, como servicio de correos y como oficina de viajes. Disponían de agentes o cónsules en los principales puertos, en las ciudades industriales y en los nudos de comunicaciones más importantes. Era imposible que una expedición templaría salida de Francia pasara desapercibida para la tupida red de agentes, viajantes e informadores lombardos.

—Y cualquier cosa que sepa maeso Bocanegra, la sabrán el rey y Nogaret inmediatamente —concluyó el turcoplier. El maestre del Temple convino en que así era.

—La triste realidad es que sólo podemos confiar en nuestras propias fuerzas —admitió—. No sólo hemos de guardarnos de los sarracenos, sino también de los gobiernos de la cristiandad, nuestros supuestos aliados naturales. El senescal suspiró.

—Entonces no veo manera de cruzar el Mediterráneo sin que se enteren los unos o los otros.

—Sin embargo —añadió el turcoplier— existe una manera de llegar al Arca, sólo una, y con ciertas garantías. Todas las cabezas giraron para mirarlo.

—¿Qué manera?

—Siempre nos queda la ruta terrestre —sugirió el turcoplier—. Es más lenta y difícil, pero ofrece cierta garantía de anonimato. Las compañías lombardas no gozan de mucha implantación en los reinos ibéricos y, por otra parte, el rey de Francia sólo tiene amigos en Navarra. Los reinos del sur más bien recelan de él. Supongamos que nuestros hombres toman la ruta ibérica y cruzan la frontera por Granada.

—Granada pertenece a los sarracenos —advirtió el comendador de Antioquía.

—¿Y qué más da? —replicó el turcoplier—. En lugar de vestirse de moros en Egipto lo harán en Granada y atravesarán el norte de África confundidos entre los musulmanes que se dirigen en peregrinación a La Meca. Podrían regresar por el mismo camino.

—Es arriesgado y llevará mucho tiempo —objetó el senescal.

—Es el camino menos arriesgado y recorrerlo no llevará más allá de un año, ida y vuelta.

Después de una larga discusión convinieron en que parecía la opción más conveniente.

—En ese caso —concluyó el maestre—, el turcoplier y yo prepararemos los detalles. Cuantas menos personas los conozcan, mejor.

Asintieron resignadamente. El maestre dirigió el rezo final y levantaron la sesión.

6

La casa maestral había sido torre del homenaje cuando los templarios comenzaron a construir su barrio dentro de París, doscientos años atrás. A su elevada puerta se ascendía por una escalinata de doce peldaños. Roger de Beaufort, dieciséis años más viejo que cuando sostuvo la cabeza del maestre moribundo en San Juan de Acre, se detuvo en el porche y observó el cielo encapotado y gris, lleno de oscuros presagios. Luego contempló el patio de armas que se extendía a sus pies. La ciudad del Temple, el lugar más seguro de Francia, ya no se lo parecía tanto. Miró la armería, un edificio enorme, de granito gris, sin adornos y casi sin más ventanas que las imprescindibles para ventilar las diez fraguas donde se fabricaban las espadas y las cotas de malla. Antiguamente estaban en pleno rendimiento, a veces con dos turnos, de noche y de día. Ahora sólo funcionaba una de las fraguas. Beaufort bajó la escalera y se encaminó a la herrería. En la puerta forrada de chapa claveteada, el centinela, uno de los jóvenes novicios, adoptó una actitud marcial al verlo llegar. Beaufort correspondió distraídamente a su saludo y entró bajo la oscura bóveda, apenas iluminada por unas cuantas lucernas que también servían de salida de humos. A su derecha, detrás de puertas ferradas y aseguradas con grandes candados, estaban los depósitos: miles de hojas de espada, sin empuñadura y sin filo, envueltas en vendas engrasadas, dormían el sueño de los justos hasta que la cristiandad las precisara en una nueva cruzada. Entonces sena cuestión de añadirles la empuñadura y los herreros cabruñarían los bordes y los amoladores les sacarían el filo *en* sus piedras. En los almacenes había cientos de cajas, a uno y otro lado, ordenadas por tamaños, hasta el techo abovedado. Contenían hierros de lanza, venablos, abrojos y virotes de acero sobre varas de fresno a las que sólo había que añadir el emplumado de cuero. En otras secciones se apilaban ringleras interminables de escudos, de guanteletes, de cotas de malla, de gualdrapas acolchadas para la caballería, de estribos, de riendas, de manteletes, de pavesas, de trebuquetes y de catapultas desmontadas, con las piezas numeradas, embaladas y listas para el embarque... toda la fuerza del Temple, material suficiente para armar a un ejército numeroso. Y en otras dos templerías mayores de Francia, cerca de los yacimientos de hierro propiedad de la orden, existían depósitos semejantes.

La orden no había dejado de prepararse para la nueva cruzada desde el mismo año en que se perdió San Juan de Acre, pero lamentablemente el papa, un hombre débil sometido al rey de Francia, veía las cosas de otro modo.

Beaufort advirtió que se había detenido. ¿Por qué le asaltaba la impresión de que aquel arsenal no serviría para nada, de que estaban trabajando como los niños que construyen un castillo de arena en la playa, ignorantes de que la marea lo destruirá y que al día siguiente no quedará rastro de su afán? Se sintió abatido: «¿Qué hago aquí?» Dieciséis años antes, una palabra de un moribundo, ininteligible y absurda, susurrada a su oído, habría cambiado su vida para siempre. Cada noche hacía esfuerzos por recordar aquella palabra. Si la pudiese recuperar se libraría de la pesada cadena que le oprimía, la responsabilidad de ser el único portador de la Palabra Sagrada. Cuando pudiera recordarla y transmitírsela al maestre o a otro hermano designado por él, le habían prometido que lo destinarían a una templería remota, en Oriente, quizá a la isla de Rodas, a algún Ligar donde pudiera hacer lo único que sabía, luchar contra los sarracenos.

Beaufort siguió su camino, saludó a un par de freires herreros que se afanaban sobre las fraguas y los sopletes, entre nubes de chispas y fragor de martillos, y se detuvo ante un herrero alto y fornido con peludos brazos fuertes como mazas. Era de la edad de Beaufort y había ingresado en la orden por los mismos años. Una ancha cicatriz blanquecina le cruzaba el ennegrecido rostro en el que brillaban como ascuas dos ojos enrojecidos.

—¿Es la hora del trago? Beaufort asintió.

—Pues vamos allá —dijo cediéndole a su aprendiz el hierro que estaba trabajando.

Se limpió con un trapo húmedo la tizne de la cara y de los brazos, se despojó del delantal de cuero, y se quedó un momento desnudo antes de introducir la cabeza por la abertura de un sucio sayo que colgaba de un clavo del muro. Salieron del taller. El calor del membrillo no remitía, pero el cielo se había anubarrado y una brisa húmeda presagiaba lluvia.

No fueron directamente a la bodega donde diariamente los aguardaba un hermano cerillero, amigo de los dos, con una jarra de vino. A mitad de camino, Beaufort invitó a su amigo a tomar asiento debajo de un enorme tilo frente al edificio gótico de la tesorería, la fachada adornada con estatuas de los antiguos maestres en torno a una mayor de san Bernardo y a otra, mayor aún, de Nuestra Señora. Beaufort confesó sus angustias al herrero y éste, como siempre, les restó importancia.

—El Temple es como un pez poderoso del que cada uno de nosotros es una escama. Deja que nade el pez que tiene ojos, branquias, espina y entrañas, y limítate a ser la escama en el trocito que te han asignado. Los hermanos llegamos y nos vamos, nacemos y morimos, pero la orden no tendrá fin, es como la cristiandad misma.

Beaufort comprendió que ni siquiera su amigo podía entenderlo. En adelante no podría compartir con nadie su congoja.

—Ingresé en la orden a los dieciocho años y ya tengo cuarenta —reflexionó hablando como para sí—. Lo único que he hecho es obedecer. La orden es mi familia. No tengo más padres que mis superiores, ni más hermanos que mis camaradas, ni más hijos que los jóvenes legos que aspiran a vestir el manto blanco. La orden ha conocido mejores tiempos, cuando los freires nos respetaban e incluso la gente se apartaba del camino con admiración y nos cedía el paso. Éramos el brazo armado de Dios, los guerreros de Cristo conquistadores de Tierra Santa y defensores del Santo Sepulcro. Ahora vivimos malos tiempos, nos tildan de avaros, nos achacan grandes pecados y se preguntan por qué seguimos en nuestras encomiendas y nuestros castillos si hemos permitido que los sarracenos nos arrebaten los Santos Lugares. Llevo quince años encerrado en el barrio del Temple, sin salir de París, quince años instruyendo reclutas, prisionero de una palabra que escuché y que no recuerdo. Mientras mis hermanos sirven en Oriente, cruzan el mar, viven, yo vivo aquí como un vegetal, esperando que acuda a mi memoria una palabra que oí y olvidé el día de la tribulación. Sólo soy un soldado que consagró sus armas a Nuestro Señor. Me despierto por las noches angustiado y sudoroso y no hay día en que no pida a Nuestra Señora que me releve de ese pesado fardo y me permita ser un hermano anónimo en una anónima templería.

—Tienes que aceptarlo, amigo. Recuerda nuestro juramento...

—Ya lo sé: cuando queráis estar aquende se os enviará allende, y cuando prefiráis estar allende se os mantendrá aquende. Lo recuerdo cada día, puedes creerlo.

Al otro lado del patio sonó una voz:

—¡Roger de Beaufort!

El que lo llamaba era un fámulo rubio de los que estaban al servicio de la casa maestral.

—¿Qué quieres?

—El maestre os llama.

—¿A mí?

—¿No sois Roger de Beaufort?

—Sí.

—Pues a vos.

El herrero se rió con su risa ancha y lobuna.

—¿No pedías a Santa María que te sacara de aquí? Pues creo que te ha escuchado.

El portador de la Palabra se levantó y siguió al muchacho.

7

La galería Mercière parecía una iglesia gótica abierta por sus dos extremos, pero en realidad era la lonja de París, el mercado donde, por concesión real, montaban sus mesas los cambistas y vendían sus mercaderías los plateros, los sederos, los perfumistas y los importadores de clavo y pimienta. El arquero del rey que vigilaba el local, provisto de un bastón para ahuyentar a los perros y a los mendigos, se inclinó respetuosamente al paso del legista Nogaret. Se rumoreaba que Nogaret se había convertido en los pies y las manos del rey. Felipe el Hermoso estaba confiando los puestos palatinos, antes reservados a los nobles, a plebeyos formados en la universidad y fieles a la Corona.

Nogaret, modestamente vestido con un jubón oscuro, se detuvo un momento en el vestíbulo de la galería Merciére y contempló, una vez más, la belleza civil del edificio, sus dos filas de columnas fasciculadas que ascendían hasta una altura considerable y se abrían para sostener las airosas bóvedas pintadas de azul y tachonadas de estrellas doradas representando las constelaciones. En los lunetos destacaban blancas lises de Francia sobre fondo negro. Prosiguió satisfecho su camino entre los puestos de mercaderías, cuyos propietarios interrumpían sus conversaciones para inclinarse a su paso. La galería estaba adornada con estatuas que representaban a todos los reyes de Francia desde Meroveo, a las que se había añadido una docena con fieles colaboradores de la Corona. Quedaban cinco pedestales vacíos y Nogaret se preguntaba cuál de ellos estaría destinado a perpetuar su imagen.

Al final de la galería, una escalinata con siete peldaños de mármol de distintos colores ascendía hasta las fuertes puertas de roble forradas de cobre dorado que daban paso a la morada real. Dos arqueros de librea dejaron de charlar y adoptaron posturas marciales al paso del legista.

—¿Dónde está el rey? —preguntó Nogaret a un fámulo que le salía al paso.

—En la sala del baño, messire.

La sala del baño, así denominada por su techumbre parecida a una bañera de cobre, era una dependencia contigua a la gran sala del Consejo, donde Felipe solía despachar con sus colaboradores.

Aquel día, en la sala del baño estaban reunidos el rey, el canciller del Tesoro, Fleury, y el senescal De Bemond. Nogaret se adelantó hasta el escaño sobre el que descansaba el pequeño trono portátil e hizo ademán de doblar la rodilla ante Felipe IV de Francia, pero el soberano se lo impidió con un gesto.

—¿Y bien? —Acabo de regresar de la embajada ante el papa, sire.

—Dejemos el trabajo para más tarde —dijo Felipe a sus colaboradores—. Ahora tengo que hablar con Nogaret.

Recogieron sus papeles, se inclinaron respetuosamente ante el monarca, dirigieron miradas torvas a Nogaret y abandonaron la sala.

—Creo que no te quieren —comentó el rey cuando se quedaron solos.

Felipe el Hermoso era alto y fuerte y en su rostro destacaban unos bellos ojos azules cuya mirada helaba a sus interlocutores. Jamás sonreía y era tan poco comunicativo que el obispo Bernardo de Saisset escribió: «No hay un hombre tan atractivo como él, pero se

limita a mirar en silencio. No es hombre ni animal: es estatua.» Su hermetismo se había acentuado desde que enviudó, dos años atrás, de Juana de Navarra. Desde entonces no se le había conocido ninguna amante. Consagraba su tiempo a gobernar y no tenía más distracción que la caza, que le permitía perderse por el campo en busca de mayor soledad.

Felipe abandonó el escabel y caminó hasta la ventana con vidrios emplomados que iluminaba la estancia. Paseó la mirada por las aguas turbias del Sena, surcadas de lentas almadías, por los muros blancos de la Torre de Nestlé, al otro lado del río, por los tejados pardos y negros de París y por los bosques que se extendían al otro lado de las murallas, por el cielo encapotado que presagiaba la primera tormenta del otoño.

—¿Qué dice el maestre del Temple? —preguntó sin volverse—. ¿Consiente en unirse al Hospital? —De sobra sabía que la respuesta era negativa.

—Jacques De Molay cree que puede recuperar Jerusalén con ayuda del Arca de la Alianza.

—¿El Arca de la Alianza? —preguntó el monarca volviéndose.

—Sí, sire: el Arca maravillosa que derriba murallas según las Escrituras. No se ha vuelto a saber de ella desde mucho antes del nacimiento *de* Nuestro Señor Jesucristo, pero De Molay asegura que los templarios conocen su paradero.

—¿Y dónde está?

—Me temo que De Molay no está dispuesto a compartir su secreto.

Concisión. La facultad de resumir un complicado argumento en sus líneas esenciales y la de exponerlo con las palabras exactas. Ésa era una de las cualidades que Felipe apreciaba en su legista.

El rey apoyó un brazo en el marco de piedra de la ventana y permaneció meditabundo, contemplando la lluvia gris sobre los tejados y las chimeneas de París.

—Creen que soy rey de Francia. Creen que soy rey del mayor Estado de la cristiandad. Pero nadie es amo ni de sí mismo si está endeudado hasta el cuello, y yo lo estoy. —Su voz era tranquila y confidencial. ¿Hablaba consigo mismo, quizá? Nogaret se abstuvo de intervenir—. He heredado de mi padre deudas, sólo deudas —prosiguió Felipe—. ¿Sabes el tiempo que tardaré en saldarlas?

—Lo ignoro, sire.

—Trescientos años —dijo Felipe pronunciando morosamente la cifra—. El canciller del Tesoro ha echado las cuentas, calculando sobre las rentas reales, y el resultado son trescientos años. Tendré que vivir trescientos años para saldar esas deudas. Y eso sin contar los intereses.

Nogaret carraspeó ligeramente.

—Quizá sea conveniente ir pensando en aumentar las rentas reales, sire.

—¿Cómo? Ya no queda nada nuevo que intentar, lo he hecho todo: he confiscado las fortunas de los judíos ricos, he devaluado la moneda, he aumentado los impuestos hasta lo tolerable, o quizá un poco más allá —los dos pensaron en los motines populares del año anterior, que la guardia real consiguió sofocar a duras penas—, he extirpado un montón de libras a los banqueros florentinos y lombardos establecidos en mis dominios. Ya no tengo adonde acudir, pero aún las deudas devoran el reino, y resulta que, en el corazón de mis estados, delante de mis mismas narices, los templarios poseen un tesoro, son ricos y poderosos y no tienen razón de existir, puesto que no hay nada que defender en Tierra Santa. Pero ahora me salen con que el Arca de la Alianza devolverá el Santo Sepulcro a la cristiandad. ¡No sólo se burlan de ese imbécil del papa: se burlan también de mí!

—Quizá se les podría solicitar un préstamo sin interés a cambio de alguna franquicia —sugirió Nogaret.

El rey dirigió una severa mirada a su legista.

—¡No suplicaré más a los templarios! Los Capetos ya nos hemos humillado bastante

ante ellos. Hace cincuenta años, mi abuelo malvendió el tesoro de Francia y se endeudó hasta las cejas para organizar una cruzada contra Egipto sin ayuda de nadie. Fue un desastre: los sarracenos abrieron las compuertas del Nilo y atraparon al ejército en un charcal. La rendición de sus tropas no fue lo más humillante. Lo peor fue tener que suplicarle al maestre del Temple, a Esteban de Otricourt, para que le prestara el dinero de su rescate. Mi padre heredó la piedad de mi abuelo, pero sobre todo sus deudas. ¿Saneó la hacienda para pagarlas? No, él era otro soñador, otro loco. Lo que hizo fue implicarse en la cruzada aragonesa que multiplicó sus deudas. ¿Y los templarios, sus tesoreros, sus amigos, qué hicieron? ¿Disuadirlo? No, animarlo. Le prestaron elevadas sumas de dinero para después tenerlo atrapado. Ésa es su táctica y eso es lo que esperan ahora de mí: prestarme y que dependa de ellos. Pero los días de las cruzadas han terminado. Mi cruzada particular consiste en devolverle la prosperidad a Francia y a los Capetos. Estamos viviendo un tiempo nuevo, Nogaret, el tiempo de las monarquías fuertes y de los funcionarios que saben servirlas, un tiempo en el que las órdenes militares no tienen sentido. Esas riquezas que han amasado deben revertir en el Estado. Tu oficio son las leyes. Busca la manera de procesar al Temple y yo te ascenderé a dignidades con las que ni siquiera te atreves a soñar.

Sí se atrevía a soñar. Cada mañana, cuando se contemplaba en el espejo mientras el barbero le rapaba la barba, Nogaret se preguntaba cómo lucirían la cadena de oro y la medalla de canciller sobre su severo jubón oscuro.

Felipe se había vuelto nuevamente de espaldas hacia la ciudad. Había escampado y una cigüeña planeaba lentamente sobre los tejados mojados en dirección a las torres de Notre-Dame.

8

El carro cubierto, tirado por cuatro muías, se detuvo en la explanada del castillo de Pugfort y el conductor saltó del pescante para abrir solícitamente la portezuela de cuero. Apareció el rostro avinagrado del legista Nogaret. El secretario del rey lanzó una mirada alrededor y descendió del vehículo seguido de su secretario y escribano. Traían las sobrevestas oscuras casi tan cubiertas de polvo como los perpuntes de los cuatro jinetes que los habían escoltado.

—¿Cuánto hace que no arreglan ese camino? —preguntó Nogaret al oficial de la escolta, mientras se sacudía el polvo con los guantes.

Alain de Pareilles, capitán de los arqueros del rey, se sonrió.

—Lo ignoro, messire. Los que recorren este camino lo hacen en una sola dirección y casi nunca se quejan.

Los arqueros de la escolta celebraron la ocurrencia de su capitán con una carcajada.

—Pues abreviemos —dijo Guillermo de Nogaret— porque ya estoy deseando regresar a París.

El castillo de Pugfort, a dos leguas de París, era la prisión más segura del reino, reservada para rehenes especiales a los que convenía mantener incomunicados. En las otras cárceles de Francia, la justicia del rey hacía la vista gorda y permitía que los prisioneros recibieran visitas, parientes, amigos e incluso furcias que entraban y salían libremente. Esta permisividad constituía el gaje de los alcaides que arrendaban las prisiones a la Corona. Los presos se alimentaban con lo que les traían familiares o amigos, y los carceleros,

pésimamente remunerados, se mantenían con las propinas y los sobornos. Lo malo del sistema era que se producían muchas fugas, pero, en cualquier caso, la justicia real no se inquietaba, dado que la mayoría de los presos estaban retenidos por deudas o por faltas de poca monta. Los delitos más graves se castigaban expeditivamente con la horca o, si eran especialmente graves, con enrodamiento, es decir rotura de huesos a mazazos, el cuerpo del reo inmovilizado sobre una rueda de carro horizontal, y decapitación del moribundo.

En el cuerpo de guardia de Pugfort, Nogaret le mostró al sargento una orden firmada por el canciller real. El sargento no sabía leer, pero en cuanto reconoció el sello del rey al pie del documento palideció y envió a uno de sus hombres a llamar al alcaide, al tiempo que se apresuraba a franquearle la entrada al visitante. Conducido por el alcaide en persona, Nogaret cruzó un patio húmedo con el suelo lleno de verdín, y tras recorrer un oscuro corredor ascendió por una escalera de caracol que conducía a las estancias superiores. El prisionero al que debía visitar estaba arriba, en la torre norte, en un calabozo circular con el suelo alfombrado de paja.

—¿Está suelto? —inquirió Nogaret mientras el carcelero descorría los dos cerrojos.

—No, messire, está encadenado al muro, como es preceptivo.

Nogaret era cobarde. Por nada del mundo se hubiera quedado a solas con un pirata peligroso, pero si estaba encadenado era distinto.

—Quiero verlo a solas —dijo alzando una mano con un gesto perentorio hacia su secretario y la escolta—. Aguardad aquí.

Penetró en la mazmorra, con la cabeza agachada porque el dintel era muy bajo, y cerró la puerta. La luz que se filtraba desde un ventanuco alto iluminaba débilmente la estancia. El prisionero permanecía recostado en un poyo corrido a lo largo del único muro recto. Se había fabricado una colchoneta cosiendo su capa y embutiéndola de paja y parecía resignado a su suerte. No se molestó en incorporarse cuando el guardián le avisó, a través del ventanuco, de que tenía una importante visita.

La estancia apestaba a letrina, pero Nogaret prefirió prescindir del pañuelo perfumado que llevaba en la faltriquera. No convenía mostrar delicadeza alguna ante el prisionero.

—¿Te llamas Lotario de Voss?

El prisionero apartó la mirada del techo oscuro de la celda para contemplar distraídamente al hombrecillo enteco que lo interrogaba.

—¿Y tú quién eres?

Nogaret pasó por alto la impertinencia de aquel insolente que no le otorgaba tratamiento y respondió:

—Guillermo de Nogaret, legista del rey.

—Es un gran honor—repuso Voss reprimiendo un bostezo y volviendo a mirar al techo—. ¿Has venido a consolarme?

Nogaret celebró el chiste con una sonrisa helada.

—Los mercaderes genoveses ofrecen veinte libras por tu cabeza —informó en tono neutro—, pero no acabo de decidirme a cerrar el trato; los pisanos, probablemente, ofrezcan más.

—Todos tenemos que morir —comentó Lotario de Voss encogiéndose de hombros—. Pero seguramente el rey de Francia no ha mandado a su chupatintas para informarme de esas cosas, sino porque necesita algo de mí.

Ya sabía Nogaret que el prisionero *era* condenadamente astuto, así que se dejó de rodeos y fue directamente al grano.

—Te ofrezco la libertad y una buena recompensa.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de que trabajes para mí. Es cuanto te puedo decir. Sólo te explicaré los detalles si aceptas.

—¿Mi hermano también quedará libre?

Nogaret sonrió.

—Tu hermano no tiene tanta suerte. Se quedará aquí como rehén para asegurarnos de que cumplas tu misión.

—Tendré que pensármelo.

—No hay tiempo para pensarlo. Tienes que decidirte ahora mismo.

—¿Llevará mucho tiempo el trabajo?

—Puede que meses. No sé.

—En ese caso le asignaréis a mi hermano una celda decente, con una ventana que dé al campo y la ración de un guardia, no la de un prisionero.

—No hay inconveniente —asintió Nogaret.

—En ese caso acepto. Nogaret se volvió hacia la puerta.

—¡Carcelero, abre!

El carcelero descorrió el cerrojo y abrió la puerta, que chirrió sobre sus goznes.

Nogaret salió y aspiró el aire menos apestoso del corredor. El alcaide lo aguardaba con gesto solícito.

—Libera a ese hombre en nombre del rey —dijo Nogaret tendiéndole una orden sellada por el canciller—. ¿Hay en este lugar un sitio que no apeste?

—Arriba, messire, en mis habitaciones.

—Pues traedme allá al preso y a su hermano.

Al día siguiente, Nogaret recibió al teutónico excarcelado en su oficina de la Contaduría Real. Lotario de Voss, bañado, afeitado y ataviado con un jubón con vueltas de piel adquirido en un ropavejero del Sena, parecía un caballero. Sólo desentonaba la daga que llevaba al cinto, una daga común, con las cachas de madera, de las que los cuchilleros venden por dos piezas de plata.

—Me alegra ver que tu aspecto ha mejorado notablemente

—dijo Nogaret.

En la estancia olía a tinta. Lotario de Voss paseó su cínica mirada por los anaqueles abarrotados de textos legales, por los escritorios dispuestos junto a las ventanas y por los columbarios que cubrían los muros hasta la altura que alcanza el brazo. En cada casilla había documentos enrollados, con el sello de lacre o de plomo colgando de una cinta.

—¿Qué esperas de mí?

—¿Conoces a un templario llamado Juan Vergino?

—No.

—¿Y a un tal Roger de Beaufort? El semblante de Lotario de Voss se ensombreció.

—Conozco a Roger de Beaufort —dijo—. Tenemos pendiente una vieja deuda.

Nogaret no disimuló su sorpresa.

—¿Una vieja deuda?

El prisionero levantó el brazo izquierdo y Nogaret vio que en lugar de mano tenía una especie de pinza monstruosa formada por los dedos índice y pulgar y media palma de la mano.

—Hace quince años que ese Beaufort me debe tres dedos, pero desde entonces los intereses de la deuda han aumentado bastante —dijo sombríamente—. Cuando ajustemos cuentas tendrá que pagarme mucho más.

Nogaret se sintió satisfecho. Sabía que en ciertos individuos el rencor y el anhelo de venganza son más fuelles que la ambición. Quizá Lotario de Voss pertenecía a esa clase.

—Tu amigo Beaufort y el tal Vergino salieron de París hace quince días —prosiguió con un deje de ironía—. Iban en dirección a Marsella, desde donde se disponían a embarcar con rumbo a África, pero han conseguido burlar a los hombres del rey que los seguían y hemos perdido la pista.

—Y esperas que los encuentre.

—Exactamente.

—¿Qué misión tienen? Nogaret titubeó.

—El maestre del Temple asegura que el Arca de la Alianza está en África y ha enviado a esos dos a recuperarla.

—Y ¿qué debo hacer cuando dé con ellos?

—Síguelos hasta el Arca y apodérate de ella. Si lo consigues, serás tan rico que tu hermano y tú no tendréis que dedicaros a la piratería y podréis residir libremente en el reino de Francia, si así lo deseáis.

Lotario de Voss le dirigió una mirada recelosa.

—¿Y si no la consigo?

Nogaret se encogió de hombros.

—Más te vale conseguirla. Piensa en tu hermano.

9

Desde una ventana de la posada del Gato Negro, cerca del puente Viejo, en París, Lotario de Voss contemplaba su primer amanecer en libertad. Por encima de los tejados, la claridad violácea iba rescatando de la noche las negras torres del Temple. El teutón había dormido mal. Acostumbrado al duro jergón relleno de paja de su calabozo, el cuerpo extrañaba la cama de lana mullida. Había pasado la noche en vela rememorando acontecimientos pasados.

Lotario de Voss había nacido en una aldea de Pomerania. Cuando tenía catorce años, una epidemia de peste diezmó a su familia y él se quedó a cargo de unos tíos que, no contentos con vender la casa y el patrimonio de sus padres, lo hacían trabajar de sol a sol para pagar su manutención y la de su hermano Gunter, de cuatro años. Lotario aguardó pacientemente a que el pequeño Gunter se fortaleciera. Vigilaba su crecimiento como una madre hace con su hijo, le reservaba los mejores bocados. Una noche tomó a su hermano de la mano y abandonó la casa con un hatillo de ropa, dos panes y medio queso que había sustraído de la despensa. Durante veintidós días cruzaron bosques y pantanos, por los caminos más solitarios, hasta que, extenuados, rotos y descalzos, llamaron a la puerta del monasterio de Habelberg, donde los frailes, después de escuchar la triste historia que Lotario les había preparado, los acogieron y los alimentaron. Por aquellos días, los monjes estaban ampliando las dependencias del monasterio y Lotario, que había aprendido a trabajar el hierro al lado de su tío, consiguió que lo admitieran como aprendiz. Dos años después, cuando tenía dieciséis, una escuadra de caballeros teutónicos pernoctó en el convento de camino hacia Hamburgo, donde embarcarían para Tierra Santa. Lotario se quedó prendado de las capas blancas adornadas con una cruz negra ribeteada de oro, pero sobre todo lo fascinó la perspectiva: conocer las tierras de ultramar, las montañas donde Jesucristo predicó y murió, visitar las ciudades de los sarracenos, entrar en sus palacios, pasear por mercados que huelen a especias misteriosas, a almizcle y a perfume, y penetrar en huertos secretos en los que crecen palmeras datileras y otros árboles de frutas nunca vistas. El esplendor de la aventura atraía al joven Lotario. En Habelberg, envejecería majando hierro en un yunque sin posibilidades de ir a ningún lugar situado más allá de los montes vecinos. En ultramar vería el mundo. El comandante de la expedición lo examinó concienzudamente y decidió admitirlo en calidad de auxiliar, por su condición de herrero.

En una nave redonda de la Hansa, el joven Lotario recorrió las costas de Europa, pasó las columnas de Hércules y se internó en el Mediterráneo. Atrás se quedó el pequeño Gunter, al cuidado de los frailes.

En los cuarteles de Acre, Lotario destacó por su inteligencia y disposición. En menos de un año ascendió de simple fámulo del armero a escudero. Cuando cumplió los dieciocho le permitieron instruirse en el manejo de las armas. La orden teutónica no solía aceptar entre sus miembros a caballeros de linaje dudoso, pero la escasez de caballeros en Tierra Santa era tan apremiante que el maestre decidió admitir a Lotario. Dos años más tarde era caballero profeso con una encomienda menor en uno de los castillos avanzados del camino de Damasco, un lugar especialmente peligroso, infestado de bandidos y de sarracenos fanáticos, donde, si uno le tenía apego a la vida, tenía que dormir con un ojo abierto.

Corrían malos tiempos para el reino latino de ultramar. Los reyes de la cristiandad se habían desentendido y los cruzados, faltos de recursos, practicaban una guerra defensiva que apenas alcanzaba a mantener a duras penas las plazas fuertes y los castillos que guardaban los caminos. En esta guerra, Lotario de Voss destacó por su valor y por su astucia, por su capacidad de tomar la iniciativa en las situaciones más apuradas y de sobreponerse a la adversidad. De simple encomendero ascendió rápidamente a alférez y después a alcaide de la fortaleza de Starkenberg, el castillo más antiguo de la orden, no lejos de Acre, donde los teutónicos tenían su hospital principal y Ja casa madre. Fue entonces cuando su hermano Gunter, que ya había completado el noviciado en el convento de Bremen, se le unió desobedeciendo sus indicaciones. Lotario de Voss adoraba a su hermano, del que se había sentido protector y padre desde su orfandad, pero sabía que los días de la orden en ultramar estaban contados y que las únicas oportunidades de promoción estaban en Prusia y en Polonia, donde el grueso de la orden teutónica arrebataba a los eslavos territorios extensos y ricos.

En vísperas de la conquista de Acre, cuando el inmenso ejército sarraceno se aproximaba a la última ciudad bajo el poder de los cristianos, el maestre de los teutónicos en Tierra Santa contrató una galera genovesa para que evacuara a los defensores del castillo de Starkenberg, última guarnición teutónica. Lotario de Voss, desobedeciendo las órdenes recibidas, prefirió embarcar las provisiones en lugar de destruirlas, puesto que conocía la precariedad de recursos de los defensores de Acre, y condujo a sus caballeros por tierra, respondiendo bravamente al acoso de las avanzadillas de jinetes mamelucos que precedían al ejército del califa. Lotario fue recibido con ovaciones cuando llegó a Acre, tres días después, sin perder un solo caballero.

Unos días antes, el maestre teutónico de ultramar se había marchado alegando problemas de salud, aunque los otros cruzados lo interpretaron como una cobardía en vísperas del asedio. En estas circunstancias, la hazaña de Lotario de Voss restituyó el prestigio de la orden. El nuevo maestre, Conrado de Feuchtwangen, recibió a Lotario de Voss con todos los honores y le impuso la espuela de hierro sobredorado con la que los teutónicos distinguían a sus héroes. Durante el resto del asedio, Lotario de Voss fue uno de los combatientes más esforzados, destacando especialmente en la defensa de la torre del Legado, pero dos días antes del asalto final, cuando más se esperaba de él, cambió su fortuna.

Llovían las flechas como granizo sobre el parapeto de la torre del Legado, defendida por una docena de teutónicos y otros tantos hospitalarios y templarios. En las almenas, protegido por un pavés de madera acribillado de flechas, Lotario de Voss tensaba una ballesta de acero. Cuando la cuerda llegó al tope, introdujo un virote de hierro de un palmo de largo, con aletas de cuero, y se asomó precavidamente. Delante de la muralla, protegida por grandes manteletes rodantes, una muchedumbre de sarracenos ululantes corría hacia el muro. Eran valientes aquellos paganos. Las largas y pesadas escalas de asalto pasaban ágilmente de mano en mano por encima de las cabezas. Detrás del rebaño, los sargentos descargaban bastonazos inmisericordes sobre los rezagados. Más retrasados aún, centenares de tambores producían un ruido ensordecedor.

Lotario de Voss buscó un blanco adecuado en el campo visual que enmarcaba su almena. En lo más apretado de la turba asaltante, un escuadrón de mamelucos avanzaba arengado por un oficial, un hombre alto tocado con un elaborado yelmo puntiagudo con incrustaciones doradas. Una lujosa cota de malla persa lo cubría hasta los pies y en la mano blandía una espada de Damasco, con su característico pomo en forma de flor. Evidentemente se trataba de un jeque, o de un caudillo ramoso, una presa digna de consideración. Lotario de Voss se incorporó temerariamente entre dos almenas. Un sargento sarraceno gritó al pie del muro y lo señaló mostrándoselo a los arqueros. La primera flecha le silbó cerca del oído pero, indiferente al peligro, Lotario se concentró en su objetivo, apuntó cuidadosamente y pulsó el disparador. Con un chasquido siniestro, la ballesta dejó escapar el proyectil. El teutónico se agachó al resguardo del mantelete justo a tiempo de evitar una rociada de flechas. Gateó un par de metros cambiando de posición y volvió a asomarse para comprobar si había acertado. Plenamente. El magnate de la espada damascena agonizaba en tierra rodeado de sus desolados servidores. El hierro le había entrado por el ojo derecho y le había traspasado la cabeza hasta la nuca.

Lotario de Voss apoyó en el suelo el estribo de la ballesta y volvió a tensarla para un nuevo disparo. En ello estaba cuando una voz resonó a su espalda entre el estruendo de la tamborada.

—¡Hermano Lotario!

Era un escudero de la orden, un muchacho de apenas quince años, amigo de su hermano Gunter. Traía las ropas salpicadas de sangre como todos los que trabajaban en la enfermería.

—¿Qué ocurre?

—Gunter. Lo han herido.

Lotario de Voss dejó caer el arma. Ajeno al peligro, se incorporó abandonando la protección del mantelete.

—¡Mi hermano! ¿Qué dices? —exclamó agarrando al mensajero por los hombros con tanta fuerza que lo lastimaba.

—La herida no es grave. Una piedra voladora cayó en la caldera de la enfermería y le roció la espalda con agua hirviendo.

—¿Dónde está?

—En la enfermería. Le están aplicando ungüento, pero la quemadura es grave, las ampollas se inflan y el físico de las llagas no se las puede sajar porque está atendiendo a los caballeros heridos. Gunter no deja de llorar, llamándote.

—¡Voy ahora mismo!

El comandante de la torre, un escocés corpulento, con la cabeza vendada, se interpuso.

—¡No puedes abandonar tu puesto, Lotario! Los sarracenos están acumulando escalas ahí abajo. Nos asaltarán de un momento a otro y la mitad de los hombres están heridos.

Lotario, lanzando centellas por los ojos, apartó a su superior de un empujón y se precipitó escalera abajo. El enfermero lo siguió.

11

El correo, un joven novicio, entró como un relámpago en el palio de la encomienda de Bonlieu, descabalgó de un salto, preguntó a un lego por los freires viajeros y se precipitó escalera arriba.

—Una carta del comendador de Latour, padre —dijo entregando la misiva—. Ayer recibimos un mensaje del Temple de París por paloma mensajera.

Vergino miró a Beaufort con semblante preocupado. La paloma mensajera era un procedimiento que sólo se usaba en casos de extrema gravedad. Quizá el maestre había decidido que viajaran por mar, después de todo. En cualquier caso, en seguida iban a salir de dudas. Vergino desgarró el sello y desplegó el papel. El comendador de Latour lo saludaba formulariamente y a continuación transcribía el mensaje cifrado recibido de París: «El legista Nogaret ha liberado de las cárceles del rey a un pirata renegado llamado Lotario de Voss y le ha encomendado que os localice y capture el Talismán.»

—¿El Talismán? —inquirió Beaufort—. ¿Qué Talismán?

—Así es como acordé con el maestre que llamaríamos al Arca en los comunicados.

Volvió a leer el mensaje en voz alta. Beaufort se quedó pensativo. Un renegado llamado Lotario de Voss. ¿Dónde había escuchado aquel nombre? Trató de recordar.

Lotario de Voss. Un nombre antiguo. Un nombre cuya evocación le producía cierto malestar. Seguramente un nombre de ultramar, un nombre escuchado muchos años atrás, pero no lograba asociarlo con un rostro ni con unos acontecimientos. Quizá el nombre de un hermano de la provincia germánica. Beaufort había convivido con algunos de ellos en la fortaleza de Tel Keisan. Hizo memoria repasando sus semblantes. No, ninguno se llamaba Lotario. Quizá un caballero teutónico de los que conoció en Acre.

Un caballero teutónico. Un caballero con una capa blanca con una cruz negra en el hombro pareció surgir de la bruma ante sus ojos velados. Un teutónico. Beaufort vio una espuela dorada con la cruz teutónica en negro, la condecoración que los freires germanos reservaban para sus campeones.

De pronto cayó en la cuenta. Lotario de Voss. En los días de Acre. Aquel alcaide del castillo de Starkenberg que evacuó a sus fuerzas por tierra sin perder ni un solo hombre. Un héroe de la última batalla, cuando todo o casi todo estaba perdido. Recordó también las tristes circunstancias en que lo conoció. En los últimos días de Acre, las deserciones y las traiciones eran tan frecuentes que el gobierno de la ciudad instituyó un consejo de *guerra* permanente para juzgar sumariamente a los desertores. El maestre del Temple designó a Roger de Beaufort como representante de la orden. Dos días antes de la caída de la ciudad compareció ante el tribunal aquel Lotario de Voss, acusado de cobardía porque había desamparado su puesto de la torre del Legado en el crítico momento en que los sarracenos la escalaban. A Roger de Beaufort le tocó decidir el castigo como juez de día. No fue demasiado severo. Tomó en consideración el prestigio del encausado y decidió transferir el caso al tribunal de apelación. Mientras tanto sentenció arresto en grilletes y ayuno en los calabozos del Patriarcado.

Lotario de Voss solicitó un aplazamiento del calabozo hasta después de conjurado el peligro, pues deseaba volver a la lucha junto a sus camaradas, pero el legista del tribunal había dado instrucciones precisas sobre los delitos y sus penas y Beaufort prefirió no vulnerarlas. Dos días más tarde, cuando la ciudad invadida estaba a punto de sucumbir,

Beaufort, que junto con otros intentaba contener a los sarracenos en la puerta de San Antonio, recordó que el teutónico estaba encadenado en el calabozo del Patriarcado y envió a liberarlo a un sargento. Meses después, en Chipre, supo que un proyectil de catapulta había matado al sargento antes de llegar. Siempre había supuesto que Lotario habría sido degollado por los mamelucos que ocuparon la prisión aquella misma tarde, y aunque la desgracia se debiera más a una concatenación de tristes circunstancias que a su propia responsabilidad, lo cierto es que, durante años, había sentido remordimientos. Ahora, aquel Lotario de Voss volvía a aparecer y él no sabía si alegrarse de que siguiera vivo.

A doce jornadas de camino de Beaufort, Lotario de Voss rememoraba en aquel preciso momento sus últimos días en Acre, cuando la ciudad estaba irremisiblemente condenada. Podía ver la estancia fétida y oscura donde agonizaban, entre demenciales alaridos, los quemados de nafta. Allí, tendido en un camastro del rincón, entre orinales que nadie se acordaba de vaciar y vendas podridas que nadie lavaría porque para la ciudad ya no existía un mañana, el pobre Gunter padecía los tormentos del infierno con toda la espalda levantada en una llaga supurante. Lotario le tomó la mano con ternura, como cuando de niño sufría pesadillas en la choza de Pomerania, y Gunter, volviendo el rostro terriblemente pálido, reconoció a su hermano e intentó sonreír con los labios agrietados.

—Agua —suplicó—. ¡Dame agua! Pido agua, pero nadie me atiende.

Lotario salió al corredor. Un grupo de cirujanos con las ropas y los bonetes salpicados de sangre recibían instrucciones de un hombre enteco y lampiño. Lotario se dirigió a él.

—¡Mi hermano necesita agua!

El cirujano jefe, visiblemente molesto por la interrupción, fulminó al intruso con una mirada iracunda.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó. Tenía la voz atiplada y los ojos claros y acuosos—. Si no estás herido, tu puesto está en la muralla.

—¡Mi hermano necesita atención!

El cirujano montó en cólera.

—¡Abandona inmediatamente mi hospital!

—¡Mi hermano se muere de sed!

—¿No me has oído? —el cirujano se creyó en la obligación de demostrar su autoridad en presencia de sus subordinados—. Si no sales inmediatamente de esta enfermería, ordenaré que te expulsen.

Lotario llevaba años esforzándose en doblegar su vehemencia y en mostrarse humilde con los soberbios. Aunque le hervía la sangre, probó a ser manso con aquel sujeto.

—Os lo suplico, messire: mi hermano se está muriendo de sed.

—Lo atenderán cuando le toque —replicó el médico—. Ahora márchate.

Lo había empujado. Había tomado la mansedumbre por debilidad y lo había empujado con aquella manita morena y nudosa que parecía la garra de un gavilán. La nube roja de la ira veló los ojos del teutónico. Como movido por un resorte, con un automatismo completamente ajeno a su voluntad, descargó un puñetazo furioso sobre la nuez del alfeñique. El médico cayó al suelo sacudido por toses agónicas. Al punto, los cirujanos llamaron a los guardias del patio, que subieron la ancha escalinata de piedra y formaron un círculo de lanzas en torno al delincuente. El sargento que los mandaba conocía su oficio. Golpeó al intruso en la nuca obligándolo a arrodillarse, y le colocó los grilletes.

El calabozo, poco más que una cueva excavada en la roca, en los sótanos del palacio del Patriarcado, estaba débilmente iluminado por la claridad plomiza que se filtraba desde el foso seco a través de un ventanuco. La cadena que sujetaba a Lotario *de* Voss al muro era fuerte. A falta de candado, el carcelero le había remachado un pasador sobre el cierre de Ja muñeca izquierda.

El viernes 18 de mayo de 1291 amaneció cargado de funestos presagios. Desde las primeras luces del alba, las catapultas sarracenas bombardearon los barrios *de* la ciudad con piedras volanderas y con pucheros de nafta. Nadie se ocupaba de apagar los incendios y las nubes de humo ascendían por el cielo azul. En la lejanía, los tambores mamelucos se percibían como el rumor de una tormenta distante.

Mediada la mañana, el palacio patriarcal se llenó de voces angustiadas. «¡Los sarracenos han roto el muro de San Nicolás y han derribado la Torre Maldita!», escuchó Lotario de Voss a través de la reja que daba a la calle. El Patriarcado se conmocionó. Resonaron las carreras de escribanos, criados y soldados saqueando apresuradamente las estancias superiores. Una catarata humana se precipitó por la monumental escalinata decorada con banderas y trofeos que recordaban el esfuerzo de los cristianos en tiempos más heroicos.

«Las comadrejas huyen del árbol incendiado», pensó el prisionero. Llevaba un rato llamando al carcelero sin obtener respuesta. Repitió la llamada levantando la voz, por si el esbirro estaba asomado a la ventana curioseando la calle, pero tampoco obtuvo respuesta. El carcelero había abandonado su puesto. Total, sólo tenía un huésped y estaba encadenado al muro. No iba a huir.

Arriba crecía el tropel. Se oían alocadas carreras, imprecaciones, insultos, incluso blasfemias que en otro momento menos desesperado se habrían castigado con cepo, azotes e incluso mutilación de la lengua.

Acre estaba perdida.

Lotario de Voss gritó hasta desgañitarse pidiendo ayuda en nombre de Dios y de Nuestra Señora. En vano. De pronto cesaron las carreras. Comprendió que el carcelero también había huido, que estaba solo en el enorme edificio y abandonado a su suerte.

Tenía que salir de allí como fuera. Pronto llegarían los sarracenos y lo encontrarían encadenado a la pared. No se hacía ilusiones. En otras circunstancias quizá lo habrían hecho prisionero para pedir un rescate o para venderlo como esclavo, pero la caída de Acre les iba a proporcionar tantos esclavos jóvenes que nadie daría un chavo por uno que ya había rebasado los treinta años, menos aún si no conocía otro oficio que el de las armas, un tipo peligroso del que cualquier amo juicioso no podría fiarse nunca. No, seguramente lo degollarían allí mismo.

La perspectiva de morir no le preocupaba especialmente. Se había acostumbrado a considerar esa eventualidad desde que desembarcó en Tierra Santa e ingresó en la orden. Sabía de sobra que la muerte no era más que uno de los muchos azares cotidianos. Pero no podía consentir que mataran a su hermano, al pobre Gunter. Se imaginó a los mamelucos, en el lazareto abandonado por los médicos, degollando a los heridos, acuchillando los cuerpos de los moribundos. Le pareció percibir la voz infantil de Gunter gritando su nombre.

Agarró la cadena con ambas manos y, haciendo fuerza con los pies en el muro, tironeó durante un buen rato intentando arrancarla. En vano. El hierro estaba metido profundamente en la piedra, remachado sobre la cara interna del sillar, y no cedía un ápice. Lotario se detuvo, jadeante. El vocerío de la calle se había alejado hasta convertirse en un rumor. Los vecinos abandonaban el barrio para acogerse a la única salvación posible, el puerto.

Volvió a forcejear con los grilletes, con renovados ímpetus durante un buen rato hasta despellejarse la muñeca. La cadena no cedía. Afuera resonó el estampido de una piedra al rebotar contra el escarpe del foso. Las máquinas sarracenas bombardeaban sistemáticamente la ciudad condenada.

Lotario de Voss sudaba copiosamente. Se concedió un respiro antes de volver a la tarea. En el muro opuesto, una rata asomó el hocico por su madriguera, venteó ligeramente

el aire y desapareció. Unos segundos después salió, seguida de otras tres ratas menores, y huyeron escalera arriba.

Ocurría algo. Lotario aguzó el oído. Entre sus propios jadeos entrecortados le pareció percibir un rumor diferente que venía de arriba. ¡Agua! La piedra sarracena había destrozado la compuerta de la esclusa y el agua del mar estaba invadiendo el toso. Por el respiradero brotó un chorro de agua con tal fuerza e alcanzó el muro frontero. Miró la puerta entrecerrada. La fundación la empujó, abriéndola de par en par, y en un instante los cinco peldaños se convirtieron en una catarata de agua y lodo. Lotario de Voss calculó que el último peldaño quedaba por encima de su cabeza hasta donde la cadena le permitía incorporarse. Después de todo no lo iban a degollar los sarracenos: iba a morir ahogado. El agua le llegaba ya por las rodillas. No le daría tiempo a arrancar la cadena. El pobre Gunter estaba condenado. Nadie acudiría a salvarlo. Su única esperanza era él y dentro de unos minutos estaría muerto.

Entonces concibió otra manera de escapar, la única. Extendió la mano prisionera, la mano larga de dedos elegantes, fuertes como el acero, que, si seguía adelante con su determinación, estaba mirando por última vez. La argolla que la apresaba tenía cierta holgura. Sin el estorbo de los dedos meñique, anular y quizá el corazón, podría liberarla y sobrevivir. De otro modo estaba fatalmente condenado a perecer ahogado. No debía perder un segundo.

Lotario de Voss cerró los ojos y se clavó los dientes en el pulpejo de la mano hasta que sintió brotar, cálida, la sangre. Escupió el bocado y nuevamente mordió la carne desgarrada, una y, otra vez, hasta que percibió la dureza del hueso entre los dientes. Ajeno al insoportable dolor que se estaba infligiendo, prosiguió su tarea mientras el agua teñida de rojo a su alrededor le llegaba ya a la cintura y no cesaba de subir. Casi se desmayó al dar el tirón que lo liberó cuando el agua le llegaba ya por la barbilla.

12

Lotario de Voss atravesó el barrio genovés camino del puerto. Cargado a la espalda llevaba a Gunter. El muchacho iba envuelto en una sábana aceitada que protegía sus quemaduras, pero aun así gemía a cada paso y no cesaba de suplicar que lo dejara allí porque el dolor era tan insoportable que deseaba morir. Lotario intentaba animarlo hablándole de sus proyectos. Ya no había nada que hacer en Tierra Santa. Regresarían a Pomerania en el primer barco que saliera y se marcharían a los territorios del este, donde los caballeros teutónicos estaban conquistando extensas y ricas provincias. En los países eslavos abundaban las oportunidades de promoción, lejos de los piojos y las miserias de la tierra sarracena. Ascenderían rápidamente. Gunter no servía para las armas, pero sería un excelente abad, un abad de doble papada y voz modulada para el ejercicio del coro.

—Algún día —bromeaba Lotario, intentando sobreponerse al dolor infernal de su mano mutilada—, cuando me hospede en tu convento y tú me ofrezcas una oca asada rellena de salchichas, una jarra de cerveza espumosa y un pan recién horneado, te preguntaré: «¿Recuerdas, hermano, cuando salimos de Acre y tú me dabas la tabarra con que te dejara morir?» Ah, hermano, entonces tendrás que reconocer que hice bien en no abandonarte y me suplicarás que no lo divulgue porque no está bien que los novicios sepan que el señor abad, al que ellos creerán un héroe, flaqueó en el sitio de Acre. Ahora procura ser fuerte, hermano. Nuestra madre, desde el cielo, intercede por nosotros ante la Virgen y

todos los santos para que el dolor pase pronto. Las callejas y galerías del barrio viejo de Acre, antaño animadas por una multitud de patricios, mercaderes, criados y buscavidas, estaban desoladas y desiertas con las ventanas y las puertas abiertas, algunas con señales de haber sido forzadas por los saqueadores, y se veían enseres y hatos de ropa esparcidos por la calle entre la confusión de cadáveres. En un portal berreaba un niño de pecho abandonado.

—En mala hora nació ése —murmuró Lotario.

De vez en cuando zumbaba una piedra volandera y armaba un estropicio de tejas rotas.

En las gradas de la iglesia de San Sabas, un desertor había abandonado el perpunte y las armas. Lotario de Voss recogió el puñal y se lo guardó en el seno. Cada movimiento de la toalla que le vendaba la mano mutilada le causaba un tremendo dolor. Apoyó a Gunter contra el muro mientras se ajustaba el vendaje.

—Déjame aquí—le suplicó el hermano—. ¡Quiero morir!

—¿Morir? No digas tonterías, hombre. ¿Qué haría yo sin ti, solo en la vida? Te necesito para que me acojas en tu convento cuando sea anciano y las viejas heridas me molesten.

Lotario le había dado la espalda para evitar que le viera la mano mutilada. Cuando acabó de arreglarse el vendaje, que estaba completamente empapado de sangre, se volvió hacia Gunter y le sonrió. El mayor de los Voss sudaba copiosamente.

—Y ahora prosigamos nuestro camino —lo exhortó—. Ya estamos llegando al barco.

¿Pero nos aguarda un barco?

—Claro que sí. Confía en mí, Gunter.

Recorrieron otro par de calles desiertas antes de acceder a la explanada del puerto. Allí el panorama cambió completamente. Una densa muchedumbre enloquecida por el pánico pugnaba por alcanzar las pocas naves que aún se mantenían atracadas junto al muelle. Guardias armados protegían los embarcaderos y no vacilaban en alancear a los que intentaban romper el cordón. Sobre las aguas oscuras flotaban algunos cadáveres.

Los habitantes adinerados de los barrios genovés, pisano y veneciano habían embarcado días atrás, poniendo a salvo las mercaderías preciosas, las sedas, los caballos de raza, los muebles taraceados, las joyas y el oro. Ahora sólo quedaban los pobres, los habitantes miserables de los arrabales de Montmusart, los pupilos acogidos al hospicio de los hospitalarios y los humildes artesanos de los barrios del Patriarcado, del Arsenal y de Montjoie. Desesperados, algunos ofrecían sus magras posesiones, un puñado de monedas de plata, alguna joya de escaso valor, una hija doncella, a cambio de embarcar. En vano: las embarcaciones estaban tan sobrecargadas que, si admitían más peso, podrían zozobrar en cuanto afrontaran el oleaje del mar abierto.

Lotario de Voss, ajeno al ajetreo portuario, se sentó a descansar junto a la lonja de la aduana. Necesitaba tomar aliento y pensar. La horrible herida de la mano, eficazmente cauterizada con el fuego de una antorcha, había dejado de sangrar, pero el dolor era tan intenso que continuamente lagrimeaba y temía no contar con las fuerzas necesarias para salvar a su hermano.

Pasó un hombre gritando que los sarracenos estaban ya en Montmusart, que las banderas mamelucas ondeaban sobre la puerta de San Antonio y que los paganos estaban empalando en las almenas a los defensores del castillo. La noticia corrió de boca en boca y desencadenó una nueva oleada de pánico. La multitud desesperada pugnó por llegar a las naves, pero los guardias reprimieron el asalto, alanceando y acuchillando sin misericordia.

Lotario contempló el puerto con la mirada ávida del león hambriento que avizora la sabana en busca de una presa. La situación no podía ser más apurada. ¿Cómo se las compondría para escapar de la ciudad con su hermano imposibilitado a cuestas y sin dinero ni amigos a los que recurrir? En tales circunstancias no existía posibilidad alguna de

embarcar por las buenas. Sólo podrían escapar de aquella ratonera a punta de puñal.

Lo primero era escoger la nave idónea. Descartó las importantes, fuertemente custodiadas por hombres armados, y se concentró en las pequeñas. En el centro del puerto, había algunas embarcaciones menores abarrotadas de fugitivos, a salvo de eventuales asaltos, que aguardaban la salida de las embarcaciones mayores para realizar la travesía a su amparo. Lotario de Voss las descartó, no estaban a su alcance. Finalmente quedaban algunas falúas pequeñas, transportes portuarios y barcas de pescadores de ribera, que iban y venían llevando mensajes o transportando fugitivos a las naves ancladas en el centro del puerto. Como el lobo que descubre una oveja rezagada, los ojos del teutón repararon en una chalupa que se mantenía algo apartada y parecía aguardar, inmóvil, frente a la coracha de la torre de las Moscas, a la salida del puerto. Sus dos tripulantes vigilaban el largo malecón que unía la torre de las Moscas con el barrio de los pisanos. Era evidente que aguardaban a alguien. ¿Para salir a mar abierto o simplemente para transportarlo a alguna de las naves ancladas en el puerto? La barca parecía sólida y estaba aparejada con una vela grande que permanecía recogida. Seguramente podría navegar hasta Chipre.

Gunter se agitó quejumbroso y pidió agua con un hilo de voz. Lotario le apoyó amorosamente la cabeza en un pliegue del paño que lo envolvía y le estrujó sobre los labios resecos un pañuelo mojado. Luego se desentendió de él y volvió a observar a los dos hombres en la barca frente a la torre de las Moscas. Uno tenía barba blanca y vestía decentemente; el otro vestía una sencilla camisa de lana cruda y se tocaba con la gorra bermeja de los pescadores. El único embarcadero practicable por aquella parte era la escalera de carcomidos peldaños que descendía hasta el agua, al pie de la misma torre de las Moscas. El pasajero al que esperaban tendría que recorrer el malecón hasta aquel punto y ellos tendrían que aproximarse para recogerlo. Por el lado del malecón que daba al mar existía una trocha, Lotario lo sabía, una vereda irregular empleada por los pescadores de caña y, por la noche, por las humildes prostitutas del barrio de los pescadores. Este camino estaba oculto a la vista y llegaba hasta las proximidades de la torre de las Moscas. Lotario cargó nuevamente con Gunter, que había dejado de quejarse, y, cruzando la coracha, descendió por las rocas y siguió la vereda hasta las inmediaciones de la torre de las Moscas. El viento marino daba de pleno y traía un aroma de sal y yodo que contrarrestaba el tufo a cadáver e incendio procedente de la ciudad. Lotario depositó a su hermano sobre la arena, al amparo de unas rocas, cerca de la torre, y se agazapó a pocos pasos del embarcadero. No sabía cuánto tiempo tendría que esperar. Se ajustó otra vez el vendaje, reprimiendo las quejas, y examinó la daga. No era gran cosa, pero serviría. Por si acaso se proveyó también de un guijarro de regular tamaño.

No tuvo que aguardar mucho. Al poco tiempo oyó hablar a los hombres de la falúa y escuchó el batir de los remos. Habían divisado a su pasajero y se aproximaban a tierra. Lotario se asomó precavidamente. A veinte metros de distancia, una mujer que llevaba un bulto en los brazos, quizá un niño, se apresuraba por la coracha y de vez en cuando volvía la cabeza para cerciorarse *de* que nadie la seguía. La falúa se acercó al embarcadero. Desde su escondite, Lotario percibió el topetazo de los maderos contra el primer peldaño de la escalera. El barbudo saltó a tierra y tiró de un cabo afirmando la barca. El otro recogió los remos y se acercó a ayudar. Lotario pensó que el de la barba debía de ser el marido de la fugitiva. Abandonó su escondite y tomando a los hombres por sorpresa, apuñaló al de la barba directamente en el corazón y propinó al otro una pedrada en la sien que lo dejó sin sentido. El de la barba, aunque estaba muriéndose, hizo un esfuerzo para prevenir a la mujer. Lotario lo apuñaló nuevamente en la boca y de una patada lo lanzó al agua. Lo que menos necesitaba era que llamara la atención de otros merodeadores desesperados por abandonar la ciudad.

La mujer, cuando vio a su marido flotando en el agua, exangüe, profirió un aullido de

desesperación y, dejando a la niña en el suelo, se precipitó contra el asesino con las manos engarfiadas. Lotario la recibió con una zancadilla que la proyectó, con su propio impulso, contra las rocas, unos metros más abajo.

El teutónico no perdió el tiempo. Tomó en brazos a Gunter y lo trasladó a la barca. Descubrió con satisfacción que a bordo había mantas, comida y agua, lo suficiente para viajar a Chipre. Llenó un balde de cuero en el mar y lo vació sobre la cabeza del patrón, que volvió en sí con un escalofrío.

—Basta ya de dormir, que tenemos trabajo. El barquero entornó los ojos, extraviada todavía la mirada, y sacudió la cabeza. Sorprendido de seguir vivo, y quizá agradecido, no puso objeciones a las órdenes del espectro manco que había asesinado a sus pasajeros.

—Ibas a llevarlos a Chipre, ¿no? —inquirió Lotario señalando el cadáver del barbudo. El otro asintió.

—Pues llévanos ahora a nosotros. Puedes quedarte con la recompensa que te hayan ofrecido, pero no intentes ninguna jugarreta o te rebanaré el pescuezo.

—Soy persona de paz y no quiero líos.

El barquero apoyó un remo en las rocas y se apartó del embarcadero. A continuación izó la vela. Una suave brisa se embolsó en ella impulsando la embarcación.

—¡Al mar! —ordenó Lotario de Voss.

—¿No nos reunimos con los otros? —preguntó el barquero, señalando las barcas de escaso calado que se agrupaban cerca de las naves grandes.

—No, dirígete directamente al mar.

El pescador timoneó rodeando la escollera en torno a la torre de las Moscas para salir al mar. Antes de que doblaran el extremo del malecón, Lotario de Voss volvió la cabeza para contemplar la ciudad por última vez. Acre estaba condenada. Una espesa humareda negra se elevaba de Montmusart. El tejado de la iglesia de San Andrés, hecho con pizarra traída de Francia, brillaba al sol como un espejo. Lotario de Voss paseó la mirada por los tejados rojos, las azoteas blancas, el verdor de los huertos. Allí terminaba la aventura de las cruzadas iniciada por la cristiandad dos siglos atrás con tanto entusiasmo. Aquello era lo que quedaba: un puerto atestado de fugitivos enloquecidos que antes de la puesta de sol serían degollados o esclavizados por los sarracenos. En el rompiente de la torre de las Moscas, la viuda había recogido a su bebé y lloraba ante el cadáver de su marido.

Lotario de Voss acarició la mejilla de su hermano, que volvía a quejarse.

—¡Ánimo, lobito, que lo peor ha pasado ya! Verás cómo te restableces pronto.

—¿Qué te pasa en la mano? —preguntó Gunter entre dos hipos.

Gunter, tan dolorido como estaba, se preocupaba por él. Lotario se emocionó hasta sentir un nudo en la garganta.

—Una herida sin importancia —respondió con la voz quebrada—. En cuanto lleguemos a Chipre nos restableceremos rápidamente, ya lo verás.

El marinero gobernaba la vela con notable destreza. Bordearon la escollera de la torre de las Moscas, salieron al mar abierto y pusieron rumbo a la isla.

Navegaron el resto del día y durante toda la noche. Mediada mañana siguiente, al despejarse una espesa bruma que los había envuelto desde el amanecer, vieron brillar el sol sobre el espinazo montañoso de una isla.

—Eso es Chipre —señaló el barquero.

Encontraron una caleta solitaria con una playa de arena fina protegida por un promontorio, un lugar discreto apropiado para desembarcar. El marinero dirigió diestramente la embarcación hasta vararla en la arena, abatió la vela y ayudó a Lotario a desembarcar a su hermano. Se sentía aliviado por quitarse del encima a aquel quejica que no había parado de gemir en toda la noche. Lo llevaron al amparo de unas rocas, extendieron una manta *y* lo dejaron descansando sobre la arena.

—Messire, me habías prometido dejarme ir libremente si te traía a Chipre —le recordó el pescador.

—Y cumpliré mi promesa —respondió Lotario—. Te ayudaré a sacar la barca y podrás dirigirte a donde te plazca.

Regresaron a la embarcación y la impulsaron nuevamente hacia el mar. El pescador subió a bordo mientras Lotario sostenía la barca con el agua por la cintura.

—Ahora enarbola la vela y lárgate —ordenó. El barquero accionó diestramente los aparejos y fijó la vela. La brisa marina empujaba el lienzo contra el negro mástil.

—Adiós, amigo —dijo disponiéndose a maniobrar. Lotario devolvió el saludo con la mano e hizo ademán del regresar a la playa, pero a mitad del movimiento se volvió como si olvidara algo.

—Una última recomendación para cuando regreses a Acre. El pescador se inclinó, solícito.

Fue como un relámpago. Apareció el puñal en la mano del cruzado y un momento después el pescador agonizaba sobre la borda mientras su garganta abierta vaciaba sobre el mar un chorro humeante de sangre.

—Lo siento, amigo —dijo Lotario—. Habías oído a mi hermano pronunciar mi nombre muchas veces y seguramente me ibas a denunciar al Consejo de las Órdenes.

Lotario contempló la agonía con la mirada helada, y cuando todo hubo concluido, limpió el puñal en las ropas del difunto y salió del agua. Con la sal del mar, le ardía la mano mutilada. Apartó el vendaje y se examinó la herida. El muñón estaba tan hincha do que parecía la cabeza de un niño, aunque no olía mal. Confiaba en que el cauterio evitaría la gangrena. Se volvió a ajustar la improvisada venda y regresó junto a Gunter.

—¿Dónde estamos, hermano?

—En Chipre. Tierra cristiana. No tenemos nada que temer. Ahora caminaremos un poco y buscaremos ayuda.

La costa estaba despoblada por miedo a las incursiones piratas, pero una legua tierra adentro, un hortelano que sólo hablaba griego los acogió y les ofreció agua fresca e higos con nueces. Aquella noche llegaron, en el carro de otro campesino, a una aldea de casitas blancas con cenefas celestes donde un barbero sangrador les examinó las heridas y les cambió el vendaje. Dos días después, otro aldeano los llevó a Famagusta, cuartel y arsenal de los caballeros teutónicos.

En Famagusta, los vientos soplaban adversos. La ciudad era un hervidero de refugiados, de soldados que vagaban de un lado a otro dudando entre mendigar o delinquir, y de oficiales de las diferentes órdenes que cruzaban miradas aviesas cuando se encontraban, como si los otros fueran los responsables de la caída de Acre. Se pasaban el día en conciliábulos ventilando el porvenir incierto. Lotario de Voss se presentó en la casa de los teutónicos, un sólido edificio en torno a un espacioso patio enlosado rodeado de ventanas góticas con vidrieras, y preguntó por Welf de Turingia, un gigante rubio con el que había compartido armas en los días de Habelburg.

—¡Lotario de Voss! —exclamó al reconocerlo—. ¿Estás vivo? Te habíamos dado por muerto.

—Lo sé. Me dejaron tirado en una mazmorra del Patriarcado, pero conseguí escapar.

Welf de Turingia dirigió una recelosa mirada a un grupo de refugiados que los observaba desde el otro lado del patio.

—Será mejor que salgamos de aquí y nos busquemos un lugar tranquilo donde hablar antes de que alguien te reconozca.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Salgamos —insistió el gigante rubio tomando a su amigo por el brazo.

Fueron a una taberna en el otro extremo de la ciudad y se sentaron en un reservado.

—Tienes que desaparecer —dijo Welf seriamente—. Si te echan el guante, te pudrirás en un convento de penitencia o te cortarán la cabeza directamente.

Lotario de Voss asintió con expresión sombría.

—La isla se ha convertido en un manicomio —prosiguió Welf de Turingia—. Nadie quiere cargar con la responsabilidad de la pérdida de San Juan de Acre: las órdenes achacan el desastre a la rapacidad de los mercaderes italianos y éstos han enviado una comisión al papa para quejarse de la molicie de las órdenes, pero, mientras tanto, los jefazos culpan a sus subordinados y los caballeros alegan la cobardía de los auxiliares. La culpa, como siempre, es de los otros. Los templarios aseguran que la torre del Legado se perdió porque los teutónicos abandonaron su puesto, y el prefecto que estaba al mando de la orden cree que el responsable de todo fuiste tú. Tu nombre circula de boca en boca.

Lotario de Voss asintió.

—¿Qué te pasa en la mano? —preguntó Welf, reparando en el vendaje.

Lotario se miró el brazo.

—No tiene importancia —comentó abstraído—. Esto es lo que menos duele.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Supongo que tendré que buscarme la vida por otro lado.

Welf de Turingia dirigió una mirada nerviosa a su alrededor.

—Bueno, amigo. Yo no puedo permanecer mucho aquí o me echarán en falta. —Introdujo la mano debajo del manto y sacó un puñado de monedas de plata—. Esto es todo lo que tengo. Son tuyas. Ojalá tengas suerte.

Se levantó, puso una mano cordial sobre el hombro del fugitivo y regresó a la casa teutónica. Lotario de Voss miró el puñado de monedas.

Gunter lo esperaba en el puente de Santa Gracia. Se estaría impacientando.

Se levantó y se marchó.

13

Los años siguientes fueron difíciles, pero muy productivos. Proscrito entre los suyos y sin más patrimonio que su inteligencia y sus armas, a Lotario de Voss no le quedó más salida que dedicarse a la piratería. Durante quince años combatió contra los mercaderes genoveses y pisanos, a los que personalmente consideraba responsables de la caída de Tierra Santa. Algunas veces capturó naves templarias, con las que se mostró especialmente cruel, *y* en cada caso no olvidó preguntar a los supervivientes por aquel Roger de Beaufort que lo había cargado de cadenas la víspera de la caída de Acre, pero nadie le supo dar noticia de él. Era como si se lo hubiese tragado la tierra. Finalmente comenzó a admitir que probablemente hubiese perecido en la defensa de la ciudad. Incluso en eso lo había superado. Un hombre fiel a su ideal caballeresco hasta el fin. Un héroe de Tierra Santa que había muerto con la espada en la mano el día en que los cristianos salieron de San Juan de Acre. Un hombre que podía comparecer ante Dios con la mirada limpia. A él, sin embargo, la decisión de Beaufort lo había condenado a ser un proscrito, un asesino, un saqueador de los mares.

Lotario de Voss hizo fortuna como pirata. Al principio, él y su hermano se enrolaron en la nave de un armador libanés, musulmán, que atacaba mercantes entre las islas griegas y Tierra Santa. Su inteligencia y su valor le granjearon el respeto de los infieles hasta el punto de que no tardó en comandar su propia galera, en la que el segundo en el mando era

su inseparable Gunter. Los hermanos De Voss se convirtieron en la pesadilla de la Signoria de Venecia y de los especieros genoveses y pisanos. Al poco tiempo llegaron a un acuerdo: se comprometieron a pagarle un tributo para que respetara su tranco marítimo con el norte de África. Quizá estos triunfos volvieron al pirata demasiado atrevido. Para conseguir mejores presas se arriesgó a interceptar el comercio costero entre Italia, Aragón y Marsella, más allá de Sicilia y Córcega. Todo fue a pedir de boca hasta que, en agosto de 1306, un incendio fortuito de su galera en aguas francesas lo dejó a merced del mar en una barca sobrecargada con las ganancias de diez años de rapiña y con sólo seis hombres. Una galera real los capturó cuando intentaban ganar la costa francesa, donde seguramente habrían logrado escabullirse y regresar a Túnez. Los piratas fueron degollados allí mismo y sus cadáveres arrojados al mar, pero los famosos hermanos De Voss valían mucho más vivos que muertos. El preboste de Marsella los envió, cargados de cadenas, a Felipe el Hermoso, que los hizo encerrar en el castillo de Pugfort. Los comerciantes lombardos, a los que los renegados teutónicos habían infligido enormes pérdidas, estañan dispuestos a comprar a los piratas a buen precio. La cancillería real estaba negociando el precio del rescate cuando el legista Guillermo de Nogaret pensó que Lotario de Voss era la persona adecuada para encontrar la pista de los templarios que se habían esfumado ante sus propias narices.

Sonaron dos golpes en la puerta, se elevó el picaporte y asomó una cabeza.

—¿Messire, da su permiso?

—Entra.

El capitán de los arqueros del rey, Alain de Pareilles, grande como un armario y rubio como un trigal maduro, entró en el aposento con un fragor de cuero y acero y miró con más prevención los anaqueles llenos de libros que a los dos hombres poderosos que estaban sentados en torno a la mesa. Guillermo de Nogaret, que aquella mañana parecía especialmente siniestro con su severa sobrevesta negra, dirigió una mirada de conmiserativo disgusto al patán que se había dejado engañar por los templarios.

—Cuenta, una vez más, lo que sucedió.

El capitán del rey se había destocado rutinariamente al entrar. Retorció su gorra de arquero entre las manazas, mostrando cierta inquietud. Aunque lo suyo no era la narración, se esmeraba en expresarse con elegancia cuando hablaba con cortesanos distinguidos. No quería que lo tomaran por lo que parecía.

—Como messire sabe —comenzó después de carraspear ligeramente—, habíamos controlado las tres puertas del barrio del Temple para que nadie pudiera salir de la ciudadela sin ser notado y habíamos apostado centinelas, día y noche, en los lugares convenientes. Entonces, en la noche del viernes pasado, a la hora en que los panaderos sacan la primera hornada y la segunda meada nocturna del obeso mercader conserva todavía su tibieza en el orinal de loza; a la hora en que la doncella se desvela con sofocos y ejercita el dedo pensando en su galán...

—Abrevie, capitán —solicitó Nogaret.

—Pues a eso iba, a decirles que sobre las cinco de la mañana siete freires salieron embozados y tomaron la carretera de Marsella.

—¿Cómo sabes que eran freires? —lo interrumpió Lotario de Voss.

El capitán advirtió que era el antiguo prisionero el que llevaba la voz cantante y modificó su posición para declarar ante él. No le hacía gracia verse subordinado a un hombre que tan sólo unas horas antes habitaba en un calabozo infecto, pero así eran las cosas. La mudable fortuna se complacía algunas veces en esos quiebros de timón y el que está hoy arriba mañana está abajo. Por cierto, si no despabilaba, el propio Alain de Pareilles podía perderlo todo, su privilegiada posición y sus caballos, e ir a pudrirse en algún calabozo de Pugfort. Suministró a Lotario de Voss cuantos detalles necesitaba. Mientras tanto, Nogaret, el legista real, parecía desentenderse del asunto y se observaba las

uñas manchadas de tinta. Había escuchado ya media docena de veces el alegato exculpatorio del oficial y se lo sabía de memoria.

—Bien, messire —prosiguió el capitán—, pensamos que tenían que ser Beaufort y sus hombres porque los estábamos esperando. Las noticias eran que se dirigirían a Marsella porque no se fiaban de embarcar en La Rochela, donde el Temple tiene su flota. Habíamos formado una patrulla de nueve nombres escogidos, que yo mandaría personalmente. El plan era seguirlos hasta Marsella y embarcar con ellos para ultramar. La primera posta debía ser la encomienda de Mormant, pero los templarios pasaron de largo y fueron a pernoctar en Rampillon. Yo comencé a sospechar que algo extraño se estaba cociendo porque no era muy normal que se hubieran saltado una posta. Así que, por propia iniciativa y reventando caballos, los adelanté para esperarlos en el cruce del Sena por Bray. Allí, con ayuda de los hombres del conde de Martigny, los detuve en nombre del rey y les registré el equipaje.

—¿Y?

—Resultó que Juan Vergino y Roger de Beaufort no iban entre ellos.

—¿Que no iban entre ellos?

—No iban entre ellos —confirmó Pareilles—. Nos habían burlado.

Intervino Nogaret dirigiendo una mirada despreciativa al capitán de arqueros.

—Estos zoquetes se dejaron engañar. Los siete templarios eran sólo un señuelo para que los siguieran y descuidaran la vigilancia del Temple. De este modo facilitaron la huida de Vergino y Beaufort por otro camino.

Lotario de Voss asintió con una media sonrisa.

—Así que os dejaron con un palmo de narices.

—Algo así —reconoció, mohíno, Alain de Pareilles—. Pero reirá mejor quien ría el último.

—Sin duda —admitió Lotario, y volviéndose hacia Nogaret preguntó—: ¿Y decís que disponéis de un informador dentro del Temple?

El legista asintió.

—Sí, pero él no sabe nada de la estratagema. Sólo nos pudo comunicar, días después, que esa noche salieron de la fortaleza nueve hombres, todos freires, sin ningún criado. Si Pareilles siguió a siete de ellos, es evidente que otros dos han desaparecido: Vergino y Beaufort.

¿No estaban vigiladas las puertas?

—Las puertas del barrio del Temple estaban vigiladas nervino Pareilles— y por ellas solamente salieron los siete sujetos que detuvimos en Pont Bray, pero el barrio es suyo y disponen de pasadizos subterráneos. Los templarios poseen la mitad de las minas de Francia y disponen de mineros experimentados que les excavan galerías en el subsuelo de París. Nos consta que cada cierto tiempo ciegan unas galerías y abren otras. De este modo evitan que se localicen las salidas secretas del barrio del Temple. Pueden hacerlo a su antojo: medio París les pertenece. Si sospechaban que los vigilábamos, Vergino y Beaufort han podido salir por cualquier parte, burlando la vigilancia.

—Pero habrán tenido que salir por las puertas de la ciudad —objetó Lotario de Voss—. París está amurallada y sus puertas están guardadas por hombres del rey.

—Ya hemos interrogado a los guardias de las puertas —elijo Nogaret—. Al amanecer, a la hora de mayor afluencia de carros y mercaderes, los guardias tienen mucho trabajo registrando las cargas de los que entran y cobrando el portazgo y prestan poca atención a los que salen. Seguramente, Vergino y Beaufort salieron sin llamar la atención, quizá por separado, usando puertas distintas. Es imposible saber qué camino tomaron luego, ni en qué dirección.

Lotario de Voss comprendió que no había pistas que permitieran deducir el paradero

de los dos templarios. Tenía que buscar por otra parte y debía hacerlo, antes de que el rastro de los fugitivos se desvaneciera en el inmenso mapa de Francia.

—¿Puedo interrogar a ese informador que tenéis en el Temple? —preguntó.

Nogaret se encogió de hombros.

—Puedes, pero será una pérdida de tiempo. Ya ha dicho cuanto sabía.

—Quizá recuerde cosas nuevas cuando le pregunte yo.

—En realidad lo sonsacamos a través de una mujer —dijo Nogaret.

—Quiero hablar con él personalmente, sin intermediarios —exigió Lotario de Voss—. Haré las cosas a mi modo.

Nogaret reflexionó un momento.

—Supongo que no hay inconveniente —dijo, desentendiéndose—. De todos modos, está tan implicado que no podrá resistirse. Lo citaré para mañana.

—Mañana puede ser tarde: hoy, después de mediodía.

Nogaret sonrió. Le gustaba la determinación del antiguo teutónico. Pensó que había escogido al hombre ideal si sabía mantenerlo a raya.

—Intentaré localizarlo —dijo, levantándose y dando por concluida la reunión—. Nos veremos esta tarde a las nueve en la posada del Gato Negro. Es el lugar donde el informador, que es capellán del Temple, se cita con su enamorada.

Amaine Deville se había raído la piel en la sala de tablas, el baño comunal del Temple. En la casa de unos parientes había cambiado el traje eclesiástico por otro seglar recién lavado que olía a membrillo y a hierbas aromáticas. Finalmente se había restregado un corcho quemado por la enorme tonsura para disimular su estado eclesiástico. Después de contemplarse aprobadoramente en un espejo se dirigió a la cercana plaza de Gréve y alquiló un coche cerrado que lo llevó al Gato Negro. Le dejó una buena propina al cochero para que volviera a recogerlo al anochecer.

Sus esperanzas resultaron fallidas. En lugar de la dama encontró a dos oficiales del rey que se le arrojaron directamente

a la yugular.

—Si te resistes a colaborar te denunciaremos al Temple por adúltero y soplón. Si trabajas con nosotros tendrás a la señora Annette cuantas veces quieras, y si alguna vez el cornudo averigua que te estás tirando a su mujer evitaremos que te corte los cojones con el cuchillo de destazar.

El marido de la señora Annette era carnicero de palacio. Laboraba de sol a sol, despiezando reses, cociendo morcillas y ahumando jamones, e ignoraba que su esposa, a su modo, también trabajaba para el rey.

El capellán no tenía opción. Mortalmente pálido, con el sudor teñido de hollín bajándole de la tonsura, aceptó colaborar. No tenía ya edad de buscarse la vida fuera de la orden, aparte de que nadie le iba a dar trabajo a un capellán deshonrado.

—Te felicito por tu elección —dijo Nogaret—. Y ahora, volviendo a nuestro asunto, la noche del viernes salieron del Temple unos cuantos hombres. ¿Adonde fueron?

—Lo que sabía ya lo he dicho, messire —gimió el encausado—. Del Temple entra y sale mucha gente y yo, fuera de mis horas de oración, duermo. No me enteré de nada.

Lotario de Voss reflexionó. No sabes en que dirección fueron Juan Vergino y Roger de Beaufort.

El capellán negó.

Lotario guardó silencio. Se incorporó y midió la estancia con sus largos pasos. Se detuvo pensativo frente a la ventana y miró al patio embarrado. Acababa de descabalgar un correo real, con la cartera de cuero orlada de rojo, el color del rey, en bandolera.

Lotario de Voss tuvo una idea. Se volvió hacia el capellán y le preguntó:

—¿Puedes averiguar qué cartas escribió el maestre del Temple el jueves?

—El maestre dicta sus cartas al canciller y éste guarda copia de las cartas en su celda, a la que yo no tengo acceso —explicó el sacerdote—. Algunas cartas, además, están cifradas y la clave sólo la conocen el gran maestre y sus más directos colaboradores. Lo único que puedo saber es a quién escribe, porque las cartas que salen o entran del Temple se numeran y se inscriben en el registro general.

—Quizá baste con esos datos —convino Lotario de Voss—. ¿Cuándo puedes tenerlos?

—El registro está en un anejo del escritorio. No tendré dificultad en consultarlo.

—Entonces te esperaré aquí mañana a mediodía.

—Aquí estaré, messire.

Lotario de Voss tenía en la mano una hoja de papel en la que *se* relacionaban las cartas que había escrito el maestre del Temple la víspera de la partida de Vergino. Cuatro de ellas iban dirigidas respectivamente a los comendadores de Troves, Chalón, Lyon y Valence, todos en el camino de Marsella. Eran las cartas que llevaba el grupo de templarios que actuó como señuelo para despistar a los hombres del rey. Las otras estaban dirigidas a las encomiendas de Orleans, Vierzon, Thiviers, Mont de Marsan y Alcanadre.

Nogaret conocía mejor la geografía de Francia que el teutónico.

—Mont de Marsan está en las Landas —señaló—. Esto quiere decir que Vergino y Beaufort cabalgan hacia Navarra.

Les resultó más difícil dar con la encomienda de Alcanadre. Después de algunas consultas, la localizaron en el reino de Castilla, más allá de Navarra.

El mismo día el gran maestre había firmado una carta dirigida a un notable musulmán, Muhammad ibn Habbus al-Fayarsi. Nogaret recurrió a Pasquale Zaccaria, uno de los banqueros lombardos establecidos en París. Los lombardos disponían de cónsules en todos los países de la cristiandad y en gran parte de los del islam, por sus negocios con los sarracenos. Pasquale Zaccaria meditó un momento mordisqueándose los pelillos de la barba y luego salió al patio y llamó a un criado:

—¡Ricardo!

—¡A vuestro servicio, *signore*! —respondió un paje joven que andaba requebrando a una muchachita junto al brocal del pozo.

—Que venga inmediatamente Vitovellini.

Unos minutos después compareció Vitovellini, un escribiente leptosómico con la sobrevesta manchada de tinta.

—¿Llamabais, *signore*? —preguntó, al tiempo que lanzaba una mirada suspicaz al jurista Nogaret.

—¿Tienes idea de quién puede ser un tal Ibn Habbus al-Fayarsi?

Vitovellini no necesitó pensarlo dos veces.

—Es el canciller del rey moro de Granada, *signore*. —Iba a añadir «nuestro principal suministrador de oro sin amonedar», pero se contuvo. El legista Nogaret no tenía por qué conocer aquel detalle.

Nogaret conversó con el genovés sobre algunos chismorreos de la corte y tomó nota de un par de asuntos que el mercader le encomendó. Era el pago por el servicio. Luego apuró una copa de excelente vino toscano que Zaccaria le había llenado un par de veces y se despidió. Una hora después, un arquero condujo a Lotario de Voss ante el legista.

—Ya tenemos el paradero de tus templarios: Granada.

Lotario de Voss sonrió.

—Saldré mañana en cuanto amanezca.

Nogaret abrió una gaveta de su escritorio con una llavecita que portaba en un bolsillo disimulado, y extrajo una bolsa de terciopelo que le entregó al renegado.

—Aquí tienes veinte doblas lombardas, dinero suficiente para dos o tres meses. El capitán Pareilles te entregará un caballo y todo lo que necesites. Ahora márchate. ¿Sabes

escribir?

Lotario de Voss asintió.

—Pues procura tenerme informado.

Aquella noche, Lotario de Voss se acostó temprano y no tardó en dormirse porque quería madrugar. Antes de conciliar el sueño, en la oscuridad de la alcoba, dijo:

—¡Ya te tengo, Roger de Beaufort!

14

Pasquale Zaccaria bajó de la pesada carroza pintada de azul y subió la escalinata de la mansión de su colega Tolomei Zaccaria era gordo y colorado. Se detuvo a mitad de la escalera de finos peldaños y fingió contemplar la logia que recorría la fachada de piedra, con el intercolumnio adornado por esculturas de síndicos y munícipes vestidos a la romana. La casa Tolomei era un palacio italiano construido en el corazón de París, no lejos del Temple. Lo habían levantado obreros y canteros traídos expresamente de Siena. Nada que ver con los húmedos y lóbregos caserones que la nobleza francesa erigía por toda la ciudad. Tommaso Tolomei, el banquero y comerciante en especias, había sustituido recientemente a Rocco Bocanegra en la presidencia de las familias lombardas. Faltaban todavía cuatro días para la reunión quincenal en la que las doce familias lombardas establecidas en Francia dirimían sus diferencias y sellaban los pactos, pero la ocasión merecía la reunión de urgencia solicitada por Zaccaria.

Los otros dos miembros de la comisión, sus compadres y socios Benito Cassinelli y Dante Peruzzi, estaban sentados frente a la gran chimenea de mármol que presidía la sala de juntas del palacio, y miraban la llama de los aromáticos troncos de encina. La saja era magnífica. Los altos muros decorados con tapices flamencos sostenían un artesonado de cedro con incrustaciones de metales y maderas preciosas que reproducían escenas bíblicas y de la vida de Cristo. En una de ellas, santa María Magdalena hacía penitencia en su cueva con los pechos desnudos. Eran tan hermosos y el relieve que los representaba tan acusado, que Zaccaria se deleitó contemplándolos, aunque procuró disimularlo. No porque albergara escrúpulos morales, sino por delicadeza, por no recordarle a su anfitrión cierta triste historia relacionada con aquellas desnudeces. Todo el mundo sabía que el padre de Tommaso Tolomei, el mítico Spinello Tolomei, gran patriarca de la familia y decano de los mercaderes lombardos en Francia, había muerto al precipitarse desde lo alto de una insegura escalera de mano que había animado al muro para auparse a palpar los pechos marfileños de la santa pecadora.

Después de los saludos y de las preguntas de rigor, por la salud de las respectivas señoras, que estaban bien y los iban a enterrar a todos, y por los estudios de los hijos, en las mejores universidades de la cristiandad, Zaccaria se aclaró la garganta y fue directo al grano:

—Esta mañana ha venido a verme Nogaret. Sin previo aviso y al parecer, por un asunto fútil. Averiguar quién era un sarraceno insigne del que sólo conocía el nombre.

—¿Qué sarraceno?

—El visir de Granada, Ibn Habbus al-Fayarsi.

—¿Y en los escritorios del rey no lo saben?

—Por lo visto no lo saben. Tienen escaso trato con Granada y además el visir es relativamente nuevo, aparte de que, tratándose de moros, confunden los nombres de todos

ellos, como sabéis. Pues, a lo que iba, he realizado algunas averiguaciones y resulta que después de salir de mí casa el legista Nogaret ha convocado a un tal Lotario de Voss.

—¿Lotario de Voss? —se extrañó Tolomei—. ¿De qué me suena a mí ese nombre?

—Te diré de qué te suena —intervino Peruzzi—. Te suena de que es el pirata que nos ha estado robando todos estos años.

Tolomei se golpeó la ancha frente pícnica con la palma de la mano.

—*¡Testa di cazzo!* Llevas razón, esa hiena del mar... pero ¿no lo tenían en Pugfort?

—También de eso me he informado a través de mis amigos en el escritorio del rey —dijo Zaccaria—. Lo tenían, pero lo han soltado porque andan como locos persiguiendo a dos templarios que el maestre De Molay ha enviado a Oriente.

—¿A Oriente? ¿Y qué tiene eso de extraordinario? Todos los días van y vienen templarios a Oriente. Mantienen varios cuarteles en Chipre y sus naves nos hacen la competencia, como sabéis.

—Al parecer, a éstos los han enviado de incógnito y por vía terrestre —informó Zaccaria.

—¿Quieres decir por África? —intervino Cassinelli.

—Eso quiero decir. Es lo que fácilmente se deduce de que lleven cana para el visir de Granada. Granada está cerca de África.

—Sé perfectamente dónde está Granada —se incomodó Cassinelli—. Pero ¿por qué envía el maestre a sus hombres y a qué viene ese interés de Nogaret por ellos?

—El obispo Perigueux me lo ha comunicado a cambio de que le aplace nuevamente el cobro de sus intereses —dijo Zaccaria—. Hace medio mes, el papa convocó una reunión con la intención de agrupar las dos órdenes, Temple y Hospital, en una sola.

—El viejo proyecto —dijo Cassinelli.

—Sí, pero esta vez parece que va en serio —apuntó Zaccaria—. De Molay, viéndose acorralado, prometió hacerse nada menos que con el Arca de la Alianza para una nueva cruzada.

—¿Es posible que encuentren tal cosa? —inquirió Tolomei.

El otro se encogió de hombros.

—Así que esos hombres, esos dos tipos a los que Nogaret quiere echar el guante, van buscando el talismán más sagrado y más poderoso de la cristiandad —dedujo Bocanegra.

—Podría tratarse de una treta de De Molay para darle largas al asunto de la fusión —opinó Zacearía—, pero si resulta que es cierto que existe el Arca, su aparición conmocionaría a toda la cristiandad.

—Conmocionaría el comercio —murmuró Peruzzi, preocupado.

—Eso he pensado yo, y de ahí las prisas para reunir esta comisión —corroboró Zaccaria.

—Cada día trae su afán —suspiró Tolomei—, y hoy estos locos nos salen con éstas. Las cruzadas, la más astuta maniobra de nuestros bisabuelos para hacerse con el comercio del Mediterráneo, podrían volver a rendirnos beneficios, ¿quién sabe?

—¿Tú crees? —preguntó Cassinelli.

—Podría ser. A lo mejor, de esta teta, que parece exhausta, vuelve a manar leche y miel.

—Tendríamos que controlar todo el asunto para que no se nos vaya de las manos —intervino Peruzzi—. No olvidéis la competencia de los bizantinos y la de los germanos de la Hansa.

Durante un momento guardaron silencio, cada cual abismado en sus propios pensamientos, calculando la repercusión que todo aquel asunto del Arca podría acarrear a la cuenta de beneficios de su compañía. Finalmente, Bocanegra emitió un suspiro y puso en palabras lo que todos estaban pensando:

—Controlar el asunto significa hacernos nosotros con el Arca.

—¿El Arca? —se extrañó Cassinelli.

—Sí. Sabemos adonde van los templarios y sabemos que ese pirata, Lotario de Voss, va tras ellos —expuso Bocanegra—. Vayamos nosotros tras Lotario de Voss, y nos llevarán al talismán.

Así lo acordaron. Zaccaria se encargaría de los detalles. La hermandad de las compañías lombardas de Francia asumiría el coste de la operación, pero, por razones de seguridad, la comisión no informaría del asunto al resto de los socios hasta que se hubieran obtenido resultados.

Brindaron por el proyecto y se despidieron deseándose salud y buenos negocios.

15

Era mediodía, el sol derretía las piedras y las chicharras entonaban su monótona canción. Seis jinetes avanzaban silenciosamente por un rastrojo siguiendo al rastreador, un hombre bajo y fornido que caminaba con el caballo de reata. De pronto, el rastreador alzó una mano. Los otros se detuvieron y permanecieron atentos. Lo vieron meterse por un barranco y remontar un cauce seco y pedregoso mirando el suelo como si estuviera buscando algo. Se agachó ante unos guijarros removidos recientemente y tocó el tallo tronchado de un arbusto. Un poco más adelante desmenuzó una boñiga y observó que el interior estaba húmedo.

—¿Hay rastro, Roque?

Roque Barrionuevo, más conocido por *Huevazos,* se incorporó y miró a su joven amo.

—Han pasado por aquí hace como una hora —respondió sin levantar la vista—. Los rastros de las vacas van muy separados.

—Y eso ¿qué significa?

—Significa que las llevan forzadas, porque recelan que los seguimos. Pero a ese paso no llegarán muy lejos.

E1 sol caía a plomo sobre las cabezas protegidas con sombreros de paja. Los cuatreros musulmanes habían asesinado a un pastor y malherido a otro para robar seis vacas y unos cahíces de trigo en el villorrio fronterizo de Recena. Media legua atrás habían encontrado una deyección de vaca bastante fresca, pero después habían vuelto a perder el rastro en el pedregal. Los cuatreros conocían su oficio, sabían cómo despistar a sus perseguidores.

E1 que mandaba la cuadrilla era un hombre joven, casi un muchacho. Vestía un perpunte de cuero que lo hacía sudar copiosamente. Se enjugó la frente con la manga y ordenó:

—Pedro y Diego, subid a aquel cerrete a ver si veis algo.

Los aludidos obedecieron. Los otros descabalgaron y se sentaron a la sombra de los caballos. *Huevazos,* acuclillado, entrecerró los ojos para que le descansaran. Canturreaba entre dientes una copla trovadoresca en la que el amado prevenía a la amada para que se preparara porque le iba a dejar las partes íntimas como un nido de babosas. En la segunda estrofa, con el mismo estribillo, en lugar de nido de babosas se mencionaba un bebedero de patos.

Lucas Cárdena, contemplando los tolondrones y cicatrices que surcaban la *cabeza* de

su escudero, se preguntó cuánta vida habría vivido, a cuántos hombres habría matado, a cuántas mujeres habría gozado de grado o a la fuerza, cuántas talas e incendios, rapiñas y degüellos, batallas decisivas y escaramuzas inútiles habrían visto aquellos ojos que acompañaron a su padre en tantas campañas.

Los exploradores regresaron con la información.

—Son cuatro. Están al otro lado del cerro. Se han parado a descansar.

Huevazos se pasó la mano por el rostro ancho y sudoroso.

—Si Pedro y Alonso les cortan la retirada, Diego y yo los tomamos de frente y caen como chorlitos —murmuró como para sí. El joven le lanzó una mirada iracunda: no le gustaba que le indicaran lo que tenía que hacer. De todas formas aceptó la traza de su escudero como si fuera la suya propia.

Los cuatreros sesteaban junto a una fuente, a la sombra de una higuera, mientras las cabalgaduras y el ganado robado abrevaban en el pilarillo. Cuando los tuvieron a tiro, el muchacho del perpunte de cuero hizo una señal a sus acompañantes.

Resonaron las ballestas con sendos chasquidos y los cortos proyectiles alcanzaron mortalmente a dos moros. Uno se vino al suelo pateando y el otro se quedó inmóvil, clavado a una rama baja de la higuera, contemplando con mirada incrédula el agujero del proyectil que lo había cosido al árbol.

—¡Aaara! —resonó el salvaje grito de guerra en la espesura.

Los dos moros supervivientes, bruscamente atrancados de su sopor, echaron mano de las armas cuando los enemigos se les venían encima. El muchacho, más ágil, llegó antes y se enfrentó al que parecía el jefe. Intercambiaron un par de fintas antes de que el moro recibiera una estocada baja y cayera al suelo boqueando.

—¡Degüéllalo! —gritó Huevazos, que llegaba a todo correr.

Pero el muchacho permaneció inmóvil como en un pasmo, con. la espada en la mano, contemplando la agonía de su enemigo.

—¡Degüéllalo, Lucas! —volvió a gritar el rastreador.

El muchacho continuaba inmóvil, espantado ante la mirada vidriosa del caído.

Entonces el rastreador se inclinó sobre el herido, lo agarró de la cabellera negra y grasienta, le echó la cabeza para atrás y le abrió la garganta con una cuchillada corta y profunda.

Recuperaron las vacas, saquearon el hato de los cuatreros y regresaron en silencio. El joven Lucas Cárdena, hijo menor del señor de Alharilla, entre Porcuna y Arjona, había matado por primera vez a un moro con la ayuda de su criado Roque Barrio-nuevo.

16

Un viento frío procedente del Moncayo agitaba las ramas de las encinas, las carrascas y el monte bajo.

—Allí está la iglesia —dijo el fraile.

Señalaba un edificio cuadrangular que se alzaba a mitad de la colina. No parecía una iglesia. Carecía de torre o espadaña y de ventanas, y estaba desprovisto de todo ornamento. En la parte central se abría una puerta pequeña, con arco de herradura. Al lado había un manantial, apenas un agujero en el suelo, del que brotaba agua clara. Al otro lado se veía un pequeño cementerio, una docena de tumbas cubiertas de lajas de pizarra y sin inscripción.

El ermitaño era un anciano enjuto con la cara huesuda surcada de arrugas. Cuando vio que tenía visita dejó la esterilla de esparto que estaba tejiendo y salió a recibirlos. El que iba delante era un fraile templario de la encomienda soriana de Ucero, a un día de camino de allí, junto al río Lobos. Los templarios de Ucero le tenían mucha devoción a su ermita y de vez en cuando la visitaban y oficiaban en ella sus ritos. Al ermitaño le gustaban los templarios porque donaban generosas limosnas, no como los campesinos de la comarca, que lo importunaban con casamientos y bautizos y apenas dejaban un miserable mendrugo.

—¿Cómo va la vida, Hermón? —lo saludó el freiré.

—Va —respondió el solitario con la voz quebradiza y desentrenada.

—Estos amigos quieren ver la iglesia —dijo el freiré.

El ermitaño sostuvo las riendas del caballo de Vergino mientras descabalgaba.

—Esta iglesia es de antes de que los moros llegaran a España —explicó—. En la cueva que tiene debajo vivió san Baudelio, que fue el primer ermitaño.

—Lo sé, buen amigo —dijo Vergino—. Antes de ser caminantes éramos frailes, y en nuestra orden se conocía la existencia de este templo.

El ermitaño asintió. Dos caballeros extranjeros venían a una tierra que no estaba de paso para ningún lado sólo por el gusto de ver su iglesia. Los ritos secretos. El secreto era un componente esencial de la religión, incluso en muchas iglesias los sacerdotes consagraban detrás de unas cortinas y sólo comparecían a la vista de la feligresía para administrar la comunión. La consagración era un rito misterioso: Dios convertía un trozo de pan en carne y una copa de vino en sangre de Cristo, su Hijo torturado hacía más de mil años en Tierra Santa. La religión se nutria del misterio.

Por eso,. el prudente ermitaño y el freiré de Ucero se quedaron conversando junto al manantial mientras los peregrinos llegados de la casa madre del Temple visitaban la ermita.

Adentro estaba oscuro. Cerrada la puerta, la única iluminación procedía de dos lumbreras del techo por las que descendían sendos haces de luz hasta el piso de piedra. Roger de Beaufort encendió una lámpara de aceite y la mantuvo en alto. El techo se sostenía sobre una única y robusta columna central de la que partían ocho nervios a modo de ramas de palmera.

—Las pinturas —murmuró Vergino abarcando con un ademán el recinto.

Contemplaba, con expresión emocionada, el extraño mundo que se extendía por los muros cubiertos de frescos coloreados. Vergino señaló a un guerrero de tres metros de altura que sostenía una lanza y embrazaba un escudo circular enorme.

—Es Alejandro Magno —explicó volviéndose a Roger de Beaufort—. Toda la vida he oído hablar de él pero nunca lo imaginé tan... impresionante.

Beaufort asintió.

Al lado del guerrero, que representaba al rey de los griegos, había un elefante con un castillo sobre el lomo. Contemplaron el resto de las pinturas: el oso, el ciervo, la cacería con caballos, perros y conejos, el halconero...

Vergino extrajo de su faltriquera un pequeño libro de viaje y, con ayuda de un carboncillo, anotó la disposición de las pinturas.

Beaufort lo miraba perplejo.

—Las pinturas de San Baudelio son el camino que conduce al Arca —explicó Vergino—. Por eso en los estatutos secretos de la encomienda de Nois se especifica que los buscadores del Arca orarán previamente en esta ermita.

Roger de Beaufort no podía ocultar su escepticismo.

—Hermano, ¿es posible que la clave del Arca se encuentre en esta tierra remota? ¿Cómo podremos saber que unas pinturas nos conducirán al misterio?

—Porque debemos tener fe en los designios de la orden —repuso Vergino—. Y quizá

también porque estas pinturas condujeron a nuestros hermanos hacia el Arca hace casi cien años.

—¿Por qué, entonces, no tenemos el Arca? —Porque aquel proyecto fracasó. Confiemos en que esta vez la voluntad de Dios lo favorezca.

Junto a la columna central, decorada con un camello y un chacal, un bosque de columnitas sostenían arcos de herradura que soportaban la techumbre del coro. Una escalera tosca, formada por losas que salían de la pared frontera, conducía al nivel superior. Arriba había un edículo, imposible de ver desde abajo, que servía de porche a un diminuto templete disimulado en el punto donde remataba la columna central.

—Ésta es la linterna de los muertos, situada sobre el eje del mundo —dijo Vergino. Su voz sonaba extrañamente opaca. Se descalzó, se santiguó y penetró en el exiguo habitáculo, donde cabía a duras penas.

Roger de Beaufort no supo qué hacer ante el misterio. Descendió por la escalera de piedra y se sentó a esperar en el poyo qué coma a lo largo del muro, frente a Alejandro y el elefante de guerra.

Beaufort rememoró los años pasados. Al principio, cuando lo trasladaron a la casa madre del Temple, en París, y le hicieron estudiar en la torre Áurea, le pidió a Dios entendimiento del mundo. Durante meses de arduo estudio se esforzó por dejar de ser un soldado para convertirse en un sabio, pero a pesar de sus esfuerzos, los enigmas de la torre Áurea superaban su entendimiento. Así lo comprendió también el maestre cuando lo relevó el estudio y le permitió dedicarse a entrenar a los novicios.

Pero nunca más regresó a ultramar porque en algún recóndito pliegue de su cerebro se escondía el Nombre de Dios, el secreto del Temple que el maestre Guillermo de Beaujeau le había transmitido en su lecho de muerte.

17

Lucas Cárdena, el vastago de una estirpe de hombres de armas que llevaban dos siglos luchando contra los musulmanes y que habían ensanchado la tierra cristiana, hubiera debido enorgullecerse de su primer moro muerto. Un antepasado suyo, oriundo de las montañas de La Rioja, había roturado tierras yermas al otro lado del río Duero y había combatido en las Navas de Tolosa; su bisabuelo había acompañado al rey Fernando el Santo en la campaña de Quesada y fue uno de los treinta infanzones que heredaron Arjona y Baeza. Su abuelo y su padre habían sostenido la frontera y peleado en las guerras intermitentes con Granada. Su familia parecía nacida para la guerra, pero a pesar de todo, Lucas Cárdena no conseguía olvidar la mirada entre suplicante y desconcertada del moro malherido. No podía confiar aquellos sentimientos a sus amigos, porque se mofarían *e* incluso puede que lo llamaran cobarde, ni a su hermano, que desde la muerte de su padre había heredado la jefatura de la familia, una tremenda responsabilidad que los había distanciado. Desde entonces no habían vuelto a cazar juntos.

Lucas, en la retraída soledad del huerto familiar, por cuyas sombreadas avenidas solía pasear y leer, meditaba sobre sus confusos sentimientos. ¿Acaso no lo atraía la vida de las armas, para la que su linaje y su educación lo reclamaban? Volvió a pensar que se sentía mejor cuando visitaba a su tío en el monasterio de Santa Cruz de Múdela. ¿Lo llamaba Dios? Rezaba cada tarde en la húmeda capilla familiar y le parecía que en los ojos yertos del enorme Crucificado que presidía el altar había una luz que le mostraba un camino

distinto al del esplendor y la gloria de la guerra. En su mundo, unos nacían para siervos y otros para señores, unos cultivaban la tierra y otros hacían la guerra, pero había una tercera actividad que se nutría de los dos linajes: la de los que oraban. Los obispos y los abades eran segundones de familias nobles, mientras que los curas de aldea y los frailes menores salían del pueblo. Algunas veces, Lucas soñaba con abandonar las armas e ingresar en un monasterio, como su tío, un hombre santo y sabio que se empeñó en enseñarle a leer y escribir cuando era un mozalbete, una empresa en la que había fracasado con su hermano mayor. Desde entonces era su consejero y confesor, y como tal conocía su vocación religiosa, pero nunca la había tomado en serio.

—Son tentaciones naturales que todos los muchachos padecen cuando alcanzan tu edad —le decía—, pero luego la vida los lleva por otros caminos. No te preocupes y procura ser un buen cristiano mientras te preparas para ser caballero.

Pero desde la muerte del moro la vocación religiosa le parecía más clara que nunca. Por eso creyó que Dios le enviaba una señal cuando su hermano le encomendó llevar unas muías a su tío el abad de Santa Cruz de Múdela. Huevazos y dos criados lo acompañarían.

El monasterio estaba al otro lado de sierra Morena, en medio de la llanura manchega. Atravesaron las montañas y dos días después llegaron al cenobio. Mientras Huevazos y los mozos de muías espumaban las ollas en las cocinas, el joven Lucas paseó con su tío por la alameda del monasterio.

—¿Por qué las cosas son como son, tío?

—Dios nos escoge, nos siembra, nos cultiva, nos abona y nos riega —respondió el abad después de meditar la respuesta—. Y cuando llega el momento de la cosecha nos siega. Somos su pan. No somos más inteligentes que el grano de trigo. El grano de trigo no comprende al labrador, nosotros no comprendemos a Dios.

—Por lo que la Iglesia dice, tío. Dios se parece demasiado a nosotros, exige obediencia y culto. Es como un señor, ¿no?

El abad rió por lo bajo la ocurrencia del muchacho.

—Creo que te haces demasiadas preguntas, Lucas.

—Es que estoy todo el día solo y me dedico a pensar.

—Pero ¿no estás con Huevazos?

—Tío, hablar con Huevazos es como hablarle a mi caballo. Sólo piensa en comer y en folgar con mujeres. Aparte de eso no le interesa nada.

Caía la tarde y los monjes regresaban de recoger flores de azafrán del huerto. Era el tiempo de la sazón y las rosas abiertas formaban una alfombra tupida que la brisa de la tarde mecía suavemente. La mirada se extendía por la planicie hasta el horizonte azul. Más allá de los parterres comenzaban las vides y las tierras de pan, los pedregales y los berruecos graníticos.

—Cada hombre tiene su lugar —dijo el abad—. Mira aquel rebaño. ¿Qué ves?

—Un pastor, dos perros y muchas ovejas.

—Debes ver algo más, debes ver el orden divino que rige el mundo maravillosamente. Ese pastor es la Iglesia formada por religiosos que velan para que el rebaño alcance su fin.

—¿Qué fin?

—El rebaño cristiano tiene por fin el reino de los cielos.

—¡Ah, ya comprendo, tío!

—Los perros son los caballeros que velan por la seguridad del rebaño y lo defienden del lobo. Las ovejas, que producen leche, lana y carne, son los campesinos que labran la tierra para que los religiosos y los soldados se alimenten. Así está organizado el mundo. Dios nos escoge y nosotros solamente somos débiles piezas de su voluntad. Yo era el segundo de mi casa, quién sabe si hubiera sido un buen caballero. Sin embargo ingresé en la religión a los ocho años porque Dios me había escogido para alabarlo. Tu padre, mi

hermano, era el mayor de la casa, él era el caballero de armas. Tú eres su sucesor, y un día, si tu hermano no tiene hijos, la prolongación de la estirpe descansará en ti. Mientras tanto debes prepararte para esa alta misión.

Lucas se atrevió por fin a confesar lo que lo atormentaba.

—He matado a un hombre, tío —dijo bajando la mirada. El abad contempló la cabeza del joven con infinita piedad.

—¿A un moro? El joven asintió.

—¿Conoces la doctrina de san Bernardo? —No, tío.

—Por lo menos sabrás quién fue san Bernardo. Lucas no estaba seguro.

—¿Un santo?

El abad suspiró profundamente.

—¡Ay, hijo mío, a veces pienso que, a pesar de todo, hemos descuidado tu instrucción!

—Me he educado para caballero, tío —replicó el muchacho—. Un caballero no tiene por qué saber leer ni entender de teologías.

—Sí, eso sí es verdad. Ven conmigo.

Entraron en el escritorio del convento, una sala amplia amueblada con escritorios y anaqueles que olía a tinta fresca y a cuero viejo. Dos monjes jóvenes interrumpieron la charla al ver llegar al abad y se enfrascaron en la copia de unos manuscritos que tenían abiertos sobre sus respectivos escritorios. El abad abrió un armario que guardaba libros encuadernados en pie) de becerro, de diversos tamaños y hechuras, todos con sus títulos caligrafiados en los lomos, las iniciales en rojo. El abad tomó uno y lo abrió sobre un atril.

—Éstas son las obras de san Bernardo. —Hojeó atentamente por el centro—. Aquí está lo que buscaba, escucha: el libro se titula *De Laudibus Novae Militiae.* En él explica que lo ideal sería no derramar sangre humana, puesto que Jesucristo dijo «no matarás», pero eso sería si hubiese un medio para defenderse de los malos sin recurrir a la violencia. Tierra Santa y España pertenecen a Jesucristo, por eso la cristiandad no puede tolerar que estén en poder de los paganos. San Bernardo justifica la existencia de caballeros cristianos. Escucha: «Ellos pueden librar los combates del Señor y pueden estar seguros de que son los soldados de Cristo, pues maten al enemigo o mueran no tienen por qué sentir miedo. Aceptar la muerte por Cristo o dársela al enemigo no es sino gloria, no es delito.» ¿Oyes?, gloria y no delito. ¿Resuelve esto tus escrúpulos?

El joven Lucas no estaba muy convencido, pero asintió. Ratificado por la autoridad de un santo, el homicidio parecía menos grave, pero a pesar de todo no podía dejar de pensar en aquella garganta abierta con sangre humeante brotando a borbotones y la tremenda laxitud del cadáver.

Lucas pasó tres días junto a su tío el abad, mientras Huevazos y los mozos de mula realizaban diversas tareas para el monasterio. La víspera de la partida, después de cenar en el refectorio con los otros monjes, un novicio le comunicó a Lucas que su tío quería hablarle.

La celda del abad era tan humilde como las otras. Un catre con dos mantas, una mesita, un sillón de madera de olivo y una alacena donde el religioso guardaba media docena de libros de oración, y, disimulado detrás de ellos, un ejemplar de las odas

Horacio manuscrito por él mismo, a escondidas, cuando era novicio.

—Pasa y siéntate —dijo el abad—. Hay un asunto del que quería hablarte. Ha pasado un año desde la muerte de tu padre y como fiduciario suyo creo que va siendo hora de que se cumpla su testamento. Como sabes, tu hermano Enrique hereda el mayorazgo, pero existe una cláusula que te afecta a ti. Tu padre, hace años, tuvo un aprieto con los moros, creyó que iba a morir y le prometió a Santa María que si lo sacaba de aquel apuro se donaría a la Iglesia por un año. Luego, los menesteres de la casa y el servicio del rey lo obligaron a aplazar el compromiso, y finalmente ha muerto sin cumplirlo, pero te ha dejado

a ti el cargo.

—Y ¿qué debo hacer, tío?

El abad dirigió una mirada paternal a su sobrino.

—Será mejor que salgamos al claustro. Anochecía y las piedras del claustro iluminadas por la luna despedían un cálido fulgor. No era muy grande, unas arcadas de ladrillo en torno a un patio donde crecían dos cipreses y un laurel, y un pozo con brocal de piedra. Las bóvedas estaban decoradas con pinturas de santos y figuras bíblicas. Pasearon un poco sin decir nada, el abad concentrado en sus pensamientos, hasta que al final se detuvo, miró a su sobrino a los ojos, y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Vas a emprender una peregrinación difícil, hijo mío. El maestre de Calatrava me ha pedido dos hombres que conozcan el árabe que se habla en Granada para que acompañen a unos amigos suyos que deben viajar por tierra de moros.

—¿Por tierra de moros? —repuso Lucas—. ¿No nos cautivarán?

—En tierra de moros viven muchos cristianos que no son cautivos —lo tranquilizó el abad—. Por otra parte, vosotros os haréis pasar por moros, de eso se trata. Iréis muy lejos, al otro lado del mar, disfrazados de peregrinos que se dirigen a La Meca.

—¿La Meca?

—Es para los moros como Roma para los cristianos. Es una ciudad muy distante, quizá se tarde un año, o más, en llegar. Los moros tienen obligación de peregrinar a La Meca una vez en la vida. Ir a La Meca es para ellos como para nosotros ir a Santiago, a la tumba del apóstol. Allí se juntan cientos de miles de musulmanes, en una choza donde dicen que Abraham; reconstruyó la casa de Adán. Para entrar en La Meca se visten de blanco con dos sábanas que simbolizan el abandono de la vida ordinaria y la consagración a Dios. Después dan siete vueltas alrededor de la ermita y besan una piedra negra caída del cielo, la Kaaba. Finalmente recorren siete veces el camino de La Meca a Marwa en memoria de la desesperación de Agar, la mujer de Abraham, cuando buscaba agua para su hijo Ismael. También es costumbre apedrear los pilares de Mina, que representan al diablo, eso dicen ellos, además de sacrificar un cordero y afeitarse la cabeza. Después de esto regresan a sus países luciendo un turbante verde que significa que han estado en La Meca. Los que han peregrinado a la ciudad santa gozan de la veneración de sus vecinos y merecen un asiento en la asamblea de los prudentes. En fin —suspiró el abad—, el caso es que, por un motivo que ni yo mismo conozco, esos amigos del abad de Calatrava tienen que ir a La Meca.

—Y ¿para qué van a ir a La Meca si son buenos cristianos?

El abad guardó silencio y siguió paseando.

—Hijo mío, Lucas, debes acostumbrarte a no hacer tantas preguntas. Un caballero no debe ser impertinente. Quizá ellos, sí algún día cobráis confianza, te expliquen para qué van a La Meca. Por ahora, lo único que necesitas saber es que ese viaje va *a* redundar en la mayor gloria de Dios y de la religión y que los santos acogerán a tu padre en el cielo cuando tú hayas satisfecho su deuda.

En el patio trasero de la abadía, Huevazos departía animadamente con el cocinero mientras daba cuenta de un cuenco de sopa de sangre con tropezones de tocino. Cuando vio que su joven señor besaba la mano del abad y se despedía apuró el contenido del plato y preparó los caballos.

—¿Nos marchamos, amo?

—Y muy lejos, Roque.

Montaron en sus cabalgaduras. Antes de traspasar el portón del patio, Lucas se volvió para decirle adiós a su tío, pero el abad se había retirado ya y sólo vio la puerta cerrada.

Antes de hablar, Lucas esperó a salir del arrecife empedrado que marcaba el límite de la abadía.

—Roque, nos van a mandar vestidos de moros con dos caballeros francos a tierra sarracena, a un sitio que llaman La Meca.

—¿Eso está muy lejos? —Lejísimos. A un año de camino o así.

Huevazos pareció reflexionar.

—Bueno, pues ya vemos mundo, ¿no? Aunque, eso de vestirse de moros... lo malo va a ser que en tierra de moros no hay marranos, o sea, cerdos.

Lucas miró severamente a su escudero.

—¿Será posible, Roque, que sólo pienses en comer?

—En comer sólo, no, amo, bien lo sabes. Aunque de lo otro, en tierra de moros creo que no nos va a faltar —terminó con una risotada.

18

—¿Un hombre rubio y alto decís, señor?

—Sí. Rubio, alto, fornido y vestido de negro. Lleva en la mano izquierda un guante de cuero que nunca se quita y cabalga en un caballo castaño con muy buena planta.

El mesonero se rastrilló la barbilla con las uñas grandes y negras, haciendo memoria.

—Por aquí pasa mucha gente, señor —declamó con intencionado falsete—, y uno, en su pobreza, tiene que servir a tantos que no siempre se queda con los detalles.

Esteban *el Rucho* miró a sus hombres con expresión de fastidio y por un instante dudó entre sobornar a aquel saco de sebo o agarrarlo por el cuello, sacarlo al corral a patadas y hundirle la cara en la mierda de los cerdos. Lo segundo le gustaba más, pero no garantizaba que el mesonero les contara la verdad, y lo, que menos necesitaban era un escándalo con intervención, quizá, de los arqueros del rey. Era preferible sobornarlo.

Esteban *el Rucho* sacó una moneda de plata de la faltriquera.

—Espero que lo que nos vas a decir valga la pena —le advirtió lanzándole de un papirotazo la moneda, que el otro atrapó al vuelo—. De lo contrario nos veremos a la vuelta.

—¿Con la mano izquierda en un guante de cuero, decís? —repuso el mesonero guardando la recompensa. Se mordió el labio inferior, miró al suelo, frunció el entrecejo, se rascó el colodrillo y finalmente dijo—: Sí, me parece que ya lo recuerdo. Pasó por aquí hace dos días *y* preguntó por el camino de Almuradiel.

Esteban *el Rucho* miró a sus hombres y sonrió.

—Ya es nuestro.

Lotario de Voss atravesó la sedienta llanura manchega entre viñas secas y barbechos quemados. Al cabo de una semana llegó a las afueras de Almuradiel y encontró un prado festoneado de árboles en cuyo centro había una fuente de dos caños y un abrevadero de piedra. El viajero, que había soportado durante horas la solanera sin desprenderse del perpunte guateado, decidió que era un buen sitio para almorzar y sestear. Se apartó del camino, atravesó el prado, descabalgó y ató su caballo a una encina. A continuación llenó de agua el sombrero de fieltro y, tras comprobar que no contenía sanguijuelas, le dio de beber al caballo. Mientras bebía, el animal movió nerviosamente las orejas, orientándolas hacia la espesura. También el jinete había percibido el leve crujido de una rama seca. Sus músculos se tensaron y todos sus sentidos se alertaron, pero no realizó movimiento alguno que delatara su inquietud. Antes bien, palmeó el pescuezo del noble animal para sosegarlo y le susurró palabras tranquilizadoras mientras calculaba el ángulo de donde procedía el

ruido. ¿Un animal grande que acudía a la fuente al caer la tarde, un corzo, un jabalí, o un salteador de caminos que estaba armando la ballesta? Fingiendo que ajustaba los atalajes de la silla, cambió de posición de manera que el caballo le sirviera de parapeto contra un posible ballestero. Al mismo tiempo preparó la espada que llevaba disimulada en el hato.

No tuvo tiempo de más. De la espesura surgieron tres hombres armados que se detuvieron en seco cuando comprobaron que acababa de desenvainar la espada y vieron brillar la daga en la mano enguantada.

—¡Manco, date preso! —ordenó el que parecía el jefe.

—¿Preso de quién? —Somos hombres del rey

—Yo trabajo para el rey —repuso con voz tranquila. Esteban *el Rucho* miró a sus hombres.

—¡Vamos a por él!

Lo atacaron desde tres ángulos diferentes, pero Lotario de Voss los mantuvo a raya con un par de molinetes. La situación exigía que tomara la iniciativa o, de lo contrario, el mejor espadachín del grupo lo mantendría ocupado mientras los otros lo acuchillaban. Por lo tanto atacó directamente al que parecía el jefe con un tajo de costado que el otro apenas pudo esquivar, trastabillando. Después le descargó dos tajos sucesivos, sin dar tiempo para reponerse. *El Rucho* salteador detuvo el primero interponiendo la espada, pero descuidó la guardia en el segundo, el tiempo suficiente para que Lotario lo abrazara y le introdujera la daga por el sobaco, asestándole una puñalada mortal fuera del perpunte. Antes de que extrajera el arma, los otros dos, repuestos de la sorpresa inicial, se le echaron encima. A uno lo recibió con una patada en la rodilla, que lo tiró por tierra, mientras desviaba la estocada del otro con un estrecho margen.

—Vuestro amo ha muerto —advirtió jadeante mientras se separaba a una distancia prudencial—. No hay necesidad de proseguir la pelea.

No respondieron. El que había recibido la paladea en la rodilla intentó levantarse pero se dejó caer nuevamente, lisiado. Comprendiendo que tendría que arreglárselas solo, el compañero profirió un grito de guerra y atacó. Lotario de Vosss detuvo la embestida con la tranquila paciencia del que prevé los movimientos de un enemigo menor Hizo una finta que obligó a su adversario a modificar el sentido del impulso y aprovechó el instante de indecisión que había creado para lanzarle a fondo una estocada tendida que le atravesó el pecho por debajo de las costillas y le sacó un palmo de acero por la espalda. El hombre cayó de rodillas, dirigió una mirada a su verdugo y se precipitó hacia adelante hundiendo la cara en el regatillo de la fuente.

Lotario de Voss se volvió hacia el de la rodilla rota. Era un joven imberbe, con la cara sucia y llena de granos. Tras ver morir a sus camaradas, la barbilla le temblaba de miedo.

—¿Quién os envía?

—Señor, no me mates —suplicó. Se incorporó a duras penas y cojeó apartándose del acero sangrante que sostenía Lotario—. Traemos tres caballos y dos muías —prosiguió—. Quédate con todo, incluso con mi caballo.

—¿Quién os envía?

—No lo sé, señor. Te hemos seguido desde Navarra.

—¿Por cuenta de quién?

—Lo ignoro, señor. Este hombre nos contrató en Amiens.

—Señalaba el cadáver de su jefe.

—¿Me habéis seguido desde entonces, sin perderme de vista? —No, señor, sólo os vimos una vez, en Soria. Luego os adelantamos y os esperamos aquí.

Lotario de Voss comprendió. Entre los hombres del rey había un soplón que conocía el itinerario preciso de los templarios y, por lo tanto, el suyo. ¿Un soplón al servicio del Temple? Pudiera ser. Pero aquellos hombres no eran templarios, sino vulgares

malhechores. Quizá el Temple había preferido no comprometer a sus caballeros en eliminar a un agente del rey.

Miró al herido, que aguardaba su suerte con la mirada suplicante.

—¿Cuántos años tienes? —Diecisiete, señor.

—¿Si te dejo marchar, me prometes regenerarte? El joven asintió vigorosamente.

—Señor, enderezaré mis pasos por el camino del bien y me apartaré de las malas compañías.

—Está bien —dijo Lotario—. Te pondré sobre un caballo para que regreses a la ciudad más próxima. Allí búscate a un concertador de huesos que te entablille la rodilla.

—¡Gracias, señor!

Lotario de Voss limpió su espada en el manto de uno de los caídos y la envainó. Tomó al joven por la cintura y lo ayudó a caminar hasta la espesura donde estaban los caballos. El joven se acercó cojeando al primer caballo y se agarró al arzón de la silla aguardando el impulso para montar, pero Lotario de Voss le pasó la daga por delante del cuello y con un movimiento rápido le abrió la garganta. Se desentendió del moribundo, al que dejó en el suelo sacudido por agónicas convulsiones, y registró el equipaje de sus víctimas. En las alforjas del jefe encontró lo que buscaba: diez libras tornesas, algunos besantes venecianos v un salvoconducto expedido a favor de Esteban *el Rucho,* dirigido a los cónsules de la Banca Zaccaria para que prestaran toda clase de ayuda al portador del documento. En otro papel estaban anotados los nombres de los cónsules de Zaccaria en distintas ciudades portuarias del norte de África, desde Ceuta hasta Alejandría.

Lotario de Voss guardó el dinero y los documentos, además de la daga del jefe. No vio nada más que fuera de provecho. Desensilló los caballos y los soltó antes de recoger el hato y proseguir el camino dando un rodeo para evitar el pueblo. Aunque se hallaba a cuatro leguas, cuando cayó la noche, prefirió pernoctar al raso, fuera del camino real, en lugar de acogerse a una venta donde los justicias del rey podrían indagar sobre la muerte de los forasteros.

19

Lucas Cárdena aguardó a que el caballero terminara de asearse en el patio de la venta. El templario se había desnudado de cintura para arriba y mostraba un torso robusto, anchos hombros y brazos musculosos, aunque su cabello entrecano, muy corto, a usanza militar, y la canosa barba revelaban que había abandonado los vigores de la juventud. El hombre sacó un cubo del pozo, se arrojó gañafadas de agua al rostro y a los sobacos y se frotó los brazos y las manos con una piedra pómez. Luego se enjugó vigorosamente con una toalla y se volvió hacia el muchacho.

—Así que tú eres Lucas Cárdena.

Le había hablado en árabe, el árabe gutural que hablaban los moros de allende el mar, comiéndose las vocales, distinto del andalusí, más suave,

—Yo soy, señor. Mi tío, el abad de Santa Cruz de Múdela, me ha encomendado que me ponga a vuestro servicio.

El caballero franco besó a Lucas en ambas mejillas como reconocimiento del vínculo. Era muy alto y emanaba una fuerza interior que cautivó al muchacho.

Salieron luego al campo y cabalgaron hacia el sur.

—¿Puedo hacer una pregunta? —dijo Lucas.

—Claro que puedes. Estás en la edad de preguntar y mucho me temo que el hermano Vergino y yo estemos en la de responden

—¿Sois calatravos? Mi tío, el abad, no me ha dicho gran cosa y me encomendó que les preguntara mis dudas a los caballeros.

También le había aconsejado que no preguntase demasiado, pero Lucas era joven.

Roger de Beaufort miró a Vergino solicitando su ayuda, pero el anciano sonrió y se encogió de hombros.

—Somos templarios —declaró Beaufort—. ¿Has oído hablar del Temple?

—Naturalmente, señor, pero por donde nosotros vivimos no hay templarios. Allí los freires son de Calatrava o de Santiago.

—Los templarios somos buenos amigos de los calatravos —dijo Vergino—. De hecho, los primeros calatravos salieron del Temple. ¿Sabes que Tierra Santa se ha perdido?

—Algo de eso tengo oído, messire. ¿No quedan ya cristianos en la tierra de Cristo?

—Quedan, pero sometidos a los sarracenos. Ahora, la cristiandad debe reconquistar los Santos Lugares. Por eso vamos a Oriente el hermano Beaufort y yo. —Hizo una pausa y añadió confidencialmente—: Debemos confiar en la fidelidad de los que nos acompañen.

—Yo sé mantener la boca cerrada —dijo Lucas—. Y en cuanto a mi escudero, no se mete en nada.

Roger de Beaufort miró a Huevazos, que cabalgaba delante. a cierta distancia, atento al camino. Le había parecido experto y avisado, una buena compañía para tierra de moros.

—¿También sabe hablar algarabía?

—Sí, señor, en este lado del mundo, como vivimos encima de ellos, casi todos hablamos las dos lenguas y conocemos las costumbres. Vestidos como ellos, nadie nos distinguirá. ¿El hermano Vergino también sabe algarabía?

—También.

Al día siguiente cruzaron sierra Morena por el paso de la losa, entre el espeso encinar que olía a jara, a romero, a brezo. La vista se recreaba en las escarpadas rocas grises, con sus pinceladas de musgo amarillo.

—¡Allá vuela el águila! —observó Beaufort señalando una silueta remota en el cielo límpido—. ¡Noble tierra!

Huevazos levantó la cabeza, miró al cielo y sentenció:

—Es un buitre, señor. Mucha pluma y poca chicha.

—Sé distinguir un buitre de un águila —replicó Beaufort, algo molesto.

—Mi escudero está en lo cierto, señor —medió Lucas—. Ese pájaro tiene hechuras de águila, pero es un buitre.

—¿Un buitre?

—Sí, señor, un buitre que parece águila, pero que es buitre porque vive de la carroña —explicó el joven—. Lo llamamos quebrantahuesos porque coge con las garras los huesos grandes de los animales muertos y los arroja contra las piedras desde gran altura, para romperlos. Le gusta el tuétano. Una vez, de esto hace algunos años, un quebrantahuesos confundió la calva del conde de Cabra con un peñasco, le acertó con el fémur de una vaca y lo descalabró. Dios lo tenga en su gloria.

—¡Recia tierra es ésta donde los buitres parecen águilas! —se admiró Beaufort.

—Son águilas, señor. Lo que ocurre es que la vida está tan achuchada que se vuelven buitres. Las reinas de antaño, hogaño comen carroña.

Juan Vergino pensó en la Orden del Temple. La reina de antaño, que un día gobernó la tierra y el mar y ahora se veía obligada a enviar a sus hombres disfrazados de moros, ocultándose de los amigos vacilantes y de los enemigos declarados, tras una meta incierta de la que dependía la supervivencia de la orden.

Invirtieron todo el día en cruzar la sierra, con un descanso para almorzar y sestear.

Huevazos había tendido trampas la noche anterior y había atrapado un gato montes, que despellejó y descabezó antes de regresar al campamento para que pasara por conejo.

—En Francia no los hay tan grandes —observó Beaufort a la vista de la pieza.

Vergino convino en que, en efecto, el conejo era descomunal.

En atención a los extranjeros, Huevazos lo guisó a la morisca, con garum de pan, comino, ajo y aceite. Los freires franceses alabaron su arte culinario.

—Sabe guisar muchas cosas —reconoció el joven Lucas.

A Vergino le pareció que el muchacho no ponía demasiado entusiasmo en *el* cumplido.

Después de sestear prosiguieron la andadura, y a la caída de la tarde se detuvieron en un prado ameno y despejado al lado de un arroyo.

—Éste será un buen sitio para acampar —propuso Huevazos—. En cuanto oscurezca, el camino se volverá peligroso. Más adelante hay despeñaderos tan disimulados por la maleza que antes de que uno se dé cuenta ya está en el fondo de una sima, como le sucedió al señor de Giribaile.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Beaufort.

—Que se cayó en un hoyo de paredes escarpadas del que no pudo salir, y cuando sus criados lo encontraron, dos meses después, había muerto de sed y de hambre.

Trabaron los caballos, los soltaron de careo y acomodaron el hato al abrigo de unas peñas. Huevazos armó la ballesta y salió a cazar mientras los demás cortaban leña y calentaban agua.

Cuando terminaron, Vergino se sentó en un tronco caído y contempló el anfiteatro de montañas que los rodeaba. Reparó en los altos farallones y en las piedras grises que amarilleaban de líquenes.

—El santuario está cerca —murmuró.

Beaufort se volvió hacia el maestro.

—Nos queda más de una hora de sol —prosiguió Vergino mirando al cielo—. Si salimos inmediatamente, podremos visitar el lugar.

Los dos caballeros emprendieron el camino.

—¿Puedo acompañarlos? —preguntó el joven Lucas.

Los dos freires se miraron.

—Está bien —concedió Vergino—. Ven con nosotros.

Había que descender una cuesta y cruzar el lecho seco de una torrentera, monte a través, entre peñas y carrascas. Un repecho más suave conducía a un gran farallón de roca viva que servía de visera a un dilatado abrigo. Desentendidos del joven, los dos freires se concentraron en el examen de la cueva e intercambiaban comentarios en francés. Vergino, que había estado allí anteriormente, le señaló a Beaufort unas manchas rojizas en las paredes y en el techo del abrigo. Aunque no entendió las explicaciones, Lucas reparó en los trazos y señales que a duras penas se distinguían sobre el fondo ocre de la roca.

—¿Qué son estas manchas? —preguntó.

Vergino se volvió hacia él como si lo viera por primera vez.

—Son señales que dejaron los hombres antiguos —explicó—. En algunos lugares del mundo existen peñas letradas como éstas. Y aquél es el túmulo de Gómez Ramírez —añadió señalando un considerable montón de piedras, un trecho más abajo, en la vaguada.

—¿Quién era Gómez Ramírez? —preguntó Lucas.

—¿Has oído hablar de las Navas de Tolosa?

El joven negó con la cabeza.

—Hace casi cien años, cuando esta tierra pertenecía todavía a los moros, se entabló aquí una gran batalla.

—¿Aquí?

—¿Ves las ruinas de aquel castillo allá a lo lejos? Es el Ferial. Y, más a la izquierda, ¿ves un llano prieto de matorral? Son las Navas de Tolosa. Ahí se riñó la batalla en la que murieron tantos sarracenos que los arroyos corrían tintos de sangre. Gómez, Ramírez, el maestre de los templarios de Castilla, resultó malherido, y sus hombres lo trajeron antes de morir a este santuario. Al día siguiente sepultaron el cadáver y señalaron el lugar con un montón de piedras.

—¿Era esto un santuario?

—Y lo sigue siendo, aunque no haya comunidad ni ermitaño.

—Así...

—vaciló Lucas—, ¿sin iglesia?

—La iglesia es la naturaleza que te rodea —respondió Vergino— Ese farallón de piedra que baja a pico, los árboles y las Peñas, aquel pozo que no está hecho por el hombre... Ésa es la iglesia. Antes de que los cristianos construyeran iglesias, los santuarios eran lugares como éste, el collado de los Jardines, en los que Dios se manifiesta.

Caía la noche con su séquito de sombras. Arriba, en el campamento, una tenue columna de humo indicaba que Huevazos estaba preparando la sopa. Regresaron en silencio.

Por la noche escarchó. Los viajeros durmieron arrebujados en las capas y en las mantas en torno a la hoguera, mientras las lechuzas silbaban en la espesura y el lobo aullaba a lo lejos. Al amanecer reemprendieron la marcha y caminaron todo el día, deteniéndose como siempre para almorzar y sestear. Esta vez, Huevazos preparó un revuelto de cardos y espárragos que había ido cogiendo por el camino.

—Estaba exquisito —comentó Beaufort al terminar de comer—. ¿Qué carne era la del salteado, que no consigo reconocerla?

—Los huevos eran de lechuza —explicó el cocinero—y algunos tenían ya su lechucilla dentro. La lechucilla majada con ajos le quita el mal sabor a los huevos malos, que siempre alguno se cuela.

Beaufort, alarmado, miró a Vergino.

—Las comidas se disfrutan más cuando no se sabe de qué están hechas —sentenció el anciano.

Aquella noche pernoctaron en una choza de pastores, junto al arroyo de Navalquejigo, prieto de higueras, y a la mañana siguiente reemprendieron el camino por una antigua calzada. Al caer la tarde llegaron a Montizón, un antiguo monasterio construido en lo más intrincado de la sierra por visigodos fugitivos de los moros. El monasterio no era más que una docena de pobres cabañas con techo de bálago, al amparo de un recinto de tapial medio desmoronado. Sobre el portón de entrada había una imagen tosca de la Virgen, en bulto, azul. Los viajeros descabalgaron en el patio, en el que había un abrevadero, un pozo y un montón de estiércol en el que picoteaban las gallinas. Un fraile joven condujo los caballos a la cuadra mientras el abad, un anciano amojamado, calvo y casi sordo, recibió a los peregrinos.

Vergino abrazó a su hermano Pedro, que era uno de los frailes, y se retiró a conferenciar con él hasta la hora de la cena.

El refectorio era una mesa de encina situada en un extremo de la cocina, más que suficiente para una comunidad compuesta por cuatro frailes y dos legos. Después de cenar frugalmente sopa de hierbas, queso y pan moreno cocido sobre la ceniza del lar, Vergino obtuvo permiso del abad para examinar los libros y papeles de la biblioteca.

El estudio era tan modesto como el resto de las dependencias: una habitación separada de la humilde iglesia por una cortina. Había tres grandes armarios de libros, otro menor que servía de archivo y dos pupitres que ocupaban el resto del espacio disponible.

—Cuando llegue —le dijo Pedro— los tinteros estaban secos. Hacía mucho tiempo

que los monjes no trabajaban en el escritorio. Quizá la vida en esta pobre tierra era tan dura que no les dejaba tiempo, ni ánimos, para cultivar el espíritu.

Los dos hermanos pasaron la noche examinando legajos, descifrando los escolios que viejas manos, muertas hacía siglos, habían ido dejando en minuciosa letra latina en los márgenes de los grandes libros de vitela.

Al día siguiente los visitantes asistieron a misa en la iglesia de la comunidad, donde apenas cabían quince personas, y, después de desayunar gachas de camuña y un cuenco de leche tibia, que pasó de mano en mano para que todos sorbieran, los viajeros se despidieron y prosiguieron el camino. Estaba ascendiendo el sol cuando pasaron por Chiclana de Segura y a la caída de la tarde acamparon en un robledal más allá de Castellar de Santisteban. En los días sucesivos el camino los llevó a Peal, a Quesada y al cenobio de Tíscar, donde se postraron ante la Virgen Negra, al pie de la peña, y Vergino volvió a consultar los libros de la comunidad.

—El rey Fernando está en paz con Granada —advirtió el anciano abad— y la frontera está pacificada, pero debéis andar vigilantes porque abundan los salteadores de caminos. El califa de Granada conquistó Ceuta hace unos meses y parece que todos los guardias del reino se han alistado para África atraídos por la paga.

Al día siguiente, acompañados por un monje joven, recorrieron dos leguas de cerretes y barbechos hasta que encontraron un majano de piedras con un palo en el centro que sostenía unos ramos de olivo seco.

—Aquí termina Castilla *y* yo me vuelvo —dijo el monje torciendo el ronzal a la borriquilla que montaba—. Aquel cerro grande, el que tiene un castaño en la cima, es ya tierra de moros. Tengan sus reverencias cuidado con los almogávares moros y con los bandidos, que abundan en esta tierra. Vayan con Dios y que Santa María los acompañe.

Remontaron una loma por el camino empedrado y llegaron a un punto desde el cual se descubría un ameno valle coronado de montañas grises y surcado de arboledas. Ruidosas grullas sobrevolaban el bosque. Huevazos había descabalgado, con la ballesta terciada a la espalda, e iba recogiendo castañas, hayucos y bellotas. Al pasar los arroyos andaba atento a los cangrejos encelados y si capturaba alguno, de un manotazo, le arrancaba las patas para inmovilizarlo y lo echaba al zurrón.

Ese día no se encontraron con nadie, pero al siguiente entraron en una comarca de montes pelados que ni hierba criaban, aunque, en acusado contraste, los valles lucían un verde lujurioso, llenos de frutales y de huertas bien cultivadas que daban vida a infinidad de aldeas y alquerías. Por todas partes se veían moros y moras labrando la tierra, guardando ganado, yendo o viniendo con borriquillos y carros.

Pasado Hinojares, durmieron en un pajar con unos trajinantes, un padre y sus tres hijos, que llevaban una carga de higos secos y harina a Málaga.

Al otro día se internaron por la vega de Guadix. El camino discurría por angostos valles cubiertos de huertas y arboledas que contrastaban con los cerros pelados y las barranqueras. Salvo algunas chozas de barro y ramas, para la vigilancia de los sembradíos, no se veían casas. Los hortelanos, incluso los más ricos, excavaban sus viviendas en la piedra blanda de las montañas y pintaban las fachadas de blanco y azul.

Al amanecer del tercer día, cuando apenas habían caminado una legua, al salir de una espesura, se vieron de pronto rodeados por una tropa de musulmanes armados con lanzas y arcos y montados en caballos ligeros. Eran muy morenos y se tocaban con sucios turbantes pardos que sólo dejaban al descubierto los ojos y los pómulos huesudos. Huevazos hizo ademán de desenvainar, pero el joven Lucas lo contuvo.

—¿Dónde pensáis que estáis, perros? —quiso saber el jefe, un tipo torvo con un ojo huero y las cejas corridas e hirsutas como un cepillo—. ¿Habéis equivocado el camino?

El moro había hablado en castellano, pero Vergino le respondió en su pedregoso árabe

oriental.

—Somos amigos del visir Ibn Habbus al-Fayarsi. Aquí tienes el salvoconducto. —Y le tendió una bolsa de tafilete que había llevado pendiente del arzón desde que entraron en territorio musulmán.

—Confiemos ahora —le dijo a Beaufort en francés— en que el canciller que otorgó el salvoconducto no haya caído en desgracia y que todo esté en orden.

Beaufort asintió con expresión ausente, como si el asunto no le afectara.

El moro del ojo huero abrió la bolsa, extrajo el pergamino y examinó los sellos y el documento. No sabía leer, pero reconocía ciertas palabras. Se saltó las primeras líneas, que contenían formularias invocaciones al profeta y alabanzas del califa felizmente reinante, y buscó más abajo el nombre del canciller. Comprobada la legitimidad del documento, el tuerto aulló una orden y los guardias apartaron las lanzas.

—¿Hacia dónde os dirigís?

—A Almería.

—El visir está cazando en Baza, a dos días de camino.

—Le presentaremos nuestros respetos.

—Sólo tenéis que seguir ese camino. Encontraréis tres castillos en los que, si mostráis el salvoconducto real, os alojarán y os darán pienso para las bestias.

Sin otro percance, atravesaron por la sierra de Baza, de vegetación animada y poderosa, con cerros y colinas impracticables. Los pedregales, a veces surcados por hondos barrancos donde no crecía ni el esparto, contrastaban vivamente con algunas vegas dilatadas donde manantiales y arroyos daban vida a feraces huertas. Se oía el tableteo monótono de las norias.

20

El ciervo, un prodigioso ejemplar de catorce puntas, se detuvo en el claro del bosque, alzó la cabeza y venteó, los músculos de la grupa tensos bajo la piel, presto para huir a la menor señal de peligro. Pasaron unos instantes que se les hicieron eternos a los monteros, inmóviles en sus puestos como figuras de bronce, conteniendo el aliento. El bosque, de ordinario animado por los múltiples sonidos de la vida, se había quedado en silencio. Quizá era ese silencio lo que había alertado al ciervo a pocos pasos del abrevadero. Olisqueó nerviosamente el aire sin percibir el olor de los hombres que se habían apostado a sotavento. Al poco tiempo se reanudó el monótono concierto de las chicharras y los gorjeos en la arboleda. El ciervo, más tranquilo, agachó la cabeza y prosiguió su camino hacia la fuente. Al pasar por el segundo claro del bosque resonó el chasquido de la ballesta y un virote se clavó profundamente en los ijares del animal. Herido de muerte, dio un brinco y corcoveó antes de venirse al suelo resollando. Salieron de la espesura una docena de hombres con zaragüelles y chalecos de caza, armados con chuzos y cuchillos, y rodearon al espléndido animal que desde el suelo los miraba con ojos húmedos y desencajados.

—¡Dejádmelo a mí! —ordenó perentoriamente un gordo que llagaba rezagado y jadeante. Los otros se apartaron respetuosamente. Iba tocado con un turbante de seda verde adornado con un broche en el que centelleaba un carbunclo de gran tamaño.

El gordo rodeó al ciervo buscando la posición más ventajosa, desenvainó un enorme cuchillo de caza y se lo hundió en la garganta. Brotó un chorro de sangre espesa y

humeante y el ciervo corneó ligeramente el suelo levantando una palada de hojas antes de entornar los ojos y quedar inmóvil.

Los monteros intercambiaron comentarios elogiosos sobre la puntería del visir Ibn Habbus. Él levantó las manos gordezuelas agradecido y sonrió satisfecho.

Regresaban al puesto cuando se acercó un secretario que le dijo:

—Sidi, han llegado unos cristianos francos que traen vuestro salvoconducto.

Ibn Habbus al-Fayarsi hizo memoria.

—¿Francos dices?

El secretario asintió.

—Ya sé quiénes son —recordó el visir—. Vienen de París, por tierra. —Suspiró contrariado—. Bueno. Me parece que ya basta de caza por hoy. Regresamos.

El montero mayor hizo sonar por tres veces el cuerno de caza para avisar el final de la jornada. Los cazadores abandonaron los puestos y los criados, que esperaban con las muías en el lindero del coto, entraron en el bosque para retirar las piezas cazadas.

Los templarios aguardaban en una alquería cercana, donde la pequeña corte del visir había levantado sus tiendas. Cuando vieron llegar a la tropa de cazadores les salieron al encuentro. Juan Vergino hizo la zalema, el saludo morisco, llevándose la mano sucesivamente al pecho, a la boca y a la frente, y dijo:

—La paz de Dios sea contigo, visir. —Y le entregó a un secretario el salvoconducto con los sellos de Granada.

El secretario comprobó que el documento estaba en orden y se lo presentó a Ibn Habbus, pero éste lo rechazó con un gesto aburrido.

—¿Cómo se encuentra el buen rey Felipe?

No había asomo de burla en la pregunta. Vergino comprendió que era un mero formulismo, o quizá, desde Granada, los asuntos de Francia se percibían de otra manera y nada hacía sospechar que el rey Felipe no fuese amado por algunos de sus súbditos.

—El rey está bien, y el maestre del Temple, Jacques de Molay, os envía sus respetuosos saludos.

Ibn Habbus levantó la mano para significar que se sentía honrado.

—¿Os han atendido bien? —preguntó con lo que parecía sincero interés—. ¿Han atendido a vuestros caballos? ¿Os han asignado una tienda?

—Sí, sidi.

—En ese caso podéis retiraros a descansar. A la caída de la tarde seguiremos hablando.

La tienda de Ibn Habbus era espaciosa y alta, con el suelo alfombrado con magníficos tapices sobre los que había enormes almohadones de cuero repujado que servían de asiento. Un pebetero de bronce perfumaba el ambiente. En una bandeja de oro había bebidas, frutas escarchadas y frutos secos.

El visir ofreció asiento a sus invitados y después de los saludos de rigor se aclaró la garganta, despidió a los criados y fue directamente al grano.

—En otro tiempo, el maestre del Temple, el anterior, el que murió, no el que tenéis ahora, me ayudó a resolver algunos dilemas. —Se echó a la boca un dátil relleno de nueces y almendras molidas y lo masticó cuidadosamente. Después de tragárselo emitió un suave eructo, se pasó la mano educadamente por los gordezuelos y bermejos labios y prosiguió—: Yo le estoy muy agradecido al Temple, por eso he preparado un documento para mi buen amigo el visir de Egipto, para que cuando se lo presentéis os ayude en todo lo que esté en su mano. Hasta llegar allá me temo que tendréis que arreglaros solos, puesto que, en las presentes circunstancias, Granada no tiene grandes amistades en el Magreb. No obstante, nadie ataca a los peregrinos que van a La Meca si no se salen del camino protegido por Alá.

El documento que el secretario les entregó estaba ya cerrado y sellado. Vergino mostró su agradecimiento. El visir indicó a su secretario que los acompañara hasta la puerta.

Se disponían a retirarse y ya reculaban hacia la entrada, andando de espaldas, como exigía el protocolo y la buena crianza, cuando el visir, que iba a comerse una ciruela pasa, se quedó con la mano en el aire como recordando algo.

—Por cierto —dijo con una sonrisa bonachona—. No es que tenga mucha importancia, pero deberíais saber que un hombre rubio vestido de negro, un guerrero franco por las trazas, anda preguntando por vosotros en el camino real de Castilla.

—¿Nos sigue?

—Parece que sí. Y detrás de él iban otros cuatro que también se interesan por vosotros.

Beaufort y Vergino se miraron.

—¿Sidi, queréis decir que esos hombres nos siguen?

El visir cogió otra ciruela pasa y la masticó golosamente.

—No, ya no os siguen. Los cuatro hombres aparecieron muertos en las afueras de Almuradiel. Quizá el hombre vestido de luto os protege como el ángel del libro protegía a los judíos de Moisés. ¿Puede ser?

Así que las precauciones para que la operación fuera secreta no habían servido de nada: Nogaret había encontrado la pista.

—Ignoro quién puede ser ese hombre, sidi —respondió Vergino—, pero desde luego no es de los nuestros.

El visir les dirigió una sonrisa bondadosa.

—Cuidaos mucho —deseó, señalándolos con otra ciruela preñada—, y cuando regreséis junto al maestre De Molay transmitidle mis fraternales saludos.

En los días siguientes transitaron por el camino de Baza a Gérgal, unas veces por pedregales llenos de lagartos y otras por umbrías arboledas donde Huevazos recogía oronjas, matacandiles y otras setas exquisitas que luego asaba con su chorrito de aceite.

La víspera de la llegada a Almería pernoctaron en el pajar de una alquería en la vecindad de un manantial, que formaba una laguneja frecuentada por fochas y gallinetas.

—En seco o en mojado, por san Lucas ten sembrado —recitó Roque.

Lucas pensó que se aproximaba el día de su santo y que por primera vez en su vida estaría lejos de casa. No sabía cuántos san Lucas duraría su ausencia. Este pensamiento lo puso melancólico. Buscando la soledad, salió a pasear por el campo y se topó con Pedro Vergino, que rezaba sus oraciones. Lucas se había aficionado a la compañía del anciano templario y algunos días lo acompañaba en su paseo mientras Huevazos preparaba la cena. Estaban en medio de un desierto pedregoso, pero el frescor del mar despertaba los sentidos. Le confesó al anciano sus inquietudes. Se sentía atraído por la vida de la milicia religiosa a la que se habían consagrado su tío el abad y los templarios, pero, por otra parte, deseaba estar libre para conocer mundo y le gustaban las muchachas, e incluso a veces tenía sueños lúbricos, reconoció.

—Me gustaría guiarte, hijo mío —le respondió Vergino—, pero mucho me temo que tendrás que descubrir solo el camino que te lleve a lo que verdaderamente quieres. Eres joven y debes vivir tu propia vida. Antes, en tiempos de mis abuelos, los valores eran nítidos y firmes. Ahora vivimos una época insidiosa, en la que todo se razona, en la que ni los príncipes de la Iglesia creen en Dios. La corrupción y el interés han sustituido a la justicia, el descreimiento a la fe. Cada cual vive sólo para su pequeña ambición. La angustia y la soledad nos ahogan en un mundo entregado a las tinieblas, a las ganancias y a los trapicheos mercantiles. Hemos convertido el alma en un objeto de comercio y la burla y la duda han reemplazado a la certeza. Antes existía una comunidad sagrada, una creencia; ahora sólo quedan un puñado de incertidumbres y la angustia del hombre a solas consigo

mismo.

21

A dos días de camino de la alquería donde acampaban los falsos peregrinos, Lotario de Voss dio cuenta de una pierna de cordero lechal regada con media botella de vino del terreno, ligeramente repuntadillo, y salió a estirar las piernas antes de acostarse. Se hospedaba en una fonda de mercaderes en Alcontar y fingía ser genovés, tratante de seda y tintes en el reino de Granada. Paseó hasta un mirador alto desde el que se divisaba un dilatado paisaje de lomas y cerros, con la cordillera coronada de nieve al fondo. Acariciada por los últimos rayos de sol, la nieve relucía como una gema en el corazón de la noche.

Lotario de Voss pensó en Gunter, que a esa hora estaría en su camastro del calabozo oscuro, sintiéndose el más desdichado del mundo, sin saber que su hermano se estaba acordando de él. Rechazó los pensamientos deprimentes, que no conducían a nada, y fantaseó con sus triunfos. En el plazo de dos meses, tres a lo sumo, habría arrebatado a los templarios el secreto del Arca. Entonces regresaría a la Berbería, pondría el talismán a buen recaudo y enviaría una carta a Nogaret con sus condiciones: una galera nueva, bien equipada, con Gunter a bordo y cincuenta libras tornesas. El intercambio se realizaría en una playa solitaria a la que acudiría con una escolta de confianza. Nogaret entregaría la galera, con Gunter y el oro a bordo, y sus hombres la pondrían a buen recaudo. Sólo entonces facilitaría el Arca al rey de Francia. Para los que creían en la magia del Arca, el precio sería razonable y hasta barato. Lotario de Voss no creía en magia alguna, solamente en el poder del oro, con el que un hombre decidido y capaz podría forjarse el futuro.

Lotario había planeado su propio destino y el de su querido Gunter. La coyuntura no podía ser más favorable. Un año antes, un aventurero aragonés llamado Roger de Flor, con unos cientos de almogávares de su tierra, se había adueñado de Bizancio. En sus correrías por el Mediterráneo, Lotario de Voss se había topado con partidas de almogávares. Vestidos de pieles, calzados con toscas sandalias y sin cota ni perpunte, aquellos guerreros temibles entraban en combate golpeando el suelo con sus chuzos y haciendo sonar las espadas contra los escudos al tiempo que proferían el grito de guerra: *«Desperta, ferro!»* Bizancio, la ciudad de las cien iglesias de mármol y diez mil estatuas de bronce, la heredera del Imperio romano, se había sometido a aquellos salvajes que olían a cabra. El emperador Andrónico II había otorgado a su caudillo los títulos de megaduque, general y almirante, y la mano de su sobrina, una verdadera princesa de Bizancio. Ahora los almogávares y su flamante general luchaban contra los turcos en Asia Menor, un lugar excelente en el que cualquier hombre arrojado haría fortuna. En sus años de pirata, Lotario de Voss había conocido a algunas tribus del litoral y sabía dónde contratar a buenos mercenarios, como los indómitos cenetes al servicio de Muhammad III de Granada, con los que se cruzaba a veces. No era difícil encontrar hombres: beréberes expulsados por el desierto, montañeses sicilianos, marinos cretenses, gentes rudas y arrojadas, disciplinadas, sufridas, que podrían igualar a los aragoneses de Roger de Flor. Sabía en qué puertos encontrar desertores de la Hansa, varegos de piel clara y trenzas rubias, descendientes de los vikingos, con la bravura de sus antepasados en la sangre. Sólo necesitaban un capitán que los dirigiera y botín y pelea que los estimulara. Sabía incluso a qué puerta debía dirigirse para ofrecer sus servicios. El califa turco Otman estaba extendiendo su reino por el mar de Mármara y no le importaba contratar mercenarios centroeuropeos.

Con estas ensoñaciones, Lotario de Voss se quedó dormido.

22

—«¡Valle de Almería, cuando te contemplo mi alma vibra como vibra al blandirse una espada de la India!» —declamó Vergino. Y volviéndose hacia sus acompañantes explicó—: Son versos de un poeta musulmán.

El valle de Almería lucía al sol con su bahía azul, sus muros pardos y su ciudad blanca. Era uno de los puertos más importantes del Mediterráneo, guardado por una fuerte alcazaba de la que partían dos lienzos de murallas torreadas que rodeaban el caserío y el puerto.

Beaufort pensó en Acre.

La puerta de la muralla estaba abierta y ante ella se habían congregado decenas de asnos y camellos cargados de mercaderías. Los arrieros, en corrillos, charlaban con un ojo puesto en la carga mientras esperaban turno para comparecer ante el caíd de la puerta. Todo el que entrara en la ciudad debía satisfacer un impuesto por su persona y otro por las mercaderías. El jefe de los guardas era un aduanero experto y sospechó del grupo que llegaba tan temprano sin carga. Se dirigió cachazudamente a Roger de Beaufort y le espetó:

—¿Quiénes sois y de dónde venís?

—Vamos a La Meca, sidi, a la peregrinación del profeta —se apresuró a responder el joven Lucas Cárdena.

—Se lo he preguntado a él —dijo el jefe de policía mirando a Roger de Beaufort fijamente a los ojos. Dos de sus hombres rodearon al interpelado, las lanzas listas.

Huevazos lanzó un ruidoso suspiro y miró con disimulo el bulto de ropa donde había ocultado su espada y su perpunte. Sólo había que apartar un pliegue y tirar de la empuñadura. En un santiamén, los dos guardias estarían muertos. Cruzó una mirada con su amo, pero Lucas parecía tranquilo.

—Estoy aguardando tu respuesta —se impacientó el jefe de policía. Había acercado su rostro al del viajero.

—El muchacho ha respondido por mí —objetó Beaufort suavemente—. Vamos a La Meca.

El árabe que hablaba Roger de Beaufort delataba su origen extranjero. El jefe de policía sonrió.

—¿De dónde provienes tú? ¿Egipcio, sirio? *¿Por* qué has intentado ocultar tu procedencia?

Por toda respuesta, Roger de Beaufort metió su mano derecha bajo el manto de viaje y extrajo el salvoconducto. El jefe de la policía palideció cuando vio el forro rojo de cuero con las insignias de Granada y el lema «Sólo Alá es vencedor» repujado en el centro. Aquellos viajeros que se aventuraban por los caminos sin escolta contaban con la protección directa del califa. No obstante, su obligación era hacer las comprobaciones pertinentes, y tampoco quería dar a entender a sus hombres que se amedrentaba ante un salvoconducto de la Alhambra. Abrió el estuche, extrajo reverencialmente el documento, lo desdobló y reconoció los sellos de plomo teñido y los adornos en bella cursiva cúfica que lo orlaban. Algunas veces había visto de lejos una carta bermeja, pero nunca había tenido una en la mano. La propia representación del poder. Pesaba y quemaba. Se la devolvió

inmediatamente a su dueño.

—Sidi —tartamudeó inclinándose respetuosamente y llevándose la mano al pecho—, es un honor poner mi vida y mi espada a tu servicio.

Y como advirtiera que sus hombres, embobados, continuaban apuntando con las lanzas al forastero, propinó una patada en el trasero más cercano al tiempo que le gritaba:

—¡Asno, aparta del camino y abre paso a estos señores! ¡Despejad la puerta!

Roger de Beaufort guardó el documento.

—Creí que no salíamos de ésta —le confió, en francés, a Vergino.

—Querido hermano —le contestó éste—, san Juan nos allanará el camino.

Almena era una urbe rica y bien ordenada, un puerto privilegiado y un emporio comercial al que afluían productos de África y de Europa. Los barrios populares y los cuarteles ocupaban la falda del cerro, mientras que por la llanura se extendía el barrio residencial de los comerciantes y funcionarios. Al otro lado de un cauce seco, por el que discurrían carros de provisiones, estaba el barrio franco, donde residían los mercaderes cristianos. Este sector estaba separado del resto de la ciudad por una puerta que se cerraba de noche.

Los falsos peregrinos atravesaron el barrio de los francos, una calle ancha con los consulados a ambos lados disputándose el espacio: los venecianos, los genoveses, los florentinos, los pisanos, los lombardos; incluso los hanseáticos, que cambiaban ámbar del Báltico por oro africano y pimienta.

Cruzaron la ciudad y llegaron al famoso puerto, un recinto amplio y seguro, al amparo de una bahía abierta, con las aguas tan calmas que los musulmanes lo llamaban el espejo del mar. Se alojaron en una fonda del barrio musulmán. Mientras Vergino escribía cartas, los otros salieron a dar un paseo por el puerto. Lucas y su escudero nunca habían visto el mar y se sorprendieron ante el bosque de mástiles que se alzaba sobre las aguas quietas, las combas naves comerciales, altas como castillos, cerrados muros de madera en cuya bodega cabían cien toneles o más, los intensos olores de la brea de calafatear hirviendo en calderos, las estilizadas galeras de guerra, la confusión de banderas y gallardetes, el trasiego de fardos, las recuas de asnos que transportaban costales de trigo, el hierro, la lana, los arropes, las manufacturas, las seras de higos, las cajas de salazón, el hierro en lingotes, todo llamaba la atención de aquellos visitantes de tierra adentro.

Compraron unos buñuelos bañados en miel y le preguntaron al vendedor si zarparía algún barco para el Magreb.

—Todos esos barcos van a Ceuta —respondió el buñuelero señalando los muelles—. Desde que el califa Muhammad, Alá derrame sobre él sus bendiciones, conquistó Ceuta, hay tal trasiego con ella que parece que no existen más ciudades en el mundo. Ahora bien, os prevengo de que los buñuelos de miel que fabrican allí son de inferior calidad. ¿Os pongo dos docenas?

Por la tarde, el prefecto de la policía, alertado por el aduanero, llegó a la fonda para presentar sus respetos a los embajadores del califa que viajaban provistos de una carta bermeja.

—He sabido que habéis ajustado vuestro viaje a Ceuta en un barco que zarpa pasado mañana —dijo, haciendo la zalema—. ¿Estoy en lo cierto, sidi?

—Así es —respondió Vergino devolviendo el cumplido.

—Habéis elegido sabiamente, porque el patrón es persona de absoluta confianza, el barco sólido y la marinería experta. En fin —añadió viendo que no lo invitaban a sentarse—. No quiero perturbar vuestro descanso. Si en algo os puedo servir, consideradme vuestro criado. Mi casa y mi persona están a vuestra disposición.

—¡Que Alá recompense tus desvelos! —dijo Vergino mientras lo acompañaba hasta la puerta—. Nos hemos alojado dignamente y no tenemos necesidad alguna. No obstante,

cabe la posibilidad de que detrás de nosotros llegue un cristiano franco que pretende pasar a Ceuta. Sería de mucho servicio para el califa que ese nombre no embarcara.

—¡Oír es obedecer! —exclamó el policía—. Registraré sus equipajes, encontraré contrabando, lo internaré en una mazmorra de la Chanca y lo interrogaré personalmente. Romperé siete látigos, si es necesario, hasta que confiese que suministró la quijada con la que Caín mató a su hermano e instigó el asesinato. ¡A buscar pruebas inculpatorias no hay quien me gane, sidi!

—No lo dudo —convino Vergino disimulando el asco que le inspiraba aquel sujeto.

—También puedo decapitarlo o mutilarlo si ése es vuestro deseo —se ofreció el prefecto.

—No será necesario —dijo Vergino—. Con el calabozo será suficiente. Que no embarque en una buena temporada y tendremos en cuenta vuestro servicio cuando regresemos junto al califa.

El prefecto de policía se marchó contentísimo y ordenó que se redoblara la vigilancia de las puertas y los muelles.

23

Lotario de Voss había vendido el caballo en la última casa de postas y llegó a Almería caminando al caer la tarde. El teutón era de natural receloso y tenía por costumbre observar las ciudades antes de entrar. Se sentó a la sombra *de* un escuálido palmeral, frente a la puerta de Guadix, y almorzó tranquilamente pan candeal regado de aceite y manzanas agrias mientras contemplaba el trajín de la aduana. Lo que observó era preocupante: los guardas apenas prestaban atención a los arrieros cargados de fardos, pero interrogaban a los viajeros que llegaban solos.

Era evidente que buscaban a alguien. ¿A él, quizá? Si el rey de Francia tenía informadores dentro del Temple, era lógico pensar que también los templarios dispusieran de espías entre los oficiales reales. Probablemente, el gran maestre sabía que Nogaret había enviado un hombre en pos de Beaufort y Vergino. Los mercaderes lombardos estaban también en el secreto.

Quizá los cuatro hombres que había matado en Almuradiel no eran los únicos que lo buscaban.

Un chasquido a su espalda lo puso en guardia, pero resultó ser una falsa alarma: una cigüeña se había posado en la copa de una palmera. Lotario reanudó sus cavilaciones. Caminos hay muchos, pero los puertos de embarque para África son contados. El lugar idóneo para localizarlo era Almería. Templarios o lombardos, los dos eran enemigos suficientemente poderosos y bien relacionados como para sobornar al caíd de Almería y conseguir que lo cargase de cadenas en cuanto pisara la ciudad. Incluso era posible que la policía contara con una descripción suya razonablemente exacta. En cualquier caso sería mejor tomar precauciones.

En una ciudad portuaria con las puertas bien guardadas sólo se puede entrar por dos caminos: escalando la muralla o por mar. Lotario de Voss no disponía de escala ni contaba con un compinche que le arrojara una soga desde las almenas. Por un momento pensó en la posibilidad de sobornar a un arriero para que lo ayudara a entrar en la ciudad, pero rechazó la idea. El arriero aceptaría su dinero y luego lo denunciaría a las autoridades. Se imaginó escalando el muro con mil fatigas para encontrarse con una cuadrilla de guardias al mando

de un prefecto de policía deseoso de hacer méritos.

Le quedaba el mar. Echó a andar y se alejó playa adelante. Pasó junto a media docena de barcas en una aldea de pescadores. Le echó el ojo a la que parecía más marinera y pasó de largo hasta que alcanzó la desembocadura del río Andarax, donde se ocultó dentro de un cañaveral espeso y se fabricó un lecho de juncos cómodo y fresco para esperar tranquilamente a que se hiciera de noche. Distrajo el hambre mordisqueando unos cuantos tallos blandos mientras contemplaba la puesta de sol. No tardaron en aparecer las estrellas, iluminando débilmente una noche sin luna. En las chozas de los pescadores se encendieron algunas lámparas. Cuando se apagaron, Lotario aguardó un rato antes de abandonar su escondite y regresar a la playa por la línea del mar, para que la marea creciente borrara sus huellas, y empujar hasta el agua la barca que había escogido. Encajó los remos tan sigilosamente como pudo y comenzó a remar mar adentro. Cuando se alejó suficientemente de la costa viró hacia poniente y mantuvo el rumbo en dirección a las luces del puerto. Había a su derecha una escollera que le pareció a propósito para desembarcar discretamente. Se dirigió hacia ella y ató la embarcación a un saledizo.

En el extremo opuesto de la escollera un centinela roncaba dentro de su caseta. Pasó junto a él sin hacer ruido y avivó el paso por la cresta del malecón, camino del puerto. Un poco más adelante comenzaban las atarazanas y los almacenes, separados por callejones donde pululaban bujarrones y pajilleras. Lotario de Voss, con su hatillo bajo el brazo, un gorro de fieltro en la cabeza y descalzo a usanza marinera, pasó de largo sin atender los requerimientos de unos u otras y se internó por el sector más iluminado de los mesones y los prostíbulos oficiales. Oculto detrás de una pila de cestas vacías, se adecentó hasta donde lo permitía su parco equipaje. Cuando reapareció calzado y peinado cualquiera lo hubiera tomado por un patrón de barco o por un contramaestre hanseático.

Dos bebedores cristianos tomaban el fresco sentados a la puerta de una taberna. Se acercó a ellos y les preguntó en italiano por la mejor posada del barrio franco. Le indicaron el camino a la Balanza, en la calle de los Genoveses.

Comenzaba a clarear el nuevo día.

La posada de la Balanza era un hermoso edificio de piedra, con la fachada iluminada por un gran fanal de galera que colgado sobre el balcón central. Lotario de Voss se hizo pasar por un agente de la Hansa, comerciante en sedas. Un criado le mostró el mejor aposento de la casa, individual, en la tercera planta, con vistas al jardín posterior, un cuarto silencioso, alejado del bullicio de la calle. La cama era espaciosa, de dosel, con un cobertor limpio. El huésped pidió que le subieran un asado de buey, una hogaza de pan tierno, una jarra de vino torrentes y fruta. Mientras se preparaba el desayuno, cuatro esclavas instalaron en el centro del aposento un barreño de madera y lo llenaron de agua caliente. La desnudez del huésped provocó en las mujeres risitas nerviosas y cuchicheos. Los brazos y la cabeza tostados por el sol contrastaban vivamente con el resto del cuerpo, de piel lechosa y fina, sin rastro de vello, casi femenino si no lo desmintieran los músculos fibrosos que se adivinaban bajo la aparente delgadez. El teutón se metió en el baño, cerró los ojos y dejó que una esclava negrita añadiera aceite y natrón y lo restregara a conciencia para librarlo de la roña del camino. La chica era apenas una niña, pero conocía su oficio. Cuando terminó de secar al huésped se abrió la camisa con una picara sonrisa y le mostró dos pechitos pugnaces. El sexo del hombre había crecido considerablemente en el agua templada.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Catorce —mintió la niña. En realidad sólo tenía doce, pero ya se ganaba la vida.

Lotario rebuscó en su faltriquera y extrajo una moneda de plata. La sostuvo en alto como el sacerdote sostiene la hostia.

—¿Cuánto tienes que darle al posadero?

—La mitad —reconoció bajando la mirada.

Lotario añadió una nueva moneda.

—Está bien, dale una y guárdate la otra. Son por el baño. Lo otro no lo necesito.

La niña compuso una carita triste, como si se sintiese decepcionada por el rechazo del viajero rubio, pero cuando salió de la habitación cambió el gesto por una sonrisa radiante y bajó a las cocinas cantando alegremente. Las criadas la rodearon, deseosas de saber cómo le había ido. Contó detalladamente que el rubio le había chupado las teticas antes de poseerla con una verga blanca y grande como la de un caballo.

—¿Y dura? —quiso saber una de las de más edad, una mujer poco agraciada.

—¡Dura como un hueso!

—¿Pero no te dolió? —inquirió la otra.

—Duele —admitió la negrita—, pero es un dolor muy rico.

24

Después de desayunar, Lotario de Voss ordenó que no lo molestaran, cerró los postigos, echó las cortinas hasta dejar la habitación sumida en la penumbra y durmió de un tirón ocho horas. Cuando despertó salió a pasear por el puerto. La visión del bosque de mástiles y cuerdas, las ventrudas naves, las velas triangulares, los largos aparejos en tijera le trajeron recuerdos de sus años piratas. Merodeando entre los almacenes aspiró los deleitosos olores del salitre y de la brea recalentada, los mil aromas pútridos y estimulantes del puerto. Entró en uno de los bodegones frecuentados por marinos de distintas nacionalidades y cenó costillas de cerdo hervidas en miel y especiadas con pimienta, además de un cuenco de polenta salpicada de dados de manzana agria.

En la mesa de al lado, un hombre pálido y rubio, vestido con jubón corto a la alemana, contemplaba melancólicamente su jarra vacía y no se decidía a pedir otra. Lotario lo saludó en alemán y trabaron conversación. El melancólico bebedor era el factor de la Hansa en Almena. Su cometido consistía en recibir las naves de la compañía y acomodar las mercancías vigilando que no se extraviara ningún bulto. Echaba pestes de los moros, a los que consideraba ladrones compulsivos y gente de poco fiar, y soñaba con regresar a Hamburgo. de donde maldita la hora en que salió, junto a su amada Grethel, a la que describió como hembra potente, de gran alzado, culona, con dos tetas como ollas de hospicio y dos trenzas rubias, recias como un calabrote, con las cuales lo azotaba, desnudo, antes de la coyunda. Hablando de unas cosas y otras, recordó perfectamente a un grupo de tres hombres hechos y derechos y un muchacho que habían embarcado dos días antes con rumbo a Ceuta en la nave *La Gaviota Feliz,* propiedad del armador musulmán Ajmed ben Akiba, carga de madera, trigo y melones de invierno, dos mástiles, nueve tripulantes. Lotario de Voss volvió a llenar el vaso de su nuevo amigo. El factor de la Hansa padecía una sed inagotable.

—¿Decíais de los cuatro viajeros?

—¿Qué viajeros? ¡Ah, sí, los del otro día! Pues *La Gaviota Feliz* tiene solamente cuatro años y no es mala, pero Ajmed no la ha pagado porque el constructor no se la pintó y ahí andan de pleitos. Pero Ajmed tiene una hermana casada con el caíd del puerto y tiene sus tejemanejes con el cuñado, de manera que no hay quien le meta mano y además, las cargas por cuenta del concejo del puerto o pasaje del caíd, son para Ajmed. Así que los viajeros del otro día, como vendrían recomendados, se los dieron a Ajmed.

Lotario de Voss le sirvió a su compatriota el resto de la jarra y solicitó otra.

—¿Tú estás bien relacionado aquí?

—¿Que si estoy bien relacionado? —se ofendió el factor de la Hansa—. Aquí, entre nosotros, si no fuera porque yo, por puro altruismo, le dejo caer un consejo a éste, u otro a aquél, cuando veo que las cosas van a torcerse, este puerto sería un desastre, porque lo único que saben es cobrar, cobrar y cobrar, que si por entrar, que si por atracar, que si por amarrar; un día van a cobrar hasta por respirar. Aquí, si el comercio funciona es por la Hansa y por los genoveses, si no de qué.

El factor se llevó el vaso a los labios y lo vació. Lotario ya se había hecho a la idea de que era un bocazas y se preguntaba si sería de fiar. Posiblemente lo fuera, aunque era evidente que no guardaría ningún secreto mucho tiempo.

—¿Tú podrías, así en confianza, buscarme un pasaje en algún barco que zarpe para Ceuta? —le preguntó.

El factor apartó la jarra vacía y se inclinó confidencialmente.

—Vas detrás de los otros cuatro, ¿eh? —preguntó con una sonrisa cómplice y beoda.

—Pues verás. Ellos pertenecen a una compañía lombarda que le hace la competencia a la mía en el comercio de los dátiles y el aceite. Si no llego pronto a Ceuta, acapararán la cosecha del año y me dejarán a dos velas.

—¡Me cago en la leche! —exclamó el hanseático incorporándose—. ¡Estos latinos siempre con sus marrullerías y con sus tretas! Eso te lo arreglo yo, por si estamos a tiempo. Precisamente mañana zarpa un carguero de la compañía de un compadre mío que tocará puerto en Ceuta. Lujo no vas a tener, porque es un transporte de caballos que acompañaba a una flotilla de galeras de Eimerich de Bellochi, cedidas por el rey de Aragón al de Tremecén, pero si te avienes a dormir en el sollado de la marinería, con los pedos, el olor a pies y los ronquidos, no habrá mayor problema.

—Peores travesías he hecho —reconoció Lotario de Voss—. Lo malo es que, dado que los cuatro de marras tienen amistad con el prefecto del puerto, temo que lo hayan dejado apalabrado para retenerme. No es la primera vez que recurren a una treta semejante.

—Ya me lo imagino, pero por ese lado no vas a tener problema. Yo hablaré con mi compadre para que te embarque de matute.

Bebieron un par de jarras más. Lotario de Voss pagó la consumición y acompañó al alegre hanseático, completamente beodo, al patio de la compañía, donde vivía. Al día siguiente, temprano, fue a buscarlo como habían acordado. Lo encontró perfectamente sobrio y tan amistoso como de borracho.

La nave se llamaba *Ángel de Lubeck*, era panzuda y con ventanas, como el arca de Noé que pintan en los libros, una nave diseñada para transportar caballos. La ancha pasarela de madera conducía a un portón por el que unos hombres se afanaban en convencer a los cuadrúpedos para que embarcasen. Lotario de Voss pensó que puesto que los animales no podían estabularse a bordo durante mucho tiempo, seguramente la nave zarparía antes de que anocheciera.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó el hanseático.

—Está sobándola, como siempre, a la sombra de aquellas velas —repondió el estibador.

El capitán era bajo y fornido. Una cicatriz mal cosida le cruzaba la cara dándole aspecto de facineroso. Estaba desayunando pescado salado que mojaba en un cuenco de aceite de oliva. El factor de la Hansa se detuvo ante él.

—Klass, este amigo mío necesita pasaje para África.

El de la cicatriz enarcó una ceja y observó al pasajero.

—Nos han prohibido tomar pasaje —dijo desentendiéndose y volviendo al tasajo y al aceite.

—Lo pagaré bien —dijo Lotario de Voss—. Puedo perder un negocio si no comparezco inmediatamente en Ceuta.

El capitán señaló con el tasajo aceitoso la calle principal, en la que estaba el consulado de Aragón.

—Por los moros no hay problema, que yo me paso por los cojones las prohibiciones del caíd del puerto, pero es que además resulta que quien fleta la nave es el almirante Eimerich de Bellochi, de parte del rey de Aragón, y nos ha prohibido tomar pasaje. ¿Por qué no vais a mi compadre Antón Freisner, que saldrá mañana con una carga de cebollas, también para Ceuta? Está atracado junto al puerto pesquero.

Lotario de Voss hizo sus cálculos. Demasiada gente se estaba enterando de que un viajero teutón merodeaba por el puerto buscando pasaje para Ceuta. Si esperaba un día más, la noticia podría llegar a oídos del caíd.

—¿Y médico? —preguntó—. ¿Os ha prohibido el almirante que toméis un médico?

—¿Eres médico? —inquirió el capitán con una sonrisa socarrona—. ¿No quedamos en que eras mercader?

Lotario asintió.

—Soy médico, pero mi familia mercadea con dátiles y especias.

El marino mojó su tasajo en el aceite y lo removió pensativo. Dudaba entre la codicia de la ganancia y el miedo a Eimerich. Aunque, por otra parte, todos sus hombres eran de su pueblo, primos o parientes. Ninguno iba a irse de la lengua, qué demonios.

—Te remuneraré generosamente, por supuesto —añadió Lotario.

El capitán miró a uno y otro lado y bajó la voz:

—¿Tres doblas de oro?

Era cuatro veces el precio de un pasaje normal, pero un tercio de la cantidad sería para el factor de la Hansa que aportaba al pasajero. Lotario fingió pensárselo, pero finalmente asintió:

—Está bien. Tres doblas.

—Tendrás que ser discreto —advirtió el capitán—. Aunque seas el médico prefiero que nadie sepa nada. Y no pases por la aduana. Preséntate aquí después de la siesta y sube a bordo inmediatamente.

Así fue como Lotario de Voss cruzó a África sin pasar la aduana.

25

La travesía de Lucas y los templarios fue agradable, pero Huevazos la pasó echado sobre la borda vomitando y maldiciendo la hora en que había embarcado. El joven Lucas, por el contrario, estaba encantado y no se cansaba de contemplar los leves surtidores de espuma que la quilla levantaba al hendir las olas, la infinitud del agua espejeante al sol y rizada por la brisa. El descubrimiento del mar lo había entusiasmado, los bancos de peces que huían de la sombra de la nave como relámpagos, los delfines que saltaban a lo lejos y hasta la presentida vigilancia de los espantosos monstruos marinos que su tío el abad le mostraba cuando era pequeño en los libros iluminados del monasterio. A Lucas le hubiera gustado toparse con una ballena, como la que se tragó a Jonás, que había visto pintada en algunas iglesias, pero Vergino lo sacó de su error explicándole que las ballenas del mar, aunque enormes, son pacíficas, y la que se tragó a Jonás era el Leviatán, una bestia de tal magnitud que Dios no le permite navegar en aguas de cristianos y la reserva para ocasiones bíblicas y

para el fin del mundo.

Pronto avistaron la costa africana, una línea parda y gris que se confundía con las nubes, Vergino nombró las montañas que se divisaban, todas pobladas de leones, puercoespines, simios, onzas y osos. En el regazo de la que llaman Alminán se cobijaba el puerto de Ceuta, la antigua ciudad defendida por un buen muro, blanca y aterrazada, con cúpulas redondas y airosas palmeras, la ciudad fértil rodeada de huertas regadas por buenas aguas donde se criaban excelentes frutos y hortalizas, en especial esas cebollas gordas y pilosas que se conocen por «cojón de Goliat».

Como la ciudad pertenecía al califa de Granada y disfrutaba de privilegios y exenciones, los falsos peregrinos no tuvieron que pasar aduana. Se fueron directamente a una buena fonda, que les habían recomendado en Almería, y al día siguiente, tras desayunar migas de caldera y leche con meloja, se unieron a una caravana que partía para Tetuán.

Pernoctaron en Lagmata, en una fonda de caravanas cuyos aposentos daban a una azotea con vistas al mar. Antes de retirarse a dormir, los viajeros salieron a tomar el fresco. Las olas fosforescentes brillaban bajo la luna. Desde el patio ascendía el penetrante olor de la dama de noche, casi más poderoso que los efluvios del estiércol.

—¿Cómo daremos con el camino de La Meca? —preguntó Lucas.

—Es fácil —respondió Vergino—. Basta seguir la costa a lo largo de África sin apartarse de la ruta que discurre por Fez y Cartago y acaba en Alejandría y en las pirámides de Egipto. Después tendremos que atravesar el desierto de Arabia. Muchos peregrinos musulmanes lo hacen, así que encontraremos abundantes postas, posadas, mercados y poblaciones. El camino de La Meca es también una ruta importante por la que circulan el oro, los esclavos y el marfil del país de los negros, del otro lado del desierto; la seda, el azafrán y los dátiles; el vidrio que produce la cristiandad, y la sal. La ruta es segura por las comarcas pobladas, pero a veces hay bandidos que asaltan a los viajeros en los descampados y ni siquiera respetan a los peregrinos.

Después de un agradable camino entre alegres palmerales y huertos arribaron a Tetuán, en el valle de Martil, al pie del monte Dersa, una aldeúcha con media docena de casas polvorientas y otras tantas chozas sitiadas por una confusión de barracones y jaimas. Una muchedumbre de canteros y albañiles, de carpinteros y acarreadores había acudido a la convocatoria del califa de Marruecos. Como los grandes reyes de la antigüedad, como Alejandro, como Darío, Abu Tabit se había propuesto transformar la mísera aldea en una ciudad, con zocos, baños y fuertes muros.

—No soporta que Ceuta rinda tantos beneficios al califa de Granada —comentó Vergino.

Y pensó, con amargura, cuántos trabajos y aflicciones acarrean las rivalidades de los poderosos. O quizá fuera que el escualo que deja de nadar se ahoga. De pronto, se sintió deprimido. Pensó en la confabulación de Felipe el Hermoso, en el papa vergonzosamente sometido, en los acechantes hospitalarios, en los banqueros italianos que se frotaban las manos ante la perspectiva de eliminar a su principal competidor. Y en la abrumadora responsabilidad que descansaba sobre su débil espalda: salvar a la Orden del Temple, casi desahuciada. El maestre De Molay se lo había dicho cuando lo abrazó al despedirlo: «Ahora todo está en vuestras manos.»

Siguieron monótonas jornadas de camino. Vergino, taciturno, intentaba olvidar la fatiga del viaje y el dolor de sus huesos pensando en la misión del Temple y en el modo, ciertamente providencial, en que los primeros caballeros habían recibido las revelaciones que constituían el tesoro más preciado de la encomienda de Nois.

A ratos, en los descansos de las horas más calurosas, o cuando paseaba a la luz de la luna, se le unía el joven Lucas. Éste le había confiado sus anhelos de profesar en la orden.

La prolongada convivencia con los dos freires había reverdecido sus anhelos místicos y si no importunaba de continuo a los templarios para que le explicaran la regla de la orden y sus costumbres, así como la vida de los novicios en Tierra Santa o en las encomiendas de Francia, era porque recordaba las recomendaciones de su tío, el abad, para que no molestara. Al joven, que hasta entonces no había salido nunca de su tierra natal, le fascinaban recorrer el mundo y la aventura en la que estaba inmerso. A veces, a pesar de las recomendaciones de su tío, no podía evitar hacer cábalas sobre el motivo secreto por el que cuatro cristianos peregrinaban a La Meca, la ciudad prohibida, haciéndose pasar por musulmanes. Quizá de las observaciones de los dos templarios, o de lo que ellos fueran a buscar en La Meca, o donde quiera que se dirigiesen, surgiría el plan de una nueva cruzada. Sería estupendo, pensaba Lucas Cárdena, participar de modo tan destacado en el inicio de una nueva cruzada que no se contentara con recuperar los Santos Lugares sino que, además, atacara a los sarracenos en el santuario de su religión, les tomara la Kaaba y su piedra negra y les demostrara que estaban en el error.

Lucas, por la noche, mientras Huevazos roncaba en la tarima de al lado, se pasaba las horas contemplando las estrellas y soñando despierto. Soñaba que al término del viaje lo recompensarían admitiéndolo en el Temple y que en la nueva cruzada alcanzaría el grado de general y ganaría famosas batallas, pues estaba seguro de ser un estratega superior a Saladino. Al término de la guerra, el papa lo recibiría en su palacio, lo condecoraría en presencia de los reyes de la cristiandad y le ofrecería un puesto destacado en el ejército cristiano. Entonces él, con la mayor sencillez, manifestaría su deseo de retirarse del mundo, de refugiarse como simple freiré en una encomienda templaria para consagrarse al estudio y a la oración.

En el camino, mientras atravesaban los sembradíos y los olivares o cuando descansaban a la sombra de los palmerales, Lucas no se cansaba de preguntar sobre las hazañas de los templarios en Oriente. Vergino lo instruía de buena gana, aunque sin mencionar las presentes tribulaciones de la orden.

—Cualquier caballero cristiano puede profesar en la orden con tal de que no sea leproso ni epiléptico, ni sufra alguna otra enfermedad contagiosa, ni haya sido expulsado de otra orden —le decía—. Sin embargo, no es un camino fácil y muchos novicios renuncian al cabo de cierto tiempo sin haber llegado a sargentos. Tendrías que prescindir de tu nombre familiar y jurar los votos monásticos: pobreza, castidad y obediencia.

—Aunque provengo de familia de alcurnia, nunca hemos nadado en la abundancia, porque la vida en la frontera es apretada —decía Lucas—. Por lo demás, siempre he guardado castidad, aunque ya habrá notado que al lado de Huevazos, que es un salido capaz de tirarse un hormiguero, no faltan ocasiones de solazarse con mujeres; finalmente, estoy acostumbrado a obedecer, no he hecho otra cosa en mi vida, primero a mi padre, que en paz descanse, y ahora a mi hermano.

—Entonces sabrás que la obediencia es a menudo fatigosa. Por eso en el juramento de la orden se nos advierte: «Pocas veces harás lo que deseas; si quieres estar en la tierra allende los mares se te enviará a la de aquende, si quieres estar en Acre se te enviará a Trípoli o a Antioquía o a Armenia o al Pouille o a Sicilia, o a Lombardía, a Francia o Borgoña, o a Inglaterra. Si quieres dormir, se te hará velar, y si alguna vez te apetece velar, se te mandará reposar en tu lecho. Cuando estés a la mesa hambriento se te mandará ir a donde se tenga a bien, y jamás sabrás adonde. Tendrás que soportar, con frecuencia, palabras malsonantes. Considera, gentil y dulce hermano, si estás dispuesto a sufrir con paciencia esos rigores.»

A Lucas le parecía razonable. Se había acostumbrado a no expresar en voz alta sus deseos porque inmediatamente se le ordenaba lo contrario y para salirse con la suya opinaba lo contrario de lo que realmente pensaba o fingía desear lo que detestaba. Por ese

lado no iba a tener problema. Pero ¿y la orden?, ¿cómo se organizaba la orden?

—La jerarquía es militar —le explicó Vergino—. A la cabeza está el gran maestre, asistido por un lugarteniente, el senescal; por un mariscal, que es el jefe de la tropa, y por tres consejeros que son a la vez comendadores nominales de Jerusalén, Trípoli y Antioquía. El comendador de Jerusalén es también el tesorero. Los altos cargos restantes son el pañero, que atiende a la intendencia; el turcoplier, que es comandante de los mercenarios; el submariscal y el alférez. Este último manda las tropas auxiliares voluntarias. Tú, como donado temporal del Temple, estarías bajo su mando si estuviéramos en campaña.

Lucas asintió, complacido. Le hubiera gustado estar en campaña. En sus fantasías no faltaban las hazañas junto a los muros de Jerusalén, admirado desde altas ventanas por sarracenas de sedosas pestañas; soñaba con la fama del guerrero invicto, se veía dirigiendo victoriosas espolonadas, regresando a su pueblo cargado de botín, de cautivos, de gloria...

Vergino le había hablado de las categorías en la orden. El gran maestre disponía de cuatro caballos y lo acompañaban dos consejeros, un capellán, un secretario de cartas latinas y otro de cartas arábigas, que solía ser sarraceno converso o cristiano sirio, además de un paje escudero. Pero cuando entraba en batalla lo rodeaban diez combatientes de élite, a pesar de lo cual muchos maestres morían en combate. Lucas, con las manos detrás de la nuca, mirando las estrellas, soñaba con pertenecer a ese grupo escogido que combatía junto al maestre. Estaba dispuesto a pasar el riguroso noviciado, a ser primero sargento y vestir el manto pardo y cono, con la cruz templaria en el hombro izquierdo, antes de llegar a caballero. A Huevazos seguramente lo admitirían como auxiliar. Había muchos auxiliares al servicio de las encomiendas: caballerizos, armeros, bodegueros, panaderos, boticarios, físicos. Quizá Huevazos sirviera para cocinero. De hecho hacía comidas muy sabrosas con los elementos más pobres (tan pobres que a veces era preferible no preguntar qué clase de carne contenía el guiso, ni comprobar si las ancas de rana eran, en realidad, de sapo, o si las albóndigas de trucha que servía, tan lejos de cualquier río, en medio de un pedregal, eran lagarto o serpiente).

A algunas leguas de allí, Lotario de Voss también pensaba en su responsabilidad y le asaltaba nuevamente la duda de si su hermano continuaría en el aposento soleado que exigió para él, junto con el rancho de un guardia, que incluía carne dos veces por semana, o si, por el contrario, el rufián de Dubon, el alcaide, lo habría devuelto a la lóbrega mazmorra infestada de chinches en cuanto la carroza de Nogaret se perdió de vista. Sacudió la cabeza rechazando el siniestro pensamiento. «De nada sirve darle vueltas —se reprochó—. Ya lo sabré todo cuando regrese a París y, entonces, ¡ay de Dubon si no mantuvo su palabra!»,

En la proa del barco, con la mano sana firmemente asida *a* un cabo del velamen, el teutón absorbía ansiosamente el aire marino, otra vez la estupenda sensación de navegar, la verdadera libertad. Tras dos años de ausencia, sentía bajo sus pies el maderamen del navío, respiraba el aire yodado y salobre de la fría mañana, haciendo planes. Primero la venganza: mutilar a Beaufort, cortarle las manos antes de rebanarle la garganta. Después negociar la libertad de Gunter. Finalmente, el regreso al mar, con la fortuna y riquezas que lo esperaban en Bizancio, cerca del emperador.

26

Túnez

El posadero parecía sinceramente desolado.

—Llegan en mal momento, sidi, ayer entró la caravana de la sal y hoy comienza el mercado anual. Las fondas están a rebosar. No encontraréis alojamiento por ninguna parte. No obstante, un cuñado mío tiene una casa en el camino de Sidi Bu Said y está dispuesto a cederla a viajeros sin acomodo por un precio razonable.

—Nos alojaremos en cualquier parte —dijo Beaufort.

El posadero titubeó un poco.

—La casa es excelente, ventilada y con buenos techos, pero está al lado del cementerio de la Jemaa —avisó.

—No creo que nos molesten los difuntos —comentó Beaufort con una sonrisa.

El posadero sonrió a su vez y, volviéndose, llamó a un criado para que acompañara a los viajeros.

Era una casa ruinosa de dos pisos, con el mar a un lado y el cementerio al otro; desde luego, un lugar tranquilo. Huevazos se proveyó de un cubo y fue a la playa cercana, donde había visto pescadores sacando el copo. Regresó con una carga de peces, morralla más que otra cosa, y preparó unos espetos en la arena, al resguardo del viento marino.

Después de cenar sortearon las guardias, extendieron las mantas sobre las polvorientas tarimas de la habitación más resguardada y se echaron a dormir. Los caballos piafaban en el cobertizo, nerviosos.

Mientras tanto, en el extremo opuesto de la ciudad, el puerto de Túnez parecía un hormiguero a la luz de las antorchas y los fanales. Una carraca turca y dos naves genovesas habían aprovechado la subida de la marea para atracar, y una muchedumbre de porteadores descalzos se afanaba en vaciar las bodegas antes de que la bajamar depositara las naves en el fango.

Un hombre de aventajada estatura, con la mano izquierda enguantada, contempló la interminable fila de porteadores medio desnudos que cargaban fardos y barriles sobre las cervices encallecidas. Como todos ellos eran de natural ladrones, había casi tantos guardias como estibadores, y debido a que los guardias tampoco eran muy de fiar, los capataces tenían que andar ojo avizor examinando corrillos e interviniendo a la menor sospecha, lo que acentuaba la confusión.

El del guante de cuero observó con indiferencia aquella muchedumbre laboriosa, hasta reparar en un hombre sentado en un montón de maderos apilados que parecía ocioso. Lo vigiló atentamente por espacio de unos minutos, hasta que lo sorprendió mirando en una determinada dirección, y notó que no perdía de vista a otro igualmente desocupado que parecía contemplar el tráfago portuario desde el ventanuco de un figón. El del guante de cuero descubrió el juego: a pesar de la vigilancia, una cuadrilla de ladrones, en connivencia con otra de estibadores, estaba aligerando parte del fardaje de la nave turca. Para ello habían preparado un conveniente ángulo muerto apilando un enorme montón de canastas en un punto por donde forzosamente debían pasar los porteadores en su camino al almacén. Con ojo experto, Lotario vio cómo desaparecían de la vista de los guardias durante un tramo para reaparecer un instante después con el mismo bulto a la cabeza unos metros más allá. Quizá fuera mejor decir con un bulto parecido, porque en la desenfilada le daban el cambiazo, dejaban el bulto de las sedas y las especias de Oriente y lo sustituían por otro de apariencia similar que llenarían con pieles apolilladas y calabazas vacías.

Lotario de Voss sonrió, y, descendiendo de su observatorio, se abrió paso entre la multitud. Así que había dado con la persona que buscaba: la Hiena Ensangrentada había dejado por fin el mar y se dedicaba a las labores más tranquilas de tierra.

Lotario de Voss apartó un par de carretillas de mano que le cerraban el paso y se internó por un callejón oscuro detrás de la pila de canastas. No había avanzado más de diez

pasos cuando advirtió que lo seguían. Se volvió. Detrás de él, en la boca del callejón, dos sombras blandían puñales curvos. Era previsible que delante aguardaran otros sicarios para cortarle la retirada. Escudriñó el fondo de las tinieblas y, en efecto, allí estaban tratando de pasar inadvertidos. Lotario se sonrió al constatar lo acertado de sus cálculos. Lo aguardaban tres individuos, uno de ellos tan corpulento que ocupaba por entero el estrecho pasillo entre los canastos. En aquella angostura no se podía manejar la espada. Con un suspiro de resignación, Lotario desenvainó la daga y echó mano de un pequeño broquel de cuero. De esta guisa se arrimó a las canastas y, sin dar la espalda al trío que le cortaba el paso, desando su camino hacia la boca del callejón, donde lo esperaban los dos sicarios.

La pelea fue breve. Uno de los facinerosos, más bravo o menos avisado, se adelantó unos pasos y se puso en guardia, ligeramente flexionado, los brazos extendidos y el puñal delantero, pero Lotario le lanzó el cuchillo con tal tino que le acertó plenamente en la garganta y la punta le salió por la cerviz. Antes de que el herido cayera al suelo, Lotario recuperó el cuchillo con un movimiento circular que terminó de abrirle la garganta. El otro sicario, ciego de furor, se lanzó por encima del cadáver de su compañero, pero el broquel detuvo la puñalada y le sujetó el brazo armado el instante necesario para que el cuchillo lo degollara con un corte breve y profundo tras cortarle tres dedos de la mano con la que intentó protegerse.

—¡Por toda la mierda del culo del Koudi! —resonó una maldición al otro extremo de la calleja.

Lotario de Voss se volvió lentamente. Blandía todavía el puñal ensangrentado y mantenía la guardia, ligeramente agazapado, las manos separadas del cuerpo, pero con la expresión tranquila del que acepta la muerte como mero peaje de su sacrificado oficio. Se disponía a abrirse paso cuando identificó la voz del que había hablado y sonrió heladamente.

—¿Hiena Ensangrentada? —inquirió con voz ronca.

—¿Quién coño eres? —replicó una voz.

—Lotario de Voss.

—¡Joder, Lotario, haberlo dicho antes! —exclamó el sicario corpulento—. No había necesidad de que me mataras a dos hombres.

La Hiena Ensangrentada rascó un asperón y encendió un candil de bronce, con el que pudo ver a su antiguo capitán.

—Es amigo —explicó volviéndose hacia los que lo seguían—. Comprobad si esos dos inútiles tienen compostura y después volved al trabajo.

La Hiena Ensangrentada hizo ademán de abrazar a su antiguo capitán, pero Lotario extendió una mano y lo evitó. La Hiena Ensangrentada recordó que no era amigo de grandes efusiones.

—¡Coño, Lotario, me habían dicho que te hundieron la galera y que andabas en las prisiones del rey de Francia!

—Te habían informado mal. Ya me ves. Tengo una tarea para ti, aunque veo que trabajo no te falta. Me refiero a los fardos que estás matuteando.

—¡Je, je! —rió la Hiena—. Te has dado cuenta, ¿eh?

—Hasta un asno se daría cuenta —replicó Lotario—. Lo que me extraña es que los turcos sean tan ciegos.

—Es que tengo sobornados a la mitad de los guardas y a los porteadores, y además voy a medias con el inspector del puerto —explicó la Hiena, sonriendo maliciosamente—. Los beneficios no son muchos repartidos entre tanta gente, pero algo queda, y el riesgo es mínimo.

Lotario pensó que aquella raza de mangantes nunca progresaría, pero se abstuvo de comunicar sus conclusiones, sólo repitió:

—Tengo un trabajo para ti.

—Me encantará volver a los viejos tiempos.

—¿Conoces la fonda de La Liendre Blanca, en la calle de los Alfareros?

—La conozco. Hacen un cordero en miel de rechupete.

—Te espero allí mañana por la mañana.

—Allí estaré, capitán.

Los esbirros habían despejado el camino. Lotario de Voss se despidió de su antiguo compinche, pasó por encima de los cadáveres sin dignarse mirarlos y atravesó la explanada del puerto sin volver la vista atrás.

27

La fonda de La Liendre Blanca estaba entre el zoco de los perfumistas y el de los sederos, en el barrio alto de Túnez. Su azotea con vistas al mar, provista de almohadones, alfombras y mesitas taraceadas y cubierta de emparrado, era un lugar agradable donde los mercaderes del zoco vecino subían a tomar el fresco, beber zumo de granada y charlar al final de la jornada. De una fuente de mármol púnico que representaba una cabeza de león, ya carcomida por el tiempo, manaba un dedo de agua sobre la concha central.

La Hiena Ensangrentada, después de escalar veintitrés empinados peldaños, se detuvo a la salida de la azotea para recuperar el resuello mientras buscaba a su antiguo comandante entre los parroquianos. Lotario de Voss esperaba al otro lado, sentado de espaldas al mar. Se abstuvo de hacerle seña alguna y lo contempló calculadoramente. El tunecino había engordado mucho en los cuatro años que llevaba alejado del mar, pero seguramente serviría para su propósito. Cuando descubrió a su antiguo comandante, la Hiena Ensangrentada esbozó una amplia sonrisa y fue a su encuentro sorteando los grupos de tertulianos.

—Lotario de Voss, mi buen amigo —lo saludó urbanamente, besándolo en una y otra mejilla a la usanza árabe.

Lotario vestía una elegante chilaba de seda negra con adornos dorados en la abotonadura. No llevaba espada, pero sobre el ancho fajín carmesí que le ceñía la cintura asomaba la empuñadura de una daga.

Después de los parabienes y declaraciones de amistad, que Lotario de Voss devolvió con la misma untuosidad de su interlocutor, el teutón aguardó a que un esclavo les sirviera el zumo de granada y algo para picar y se fue directamente al grano.

—Tengo un trabajo para ti. Un trabajo fácil que te reportará bastantes beneficios.

—Tú dirás —dijo la Hiena echándose un dátil relleno a la boca—. Por un amigo haré cualquier cosa.

—Han llegado a la ciudad cuatro francos disfrazados de peregrinos musulmanes. Me interesa hacerme con una bolsa negra que lleva el mayor de ellos. La lleva siempre colgada del hombro.

—Eso está hecho: les cortamos el pescuezo y la bolsa es nuestra.

—No se trata de eso. Para cortarles el pescuezo ya me basto yo. No quiero que les hagáis daño. Sólo se trata de arrebatarles la bolsa para que yo examine su contenido. Después, el jefe de la policía capturará al ladrón y devolverá la bolsa a sus legítimos dueños.

La Hiena Ensangrentada se quedó pensativo y serio, con la mirada perdida en el mar.

—No veo dónde está la ganancia, la verdad.

—Te recompensaré debidamente; ésa es la ganancia.

El moro se aproximó confidencialmente.

—Pero ¿qué contiene la bolsa?

—Cartas. Papeles. Solamente papeles que quiero leer. Esos falsos peregrinos trabajan para una compañía; yo trabajo para otra y les vengo siguiendo la pista. Necesito saber qué instrucciones tienen.

La Hiena Ensangrentada asintió tristemente. Así que su antiguo jefe trabajaba ahora por cuenta ajena. Lo decepcionó. No obstante, le dijo:

—Veremos cómo lo hacemos.

28

Era temprano. Los hortelanos aguardaban a que el portero abriera la puerta del Mar y los dejara entrar con sus asnos cargados de coles, berenjenas, alcauciles, cebollas y lechugas. Sonaron cerrojos y trancas descorriéndose y los hortelanos se agruparon junto a la entrada, alborotando porque alguno pretendía colarse. Beaufort se mantuvo a una distancia prudente. Había comprado higos frescos, recién cogidos, y disfrutaba de su desayuno mientras contemplaba la sólida muralla de piedra coronada por esbeltas almenas, una obra digna de las ciudades de Tierra Santa. Lo asaltó la imagen amarga de las torres de San Juan de Acre desmoronándose el día aciago de la derrota, pero rechazó el pensamiento. El día se prometía espléndido, el aire marino despertaba la vida y las cosas estaban saliendo a pedir de boca. Mejor pensar en el prometedor futuro que en el aciago pasado. Ahora, los falsos peregrinos necesitaban ropas nuevas para la travesía del desierto, velos con los que envolver la cabeza y el rostro, telas sutiles que filtraban la arena y protegían los ojos, los oídos y la boca. El posadero les había recomendado el comercio de un primo suyo, en el zoco de los pañeros, frente a la mezquita mayor.

Roger de Beaufort pasó bajo el arco de piedra de la puerta del Mar y subió por la calle del Aceituno. No era muy ancha, pero la estrechaban aún más las mercancías que los tenderos exponían a la puerta de sus establecimientos: estuches de marquetería, muebles de madera tallada, utensilios de cocina, braseros, anafes, túnicas, alfombras, armas, colgantes, abalorios, objetos de marfil, damajuanas, cadenas, esportones de esparto...

La vía principal atravesaba el mercado de esclavos donde un grupo de desocupados asistía al regateo entre un mercader y su cliente. El objeto de la transacción era una robusta veinteañera que miraba descaradamente a los espectadores bien parecidos con la esperanza de que alguno pujara por ella.

—En fin, Alí —decía el delgado mercader, de huesudos pómulos y barba rala—, por la antigua amistad que ha unido a nuestras familias te la voy a dejar en cien dinares.

—¡Cien dinares! —se indignó Alí, un cincuentón rechoncho y mal parecido, la cara salpicada de mareas de viruela.

—¡Y pierdo dinero! —afirmó solemnemente el vendedor.

—¡Cien dinares! —El rechoncho reía de buena gana con temblor de panza—. ¿Has dicho cien dinares? —Se enjugó una lágrima—. Veo que, aunque protestas que el negocio va mal, conservas tu excelente humor —Se puso serio y espetó—: ¡Cien dinares no los vale ni todo el lote de esclavos! Lo dejamos en cincuenta dinares, y el trato está hecho, que hoy me he levantado manirroto y con ganas de dilapidar mi patrimonio.

—¡Cincuenta dinares por esta maravilla! —protestó el vendedor—. ¿Crees que soy gilipollas? ¿Te he ofendido en algo para que me insultes? Esta muchacha es prácticamente virgen.

—¿Virgen dices? —Alí enarcó una ceja y señaló a la esclava con el pulgar de la mano vuelta—. Esta pécora ha visto más vergas que los urinarios de la mezquita vieja. ¡Cincuenta dinares y ya es bastante!

—¡No bajaré de los noventa y siete dinares, Alí Ibn Regomo! —advirtió el mercader—. Ése es mi último precio.

—Sabes perfectamente que por ese dinero se encuentran mejores muchachas en el mercado de Rusala —le gritó Ali, enfadado—. Y con las tetas bien puestas, que ésta las tiene colgonas —añadió.

—¡Colgonas! —se indignó el comerciante—. ¡Dice colgonas! —añadió, sopesando con ambas manos las tetas de la esclava—. Todo el mundo puede apreciar que estas tetas no están colgonas. Estas tetas son nuevas, casi intactas, turgentes, apetecibles.

—¿Cómo te atreves a llamar a esos colgajos tetas turgentes en presencia de los creyentes aquí presentes, a cual más entendido? —replicó malhumorado Ali—. Todo el que tiene ojos en la cara puede ver que esas tetas están más babeadas que la sagrada Kaaba.

Al momento el corrillo de los curiosos se escindió en dos bandos: los que alababan las tetas y los que, en efecto, las encontraban algo caídas.

—¡Que no entendéis! —zahería Ali a los segundos.

—¡Estáis tan enviciados en la sodomía que ya no sabéis cómo es una mujer! —les replicaba el mercader a los que apoyaban al comprador.

—¡Cincuenta y cinco dinares, ni uno más! —ofreció Alí zanjando la discusión.

—¡Cincuenta y cinco dinares, dice! —tronó el negrero—. ¿Y no te sería más franco desvalijarme poniéndome un cuchillo en el gaznate? ¡No te la llevarás por menos de noventa y cinco dinares! Setenta y nueve, último precio.

—¡Cincuenta y nueve! Ni un óbolo más.

—Me robas.

—Tú me robas a mí. Cincuenta y nueve.

—Setenta y nueve y no se hable más.

—Ni hablar. Te subo a sesenta y nueve por no enturbiar la memoria de la amistad que mi padre le profesó al tuyo.

—¡Setenta y cinco! Ni para ti ni para mí

—¡Setenta y cuatro!

—¡Hecho! La esclava es tuya. Llévatela antes de que me arrepienta, porque pierdo dinero.

El comprador extrajo de los fondos de la chilaba una faltriquera roída y comenzó a contar las monedas. Beaufort se apartó del corro de mirones y continuó su camino sin advertir que lo seguía un mendigo andrajoso que había estado observándolo. Pasó bajo unas bóvedas de ladrillo, sostenidas sobre antiguas columnas romanas, de cuyos techos agujereados descendían oblicuamente los rayos de sol, y desembocó en el espacio despejado que rodeaba la gran mezquita. Un alminar de piedra proyectaba su sombra sobre el empedrado de la calle. El brillo de los azulejos que remataban la torre cegó momentáneamente al templario. El zoco de las telas estaba allí al lado.

No le resultó difícil dar con el comercio. «Tiene un balcón de madera con celosía que ocupa toda la fachada», había señalado el posadero.

El mendigo que seguía a Beaufort se sentó en el suelo al otro lado de la calle, dispuesto a esperar.

El mercader era una copia del primo, bajo y rechoncho, colorado de cara, diferente sólo en la coquetería, ya que llevaba maquillados con polvo de carbón los ojillos porcinos

y escrutadores.

—¿Equipo para el desierto? —dijo—. Ésa es la especialidad de este humilde mercader. Le vendo muchos a los peregrinos de La Meca. —Al pronunciar el nombre de la ciudad santa tocó un cuadro bellamente caligrafiado con la primera sura del Corán, que presidía la tienda, y se besó devotamente la punta de los dedos—. Porque, aunque sigáis el camino de la costa, cuando sopla de recio el viento del interior la arena molesta como si se estuviera atravesando la ruta de la sed y del espanto.

La ruta de la sed y del espanto. Así llamaban a la travesía del desierto hasta el país de los negros.

—Yo no he hecho el camino de La Meca —prosiguió el mercader—, pero si lo permite Alá, el prudente y el misericordioso, me retiraré del comercio dentro de unos años y cumpliré con la peregrinación antes de morir.

Beaufort adquirió los mantos y los velos, pagó y se despidió, no sin antes rechazar una serie de complementos inútiles que el mercader pretendía endosarle como imprescindibles.

Al regresar por el zoco de los orfebres y los sastres, donde los judíos se ganaban la vida, escuchó una voz a su espalda:

—¡Beaufort!, ¡Roger de Beaufort!

Se volvió sorprendido. El que lo llamaba era un mendigo que vestía una manta militar sucia, a la que le había practicado una conveniente abertura para la cabeza, mal cosida por los lados y ceñida a la cintura con un cordón. Una barba indócil y entrecana le crecía hasta los ojos, subrayando una mirada febril.

—¡Roger de Beaufort! —repitió el mendigo acercándose al templario y tomándole una mano—. ¿No me reconoces, hermano?

Beaufort miró a un lado y a otro, temeroso de verse descubierto si alguien había oído su nombre cristiano, pero los tenderos estaban demasiado ocupados en disponer sus géneros en las puertas de los tenduchos y nadie se fijó en el hombre que hablaba con el mendigo. Beaufort tomó del brazo al desconocido y lo arrastró hasta un rincón. Allí escrutó su rostro vagamente familiar.

—¿Nos hemos visto antes?

—Soy el hermano Pierre de Perrault.

Lo recordó. Uno de los freires que asentaban las cuentas de las encomiendas en las oficinas del Temple.

—¿Tú, aquí? ¿Qué haces?

—¿No te has enterado?

—¿De qué me tengo que enterar?

—¡El Temple no existe ya! —declaró el otro ahogando un sollozo—. ¡El papa lo ha suprimido. Felipe ha apresado al maestre y todos los templarios de Francia están en las prisiones del rey!

Un mazazo en la nuca no le hubiera afectado más.

—¡Qué dices, hermano! ¿Estás loco? ¿Qué haces aquí?

—Tengo hambre. Por caridad, ¿no podrías darme algo de comer antes de que te lo cuente todo? Estoy desfallecido. Llevo muchos días viviendo de limosnas.

Beaufort miró alrededor.

—¿Dónde podemos comer algo?

—Aquí cerca hay un puesto de sopa.

En la plaza de los triperos, Beaufort le compró un cuenco de sopa y un bollo. Se retiraron a las gradas de la mezquita cercana y se sentaron sobre la piedra fría. Alain de Perrault mojaba el bollo y mordía con avidez. Cuando terminó, Beaufort alargó una mano y le oprimió cordialmente el brazo.

—Será mejor que me acompañes y le cuentes todo eso al hermano Vergino.

Bajaron, sorteando a los compradores y vendedores, y después de abandonar la ciudad por la puerta del Mar se dirigieron a la posada. Encontraron a Vergino a la sombra del emparrado, ajeno por completo al mundo, escribiendo sobre un pliego de papel con su letra minuciosa y ordenada.

—Hermano, tenemos visita —anunció Beaufort.

Vergino salió de su ensimismamiento, levantó la cabeza y miró al visitante. Cuando lo reconoció se puso en pie alarmado.

—Alain, ¿qué haces aquí? ¿Nos has seguido?

—Nos trae muy malas noticias —adelantó Beaufort—: El maestre y todos los templarios de Francia han sido encarcelados por orden de Felipe.

El rostro de Vergino se puso color ceniza y la sangre desapareció de sus labios.

—¿Qué? —acertó a murmurar—. ¡No es posible!

Alain de Perrault bajó la mirada y asintió.

—¿Y el papa? —preguntó Vergino.

—El rey Felipe ha actuado con permiso del papa.

Vergino se dejó caer nuevamente en el poyo con la mirada extraviada sobre el suelo empedrado, y con un ademán los invitó a sentarse. Parecía que había envejecido varios años en un momento. Posó una mano sobre el brazo de Alain.

—Cuéntanos cómo ha sido.

—¿Puedo comer algo antes?

El pobre hombre tenía hambre atrasada de muchos días y no se había saciado con la sopa y el bollo. Beaufort entró en la casa y le sacó las sobras de la cena. El mendigo devoró el pan y el pescado.

—Fue el catorce de setiembre —comenzó a relatar con la boca llena—, poco después de amanecer. Yo había salido de los rezos y me dirigía a la Casa de las Cuentas cuando sonaron grandes golpes en la puerta de San Juan. El hermano portero descorrió la mirilla y al ver a los hombres del rey, armados, con el propio Guillermo de Nogaret y el capitán Alain de Pareilles a la cabeza, *se* descompuso y abrió. Al instante entraron más de cien arqueros del rey con todas sus armas, con el senescal Lorigni al frente, que se colocó en el centro del patio y ordenó a voces acordonar el Temple, registrar el barrio y arrestar a los freires. Los arqueros obedecieron sin rechistar. El portero, a todo esto, había corrido a avisar al maestre, que salió revestido con el collar de su dignidad y, después de sosegar a los templarios jóvenes que lo rodeaban, suplicándole que les permitiera usar las armas, fue adonde estaba Nogaret con sus guardias y le advirtió que invadir el espacio sagrado era un delito canónico castigado con la excomunión, pero el canciller exhibió una bula papal que autorizaba el expolio.

—¡Una bula del papa! —exclamó Vergino, incrédulo.

—Con sus sellos y sus firmas —aclaró Alain de Perrault—. Los hombres del rey sacaron a los hermanos al patio, los desarmaron y los encadenaron con grilletes en los pies. A dos que se resistieron en la armería los mataron. Yo, cuando vi el cariz que tomaban los acontecimientos, crucé el pasadizo que une la Casa de las Cuentas con la tesorería y a través de los desvanes del archivo alcancé la poterna de la muralla sur, donde encontré a otros hermanos, una docena o cosa así, que habían tenido la misma idea y se escaparon como yo. Un abacero de Sainte Genevieve, que me debía ciertos favores, me ocultó en su casa durante cinco días, hasta que pudo meterme en un carro de pucheros que salía hacia Bicetre, y desde allí, por caminos rurales, andando de noche y escondiéndome de día, robando fruta en los huertos y mendigando, conseguí llegar a Marsella, a la casa de unos tíos míos, que me agenciaron pasaje en un barco chipriota. Hace una semana, cuando tocamos puerto en Túnez, el contramaestre me invitó a una taberna. Supongo que me administró algún soporífero con el vino porque cuando desperté me había robado la bolsa,

en la que llevaba una docena de monedas de oro que pude tomar prestadas de la tesorería, y el barco no estaba ya en el puerto. Por lo visto, algunos patrones drogan a sus pasajeros para robarles el dinero, y aun creo que tuve suerte porque otros los matan o los venden como esclavos. He perdido las doblas, que eran toda mi fortuna, y aunque he recurrido a los cónsules cristianos, ninguno me ha socorrido ni me ha empleado. Nadie quiere cuentas con un templario fugitivo.

—¿Y qué hay de los cientos de templarios de Francia?

—En todas partes ocurrió lo mismo: los arqueros del rey arrestaron a los hermanos en las encomiendas, en los castillos y en las granjas; han confiscado todas las propiedades y han despedido a los servidores y a los hermanos asociados. Muchos se han visto en la calle sin trabajo y nadie se atreve a ayudarlos por miedo a la excomunión.

Vergino meditó unos momentos y exhaló un profundo suspiro.

—Hermano, no debemos afligirnos en exceso —repuso posando una mano amistosa en la rodilla del mendigo—, A fin de cuentas, los dos santos del Temple sufrieron prisión. Deberíamos estar dispuestos a padecer como ellos.

Alain dirigió a Beaufort una mirada alarmada que no le pasó desapercibida a Vergino.

—Tranquilízate, buen amigo, no estoy loco —dijo esbozando una sonrisa triste—. Me refería a san Pedro ad Vincula y a san Juan el Bautista. Los dos sufrieron prisión.

—¡Ay, y los dos fueron ejecutados! —suspiró Pierre de Perrault.

—San Juan fue ejecutado, buen amigo —replicó Vergino—. San Pedro fue liberado por un ángel, aunque, ciertamente, tiempo después también sería ejecutado. Todos tenemos que morir, y morir por la espada puede ser un fin noble para un monje guerrero. No olvides, dulce amigo, que tú eres también un monje guerrero.

Alain asintió sin mucha convicción. No había manejado la espada desde hacía veinte años y después de tanto tiempo sentado ante el ábaco se le había desarrollado el trasero.

—¿Conoces los motivos del atropello?

—No soy jurista, hermano, pero todo está relacionado con una acusación terrible. Un antiguo prior de Mountfaucon, un tal Esquin de Floiran, acusa a la orden de delitos execrables.

—Conozco a ese individuo —repuso Vergino—. Es un resentido. Lo expulsaron del Temple hace seis años. Hace un par de veranos compareció ante Jaime II, el rey de Aragón. Un hermano nuestro de Lérida escribió una larga carta denunciándolo, pero el maestre pensó que no era peligroso.

—¿Por qué había de serlo?

—Acusó al Temple de cometer herejías, pero el rey aragonés

no le prestó ningún crédito.

—Pues parece que Felipe se lo ha prestado —repuso Beaufort.

—Debimos figurárnoslo —se lamentó Vergino—. Se adivina la mano de Nogaret. El legista real sabe cómo manipular las mentiras para que parezcan verdades: es su oficio.

—Esquin de Floiran compareció ante el Consejo Real —corroboró Alain—. También confirmaron su testimonio otros antiguos templarios expulsados de la orden. Vergino asintió:

—Y el débil Clemente V ha consentido el atropello.

—Todos los templarios de Francia están arrestados —dijo Pierre Alain de Perrault—. Nos acusan de iniquidad y herejía. Aseguran que renegamos de Cristo para ingresar en la orden, que escupimos sobre la cruz e intercambiamos besos obscenos, que nuestros capellanes omiten las palabras de la consagración cuando dicen misa; que somos sodomitas; que adoramos a un ídolo pagano barbudo al que llamamos Bafomet.

—¿Cómo es posible que nadie reaccione contra esa tropelía? —preguntó Beaufort—. ¿Acaso no tenemos armas? ¿No somos guerreros?...

Vergino lo interrumpió con un gesto conciliador.

—Recuerda que antes que guerreros somos frailes sujetos al voto de obediencia. Y esa misma ley y nuestra regla nos prohiben levantar la espada contra un cristiano.

29

Estaban en la cámara alta. Pedro Vergino había escuchado a Alain de Perrault con semblante grave, interrumpiéndolo pocas veces para pedirle aclaraciones. Cuando no tuvo más preguntas que formular, el freiré se levantó y se asomó a la ventana. Estaba amaneciendo y la línea del horizonte clareaba sobre el mar gris y vacío. En el cobertizo del corral, Huevazos hacía unas migas de pastor mientras tarareaba una canción obscena. El estimulante aroma de la comida llenaba toda la casa.

—Tendrás hambre, buen amigo —preguntó Vergino volviéndose hacia el mendigo.

—He tenido hambre desde que salí de París —suspiró Pierre de Perrault—. Quizá Dios me tenía reservada la pobreza al final de mi vida.

Vergino pensó que la orden también era el refugio de algunos pusilánimes incapaces de enfrentarse con la vida. A cambio de obediencia ciega, la orden pensaba por ellos y les ofrecía amparo, un techo y un plato de sopa, los redimía de los sinsabores y los trabajos de la libertad. Quizá el Temple estaba purgando ese pecado. Huevazos había colocado la sartén de humeantes migas sobre unas trébedes en el centro de la sala. Lucas Cárdena entregó una cuchara al invitado. Comieron en silencio las sabrosas migas doradas acompañándolas de aceitunas pasas. Terminada la colación, Beaufort con el brazo sobre los hombros del contable del Temple, lo acompañó afuera, lo abrazó en silencio y le entregó cinco sueldos de oro.

Alain de Perrault miraba las relucientes monedas en la mano extendida del guerrero con la misma perplejidad con la que un perro mira la vara del castigo en la mano que antes lo acarició.

—Entonces, ¿no puedo unirme a vosotros, hermano?

Beaufort negó con la cabeza.

—Lo siento, Alain, pero no puedes.

—Seré vuestro más humilde criado. Beaufort sacudió tristemente la cabeza.

—No puedes. Si todavía te sientes fiel a la orden, debes comprender que tenemos razones para rechazar la presencia de otros hermanos. Lo siento.

Le tendió nuevamente las monedas. Pierre de Perrault las recogió e intentó besar la mano que se las entregaba, pero Beaufort se lo impidió. Abrazó nuevamente al contable y lo besó en las mejillas.

—Que Dios te proteja. Se dio la vuelta y regresó a la casa.

Vergino meditaba a la sombra del emparrado. Sentado en el poyo de piedra, con la barbilla apoyada en el pecho, era la imagen del abatimiento.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó Beaufort. La retorcida parra descolgaba sus tiernos pámpanos hasta rozar las cabezas. Vergino alcanzó uno, se lo enroscó distraídamente en el dedo *y* tiró con suavidad hasta arrancarlo, pero luego se contuvo como si hubiese advertido un estropicio y quisiera respetar incluso aquel mínimo trazo de vida.

—Una vez —dijo—, de joven, estuve en Tierra Santa. —Se quedó pensativo y añadió—: Yo no quería regresar a Francia, pero el maestre me repatrió después de lo de las gargantas de Tofat.

Beaufort miró a su compañero como si lo viera por vez primera. Las gargantas de Tofat. Un episodio tan luctuoso como el de la batalla de los Cuernos de Hattin, aunque bastante menos conocido. Los sarracenos atacaron un convoy de aprovisionamiento del castillo de Shaizar. En cuanto se vieron en peligro, los veinte auxiliares turcopolos desertaron, dejando a los nueve templarios a merced de una banda de sarracenos diez veces más numerosa. Los freires se refugiaron en un desfiladero de las montañas del Líbano donde había una fuente, pero la encontraron seca y durante diez días tuvieron que beber sangre y orines, mientras resistían los ataques de una masa ululante de enemigos e iban cayendo uno tras otro. Al décimo día, los del castillo, alertados por las bandadas de buitres que sobrevolaban la montaña, relacionaron este fenómeno con el retraso del convoy, sospecharon lo ocurrido y acudieron a rescatar a sus compañeros. Sólo encontraron con vida a tres, heridos y exhaustos, en medio de un desfiladero sembrado de cadáveres que se pudrían al sol.

Beaufort no disimuló su admiración. Hacía quince años que conocía a Vergino, si es que alguien podía conocerlo realmente, puesto que era poco sociable. Lo había tomado por uno de aquellos hermanos a los que la orden reservaba para la ciencia y el conocimiento, los de la piel blanca y las manos suaves, que jamás empuñaron una espada, que sólo sabían de Tierra Santa por los libros y que desconocían el ardor del combate, el sabor de la sangre y el miedo en la boca reseca. De pronto advertía que tenía delante a un Vergino distinto, a un antiguo héroe de las gargantas de Tofat.

Vergino se percató de la admiración de su compañero y sonrió levemente como excusándose por haberla provocado.

—Era muy joven entonces, claro.

El anciano templario se levantó y echó a andar hacia el campo. Beaufort lo siguió. Por el camino polvoriento comenzaban a transitar los hortelanos más madrugadores. Pasaron junto a una reata de burritos inverosímilmente cargados. El arriero, más acémila que los cuadrúpedos a su cargo, descargaba furiosos varazos en los animales al tiempo que, con voces destempladas, manifestaba sus dudas sobre la honestidad de las madres que los habían parido.

El camino atravesaba un erial cubierto de yerbajos y arbustos que se inclinaban según los vientos dominantes. Estaban cerca de la playa y se oían batir las olas. De pronto se encontraron en un laberinto de ruinas, fuertes muros de obra antigua, arcos, bóvedas melladas por el tiempo que afloraban acá y allá entre las higueras silvestres y la vegetación invasora. Después de vagar por las ruinas desembocaron en una especie de plaza central y tomaron asiento en un fuste de columna que hacía de hunco, al resguardo de un acebuche. Delante de ellos brotaba de la tierra un sillar en el que se conservaban algunas letras. Vergino se inclinó, apartó una mata de jaramagos y recorrió la inscripción con el índice. La piedra estaba tan gastada que apenas se distinguían las letras. El templario leyó:

—«Carthago.» Pone Carthago. ¿Puedes leerla?

Beaufort era hombre de pocos latines, pero siguiendo el dedo del maestro consiguió descifrar la palabra. Vergino se incorporó y dejó vagar la mirada por los alrededores. El sol acababa de romper sobre el horizonte y lo inundaba todo con una luz vivísima que dispersaba las nieblas del mar y revelaba un panorama distante de muros coronados de hierba, arcos, dinteles, ventanas abiertas al cielo, en distintas fases de ruina, y fuertes muros desmoronados.

—¡Esto fue Cartago! —dijo Vergino, melancólico—. La ciudad de Aníbal.

Prosiguieron el paseo entre las ruinas hasta un espacio despejado en el que brotaba la yerba entre las fisuras de las losas rotas.

—¡Estos pórticos, estas columnatas, tanta grandeza...! —murmuró—. La ciudad fundada por Dido, la hermosa, la ciudad que desafió el poder de Roma, la que la derrotó

tantas veces, la ciudad que dominaba los mares con su escuadra y cuyo comercio allegaba tributos de los confines de la tierra. Los marinos de esta ciudad alcanzaron la tierra hiperbórea, a la que los cristianos, después de más de mil años, no conseguimos llegar. Sus naves conocían el camino de la tierra de los negros y el de las fuentes del oro. Esta ciudad era el emporio del mundo, más poderosa que Roma, que París, que Atenas, más sabia que todas ellas juntas... —Abarcó con un ademán el anfiteatro desplomado—. Y, sin embargo, mira en qué vino a parar todo ello, mira en qué quedó el orgullo, la grandeza y la elocuencia de los

Barca. ¿Dónde está la memoria del hombre que condujo un ejército de elefantes a través de las cordilleras itálicas?... Sólo queda una desolada ruina habitada por lagartos, y la brisa del mar y el viento del desierto se conciertan para arrancarle lamentos a las piedras; los pies descalzos de los pastores han sustituido a las sandalias doradas, las cabras pastan donde el senado se reunía para deliberar los asuntos del mundo, la miseria lo invade todo, las higueras locas destruyen los frisos —miró a Beaufort—. Tarde o temprano, la ruina se ceba sobre todas las grandezas. Pasó Ja confusa Babilonia; pasaron los jueces de Israel; pasaron los faraones, pasó Roma, la fuerte... todos pasaron. Y ahora quizá haya llegado la hora del Temple.

Abandonaron las ruinas y caminaron hacia la playa. Estaba la mar muy baja y al otro extremo de la inmensa llanura de arena las olas batían cansinamente. Bandadas de gaviotas sobrevolaban la mar y se congregaban a lo lejos. Los dos templarios habían guardado silencio mientras caminaban. A la orilla del agua, Beaufort se volvió hacia su compañero.

—¿Qué haremos ahora? ¿Debemos seguir?

Vergino reflexionó.

—Hay un historiador antiguo, un tal Polibio, tan antiguo en verdad como la ciudad que hemos visto... Polibio dice que la historia no está toda en manos de los hombres, que al lado de la voluntad de los grandes que hacen y deshacen está la *tyche,* es decir, lo imponderable, o sea, el azar. Polibio era un pagano, quizá quería decir que la Providencia a veces lanza los dados y acepta que el resultado no sea el que ella misma determina. Todo parece indicar que Dios ha abandonado al Temple, pero quizá Dios haya dejado algo al azar...

—¿Qué cosa?

—Nosotros, hermano Roger. Dos templarios libres. Dos templarios a salvo del rey de Francia; dos templarios que conocen la existencia del Arca, enviados a buscarla. La orden nos ha educado para que seamos como flechas que una vez en el aire buscan el blanco, incluso si el arquero ha sucumbido después de dispararlas. La orden nos ha enviado a conquistar un talismán que reúne el poder de Dios sin otro propósito que ponerlo nuevamente al servicio de la cristiandad. Creo que nuestra misión está por encima de las contingencias temporales, incluyendo en ello el encarcelamiento y hasta la disolución de la orden. Por otra parte, si hay un proceso justo, al final se conocerá la verdad y el Temple recuperará su honor.

Pasearon en silencio a lo largo de la playa.

—Vergino, hermano —dijo Beaufort con una sombra de preocupación—. ¿Dónde está la encomienda de Nois, a la cual pertenecemos tú y yo? ¿Por qué nunca me han enviado allá?

Vergino se detuvo y miró a su camarada.

—Nois es una encomienda sin territorio —declaró—. Está en la casa del Temple, en París.

—¿Una encomienda sin territorio? —se extrañó Beaufort—. ¿Para qué puede servir una encomienda sin tierra?

—Sirve para estudiar y esclarecer la condición humana —dijo Vergino—. Para

estudiar a Dios.

—Es la orden de Sión, ¿verdad?

Vergino dirigió una mirada suspicaz a su compañero.

—¿Dónde has oído hablar de esa orden?

—En los quince años que llevo en París he oído decir que algunos hermanos pertenecían a Sión.

Vergino asintió.

—Supongo que debo confiarte ese secreto. En realidad no sé s¡ tendrá mucho sentido guardarlo ahora dadas las circunstancias y en cualquier caso nadie tiene más derecho a conocerlo que tú, como portador de la Palabra.

Tomaron asiento sobre los restos de una barca medio enterrada en la arena y Vergino prosiguió:

—Esta idea de obtener el Arca y utilizar contra los sarracenos el propio poder de Dios la tuvo un hombre santo hace mucho tiempo. Por eso se fundó la Orden del Temple y se otorgó el solar del Templo de Salomón. Entonces creían que debajo del Templo existía un subterráneo en el que, en los tiempos de la destrucción, los judíos habían ocultado el Arca para preservarla de los enemigos.

—¿No pudieron usarla contra ellos? —aventuró Beaufort.

—El Arca actúa solamente ante la invocación del nombre secreto de Dios. El rey sacerdote de los judíos conocía el Nombre, pero a veces, debido a las disensiones que surgían entre ellos, el depositario del Nombre no militaba en el bando de los que custodiaban el Arca.

—Comprendo.

—El caso es que los primeros templarios excavaron afanosamente en el solar del Templo de Jerusalén, removieron toneladas de escombros ahondando hasta donde no había llegado nadie, acribillaron la montaña sagrada en busca del escondite del Arca y los tesoros, pero no dieron con él. Al propio tiempo trataron con las sectas cristianas establecidas en Tierra Santa desde el tiempo de Cristo y conocieron la verdad del nacimiento de la Iglesia de Roma, un secreto que no podía divulgarse sin poner en peligro la autoridad del papa y el fundamento mismo, no sólo de la cruzada, sino del orden del mundo. Por eso decidieron que este conocimiento peligroso no saliera de un círculo restringido de iniciados y fundaron la Orden de Sión, un Temple secreto dentro del Temple.

—Sin embargo a mí me destinaron a la orden de Sión, en su encomienda de Nois, y nadie me ha revelado esos secretos terribles.

—Tu ingreso en la orden fue accidental. El maestre Guillermo de Beaujeau, en su agonía, te confió el secreto del Nombre de Dios, el más recóndito secreto de la Orden de Sión. Por eso te enviaron a París y te confinaron en la casa madre, a pesar de tus reiteradas solicitudes para regresar al combate. La orden no puede permitirse que muera el portador del Nombre. Si ahora te ha puesto en peligro enviándote en busca del Arca es porque sólo el portador del Nombre puede acercarse a ella. En la situación desesperada en la que se encuentra el Temple, su supervivencia puede depender de tu memoria.

—Aún no me has revelado esos secretos de Sión. Vergino reflexionó.

—Creo que, en las actuales circunstancias, debes saberlos. Espero que lo que vas a oír no te escandalice. —Guardó silencio un momento mientras ordenaba sus pensamientos y prosiguió—: En las excavaciones del Templo de Jerusalén, los primeros templarios no encontraron nada, pero cuando indagaron entre las pequeñas sectas cristianas que no obedecían a Roma, y leyeron documentos que Roma no controlaba, descubrieron la verdad del cristianismo: Cristo era un príncipe de sangre que luchaba contra los romanos para recuperar su trono.

—¿Es posible? —exclamó Beaufort sin ocultar su sorpresa.

—Cuando Cristo murió —prosiguió Vergino—, sus incondicionales se dividieron en dos grupos, el de Juan y el de Pedro, pero poco después se formó un tercer grupo que seguía a Pablo. Éste fue más inteligente que sus competidores, se hizo con el poder y fundó la Iglesia. Para ello se inventó un Cristo completamente falso que se ajustaba a sus propósitos. Cuando san Bernardo y Hugo de Payens conocieron la verdad decidieron fundar la Orden del Temple, que en realidad engloba dos órdenes, la exterior, a la que todos los freires pertenecemos, y la interior y secreta, que es la encomienda de Nois, o sea, la Orden de Sión. Desde entonces, los templarios de la Orden de Sión hemos abrazado al verdadero Jesús, hemos rechazado la Iglesia de Pablo, y nos hemos convertido en juanistas y petristas. Eso es lo que significan las dobles advocaciones de nuestros santuarios, los dos caballeros que comparten el caballo, o el doble trazo de las cruces de nuestras iglesias. San Pedro, nuestro santo, lleva en las manos una llave de oro y otra de plata. La de plata representa al Temple que tú conoces; la de oro, al Temple que no conoces aunque pertenezcas a él, a la Orden de Sión. El Dios de nuestra orden no es el de la Iglesia, es el Dios único de la sabiduría, un Dios que es común a la humanidad, más antiguo que las Escrituras, que las sectas y que las religiones.

30

Vergino hizo una pausa. Había dibujado en la arena una especie de tablero en el que se cruzaban y entrecruzaban líneas en orden geométrico. Lo borró todo con la palma de la mano y volvió a empezar.

—Dentro de unas semanas —prosiguió— pasaremos bajo la sombra de las pirámides, en el país del Nilo. ¿Has oído hablar de las pirámides?

—Creo que sí —repuso Beaufort—. Unas montañas de piedra construidas por un rey de los romanos.

—Algo así —dijo Vergino—. Son tan antiguas que ya estaban ahí cientos de años antes de que naciera Moisés y de que Dios se le revelara en el monte Sinaí. Moisés conoció por los egipcios la existencia de un Dios único al que adoran distintos pueblos, un Dios cuya única exigencia es el amor y la armonía, la justicia y la piedad.

Beaufort permaneció en silencio. Las olas iban ganándole terreno a la playa a medida que subía la marea.

—Pues ¿cómo era el Jesús verdadero? —preguntó al fin.

—No era hijo de un humilde carpintero ni tuvo que refugiarse en Egipto. Era un príncipe de la estirpe de David, el heredero del reino de Israel.

Beaufort, sorprendido, miró al anciano.

—¿Es posible?

Vergino asintió gravemente y prosiguió:

—En Israel existían dos dinastías paralelas: por una parte, la de David, que representaba a la realeza; por otra parte, la de Aarón, el sumo sacerdote, que representaba al Templo. El Mesías rey y el Mesías sacerdote estaban estrechamente asociados. Jesús, como descendiente de David, representaba a la realeza, mientras que Juan el Bautista, como descendiente de Aarón, representaba al Sumo Sacerdocio. El descendiente de Aarón legitimaba al descendiente de David. Eso es lo que hizo Juan cuando bautizó a Jesús:

conferirle la investidura real necesaria para que el pueblo lo aceptara como legítimo rey. Por eso Herodes eliminó al Bautista.

Beaufort estaba tan impresionado por aquellas revelaciones que se sintió desfallecer. Agarró de la manga a Vergino y le confesó:

—Hermano, todo esto me aturde.

Vergino asintió.

—Lo sé, Roger, pero será mejor que conozcas estas cosas antes de seguir adelante en una tarea que quizá sea demasiado pesada para nosotros dos, porque ahora estamos solos y no podemos contar con la ayuda de nadie.

—Jesús y Juan el Bautista —prosiguió Vergino—, la casa real y la sacerdotal unidas.

—Entonces —murmuró Beaufort—, ¿de quién era hijo Jesús?

—De Judas el Galileo, también llamado Judas de Gamala, el heredero del trono. Los romanos lo capturaron y lo ejecutaron en el año seis, durante la rebelión del Censo, cuando Jesús tenía unos diez años de edad. También habían ejecutado a su abuelo, Ezequías.

—Estoy anonadado —confesó Beaufort—. Sé que soy un ignorante, pero jamás hubiera pensado que Jesús tuviera sangre real.

—Era el heredero de una dinastía expulsada por los invasores extranjeros —precisó Vergino—. Con ayuda de los patriotas Intentaba recuperar su trono en justa guerra. Jesús aspiraba a que su pueblo lo reconociera como Mesías. Los primeros templarios abrazaron esa doctrina, y desde entonces tuvieron por apóstol a Juan el Bautista. De hecho, en la Orden de Sión veneramos a san Juan a través de su única reliquia: la cabeza cortada.

—¿Es ése el Bafomet por cuya causa dice el hermano Alain de Perrault que nos acusan ahora de idolatría?

Vergino asintió.

—Durante siglos, los cristianos juanistas veneraron la cabeza del Bautista en la basílica de Damasco. Luego, los sarracenos conquistaron Siria y transformaron en mezquita la basílica, pero continuaron venerando la cabeza de san Juan en su templete de mármol, hasta el punto de que la transformaron en símbolo de la doctrina secreta. El tiempo ha ido enriqueciendo este símbolo.

—No comprendo lo que quieres decir —confesó Beaufort.

—Quiero decir que con el símbolo de la cabeza de san Juan se pueden entender otras cosas. La cabeza representa la legitimidad del sacerdocio de Aarón, y la distinción de la estirpe de Jesús, pero también la sabiduría que debe buscar el templario. Esa sabiduría es, en última instancia, la garante de la paz y el progreso. La Orden de Sión no se conforma con prometer a los fieles un paraíso en la otra vida, quiere que también sean felices en ésta; aspira a instaurar la paz universal después de terminar con las injusticias y con las guerras.

A Beaufort aquellas revelaciones le aclaraban muchas cosas pero, al propio tiempo, le planteaban interrogantes sobre otras que hasta entonces había admitido con fe.

—Pero el Jesús que nos describen las Escrituras es muy distinto de ese que me cuentas.

—Las Escrituras se compusieron muchos años después de morir Jesús. No son fiables. Los que las escribieron obedecían las consignas de la Iglesia de san Pablo, y ofrecieron la imagen de Cristo y de los acontecimientos que convenía a sus intereses. —Tomó un trozo de madera y trazó signos y rayas en la tupida arena—. San Pablo era un mercader y se había propuesto vender una religión al mundo romano, aunque para ello tuviera que incorporar al cristianismo muchos mitos paganos absurdos. Por lo tanto suprimió al Jesús histórico, se inventó al celestial y consiguió imponer como religión oficial del imperio ese cristianismo inventado por él. En manos de la Iglesia, Jesús dejó de ser el rey de Israel y el representante de la estirpe de David para convertirse en Dios mismo encamado. Por eso se perdió la verdad: Jesucristo, un príncipe depositario de los derechos que el Arca y el *Shem*

Shemaforash representan, no un humilde carpintero que hacía milagros. En tiempos de Jesús, los judíos creían que la venida del Mesías era inminente y que la dinastía davídica iba a ser restaurada por el *res galutha,* o sea, el rey de Israel, el heredero del mundo.

—Entonces Jesús no era Dios —concluyó Beaufort.

—Ya sé que es difícil pensarlo —convino Vergino—. ¿Crees tú que Dios podría enviar a su hijo a la cruz para expiar un supuesto pecado de la Humanidad, siendo Él el propio juez de esa Humanidad? ¿No sería más fácil, y más sensato, perdonárselo directamente? Por otra parte —prosiguió Vergino—, ¿de qué pecado se trata? De un pecado que cometieron Adán y Eva. ¿Crees propio del Dios justo castigar a todos los hombres por un pecado cometido por dos remotos antepasados?

—No; no me parece justo —repuso Beaufort—, pero así nos lo han enseñado.

—El mundo es una cadena de injusticias, muchas de ellas consentidas cuando no cometidas por la religión. El objetivo de la Orden de Sión consiste en facilitar el advenimiento de un orden nuevo, ayudar a construir un mundo en el que reinen la armonía y la justicia. Eso es lo que Dios quiere.

—Si los templarios sostenemos que Jesús no es Dios, entonces hay algo de verdad en las acusaciones del rey Felipe —observó Beaufort.

Vergino asintió,

—Es posible que algunos miembros de la encomienda de Nois hayan confesado en el potro de tormento. Nadie puede soportar indefinidamente la tortura. Y si el papa conoce estas doctrinas no es extraño que pretenda acabar con los templarios. Su pontificado no es más que un poder temporal que tiende a perpetuarse. La Iglesia de san Pablo se convirtió, desde su mismo inicio, en una cueva de mercaderes atentos sólo a los beneficios y ebrios de poder. Crucificarían de nuevo *a* Jesús si volviera a nacer.

Las olas batían sobre las rocas emergentes de la playa, vestigios de un antiguo embarcadero púnico, levantando crestas de espuma. Beaufort las contemplaba sin verlas, devorado por la fiebre de las revelaciones.

—Pero san Pedro fue el primer papa —objetó—. ¿Cómo puede ser al propio tiempo un santo venerado por los templarios?

—Este san Pedro de la Iglesia es tan falso como Cristo. El san Pedro de los templarios es el verdadero e histórico. Para diferenciarlo del pontificio lo llamamos san Pedro ad Vincula, es decir, encadenado. Pedro se llamaba en realidad Simón Cefas. En arameo, la lengua que hablaban Jesús y los apóstoles, «cefas», o sea, *kêpha,* significa «roca» o «aguja de piedra». En esa lengua, «rama de palmera» se dice *kipahá.* En el Evangelio de san Mateo 6, 8 hay que leer: «Tu eres *kephâ,* roca, y yo haré de ti *kipahá,* rama de palmera», la rama del tronco de Jesse y el símbolo de la victoria. Ese sentido se perdió cuando la Iglesia se hizo paulista y las Escrituras se tradujeron al griego.

—Todo esto me aturde —confesó Beaufort—. De pronto me dices que las creencias por las que he luchado durante toda mi vida eran falsas. En mi juventud maté a muchos hombres porque eran enemigos de la religión y al hacerlo creí obrar como buen hijo de la Iglesia. Y ahora descubro que todo lo que ha dado sentido a mi vida hasta hoy era erróneo.

—Has pertenecido a la Orden de Sión sin conocerla. Ya sé que la verdad es demasiado dolorosa para afrontarla de golpe, pero creo que debes saber estas cosas antes de seguir adelante. Ahora no es sólo la suerte de la orden lo que está en nuestras manos, sino una responsabilidad mucho mayor: la de hacer que triunfe la justicia y la reconciliación por encima de las monarquías, del islam y hasta de la Iglesia.

—¿De veras crees que eso es posible?

—Una antigua profecía asegura que cuando se restaure la estirpe de Jesús acabarán los tiempos de iniquidad, y la Humanidad retornará a la armonía y al amor universales.

—¿Cómo se podrá restaurar, si Jesús murió en la cruz y no dejó descendencia?

—Ésa es otra de las mentiras de san Pablo, que suprimió de las Escrituras todas las referencias a los descendientes de Cristo. Cristo, como todo judío devoto, estaba casado. Su mujer era una princesa de sangre real, María de Magdala, a la que los paulinos redujeron al papel de antigua prostituta redimida que seguía a los apóstoles. Habrás notado que existen muchas iglesias templarias bajo la advocación de María Magdalena.

—Sí.

—Es por ese motivo. Ella concibió hijos de Cristo.

—Pero la profecía asegura que Jesús mismo reinará algún día en la tierra —objetó Beaufort—. No dice que vayan a reinar sus hijos, sino Cristo mismo, porque resucitará. Al menos en eso no nos han engañado.

—No todo el mundo admite que sea posible resucitar a un muerto —observó Vergino—, pero, en cualquier caso, llevas razón, eso es lo que la profecía asegura. Quizá algún día alcancemos la sabiduría y el poder para rescatar a un hombre de la muerte. También es posible que la profecía se refiera a la sangre real de los descendientes de Jesús; no sé... En cualquier caso, la orden no encontró el Arca en el subsuelo del Templo. Al final comprendieron que el Arca estaba en otra parte. No obstante consiguieron la palabra Decreta, el *Shem Shemaforash*, el nombre verdadero de Dios, esos sonidos que permanecen adormecidos en algún pliegue de tu cerebro y que, con la misericordia de Dios, confiamos en que acudirán a tu boca cuando estemos ante el Arca.

—¿Y si no obtenemos el Arca?

—Según otra tradición, hay otro objeto sagrado —dijo Vergino— en el que el rey Salomón cifró los secretos del Arca, por si algún día se perdía, para que se pudiera reconstruir según las instrucciones que Dios le dio a Moisés en el Sinaí. Ese objeto, que algunos llaman la Mesa de Salomón, poseía las virtudes del Arca, generaba luz y energía. ¿Recuerdas a mi hermano Pedro, al que viste el Castilla?

—Sí.

—Él está buscando la Mesa de Salomón. La orden ha arrojado todas sus redes y, si Dios lo permite, recuperará la Palabra.

Era ya cerca del mediodía. Regresaron a la casa, donde Huevazos los estaba esperando con una humeante olla. Almorzaron en silencio, con buen apetito, y, después de rebañar el plato, Beaufort felicitó al cocinero:

—Mi enhorabuena, Roque. Estos moluscos estaban estupendos. Creo que desnudos están más sabrosos que cuando se sirven con el caparazón.

—¿Cómo, con caparazón? —inquirió Huevazos, receloso.

—Me refiero a la concha que llevan a cuestas —explicó el templario—. En Francia, los caracoles se sirven con la concha.

—Éstos no eran caracoles —corrigió Huevazos mientras recogía los platos sin disimular la contrariedad que le producía tanta ignorancia—. Eran babosas.

Vergino y Beaufort lo miraron sorprendidos.

—¿Babosas?

—Claro —explicó Huevazos—. Saben igual que los caracoles, si no mejor, y no hay que quitarles la concha.

Los templarios intercambiaron una mirada alarmada. Beaufort, sintiéndose súbitamente indispuesto, se levantó y fue al corral.

Huevazos lo siguió con una mirada perpleja. «¿Qué mosca le ha picado a éste?», pensó mientras se rascaba detrás de la oreja.

—Es que en Francia no nos comemos las babosas —explicó Vergino.

—Ah, ¿es eso? —Huevazos sonrió como si le quitaran un peso de encima—. En Castilla tampoco se las comen, pero ¿a que están ricas? Es una pena no cazarlas, con lo mansas que son —dijo mientras llevaba los platos al lavadero del patio.

31

Abu Fatja apartó la sucia cortina que cubría la entrada del tenderete y escrutó la calle con su único ojo. El otro se lo habían saltado de un bastonazo, diez años atrás, en una riña tabernaria.

—¿Los ves? —preguntó la vendedora de aceite.

—Sí, pero sólo veo a tres.

—¿Qué más da? Más fácil. El viejo es uno de ellos, ¿lo ves?

El tuerto asintió.

—¿Y trae el bolso negro?

—Lo trae.

—Pues ya son tuyos.

Abu Fatja, *el Tuerto,* comprobó que sus hombres estaban donde los había apostado, disimulados entre el bullicio. Dos fingían conversar apoyados en el muro del oratorio vecino, al otro lado de la plazuela. Otro estaba sentado en un fuste de columna bajo el arco de la calle de los Caldereros y otros tres hacían corrillo frente al freidor de dulces, como si dudaran entre adquirir alfajores o cuernos de gacela, el suculento pastel relleno de almendra molida. Todos observaban disimuladamente la covachuela de la vendedora de aceite, por donde asomaba la cabeza del Tuerto.

Abu Fatja se rascó la cabeza, emitió un profundo suspiro, agarró con fuerza una estaca corta y, disimulándola entre los pliegues de su chilaba, se echó a la calle. Al verlo salir, sus hombres se pusieron en movimiento.

Los forasteros eran tres: un muchacho, un tipo retaco y fornido y un anciano. Después de dudar sobre el camino a seguir, escogieron el pasadizo Dar ben Abdallah que atraviesa el zoco de los perfumistas y conduce a la mezquita Yamaa Yedid, un lugar angosto, y relativamente solitario, ideal para una emboscada. Abu Fatja, *el Tuerto,* con dos de los suyos, se metió por una calleja lateral que le permitiría adelantar a los visitantes mientras que los otros sicarios los tomaban por la espalda. Todos eran profesionales e hicieron el trabajo con prontitud y limpieza. Un golpe en la cabeza asestado a traición dejó fuera de combate al criado bajo y fornido, que iba más pendiente de los traseros femeninos que de su seguridad, y cuando el joven y el viejo se inclinaban para prestarle auxilio, dos manos poderosas sujetaron al viejo y lo despojaron de la bolsa negra, mientras el joven se debatía dentro de un saco que acababan de meterle por la cabeza y lanzaba patadas al aire, una de las cuales acertó plenamente en los genitales de un secuestrador.

—¡Desmayadlo de una vez! —ordenó Abu Fatja, viendo el estropicio.

Le dieron con una cachiporra y perdió el conocimiento.

32

—Amigo, amigo Roque, ¿estás bien?

Huevazos volvía en sí lentamente. Sentía náuseas y le parecía que le habían descargado en la *cabeza* un carro de piedras. Sentado en medio del regatón sucio de la calleja, se palpó con cuidado el chichón, una protuberancia del tamaño de un huevo de paloma.

—¡Los muy cabrones! —acertó a decir.

—¿Cómo estás, amigo? —le decía Vergino. El anciano había mojado un pañuelo en la fuente vecina y le aplicaba una compresa sobre el lobino.

Huevazos miró alrededor, alarmado.

—Lucas, ¿dónde está mi Lucas?

—Lo han secuestrado —reconoció Vergino con pesadumbre—. Le metieron un saco por la cabeza y se lo llevaron.

Huevazos sacudió la cabeza, despabilándose.

—¡Que se han llevado al niño Lucas! —exclamó—. ¡Eso no puede ser! ¿Qué va a hacer sin mí esa criatura, que la he amamantado a mis pechos, como quien dice, y no sabe nada del mundo?

Se puso de pie con más agilidad de la que correspondía a su corpulencia y le tendió una mano a Vergino ayudándolo a incorporarse.

—Así que los bujarrones moros me han secuestrado al niño Lucas. —Se detuvo a meditar un momento. Luego miró a Vergino y preguntó—: ¿Su paternidad sabe volver solo a la posada?

Vergino, todavía conmocionado, asintió débilmente.

—Pues vuelva y ponga a Rogerio al tanto de lo ocurrido porque yo voy a hacer una averiguación.

Iba Vergino a protestar, pero ya Huevazos recogía del suelo su manto pringoso y se encaminaba al callejón por donde habían aparecido el facineroso tuerto y sus compinches.

Huevazos recordaba haber visto aquel rostro junto a la vendedora de aceite un momento antes, cuando pasaron por la plaza. En el pueblo de Huevazos la mirada de un tuerto acarreaba mala suerte, y aquel ojillo frío y legañoso se había clavado en él y le había producido cierta aprensión. Ahora estaba seguro de que la vendedora sabía quién era el tuerto y dónde encontrarlo. Otra cosa era que aceptase colaborar. A pesar de la ira que lo dominaba, se sonrió para sus adentros. Sí, seguramente querría colaborar. Él sabía ser muy persuasivo.

—¿A cómo tienes el aceite, buena mujer?

La aceitera no lo reconoció, o si lo reconoció supo disimular. Señaló uno de los pellejos animados a la tarima.

—Este de aquí es virgen, a tres dinares la medida, y este otro, que es el corriente, a dos dinares. Te advierto que mejor aceite no encontrarás en todo el mercado, que éste me lo traen de Hammamet y el que venden por ahí es de El Keff, ya sabes lo guarros que son allí, se mean en los capachos, se cagan en los trojes y le mezclan toda clase de porquerías.

Huevazos hizo como que dudaba.

—El caso es que mi amo es muy delicado y va a quererlo del mejor.

A la mujer le brillaron los ojos ante la perspectiva de un buen cliente. En realidad, el aceite era el mismo, pero había colado un par de pellejos y los vendía como virgen.

—Si tu amo es de los que entienden, te aconsejo que te lleves el mejor. Dile que lo has comprado a tres diñares y un cuarto y ahí tienes tu sisa, que todos tenemos que vivir.

—¿Me dejas probarlo?

—Naturalmente. Pero nada de empapar una hogaza, que ese truco está muy visto —advirtió—. Metes un dedo, lo chupas y decides.

La mujer desanudó el pellejo que contenía el aceite de superior calidad y abrió la boca del recipiente para que el cliente lo examinara. Huevazos se inclinó a olfatearlo, introdujo

un dedo, lo cató con los ojos apreciativamente entrecerrados y chasqueó la lengua.

—No está mal, pero me gustaría probar el otro antes de decidir.

—Deja que cierre este pellejo antes —dijo la vendedora.

—¿Para abrirlo luego otra vez? Estoy casi decidido por éste. No hace falta que lo cierres. Sosténlo, que yo mismo abriré el otro.

Y uniendo la acción a la palabra, antes de que la vendedora pudiera protestar, ya había desanudado los cordones que cerraban la boca del segundo pellejo y se los había ofrecido a la vendedora para que lo sostuviera. La mujer quedó entre los dos recipientes, que eran casi tan altos como ella, con una mano en la boca de cada uno de ellos, sosteniéndolos para que el aceite no se derramara.

Cuando la tuvo así inmovilizada, Huevazos la agarró del cuello y le dijo:

—¡Mala pécora, putón desorejado: ahora me vas a contar dónde se han llevado a mi amo!

—¡Ay, Dios mío, que he caído en manos de un ladrón! —*se* lamentó ella—. ¡Que alguien se apiade de esta pobre viuda desamparada!

—¡No soy ladrón! —advirtió Huevazos poniéndole un dedo en la boca—. Vosotros sois los ladrones. ¿Dónde está mi amo?

La mujer seguía lamentándose y agitaba los hombros, pero no osaba mover las manos por miedo a derramar el líquido.

Huevazos propinó un puñetazo a un pellejo y una porción de aceite rebosó y se derramó por el suelo.

—¡Ay, por Dios, no hagas eso, que el aceite es lo único que tengo, que soy una pobre viuda que tiene que vivir! —suplicó la vendedora. Tenía la respiración agitada y Huevazos notó que los pechos eran voluminosos y firmes.

—Si no me dices dónde tienen al muchacho vas a perder todo el aceite, te lo garantizo.

La mujer entró en razón. Al fin y al cabo, el Tuerto tenía hombres fajados que defenderían la presa y ella no ganaba nada resistiéndose. Si aquel energúmeno le tiraba por tierra el aceite, en el que había invertido las ganancias de todo el año, nadie se apiadaría de ella.

—Lo llevaron a Mohammedia, a una casa a la entrada del pueblo, detrás del corral de los caballos. Tiene un emparrado grande en la puerta y dos ventanas de madera. No tiene pérdida.

—Bueno, eso es ponerse en razón —admitió Huevazos, y desentendiéndose de la mujer se dispuso a abandonar la tienda. La vendedora de aceite montó en cólera.

—¿Te vas a marchar así, cerdo inmundo? ¿Me vas a dejar así, sin poder valerme? —agitaba las bocas pringosas de los odres.

Huevazos le dedicó una sonrisa beatífica.

—Llevas razón, mujer, no puedo marcharme así. —Se arrimó a ella y le introdujo la mano por debajo del sayo.

Ella se agitó sorprendida. Le había pedido que la ayudara a anudar las bocas de los pellejos y ahora le salía con caricias.

—¡Qué haces, maldito de Alá!

Huevazos sonrió y profundizó en la exploración. Su mano recorrió el abultado e hirsuto pubis, introdujo un par de dedos en la hendidura, que encontró lubricada y apetecible, y pellizcó delicadamente los labios mayores. Se llevó la mano a la nariz y olfateó el denso aroma íntimo de una mujer que seguramente llevaba sin lavarse desde la última menstruación. Ella no pareció apreciar el cumplido.

—¿Qué estás haciendo, maldito?

—Creo que te voy a compensar por el favor —declaró Huevazos, al tiempo que le levantaba la ropa y le cubría con ella la cabeza.

Las imprecaciones ahogadas salían en un torrente imparable, aunque no osaba cambiar de postura por miedo a derramar el aceite. Huevazos se solazó contemplando el cuerpo de la aceitera, un cuerpo maduro, aunque de carnes todavía firmes y apetecibles, con anchas caderas, vientre plano y tetas voluminosas. Le pasó una mano por la entrepierna y se demoró en el sexo. Ella gimió débilmente e hizo ademán de cerrar las piernas, pero su posición entre los pellejos de aceite la dejaba a merced de su agresor. Ni siquiera intentó resistirse cuando Huevazos se abrió la amplia bragueta y extrajo un pene morcillón, de grosor considerable, que restregó un par de veces por los labios mayores antes de penetrarla. El escudero recorrió la cavidad vaginal media docena de veces hasta el fondo y luego copuló vigorosamente.

—¡Ay, ladrón, qué me haces! —clamó la voz de la cuitada medio ahogada bajo la ropa.

—No te vayas a creer que esto se lo hago a todas —informó el escudero—. A ti te lo hago por agradecimiento, como premio por tu colaboración.

Huevazos calculó que si bajaba a la playa para armarse y pedirle a Beaufort que lo acompañara, la vendedora de aceite podría prevenir a los malhechores. Decidido a hacer el trabajo él solo, se encaminó a las afueras de Mohammedia y se puso a orinar en una acequia mientras observaba la casa que la aceitera le había indicado.

Dentro del inmueble, completamente ajenos a lo que se les venía encima, Abu Fatja, el *Tuerto, y* sus hombres se estaban emborrachando con zumo de palma fermentado mientras aguardaban a la Hiena Ensangrentada, que había ido a entregar *s]* bolso robado y a cobrar la recompensa. La operación había resultado de lo más fácil, además de rentable, porque a la recompensa prometida había que añadir lo que el mercader de esclavos pagaría por el chico secuestrado, por lo menos diez piezas de oro. No había cuidado de que los familiares denunciaran el secuestro puesto que se trataba de cristianos que viajaban bajo nombres supuestos, haciéndose pasar por musulmanes. Si el caíd les echaba el guante les iba a resultar difícil librarse del sable del verdugo.

La casa parecía tranquila. En el poyo de la entrada, un centinela mal encarado partía almendras para el ajoblanco de la cena. Estaba de espaldas y tan absorto en su tarea que no vio llegar a Huevazos, y cuando percibió su sombra levantando una piedra con las dos manos ya era demasiado tarde. El cráneo chascó como una nuez cascada y el bandido se desplomó desparramando los sesos. Huevazos se apoderó de las armas del difunto, un sable curvo, de los que usan en la mar, y un cuchillo recto, y entró en la casa. Había un pasillo con habitaciones vacías a los dos lados, seguido de un patio desde el que llegaban risas beodas. Los facinerosos eran cinco y estaban sentados en torno a una damajuana de licor de la que bebían por turnos. Huevazos apartó la cortina y apareció de improviso en medio de la asamblea. Sin mediar palabra, propinó un sablazo en la garganta al que tenía más cerca, al tiempo que hundía la daga en el costado del siguiente. Los otros tres se pusieron de pie, recularon, repentinamente sobrios, y empuñaron los cuchillos. Iban a desplegarse en semicírculo para rodear al atacante, pero antes de que completaran el movimiento Huevazos saltó sobre el de la izquierda y le abrió el pecho de un sablazo. El herido exhaló un suspiro, soltó el puñal y se desplomó vomitando sangre. Huevazos detuvo el ataque de otro moro, al que golpeó de refilón seccionándole una mano, y le propinó una patada en la entrepierna. El herido cayó de rodillas con la mirada fija en la mano cercenada. Sólo quedaba Abu Fatja, *el Tuerto, y* Huevazos le dedicó una sonrisa paternal mientras calculaba por dónde iba a entrarle. Pero el antiguo pirata ya había tenido demasiadas emociones por un día. Palideció, soltó el arma e intentó huir por un corralillo, pero la puerta era tan baja que se golpeó la frente con el dintel y cayó hacia atrás medio atontado. Huevazos se inclinó sobre él y lo degolló. Luego remató a los heridos, y cuando se cercioró de que no quedaba nadie vivo, buscó a Lucas.

Encontró al muchacho maniatado y amordazado en un cobertizo del corral, en compañía de unas cuantas gallinas y una cabra.

—¡Gracias a Dios que has venido! —exclamó en cuanto Huevazos lo liberó de la mordaza—. ¿Dónde están los bandidos? —inquirió mientras le cortaba las ligaduras de los pies y de las manos.

—Están en el paraíso de Mahoma.

—¿Todos?

—No sé si todos: los que había en la casa. Cinco, creo.

—Tenemos que prevenir a Beaufort.

Huevazos se encogió de hombros.

—Ya le habrá avisado Vergino.

—De todas formas démonos prisa. —Lucas se dispuso a abandonar la casa, pero el escudero lo sujetó por la manga.

—Amo, ¿no nos vamos a llevar la cabra?

Lucas se soltó malhumorado.

—¿Cómo se te ocurre eso en estas circunstancias?

—Por lo menos un par de gallinas —insistió el escudero.

En el patio, Lucas vio los cadáveres con las gargantas abiertas y la sangre fresca sobre el empedrado, un inmenso charco rojo al que acudían nubes de moscas.

—Vámonos antes de que los moros descubran esta carnicería.

Huevazos arrastró hasta el vestíbulo el cadáver del centinela do la puerta y dejó la casa cerrada.

Por callejas poco transitadas, extraviándose a veces, se apresuraron hasta su posada.

33

La Hiena Ensangrentada extrajo un ojo de la cabeza de oveja asada que tenía delante, se lo llevó a la boca y lo masticó con fruición, entrecerrando los ojos. Después bebió un cumplido trago de vino, directamente de la jarra, y mostró su satisfacción con un eructo barítono. Finalmente miró a Lotario de Voss que, en el otro extremo de la mesa, continuaba enfrascado en su labor. Había calentado en la llama de un candil la punta de un estilete y había despegado los tres sellos de cera que cerraban la carta bermeja del visir de Granada. Lotario de Voss esperaba que aquella caita desvelara el paradero del Arca y le permitiera eliminar a los templarios y proseguir la búsqueda por su cuenta. Pero la carta resultó ser un galimatías ininteligible de letras y números.

—¡Maldición —exclamó—, está cifrado!

—¿Y eso es malo? —preguntó la Hiena Ensangrentada con la boca llena.

—No contaba con este inconveniente —murmuró Lotario como para sí.

Después de meditarlo decidió copiar el documento para intentar desentrañar su contenido, con mayor sosiego, en cuanto hubiera ocasión.

Registró concienzudamente el bolso negro, por si tenía escondites que pudieran contener la clave, pero fue en vano. No había nada aparte del documento. Lotario de Voss pidió recado de escribir y, más tranquilo, se aplicó a copiar la carta cifrada. Cuando terminó, espolvoreó arena sobre las líneas frescas, sopló y contempló satisfecho su obra.

—Ya tenemos copia, y creo que es buena. Ahora debemos dejar las cosas como estaban.

Calentó nuevamente la punta del estilete a la llama del candil y la aplicó ligeramente sobre el lacre rojo del primer sello. Presionó la parte despegada sobre la derretida y comprobó que se había adherido sin dejar señal alguna en el reborde. Luego repitió la operación con los dos sellos restantes. Finalmente se dio por satisfecho y restituyó el original a su cartera negra.

—Ahora sólo falta devolvérsela a los templarios.

—Eso corre de mi cuenta, sidi —dijo la Hiena Ensangrentada, que había terminado con la cabeza asada y acababa de rebañar la fuente con el pan sobrante—. He aprendido bien la lección.

A la luz de la ventana, Vergino examinó cuidadosamente los sellos de lacre.

—¿La han abierto entonces? —preguntó Beaufort.

Vergino sopesaba apreciativamente la carta.

—No lo sé —dijo negando con la cabeza—. Parece que está intacta, pero ¿cómo saberlo? Un espía experto puede abrirla y pegar de nuevo los lacres.

Vergino se acordó de un espía que el Temple introdujo en la casa madre de los hospitalarios y que había estado copiando la correspondencia del maestre sin que lo descubrieran durante veinte años. No existía sello inviolable.

Conversaron un rato más y después regresaron junto a Lucas y Huevazos.

—Este asunto ha tomado un cariz desagradable —anunció Beaufort—. Hemos decidido que, en lugar de aguardar la caravana de la costa, vamos a continuar el viaje por mar.

—¡Por mar! —A Huevazos se le abrieron las carnes.

—Lejos del estrecho, la mar está más calma —lo tranquilizó Vergino—. Y en cualquier caso es conveniente que abandonemos la ciudad cuanto antes. Los bandidos que nos atacaron sabían que éramos cristianos y quizá nos denuncien al jefe de policía.

El jefe de policía del mercado había llegado por la mañana a devolver a los peregrinos la bolsa extraviada. Un beréber gordo de ojillos inquietos, que había aceptado campechanamente una tostada de pan con aceite, pero se había marchado sin tocarla. Era evidente que sólo buscaba un pretexto para permanecer en la casa y hacer algunas preguntas aparentemente inocentes. Quizá las hacía por costumbre, debido a su oficio, pero a Beaufort le pareció que no terminaba de creerse que dos musulmanes que pronunciaban el árabe con acento sirio peregrinasen a La Meca desde Granada.

34

—¿Cuál es la próxima nave que zarpa para Egipto?

El esclavo del puerto apoyó en tierra el pesado fardo que portaba y señaló un punto entre el bosque de jarcias y palos.

—Allí detrás, sidi, se llama *La Estrella del Islam* y zarpará para Alejandría en cuanto suba la marea. Ya está cargada.

Beaufort le entregó un óbolo de cobre y se dirigió hacia el lugar indicado.

La Estrella del Islam era un carguero de tres velas que había conocido tiempos mejores bajo pabellón veneciano, cuando recorría la ruta de las especias entre Jaffa y la Serenísima República, pero resultaba tan torpón y poco maniobrero que sus propietarios lo

convirtieron en nave cerealista y se la vendieron a un armador tunecino que hacía la ruta entre Cartago y Egipto.

El patrón de *La Estrella del Islam* era un gordo rechoncho con una mancha cárdena en forma de suela en la frente, motivo por el cual lo apodaban *la Alpargata.* Media pieza de oro daba derecho a un camastro compartido por dos viajeros en la camareta colectiva y a dos comidas calientes al día, una por la mañana y otra a media tarde. Beaufort pagó por adelantado en doblas granadinas, que *la Alpargata* se guardó en una bolsita colgada del cuello. El mejor pago del pasaje, dijo, era la satisfacción que le producía transportar a tan honorables ciudadanos andalusíes. Añadió que nunca, en sus treinta años de navegación, había tenido el menor problema con los creyentes venidos de allende el estrecho, no como los magrebíes, esa partida de mangantes capaces de quitarle su bolita a un escarabajo. También dijo algo acerca de su sagrado deber como creyente albergando en su nave a los peregrinos de La Meca y que, por este motivo, Alá le dispensaba buenos vientos y bonancibles navegaciones. Beaufort quedó muy complacido con las zalemas del navegante pero, por si acaso, apostó a Huevazos en el embarcadero, no fuera a ocurrir que *La Estrella del Islam* zarpara antes de lo previsto y los dejara en tierra.

Al caer la tarde, los peregrinos subieron a bordo con sus equipajes. Un marinero les mostró su alojamiento: un habitáculo estrecho y largo que se apoyaba en el palo de proa con espacio para media docena de camastros, que durante el día enrollaban y servían de asiento.

—Esta noche podéis dormir aquí, o en el muelle si os parece más cómodo. Largaremos amarras al amanecer, en cuanto suba la marea.

El marinero se marchó dejándolos solos, pero volvió en seguida con otros cuatro pasajeros, todos ellos comerciantes musulmanes cuyas mercaderías se encontraban ya en la bodega de la nave.

Soltaron amarras a la luz turbia del amanecer. Un esquife accionado por seis remeros remolcó a *La Estrella del Islam* hasta el centro de la bahía, donde, impulsado por un ligero céfiro, el velero enfiló la bocana del puerto. Cuando el sol despuntó ya navegaban en mar abierto. Atrás quedaban los promontorios de Túnez, los pueblecitos blancos y los alminares de ladrillo, las azoteas enjalbegadas y los huertos cerrados, con sus tapiales pardos sobrepasados por las agudas lanzas de los cipreses.

35

Renzo di Trebia, el cónsul veneciano, vivía en el barrio antiguo de la ciudad, en un palacio de mármol con azotea y torre almenada en la que ondeaba la bandera roja con león dorado de Venecia. La puerta estaba custodiada por un negrazo que hacía molinetes con un garrote guarnecido de remaches. Lotario de Voss se dirigió al gigante, que paseaba parsimoniosamente de un lado a otro de la fachada, y le comunicó que deseaba ver a su señoría.

El portero advirtió que el extranjero vestía decentemente, portaba una daga valiosa al cinto y no parecía un mendigo ni un solicitador pelma. No obstante, como todo portero, era consciente de que la dignidad del cargo se resiente si se facilitan demasiado las cosas, así que se tomó su tiempo, carraspeó poderosamente, acopió un laborioso gargajo y lo lanzó a tres metros de distancia, acertando, con singular tino, a través de una de las argollas que pendían del muro. Aclarada la voz, miró nuevamente al solicitante y preguntó:

—¿Qué quieres del cónsul?

—Yo no quiero nada, pero él quiere algo de mí —dijo Lotario pronunciando las palabras con calculada suavidad—. Avísale ahora mismo y no me hagas esperar más.

El negro juzgó prudente no meterse en más averiguaciones, se volvió hacia la puerta, se llevó dos dedos a la boca y emitió un potente silbido. Inmediatamente compareció un criado cojo vestido de librea.

—Este hombre pregunta por su señoría —informó el portero señalando a Lotario con la maza claveteada.

—¿Quién eres? —quiso saber el criado.

—No te importa quién soy —le respondió Lotario en correcto toscano—, pero a su señoría sí le importará. Te aconsejo que andes diligente.

El criado cojo advirtió que el visitante no era moro, aunque vestía a la morisca. Por si las moscas, avisó al mayordomo, un tipo delgado y pálido que vestía calzas de hilo fino, una de cada color, a la moda italiana, y llevaba en la mano un espantamoscas de crin guarnecido de abalorios.

—¿Quién eres?

—Me llamo Bertoldo de Amiens. Vengo de París, enviado por el consejo de los lombardos en misión secreta —dijo tendiéndole la credencial que arrebató al sicario en España. Le señaló un nombre de la lista—. Micer Renzo di Trebia figura entre los cónsules lombardos a los que debo visitar.

—Yo soy Renzo di Trebia —sonó la voz del cónsul desde una ventana alta.

Lotario de Voss miró al cónsul y le pareció menos señor que Cualquiera de sus criados. Era moreno como un bantú, tenía la nariz partida y la voz aguardentosa.

—Entonces necesito tu ayuda en nombre de Tolomei y los otros.

—Conduce al visitante al balcón del mar —ordenó el cónsul al mayordomo, y se apartó de la ventana.

El balcón del mar era una amplia azotea, con el suelo ajedrezado de blanco y azul, desde la que se dominaban el puerto y la bahía por encima de los tejados de los zocos y las mezquitas de la ciudad vieja.

El cónsul se había sentado en una silla taraceada con el león véneto en el respaldo, y apoyaba los pies sobre un escabel de raso. Examinó cuidadosamente el pasaporte emitido por el presidente de las familias lombardas y, cuando comprobó que era auténtico, sonrió a Lotario de Voss, le ofreció asiento y le preguntó:

—¿Qué necesitas?

—Dos cosas. La primera, dinero para proseguir mi misión...

—¿Cuánto dinero?

—Cincuenta doblas de oro.

El cónsul agitó una campanilla de plata y al instante compareció el criado de librea.

—Dile a micer Agostino que prepare cincuenta doblas de oro y un recibo a nombre de este *signore.* Aquí tienes los datos del tomador —dijo tendiéndole la credencial de Lotario.

El criado se inclinó y se fue a cumplir el recado.

Entró otro criado con una bandeja de plata sobre la que traía una frasca de vino y dos copas talladas. El mismo cónsul llenó los vasos y le entregó uno a Lotario de Voss.

—¿Qué era la otra cosa?

—Los hombres a los que estoy siguiendo llevan un documento cifrado. He conseguido hacerme con una copia, pero por más que lo intento no logro leerlo. Tengo entendido que los venecianos sabéis más que nadie de códigos y escrituras secretas.

El cónsul sonrió.

—La gente exagera mucho, buen amigo. No obstante intentaré complacerte. Quizá mi secretario conozca ese código.

Volvió a tocar la campanilla y el criado de librea fue a buscar al secretario de cartas, un antiguo clérigo con cara de ratón que saludó al visitante con una tufarada de aliento a ajo y, tomando el pergamino que le tendía, lo examinó atentamente.

—¿Es éste el original?

—No, es una copia.

—¿Quién la ha copiado?

—Yo mismo lo hice.

—¿Has respetado la disposición de las líneas? Quiero decir, ¿acababa así cada línea?

—Sí.

—¿Y todas las palabras eran minúsculas?

—Así es.

—¿No había signos entre ellas, quiero decir, algún punto, alguna vírgula?

—Que yo notara, nada. Creo que ésa es una transcripción fiel del documento.

—¿Conoces su procedencia? Lotario se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Los que lo traen son templarios y proceden de Francia, pero el documento estaba escrito en vitela teñida de rojo y llevaba los sellos del califa de Granada.

El secretario ratonil se concentró en el documento. Eran cinco líneas de escritura corrida en la que se mezclaban letras latinas, griegas y coplas con otros signos seudoalfabéticos.

—Creo que es un método de cifrado que usan los moros —murmuró la boca ratonil—. Quizá podamos leerlo. Si me disculpa su señoría, volveré enseguida.

El secretario se ausentó y al momento regresó con una carpeta de cuero verde de la que extrajo un disco de cartón sobre cuyo eje, reforzado por un remache de plata, se insertaban otros tres discos de pergamino, de diámetro decreciente. Cada disco tenía una serie de divisiones ocupadas por cifras y letras en el borde.

—Bien, apliquémosle La Queja, que es la favorita de la cancillería granadina. Esta cifra moruna está basada en el capítulo cincuenta y ocho del Corán. Cada número remite a una letra de la sura, dependiendo del orden en que aparecen. Es bastante difícil de descifrar, por no decir imposible, porque cada letra, cuando se repite, corresponde a un nuevo número de la letra en cuestión en el orden en que aparece en la sura.

—Y sin embargo podéis descifrarlo —observó Lotario de Voss procurando adularlo.

—Es que tenemos el disco —respondió el secretario de cartas—. El sujeto que inventó el cifrado le facilitó un disco a la Signoria de Venecia.

—Y la Signoria ha hecho mil copias —completó Lotario.

—No, solamente noventa y dos —corrigió el cónsul—. Una por cada consulado de la Serenísima República en el mundo.

El secretario ratonil se aplicó en descifrar el documento. Escogía una cifra, accionaba la ruedecilla correspondiente, anotaba una letra, consultaba una página del Corán, anotaba la letra equivalente y repetía la operación. Cuando completó el trabajo reagrupó las letras en palabras para componer el mensaje.

—Ya lo tenemos —le sonrió al cónsul, que mientras tanto se había desentendido del asunto para contemplar el mar con sus ojos melancólicos y exiliados.

—¿Qué es lo que dice?

—Dice: «En el nombre de Alá, el prudente, etcétera. Fulano saluda a Zutano, su hermano, y le envía a cuatro perros francos con el ruego de que al recibo de esta carta los someta al rigor del verdugo y los decapite, porque todos ellos son malditos de Alá.»

—¿Sólo dice eso?

—Sólo eso. Luego pone las zalemas propias *de* la despedida, pero el mensaje es ése.

—Así que son mensajeros de su propia muerte —murmuró Lotario como para sí.

—Tienes en tu mano realizar una obra de caridad —dijo el cónsul.

Lotario lo miró, pero sólo encontró una sonrisa cínica.

Se despidió y salió a la calle con la bolsa de doblas bien atada al cinturón, debajo de la chilaba.

Así que el importante mensaje era solamente la condena a muerte de los portadores.

Si los templarios morían, él jamás alcanzaría el Arca de la Alianza. Si no conseguía hacerse con el Arca, no podría rescatar a su hermano.

«No puedo permitir que los templarios mueran antes de que me conduzcan al Arca —se dijo—. Tengo que avisarlos.» Lotario de Voss se sentó a meditar en un poyo de la mezquita Zituna, a la sombra del airoso minarete.

Podía ir directamente a Vergino y ponerlo sobre aviso mostrándole la copia de la carta y el texto descifrado. Rechazó la idea: no lo creería y al mismo tiempo se descubriría. Sólo conseguiría que en adelante redoblaran las precauciones y quizá le dieran esquinazo. No. No convenía avisar a Vergino.

Lotario de Voss se había hospedado en una fonda de la medina. Recostado en el lecho, miraba pasar los barcos frente a su ventana mientras decidía qué hacer. Se preguntaba por qué el visir de Granada enviaba a los templarios a la muerte. Toda la tarde le dio vueltas al asunto y ya casi de noche comenzó a vislumbrar la posible respuesta: el comercio del oro. Europa, la cristiandad, el mundo, funcionaban gracias al oro. No bastaba con que se produjera trigo, carne, alfombras, armas, productos manufacturados... Se necesitaba oro, mucho oro, para acuñar moneda. El comercio necesitaba oro amonedado, pero Europa padecía una carestía crónica de oro, tanta que, a veces, la escasez de moneda obligaba a recurrir a la pimienta y otros sustitutos en las transacciones.

El oro. Lotario, en la oscuridad de su alcoba, se convenció de que la clave estaba en el oro. Casi todo el oro que entraba en Europa procedía del África negra y lo traían los moros a través del desierto. Tradicionalmente, las rutas de caravanas más importantes desembocaban en el Magreb, donde los agentes del califa de Granada monopolizaban la mayor parte del oro. Granada invertía una parte en pagar los tributos al rey de Castilla (así había comenzado, un siglo antes, el interés nazarí por ese mercado), pero Granada comerciaba el excedente con los emporios comerciales europeos, con los lombardos, con los pisanos, con los hanseáticos... Lotario recordó que los templarios habían armado una gran flota de exploración, se decía que desde La Rochela enviaban sus naves a buscar oro a lugares a los que antes los cristianos no se habían atrevido a llegar, que descendían por las costas de África hasta el país de los negros. Cualquiera que se aventurara por aquellas latitudes se veía arrastrado por vientos extraños y por la propia fuerza del mar hasta lugares ignotos donde hacía tanto calor que los buques se incendiaban, pero los templarios habían descubierto la manera de hacer el viaje y de regresar sin peligro, eso se decía. Quizá el visir de Granada conocía el objetivo de la misión templaria: si conseguían apoderarse del Arca de la Alianza nada podría detenerlos y en pocos años dominarían el mundo. Así que a Granada le interesaba eliminar a aquellos hombres. El califa de Granada era amigo del gran maestre Jacques de Molay, pero los califas van y vienen y no siempre saben lo que interesa al reino; los visires, por el contrario, permanecen, ven desfilar a los reyes, son el verdadero soporte del Estado, ellos dirigen la política exterior, ellos sopesan las alianzas y las enemistades, ellos siembran para recoger, ellos velan por la prosperidad del reino y por la salud de sus súbditos.

Lotario de Voss llegó a la conclusión de que el califa de Granada había ordenado a su visir que ayudara a los templarios, pero éste, al propio tiempo que fingía obedecerlo, intentaba que los falsos peregrinos no pasaran de Egipto.

Lotario de Voss se incorporó y paseó por la estancia. Acodado en la ventana, vio pasar los barcos que abandonaban el puerto aprovechando la marea alta. Salían a mar abierto y navegaban unos a la izquierda, con rumbo a Marruecos o a Granada; otros al frente, hacia

Sicilia o Italia, y otros a la derecha, para Alejandría y Acre.

Acre. San Juan de Acre. Lotario de Voss miró su zarpa enguantada y recordó a Beaufort. Un sabor amargo, de sangre remansada y antigua, le acudió a la garganta. La vieja deuda en la que no dejaba de pensar ni un solo día. Ahora Beaufort se encaminaba hacia la muerte. El visir de Egipto descifraría la carta bermeja y decapitaría a los templarios.

No le gustó el pensamiento. La muerte de Beaufort a manos de otro no sería ningún consuelo. Sólo se consideraría vengado si él mismo mataba al templario responsable de su manquedad. En los largos atardeceres mediterráneos, cuando era pirata, o en las vigilias del calabozo, prisionero del rey Felipe, había ideado mil muertes para su enemigo, a cuál más espantosa. Todas ellas implicaban quitarle la vida, precisamente, con la mano enguantada. Cualquier otro arreglo le parecía insuficiente. La posibilidad de que alguien pudiera arrebatarle la venganza largamente calculada le resultaba intolerable.

Por otra parte, pensó, si el caíd de Egipto eliminaba a los templarios, no podría hacerse con el Arca y Nogaret nunca liberaría a su hermano. El pobre Gunter se pudriría en Pugfort, con los ojos enfermos y los huesos hinchados por la humedad.

El recuerdo de su hermano conmovió a Lotario de Voss hasta las lágrimas. Pero no podía permitir que los sentimientos le enturbiaran el cerebro. Alejó la imagen de Gunter en el calabozo de Pugfort y repasó mentalmente su plan. Primero, conseguir el Arca. Después, transportarla hasta la frontera de Aragón o quizá hasta la costa de Sicilia, donde conocía algunas grutas accesibles solamente desde el mar. Cuando tuviera el Arca a buen recaudo se dirigiría a Nogaret, no directamente, porque si caía en su poder podría torturarlo, arrancarle el paradero del Arca y después devolverlo a Pugfort para que se pudriera con el pobre Gunter, o incluso venderlos a las compañías lombardas, que los colgarían por piratas. No, cuando tuviera el Arca enviaría a un mensajero con una carta y negociaría con Nogaret. Tenía pensadas las condiciones. Un barco fletado por el rey de Francia conduciría a su hermano al lugar del trueque: el Arca *a* cambio de Gunter y un par de bolsas de doblas para adquirir un navío nuevo con el que volver al mar.

Pero nada de esto sería posible si el visir de Egipto leía la carta y ejecutaba a los templarios.

Tendido boca arriba en la cama, las manos entrelazadas bajo la nuca, Lotario de Voss se puso a cavilar sobre el modo de avisar a los templarios del peligro que corrían.

Podía enviarles un correo, quizá el secretario de micer Renzo di Trebia, que les explicara que su señor había conocido el contenido del mensaje que portaban por otros conductos, sin mencionar a Lotario de Voss. O que simplemente les entregara las equivalencias del cifrado para que ellos mismos pudieran deducir el contenido de la carta que llevaban a Egipto.

Eso los pondría también en guardia y tomarían sus precauciones, pero ignorarían que un misterioso benefactor los venía siguiendo, alguien que, como ellos, quería llegar hasta el Arca.

Decidió que era la mejor solución. Visitaría cuanto antes al cónsul lombardo y solicitaría su colaboración.

Se dio la vuelta, abrazó el cabezal, empuñó la daga que escondía debajo y se durmió.

Al día siguiente ordenó que le prepararan un baño, atrancó la puerta, se desnudó, incluso del guante de cuero, agregó hierbas aromáticas al barreño de agua caliente y se dio un baño reparador. Después se puso una camisa limpia, se ajustó el jubón y bajó al puerto a desayunar. Los cónsules eran poco madrugadores, aguardaría a media mañana para visitar a Renzo di Trebia y le expondría su petición antes de que los quehaceres cotidianos le agriaran el día.

Se estaba comiendo unos dulces de almendra y miel, de los que llaman *tuagen* y

kaabar, cuando la Hiena Ensangrentada lo saludó todo lo jovialmente que cabe esperar de un jefe de bandidos al que le acaban de apiolar a cinco de los suyos, sin contar los dos que perdió el día anterior en el puerto. Lotario le ofreció un dulce y la Hiena no se hizo de rogar: metió en la fuente una mano puerca alhajada con anillos robados y levantó dos o tres pasteles para alcanzar el más grande.

—Los pájaros han volado —acertó a decir con la boca llena.

—¿Qué?

—Que los pájaros han volado. —Tragó laboriosamente el bocado empujándolo con un generoso trago de leche bebido de la misma jarra—. Los cristianos se han pirado.

Lotario compuso un gesto de incredulidad.

—Sí, esta mañana —informó la Hiena—, en *La Estrella del Islam,* un carguero que zarpó al amanecer.

—¡Que zarpó! ¿Para dónde?

—Para Alejandría —informó la Hiena mientras se introducía en la boca el resto del dulce y dirigía una mirada ávida a la fuente—. Transporta una carga de trigo, higos secos y otros productos parecidos, además de una docena de pasajeros. Es un

buen barco, grandón y lento, quizá, pero seguro. Y esta vez más seguro que nunca porque lo acompaña una galera armada.

—Una galera armada, ¿por qué?

—Porque va a bordo la hija del general El Bardawi, que se casa con un mandarrias de Egipto. ¿Puedo coger otro? —Señaló la bandeja—. Es que con las prisas por informarte ni me ha dado tiempo de desayunar.

Lotario de Voss afirmó con un gesto distraído. De pronto había perdido todo el apetito. Dejó que el antiguo pirata se comiera los dulces, se levantó y paseó meditativo.

Así que los templarios habían huido, se habían escapado ante sus propias narices. Se maldijo por no haberlo previsto. Ahora todo el plan se iba al garete y no tenía sentido visitar al cónsul. Necesitaba llegar a Egipto antes que los templarios, pero ¿cómo? Por tierra estaba descartado: se tardaba más que por mar.

—¿Cuál es el próximo barco que zarpa para Alejandría? —interrogó a su antiguo compinche.

La Hiena había dado cuenta de todos los pasteles. Se aclaró la garganta con el resto de la leche antes de responder.

—Para Alejandría directamente no sale ninguno hasta pasado mañana, creo. Algunos zarpan con la próxima marea, pero primero van a Sicilia, descargan, cargan y luego siguen para Alejandría.

Lotario de Voss apretó los puños.

—Y ¿qué hay del que sale pasado mañana? ¿Podrán llevar un pasajero?

—Natural. Además es más marinero que *La Estrella del Islam y* puede que le gane un día de aquí a Alejandría.

Lotario suspiró aliviado. Después de todo, quizá podría avisar a los falsos peregrinos antes de que entregaran la carta.

—Llévame ahora mismo al patrón de ese barco. Tengo que hablar con él.

36

Beaufort, tras conversar un rato con el patrón, regresó junto a sus acompañantes y,

acodándose en la borda, anunció:

—Dice el capitán que dentro de una semana o poco más estaremos en Alejandría.

—¡Prisa no hay ninguna! —comentó Huevazos—. Este barco no puede ser más agradable.

Lucas lo miró extrañado.

—Creía que no te gustaba navegar —le reprochó—. ¿Has olvidado ya el escándalo que organizaste ayer antes de embarcar?

Huevazos se sonrió, socarrón.

—No me gustaba antes, pero ahora parece que me va gustando más. —Se inclinó y añadió al oído del muchacho—: ¡Tenemos coñetes a bordo!

—¿Mujeres?

Huevazos asintió solemnemente.

—¡Hembras sedientas de amor, jardines sin regar, rastrojos sin cultivar que están pidiendo la reja del arado, huertos baldíos que requieren cava y almocafre, mujercitas deseosas de consuelo! Son por lo menos dos. Las he visto hace un rato. Viajan en la camareta de proa. Salieron un momento a tomar el aire y cuando me vieron se asustaron y volvieron a encerrarse, je, je. Una joven y la otra menos joven, metida en carnes, como a mí me gustan. —Suspiró profundamente y añadjó—: Creo que estoy en celo.

—Tú siempre estás en celo, Roque. ¿No sabes pensar en otra cosa?

—¿En otra cosa? —se extrañó Huevazos abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Es que hay otra cosa?

Impulsada por el viento, la nave se deslizaba a velocidad razonable. El patrón, desocupado de la maniobra, hacía la ronda entre los pasajeros para comprobar si todo estaba en orden. Cuando llegó a la popa, donde los falsos peregrinos conversaban a la sombra de las velas, Lucas le preguntó:

—Said, ¿es cierto que viajan mujeres a bordo? Mi amigo asegura haber visto a dos.

La Alpargata contempló benévolamente al joven y la mancha cárdena de la frente pareció oscurecérsele.

—Es cierto, joven amigo, viajan dos mujeres, una doncella, que va a bodas, y su criada. Pero debo advertirte que es hija del general El Bardawi, uno de los prohombres más respetados de Túnez, la más alta alcurnia de la ciudad, y que aquella galera que sale ahora del puerto tiene por misión guardarlas y nos escoltará hasta Egipto.

Miró para atrás y vio que, en efecto, una airosa galera de guerra, de bordo tan bajo que parecía que se la tragaban las olas, enfilaba tras la estela del mercante.

—¿Por qué no viajan las mujeres en la galera? —preguntó Lucas.

La Alpargata miró con sorna al muchacho.

—¿Has viajado alguna vez en una galera?

—No, yo soy de secano, señor, y nunca había visto el mar antes —admitió el adolescente.

—Pues sí alguna vez nos sobrepasa la galera a barlovento, descubrirás por qué las mujeres finas no viajan en ella.

Y desentendiéndose continuó su ronda. El muchacho se quedó algo perplejo.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó a Beaufort.

El templario carraspeó ligeramente.

—Las galeras apestan a gran distancia —declaró—. Es por los excrementos y los orines de los galeotes que van encadenados a sus bancos y se hacen las necesidades encima.

Huevazos le dio un toque con el codo a su amo.

—Ahí salen nuevamente.

Lucas miró a las mujeres. La más alta vestía una toca de viaje de color marfil, bordada

en azul, y se cubría la cara con un velo. La criada advirtió la presencia de los viajeros a pocos metros de ellas y murmuró unas palabras al oído de su señora. La joven se volvió y su mirada se cruzó con la de Lucas.

Tenía los ojos más bellos que el muchacho había visto en su vida: grandes y negros, orlados de largas y sedosas pestañas. La muchacha observó un momento al doncel, recorriéndolo con la mirada de arriba abajo, sin excusar bragueta, y rápidamente se volvió, dándole la espalda.

Se elevó el sol, una brisa de poniente hinchó las velas e impulsó la nave. La costa era una cinta ocre con manchas blancas de pueblecitos o verdes de palmerales y campos de labor. El grueso madero de la quilla hendía las aguas levantando regueros de espuma. Por el cielo limpio iban y venían gaviotas.

37

—La dama se llama Aixa —informó Huevazos distraídamente,

—¿Cómo lo sabes? Huevazos hizo un gesto displicente.

—Uno es listo y persona de mundo. Se lo he preguntado a la criada, hace un rato, cuando salió a vaciar el bacín.

Lucas se encogió de hombros y miró al mar para que su escudero no adivinara su turbación. Así que se llamaba Aixa. Algunas moras, en España, se llamaban como ella, pero nunca había reparado en la mágica sonoridad de aquel nombre: Aixa.

Parecía un nombre forjado a propósito para encerrar, en su sonido, toda la belleza y la delicadeza del mundo: Aixa.

—La criada se llama Tara. Ha sacado la bacineta porque las damas angelicales también cagan —repuso Huevazos con la mayor candidez.

—¡Eres una mala bestia, Roque! —lo reprendió Lucas simulando enfado. ¿A qué venía enturbiar su ensueño con aquella innecesaria revelación sobre el sometimiento de la beldad a las leyes naturales?

—Sí, soy una mala bestia —reconoció Huevazos—, pero una mala bestia cariñosa. Me estoy encariñando con la criada.

Lucas lo observó. Lo decía en serio.

—A ver si vas a meter la pata —advirtió—. Mira que son gente importante y nosotros tenemos que ser discretos.

Huevazos hizo como que se daba por ofendido.

—¡Por Dios y Santa María, amo! —exclamó—. ¿Por quién me tomas? Yo puedo ser un humilde vasallo y un ganapán, pero tengo los ojos abiertos a la vida y sé conducirme como un cortesano.

Así transcurrió el primer día. Abismado en sus pensamientos, Vergino posaba los ojos cansados en el azul turquesa del mar o los volvía hacia la costa; Huevazos tallaba una figura obscena con su cuchillo, sin quitarle ojo a la criada cada vez que salía de su camareta; Beaufort conversaba a ratos con el patrón vigilaba con interés las evoluciones de la galera, que unas veces los adelantaba a buen paso, los remos altos, dejándose impulsar por la vela triangular, como una flecha del mar, y otras se dejaba adelantar. Lucas intentaba distraerse contemplando los trabajos de la marinería, pero cuando las mujeres abandonaban su camareta no podía apartar los ojos de la joven.

Al tercer día, la criadita buscaba con la mirada a Huevazos cada vez que salía de su

camareta, y Lucas notó que salía más que antes, con los más fútiles pretextos.

A la cuarta noche, Lucas, desvelado, contemplaba desde la cubierta las olas fosforecentes cuando un ruido a su espalda lo sobresaltó. Volvió la cabeza y vio que el esquife oscilaba sobre su soporte y de su interior, a la pálida luz de las estrellas, vio alzarse la silueta inconfundible de Huevazos que, tras subirse las calzas, se abotonaba la bragueta y ofrecía su mano a la criadita. Ella se bajaba las haldas, se componía las trenzas y brindaba un último y apasionado beso a su galán antes de regresar a la camareta de las mujeres.

Huevazos reparó en la presencia de su joven señor.

—¿No te duermes, amo?

—No, parece que me he desvelado. Y tú, a lo que parece, también —observó haciendo un gesto hacia la criada.

—La he dejado como nueva, amo. Tiene un coñito angosto y acogedor de lo más gustoso y unas tetas...

—¡Ya basta, escudero! No necesito tantos detalles —lo interrumpió Lucas, molesto.

Huevazos miró con soma al joven.

—Amo, te conozco desde que naciste y te he criado a mis pechos como quien dice. A ti lo que te hace falta es rezar menos y cabalgar más, ya me entiendes.

—¡No seas borrico, Roque!

—Yo soy borrico, lo sé, pero me asiste la razón cuando digo que la gente joven lo que necesita es un buen polvo. Menos rezar y más joder.

—Eres una mala bestia.

—Sí, pero ahora voy a dormir como un angelito —dijo, reprimiendo un bostezo mientras se retiraba hacia la camareta—, mientras otros se quedan velando con la natura enfurruñada.

En el claro de dos nubes apareció la luna cenicienta. Soplaba brisa cálida desde tierra y se veían luces distantes, lugares donde la vida continuaba con sus afanes. ¡Aquella mujer!

Pasó otro día monótono. La galera, con su gran vela impulsada por vientos favorables, los adelantaba y luego aguardaba en la raya del horizonte hasta que la alcanzaban. Por la noche, el viento cambiaba y soplaba del desierto amarillo, lleno de arena rojiza que se depositaba como un terciopelo leve en todas partes.

Lucas, incapaz de conciliar el sueño, se levantó y salió de la camareta procurando no pisar a los que dormían en los camastros. Afuera, la luna se había ocultado detrás de una nube y la noche era negra, sin estrellas. No se distinguía la línea de la costa, pero la luz oscilante del fanal de la galera brillaba como una luciérnaga en la profunda oscuridad. Le pareció oír un sonido distinto al rumor del mar. Prestó atención. ¿Era un sollozo o una risa ahogada? El rumor procedía del otro lado de la mampara tras la que solían tomar el fresco las mujeres al caer la tarde, a cubierto de las miradas de la marinería. Lucas, con el corazón batiéndole en el pecho, se incorporó y anduvo a tientas entre los cordajes y los aparejos amontonados en el suelo. Al llegar al extremo de la caseta volvió a percibir el sonido, más claro. ¿No sería que Huevazos estaba haciendo de las suyas con la criadita? Asomó la cabeza con precaución y vio a Aixa sentada sobre el banco, las piernas flexionadas contra el pecho, la cara cubierta con las manos y llorando a lágrima viva. El joven abandonó su escondite y se acercó resueltamente a la muchacha.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó—. ¿Te sientes mal? Ella lo miró en el momento en que la luna escapaba de las nubes y brillaba otra vez. A la luz violeta, aquellos ojos profundos bañados en lágrimas le parecieron la hermosura del mundo. Pero volvió a cubrirlos con las manos y arreció el llanto.

—¿Qué te pasa, niña? —Lucas extendió una mano hasta casi tocar el hombro femenino sacudido por las convulsiones, pero se contuvo—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Ella negó con la cabeza, incapaz de articular palabra. Entonces, él le puso la mano en el hombro, leve como un pájaro. Sintió que, al contacto tibio de la muchacha, el corazón se le disparaba.

—¿Qué te pasa? —insistió con la voz quebrada.

—Soy muy desdichada —confesó ella—. No volveré a ver a mi madre ni a mis hermanas.

—Pero te vas a casar con un gran hombre —aseveró Lucas—.

No te faltará de nada.

—Yo no quiero casarme —protestó ella enjugándose las lágrimas con la manga bordada de la túnica—. Me venden como si fuera un camello. Yo quiero escoger a mi propio marido, como hacen las pobres.

—Pero las pobres se casan con pobres —advirtió Lucas. No sabía qué decir y lo dijo por decir algo; lo que anhelaba era que la conversación se prolongara y le permitiera mantener la mano sobre el hombro mórbido de la muchacha. Su tacto quemaba, su voz quemaba como el terciopelo ardiendo.

—¿Y de qué me sirve casarme con un ministro? —protestó ella, mirando al joven severamente con los ojos hinchados, como si acabara de decir una grave inconveniencia—. ¿Para vivir encerrada en un harén, entre sedas? ¿Para envidiar desde la celosía a las pobres que van a la fuente riendo y se cuentan chismes en las esquinas y son libres?

—Quizá tengas razón, pero de todas formas debes ver los mejores aspectos de cada condición. Tú eres una dama de alcurnia y tienes muchas ventajas.

—¡Les regalo a ellos todas las ventajas! —exclamó—. ¡Yo quiero ser dueña de mi vida!

Lucas se había sentado al lado de Aixa y no se atrevía a levantar la mano de su hombro por miedo a perder el contacto.

—Desde el primer día que te vi me pareciste bella como un ángel —confesó en un susurro—. Me duele saber que eres tan desgraciada.

Ella le respondió con su mirada llorosa.

—Desde la primera vez que te vi me pareciste un hombre hermoso. ¿Por qué no me han podido buscar un marido como tú? ¿No eres rico tú?

Lucas no supo qué contestar. Iba vestido con ropas caras, fingiendo que era un musulmán de buena familia en peregrinación hacia La Meca, pero era mentira, como casi todo lo demás que aparentaba, la entereza y la osadía. En realidad estaba temblando, deseaba besar aquellos labios, beber aquellas lágrimas, pero no se atrevía más que a posar la mano sobre su hombro y no sabía si levantarla o mantenerla.

En aquel momento crujió el picaporte de madera que cerraba la puerta de la camareta y salió la criada.

—¡Ay, niña, qué susto me has dado! No gano para sobresaltos: me despierto y encuentro tu lecho vacío. ¿Cómo se te ocurre salir aquí en plena noche? —Dirigió a Lucas una severa mirada de reproche—. Y tú qué haces aquí, sidi. La novia no puede hablar con ningún hombre. Si su padre lo supiera, me arrancaría los ojos.

Lucas había retirado la mano del hombro femenino.

—No lo sabrá.

Egipto

Lucas contemplaba los bancos de peces fosforescentes que surcaban el mar nocturno entre dos aguas. La brisa henchía las velas. Navegaban a buen paso. Los pasajeros tomaban el fresco en cubierta después de la cena y contemplaban la costa, donde se divisaban las luces de los pueblecitos. El mar olía a yodo y a almizcle.

—Mañana, cuando amanezca, estaremos en Alejandría —había anunciado *la Alpargata.*

Cuando los demás se retiraron a dormir, Vergino se quedó en la cubierta de popa, contemplando el mar, y abismado en sus recuerdos.

—No sois el único desvelado, messire.

Vergino volvió la cabeza. Era Lucas, que sin poder conciliar el sueño había decidido pasear por cubierta.

—Estaba recordando una visita a Alejandría —dijo el templario.

—¿Conocéis la ciudad?

—Sí. Hace treinta años acompañé a una embajada del maestre.

—Entonces, ¿son amistosos estos sarracenos?

—Ellos quizá lo sean —reflexionó Vergino—. Pero los mamelucos no lo son tanto.

—¿Los mamelucos? ¿Quiénes son los mamelucos?

—Al principio eran sólo esclavos turcos que el califa de Egipto adquiría para su ejército. Luego fueron creciendo en número e importancia y acabaron imponiéndose. Ahora el califa egipcio es un hombre de paja y en realidad el que gobierna el país es el caíd mameluco.

Lucas no salía de su asombro.

—¡Una milicia de esclavos!

—Sí, muchos de ellos simples niños secuestrados por los piratas aquí y allá, en las poblaciones costeras.

—A lo mejor cristianos...

—Sí, puede que muchos hayan nacido cristianos, pero como los secuestran y los venden cuando todavía son niños, se educan en el islam y su única familia es el amo que los alimenta y el regimiento al que pertenecen.

Conversaron durante un rato. Después, cuando Vergino se retiró a dormir, Lucas fingió que paseaba por cubierta sólo por vigilar de cerca la camareta de las mujeres. No se filtraba luz alguna por el ventanuco: estaban durmiendo. El joven perdió la esperanza de que Aixa saliera a tomar el fresco. Imaginó su sueño tranquilo y no pudo evitar sentir cierto rencor. Durante la travesía habían hablado en tres ocasiones, y aparte del primer día, cuando lloraba su desgracia, ella siempre se había mostrado distante y sólo le concedía una atención desdeñosa cuando él intentaba impresionarla con sus aventuras de caza. Probablemente pensaba que era un palurdo al que escuchaba para distraer la monotonía del viaje.

Decepcionado, se fue a dormir, pero aquella noche no consiguió conciliar el sueño. Al día siguiente desembarcarían, cada uno partiría hacia su destino y no volvería a verla.

Al alba, los pasajeros salieron a cubierta para contemplar las distantes luces de la ciudad, pero las mujeres permanecieron en su cuarto.

Lucas se acodó en la borda junto a Vergino. Bajo la luz rosada, la ciudad aparecía ante ellos con un esplendor de mármol y mirtos.

—Es hermosa —murmuró.

—Muy hermosa —corroboró el templario—. Más hermosa que todas las ciudades que conozco en Occidente. El Nilo empapa la tierra, colma los pozos y riega los huertos. Hay

bellos edificios, extensos jardines, palacios magníficos, tierra fértil, comida barata... Y por todas partes gentes y más gentes pululando como hormigas. Incluso los pobres parecen felices en Alejandría.

—Me pregunto si Aixa será feliz ahí —dijo Lucas. Vergino lo miró.

—Va a casarse con un general, un hombre importante, seguramente tendrá muchos criados y comodidades.

Se hizo un silencio apenas turbado por el rumor del leve oleaje rompiendo contra el costado del barco.

Una brisa suave de poniente hinchaba las velas. Las gaviotas, con su vuelo tranquilo, iban y venían de la tierra, una franja ocre coronada de verdor que se iba agrandando. La marinería cantaba e intercambiaba chanzas y pullas. Estaban de buen humor ante la proximidad de la gran ciudad y sus placeres.

El cuarto de las mujeres permanecía cerrado. Quizá Aixa se estaba acicalando para comparecer ante su prometido. Quizá dormía, insensible al hecho de que ya no volverían a verse.

El barco se aproximó a tierra y enfiló un canal espacioso señalado por dos grandes columnas.

—Éste es el Eunostu —explicó Vergino—. El puerto de Alejandría. Su nombre significa Feliz Regreso.

Durante un centenar de metros, la nave discurrió entre dos taludes formidables y desembocó en un puerto espacioso cuyos muelles estaban abarrotados de barcos de diversas formas y calados. Huevazos estaba exultante.

—¡El timonel me ha dicho que hay por lo menos cien tabernas, y eso sin salir del embarcadero!

Por encima de los muelles se divisaban los almacenes portuarios, pintados de ocre o de blanco. Más allá de la muralla oscura del Eunostu sobresalían las cúpulas y las terrazas blancas y rojas, entre las cuales destacaban las manchas verdes de las palmeras y de los cipreses que presidían los jardines.

Los marineros plegaron la vela, bajaron la verga mayor y echaron mano de los remos para aproximarse al atracadero. Olía a fango y a brea. Un esclavo del puerto cogió el cabo que le lanzaban y lo afirmó en uno de los fustes de piedra. Los marineros recogieron los remos a medida que el costado del buque se aproximaba al embarcadero. Un instante después, la borda chocó suavemente contra los contrafuertes de esparto y el mismo esclavo que había afirmado la amarra corrió a tender una pasarela. A la sombra de una vela, los oficiales del puerto supervisaban la operación.

Unos hombres ataviados con chilabas blancas subieron a bordo provistos de tablas de escribano con sus tinteros.

—Éstos son los aduaneros —informó Vergino—. Anotan la carga y los nombres y origen de los viajeros.

Armaron una mesa de tijera en la que se acomodó el aduanero jefe. El negro que lo acompañaba extendió una sombrilla detrás, aunque era temprano y la mañanita estaba tan fresca que el sol se agradecía.

Los mercaderes, con semblantes de funeral, conversaban con los ayudantes del oficial de aduanas, los tomaban aparte, gesticulaban, se mesaban las barbas, ponían los ojos en blanco o los elevaban al cielo, crispaban los puños.

—Están discutiendo el montante del soborno para que el oficial haga la vista gorda y anote cuatro veces menos de lo que traen.

Al final pareció que llegaban a un acuerdo, puesto que los mercaderes se serenaron, aunque quedaron conversando entre ellos con ánimo abatido. El oficial asintió solemnemente cuando los ayudantes se le acercaron y le cuchichearon al oído los términos

del trato.

En aquel momento, un hombre rechoncho seguido de un criado fornido subió por la pasarela. El oficial de aduanas saltó de su banqueta para ofrecerle respetuosamente la sombrilla, que el gordo rechazó con un gesto displicente. *La Alpargata* acudió presuroso a cumplimentar al recién llegado. Parlamentaron un momento. Al instante, *la Alpargata* se deshizo en zalemas y dio una orden a su segundo. Por encima del bullicio de los que esperaban desembarcar, y del de los marineros, que iban de un lado a otro con sus quehaceres, se escuchó la disciplinada respuesta del segundo: «Oír es obedecer.» E inmediatamente se dirigió a la camareta de las mujeres.

Angustiado, Lucas vio aparecer a Aixa, otra vez cubierta con el espeso velo añil con el que subió a bordo una semana antes. La seguía la criada, que transportaba un bulto de ropa en cada mano. La muchacha volvía la cabeza —¿buscándolo a él?—, pero entre tantos hombres no lo encontró. Cuando alcanzó la pasarela, el gordo se inclinó ante ella y le ordenó al criado que se encargara del equipaje. El funcionario de aduanas repitió las zalemas, se despidieron del capitán y descendieron a tierra. Lucas los vio cruzar la explanada sorteando los corrillos de gente, las pilas de mercancías y los guardas armados de garrotes. Desesperado, pensó que no volvería a verla, que saldría de su vida sin despedirse siquiera. Al otro lado de la explanada del puerto, a la sombra de la muralla, la aguardaba una litera cubierta transportada por dos dromedarios. El armatoste, de madera bellamente tallada y pintada de vivos colores, tenía una ventana abierta desde la que una mujer madura, sin velo, había supervisado la operación. El criado que sostenía el ronzal del dromedario delantero acudió solícito a abrir la portezuela y desplegó una escalera articulada por la que el hombrecillo rechoncho invitó a subir a Aixa. Después, el criado recogió la escalera y cerró la portezuela. Mientras lo hacía, Lucas pudo entrever que la mujer de edad besaba a Aixa en ambas mejillas y le indicaba un gran cojín para sentarse. Aixa se asomó a la explanada y señaló a la criada, que permanecía frente a la litera, a pocos pasos, expectante, pero el mayormomo la tomó del brazo y, llevándola aparte, intercambió unas palabras con ella y le señaló la galera de combate tunecina que acababa de atracar junto al carguero. La mujer mostró su disconformidad con elocuente gesticulación, pero el gordo llamó a dos policías portuarios que presenciaban la escena y les ordenó que la condujeran a la galera. Cada uno la tomó de un brazo y prácticamente la arrastraron hasta la embarcación mientras ella se resistía y miraba hacia atrás llamando a voces a su señora. La nueva familia de Aixa devolvía a Túnez a su criada y amiga. Lucas volvió la mirada hacia Aixa, que había abandonado su asiento e intentaba apearse de la litera, pero la dama emitió una orden y los camelleros cerraron la puerta.

Aixa desapareció de la vista del angustiado Lucas, ¿para siempre? Los criados egipcios acomodaron el equipaje detrás de la litera y ayudaron al gordo a subir a su caballo. La litera se puso en marcha y desapareció detrás de los almacenes. Lo último que el joven vio fue la cupulita calada que adornaba e] techo, bamboleándose entre el bullicio portuario al pausado ritmo de los dromedarios.

Una mano amistosa se posó en el hombro de Lucas.

—Tenemos que recoger el equipaje, amigo Lucas —avisó Beaufort—. Ya mismo nos toca bajar a tierra.

Lucas asintió mientras se enjugaba disimuladamente una lágrima.

Salieron del puerto y se internaron por el barrio de los artesanos, casas humildes medio desmoronadas donde se instalaban los talleres del cobre y el latón, los marmolistas y picapedreros, los alfareros, los tejedores y los tintoreros. Había gran animación y, debido a la proximidad del puerto, se veían muchos extranjeros, unos barbudos, otros con la cabeza rapada, según sus modas nacionales. Muchos marineros, con chalecos y con gorrillos de saco, a cual más astroso, merodeaban aburridos, haciendo tiempo hasta la hora de zarpar

tras haber dilapidado la paga en la mancebía. Algunos se arrimaban a los corrillos de los charlatanes y vendedores de polvo de momia curalotodo, excepto el mal de amores. Entre los vendedores ambulantes no faltaban los saqueadores de tumbas, que vendían objetos venerables de los antiguos egipcios: pectorales de lapislázuli, jarrones de alabastro adornados con inscripciones jeroglíficas, escarabajos de mármol o de piedras semipreciosas, amuletos poderosos que aseguraban la buena fortuna del poseedor.

Los mendigos y las prostitutas callejeras los importunaban continuamente.

—¡Luego, luego, hijas mías! —se excusaba Huevazos, y se volvía torpemente a contemplarlas, impedido por el equipaje.

—Viendo tanta miseria nadie diría que estamos en una ciudad tan rica —comentó Lucas.

—Sí —replicó Vergino—, hay muchos pobres sin más propiedad que la estera de papiro en la que duermen, que además les sirve de maleta, de mantel, de techo, de sombrajo, de manta y hasta de mortaja.

Cruzaron el puentecillo sobre un canal que delimitaba el barrio portuario.

—Este es el barrio del Sicómoro —comentó Vergino.

Había aguadores vestidos de rojo que pregonaban su mercancía y amas de casa que cotorreaban en grupos, con cantaritos o cestos de papiro al costado, camino del mercado o de la fuente.

Desembocaron en un zoco abierto, rodeado de buenas casas y de árboles, en el que la dulce brisa del septentrión disipaba el, hedor de los canales y de las fritangas. En los puestos, a la sombra de sombrajos de junco y sobre esterillas de papiro, los vendedores, hombres y mujeres, alineaban cestas de todas las formas y tamaños imaginables en las que exponían toda clase de legumbres, frutas, especias, telas, manufacturas y mil cosas más.

Una muchedumbre de curiosos deambulaba entre los puestos. Se veía mucha gente atareada, pero también mucho ocioso desocupado y mucho gorrón. A los soldados de paseo los vigilaban de cerca unos policías corpulentos, tocados con turbantes rojos, que empuñaban considerables bastones.

Se alojaron en una fonda espaciosa y fresca en la que sólo quedaba una habitación libre con tarimas y cuerdas para armar los lechos. Estaban haciéndose las camas cuando regresó el hostelero con un gran ramo de helenio y lo colgó en un gancho de la ventana.

—Es para ahuyentar los mosquitos.

—¿Hay mosquitos? —preguntó Huevazos.

El fondista lo miró con indulgencia.

—¿Que si hay mosquitos? ¿De dónde venís?

Vergino y Beaufort cruzaron una mirada suspicaz. Todo el mundo sabía que en las ciudades grandes los tenderos y los posaderos son confidentes de la policía.

—De Granada —se adelantó Lucas—, la famosa ciudad de al-Andalus.

—¿Allí no tenéis mosquitos?

—Sí que tenemos. Es una maldición del demonio que existe en todas partes.

—Pero no como aquí —dijo el fondista, como si fuera materia para sentirse orgulloso—, el mosquito del Nilo es más grande y más voraz que sus hermanos de tierras más secas. En efecto, como dice al-Juarismi en su *Historia natural*, este insecto se abate sobre el durmiente como pavo en celo cuando hace la rueda, clava el rejón y extrae una cantidad increíble de sangre.

—¿Tanta sangre chupa? —dijo Huevazos llevándose una aprensiva mano a la garganta.

—¿Que si chupa? Uno se levanta por la mañana que ni se empalma —aseguró el fondista.

—Es un consuelo —comentó Huevazos.

—Haréis bien en comprar grasa de oropéndola —aconsejó el posadero—. Es lo único que ahuyenta a esos vampiros.

39

—Ahora recogeremos a Jadira, tu suegra, que está visitando a su tía —advirtió la dama de compañía después de asistir impasible al llanto de Aixa.

La litera se detuvo frente a un palacio con la fachada azul y blanca. El mayordomo gordo saltó de la plataforma, extendió la escalera y abrió la puerta. Una señora algo entrada en carnes, pero ágil, abrazó a una anciana en el umbral y, cubriéndose la cabeza con el velo, se dirigió a la litera, desdeñó la mano que el mayordomo le ofrecía para ayudarla a subir los empinados peldaños y se acomodó en el asiento principal que la dama de compañía se había apresurado a desocupar.

—Soy la madre de Zobar Teca —anunció Jadira retirándose el velo del rostro y mostrando una sonrisa glacial. Era una mujer madura, pero aún conservaba sólidos vestigios de su pasada belleza.

Besó a Aixa en ambas mejillas y la examinó de la cabeza a los pies con mirada experta. La madre de Aixa le había recomendado que alabara a su futura suegra en cuanto la viera, a fin de ganar su indulgencia desde el primer momento, pues su felicidad en Egipto dependería, no del amor del esposo, sino de que supiese granjearse la simpatía de la suegra. Dudó un momento si elogiar los ojos negros, hondos y escrutadores, o la espesa mata de pelo peinada en dos crenchas que se escapaban de la rigurosa toca de viuda. Finalmente se decidió por el pelo.

—¡Qué pelo tan hermoso tenéis, señora!

Jadira la miró severamente.

—Tendrás que ganarte mi simpatía de otra manera, así que guárdate los elogios —le advirtió, y tiró enérgicamente de un cordón de seda que pendía del techo. Inmediatamente, el camellero soltó una imprecación, los animales se incorporaron y la litera, tras un zarandeo ascendente, marchó calle abajo.

Durante un rato permanecieron en silencio, Aixa conteniendo las lágrimas y mirando sin ver desde la tupida celosía de su ventana ambulante, mientras su suegra la contemplaba desaprobadoramente con el mismo gesto —lo percibía por el rabillo del ojo— con que el avezado tasador examina la mercancía averiada que pretenden darle por buena. Al final emitió un suspiro resignado e, intentando endulzar el tono de la voz, preguntó:

—¿Has tenido buena travesía?

—Sí, señora. Pero esta mujer ha despedido a mi criada Tara —dijo señalando a la dama de compañía, que durante todo aquel ralo la había estado contemplando sin disimular su hostilidad—. Os ruego que no nos separéis, porque ha sido mi esclava personal desde mi niñez y no sabría vivir sin ella.

—Debes llamarme madre a partir de ahora —advirtió la dama.

—Sí, madre.

—Y en cuanto a la esclava que te acompañaba, la han despedido por orden mía. Vienes a una casa donde te van a sobrar los esclavos.

Aixa bajó la mirada conteniendo las lágrimas, pero su suegra le tomó la barbilla con tres dedos cálidos y untuosos y la obligó a mirarla.

—Tienes muy mal color. —Alargó la otra mano y le palpó los pechos con una caricia

circular que remató pellizcando ligeramente los pezones, como hubiera hecho un hombre. Aixa, sorprendida y sonrojada, se dejó hacer—. Y estás demasiado delgada —sentenció—. Tendremos que engordarte con pastelítos de miel. A la esposa del general del califa no se le deben notar los huesos. Y eres demasiado alta. Mi hijo, el general, es un hombre de estatura aventajada, pero en Egipto no está bien considerado que una mujer sea tan alta. A partir de ahora usarás chinelas sin suela, nada de alcorques. —Se desentendió de la muchacha y se puso a mirar por la ventanilla sin disimular su enfado—. No sé por qué mi hijo ha tenido que buscar esposa en el extranjero con la de buenos partidos que tenía en Egipto.

Aixa comprendió que no era bienvenida y que su suegra le haría la vida imposible.

—¿Tienes el período con regularidad? La muchacha se sonrojó.

—Sí, señora.

—Sí, madre —corrigió la dama secamente—. La próxima vez que lo tengas recogeremos las aguas menstruales para que las examine la adivina. Si no engendras un varón rápidamente, mi hijo tendrá que repudiarte. Ha cumplido ya los treinta y necesita un heredero.

La señora llevaba al cuello un cocodrilo de oro colgado de una gruesa cadena de oro también. Se lo introdujo en la boca y lo usó como mondadientes para escarbarse una muela. Aixa notó que tenía la dentadura muy cariada y comprendió por qué la dama hablaba sin mover los labios.

El camino se le hizo eterno porque su futura suegra no cesó de interrogarla sobre su familia y su estirpe. Sospechaba que su hijo le había exagerado la nobleza de la nuera para hacérsela más aceptable.

La señora había olvidado que ella misma procedía de la clase más baja, que en tiempos del sultán Balkis habla servido en una cantina militar, de donde la rescató un sargento, del que fue concubina durante veinte años antes de que enviudara y, ya viejo, accediera a casarse con ella dado que no había tenido hijos con la esposa principal. Su hijo hizo fortuna en el ejército, destacó en la defensa de la plaza fronteriza de Garbra y mereció repetidos ascensos. Después, la victoriosa campaña en Siria contra los mongoles lo había catapultado a la máxima graduación militar y a la privanza del sultán. Con el rico botín obtenido había adquirido el palacio de un antiguo gobernador caído en desgracia. Pero la noble Jadira no recordaba nada de esto. Estaba convencida de que la buena fortuna de su hijo se debía a la ambición que ella le había inculcado desde pequeño, y a la inteligencia y disposición que había heredado de ella. Y ahora el hijo desagradecido le imponía una mujer extranjera, delgada y larguirucha, en nombre de una supuesta alianza con el bey de Túnez, que convenía al sultán. Una mujer que ni siquiera aportaba una dote considerable, como lo hubiera hecho cualquiera de las muchachas egipcias de buenas familias de Alejandría o El Cairo, que ella había pensado para su hijo.

Llegaron finalmente ante un muro sin ventanas, rematado de almenas. Dos porteros de librea roja y negra se apresuraron a abrir una puerta enorme y se inclinaron con una profunda reverencia al paso de la litera. Aixa miró por primera vez el interior de la casa donde transcurriría el resto de su vida, donde iba a envejecer y a morir. Un amplio patio enlosado, rodeado de cipreses y de macetas de aspidistras, enmarcaba una fachada profusamente adornada de mocárabes y azulejos en la que se abrían una puerta monumental y seis ventanales. El camellero gritó una orden gutural y los camellos se detuvieron frente a la entrada y bajaron la litera con un bamboleo descompuesto. El mayordomo principal, que portaba e! alto báculo de su dignidad, abrió personalmente la portezuela de la señora.

Jadira se volvió hacia Aixa y le advirtió secamente:

—Ponte el velo antes de bajar.

Aixa ocultó su rostro con el velo y descendió. En una ventana alta, un grupo de cabezas femeninas cuchicheaba entre risitas, las criadas.

—Llévala al harén, Rashid —ordenó la señora.

—Oír es obedecer —se apresuró a responder el mayordomo e inclinándose con una profunda reverencia, se movió como un girasol, siguiendo el desplazamiento de su ama y no se enderezó hasta que desapareció dentro del palacio. Entonces se volvió hacia Aixa con una estereotipada sonrisa y le señaló una puertecita disimulada detrás de un parterre—. Por aquí, señora.

El harén de Zobar Teca ocupaba las estancias más apartadas del palacio y se componía de tres amplias salas que rodeaban un jardín interior con árboles frutales y parterres de celindas, lilas y rosas, entre senderos geométricos. En el centro había un pequeño estanque de azulejos en el que flotaban nenúfares y nadaban peces dorados. Un pavo real desplegaba perezosamente su plumaje sobre un banco de mármol sostenido por dos leones de piedra.

El general Zobar Teca tenía tres concubinas jóvenes, botín de guerra de la campaña oriental. Hacía semanas que las muchachas aguardaban impacientes la llegada de la futura esposa. Al punto la rodearon y la abrumaron con sus atenciones, un escabel, sahumerio, agua *de* rosas... Se la disputaban como si fuera una muñeca o acaso rivalizaban por ganarse su simpatía, por si se convertía en la favorita del amo. Una de ellas era una joven, casi una niña, de carita redonda y sonriente, con un hoyuelo en la barbilla. Tomó a Aixa de las manos, comprobando si las tenía suaves, y le preguntó:

—¿Lo has visto?

Aixa negó.

—¿Eres virgen?

La abrumaba tanta curiosidad.

La que parecía mayor la apartó con brusca autoridad y tomó a Aixa por los hombros. La besó en ambas mejillas y le dijo:

—No te aflijas por estar lejos de los tuyos porque en esta casa se vive mejor que en el paraíso, y nuestro amo, Alá alargue sus días, es exigente pero generoso. Lo más importante es que, cuando te llame a su lado, permanezcas sentada o echada, porque no es muy alto y le molesta que otros lo aventajen en estatura. Si le das un hijo, serás dueña de todo esto en cuanto Alá llame a su seno a la señora.

Por los rostros falsamente cariacontecidos que compusieron, Aixa entendió que las concubinas no le profesaban gran afecto a la señora.

Llegaron las criadas en alegre tropel y se llevaron a Aixa al baño, en una de las estancias contiguas. Era una sala pequeña recubierta de mármoles arrancados de templos y tumbas egipcias, aunque habían colocado contra el muro los bajorrelieves paganos. En el centro de la estancia había una gran bañera de cobre que en otro tiempo guardó la momia de un importante sacerdote. Las criadas la llenaron de agua tibia regada generosamente con perfume. Después desvistieron a la novia, intercambiando risitas y comentarios procaces cuando descubrieron su apretado pubis apenas poblado, y, sumergiéndola en el baño, la frotaron delicadamente con esponjas. Terminado el baño, la secaron con toallas perfumadas y caldeadas a la lumbre de braseros en los que se consumían maderas aromáticas. La que parecía tener autoridad sobre el resto de las criadas, una mujer algo mayor de bondadoso aspecto, extrajo de un estuche de madera un precioso vestido de lino con adornos de pasta vítrea y la ayudó a vestirse. Finalmente la sentaron sobre un mullido cojín y le hicieron la manicura y la pedicura, mientras la criada mayor la peinaba, le perfilaba los labios con manteca teñida de rojo, le oscurecía los ojos con polvo de antimonio y le colocaba pesadas pulseras y brazaletes de plata y de oro en los brazos y en los tobillos. Por último la perfumaron con láudano.

Pusieron ante ella un gran espejo portátil de cobre bañado en plata. Se vio varios años

mayor, pero más bella de lo que recordaba haberse visto nunca.

Cuando estuvo lista, el mayordomo del báculo la acompañó hasta una amplia sala alicatada de mármoles en composiciones coloreadas al estilo bizantino, y con una profunda reverencia salió cerrando la puerta. Al principio, Aixa creyó que estaba sola y recorrió con la mirada el magnífico salón. Los suelos de jaspe pulimentado reflejaban su figura y duplicaban los pebeteros de plata, los lucernarios y las escupideras de bronce sobredorado. Del techo, formado por vigas de cedro que sostenían placas de fina cerámica decorada, pendían tres lámparas de plata en forma de navío, cada una de ellas con más de cien luces de aceite perfumado, cuyo aroma cargaba el ambiente. De pronto, Aixa reparó en dos personajes que la observaban. A contraluz, el general y su madre estaban echados en sendos divanes, sobre ricos cojines de seda, delante de una ancha ventana que daba al jardín. El general se levantó, sonriente. Era un hombre bajo y musculoso, de amplias espaldas, con el cuello más ancho que la cabeza. Los calzones, bordados con hilo de oro, diseñados especialmente anchos para él, no lograban disimular la cómica curvatura de sus piernas, en parte heredada de su difunto padre y en parte fruto de su propia carrera militar, transcurrida, según él alardeaba, más a caballo que a pie. Aixa advirtió que su prometido vestía unas botas militares con alzas tan elevadas que lo obligaban a caminar con una cómica vacilación. Efectivamente debía de sentirse más cómodo a caballo.

Zobar Teca se acercó a la novia con una sonrisa a través de la que se descubrían sus grandes dientes amarillos, lobunos y feroces. Ella cerró los ojos y respiró profundamente cuando vio que se alargaban hacia ella dos manos como sartenes, con dedos pilosos y gruesos, provistos de uñas remachadas que parecían de águila. Las manos no la acariciaron, como la muchacha temía, sino que se limitaron a apartarle del rostro una fracción de velo, la suficiente para dejar al descubierto los ojos. El general contempló con satisfacción el rostro de su novia, sus delicadas facciones, los labios frescos y jugosos, a pesar del carmín, la nariz alabastrina cuyas aletas se agitaban levemente al compás de la nerviosa respiración. Ella bajó la mirada, pero él le sonrió complacido y la obligó a levantar el rostro poniendo dos dedos en la barbilla.

—¿No es bella, madre? —preguntó volviéndose hacia Jadira, que desde su asiento contemplaba desdeñosamente la escena.

La señora sonrió hipócritamente y asintió.

—Es muy bella, hijo mío —dijo—. Creo que será una esposa perfecta si es capaz de darte el heredero que necesitamos.

—Por supuesto que será capaz.

—Pero ahora debes devolverla al harén —le riñó cariñosamente—. No está bien que los novios se vean antes de la boda.

Zobar Teca, el conductor de ejércitos, el invencible, el exterminador, amagó un puchero, como un niño malcriado al que arrebatan su juguete favorito, pero obedeció. Estaba tan encantado que haría cualquier cosa por complacer a su madre. Al fin y al cabo no se había empeñado demasiado en imponerle su propia candidata, o eso creía él.

La señora palmeó una sola vez y al momento apareció el mayordomo del báculo.

—Rashid, devuelve a la novia a su lugar.

El mayordomo invitó con un gesto a Aixa, que lo siguió mientras sentía sobre sus caderas la mirada del general. Zobar Teca, con una sonrisa boba, tasaba aprobadoramente los encantos de su futura esposa.

Aixa estaba aturdida y confusa. Las mujeres del harén la importunaban con prolijos interrogatorios sobre su familia y se atropellaban quitándose la palabra unas a otras para explicarle las virtudes de Zobar Teca y lo cómodamente que se vivía en palacio. Le mostraban vestidos, velos, ajorcas y cadenetas que él les regalaba. Alababan la fortaleza de su miembro y sus hazañas sexuales que, al parecer, no eran menores que las que conseguía

en la guerra. Alguna vez, intercambiando una mirada intencionada, la pusieron en guardia contra la vehemencia y el mal genio del general. Era rudo y noble. Una de ellas tenía la nariz partida a consecuencia de una bofetada. Era preferible no llevarle la contraria porque se encolerizaba fácilmente, aunque luego se sosegaba con la misma prontitud y era cariñoso, a su manera. La de la nariz rota mostró con orgullo la cadeneta de oro con monedas engarzadas que le había regalado para compensar la belleza perdida. Aixa comenzó a comprender. Mirando a las concubinas, pálidas a causa del prolongado encierro, enzarzadas en pueriles rivalidades, disimulando las rencillas que la estrecha convivencia ocasionaba, desprovistas de intimidad, sintió pena por aquellas muchachas que gorjeaban como pajaritos y recibían con aplausos y gritos de júbilo la llegada de un eunuco que les traía la ración diaria de pastelillos de miel con que el amo las cebaba para mantenerlas rollizas, según su gusto. Observándolas, Aixa adivinaba lo que iba a ser su vida. Al cabo de un rato, aturdida por la enfadosa solicitud de sus compañeras y por sus risitas descompuestas y nerviosas, les suplicó que la dejaran sola y se retiró al jardín. Allí, sentada al borde de la fuente, lloró silenciosa y desconsoladamente mientras contemplaba los ciprinos dorados que acudían a su sombra esperando alimento. Recordaba su casa, a su madre, a sus hermanas; sus paseos por los jardines de Meyerda, en la casa de recreo familiar; las inocentes diversiones de una pubertad sin problemas de la que apenas había salido; pero también recordaba a Selim, el muchacho que había conocido en el mar, sus manos nobles, con las que hacía nudos, su mirada tímida, sus soñadores ojos melados que contemplaban el mundo con un punto de melancolía y a ella, quizá, con amor. Echaba de menos la imaginada ternura de aquel hombre que se había cruzado fugazmente en su vida. Intentó rechazar el pensamiento; seguramente él se habría olvidado ya de ella. Miró los peces que se agitaban en torno a las sombras. Intentó distraerse y pensar en otros asuntos, pero fue en vano: Selim seguía allí, con la mirada huidiza con que le contemplaba los pechos de soslayo, mientras fingía observar el mar.

Por la tarde, la señora visitó el harén. Una de las concubinas e había comunicado que la prometida del general no cesaba de llorar. La señora, severamente ataviada con una túnica negra que resaltaba las tintineantes joyas de las muñecas y los collares *de* monedas de oro, despidió a las concubinas que rodeaban a Aixa, tratando inútilmente de consolarla, y se quedó a solas con ella. Le tomó la barbilla con fuerza y la obligó a mirarla.

—Escucha, hija mía. Sé cómo te sientes. Te han arrancado de tu casa, de tus hermanas, de tu madre, de tus amigas, de tus muñecas, quizá también del tonteo con algún galán. Eso me ocurrió también a mí —mintió— y le ocurre a muchas mujeres. Pero abandonarse a la desesperanza no es solución. Ahora debes sincerarte conmigo si quieres que te ayude. Piensa que te comprendo porque soy mujer y que además soy la única persona en el mundo que puede ayudarte. ¿Quieres regresar a tu país, con los tuyos?

Aixa titubeó un poco antes de responder. Después, tímidamente, asintió con la cabeza, y se precipitó en un nuevo e incontenible sollozo.

—No llores más, criatura. Si te serenas y me escuchas verás que todo tiene remedio. Podrás regresar a Túnez si lo deseas.

¿Qué estaba oyendo? Su suegra, la mujer todopoderosa de la casa, conocía una manera de deshacer el trato, de devolverla a su casa. Aixa se serenó. Un rayo de esperanza atravesó la negrura de su desesperación, y entonces escuchó a Jadira.

—Mira —sonrió la dama—, mi hijo necesita urgentemente un heredero varón. Si después de tres o cuatro meses de visitarte cada noche no consigue dejarte preñada es seguro que te repudiará para casarse con otra más fértil.

—Pero ¿cómo evitaré quedarme preñada si me visita todas las noches? —inquirió la muchacha enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Jadira sonrió con suficiencia.

—¡Qué ignorante eres, hija mía! Las mujeres tenemos remedios para casi todas las sinrazones de los hombres. Ellos quieren tener hijos cuando se les antoja, pero nosotras los tenemos cuando queremos. Si no hubiera sido así, yo, a estas alturas, me hubiera cargado de descendencia, porque el padre de Zobar Teca era más apasionado que un babuino.

—¿Cómo puedo evitar el embarazo? —se aferró Aixa al hilo de su esperanza.

—Es muy fácil. Con un emplasto que se hace de miel, espinas de acacia pulverizadas y cocimiento de dátiles. No falla. Yo misma te lo prepararé si sabes guardarme el secreto.

—Lo guardaré, madre —dijo Aixa.

—Guardar el secreto quiere decir no confiárselo ni siquiera a estas arpías, a las concubinas del general —advirtió Jadira alzando un dedo admonitorio—. Cualquiera de ellas te traicionaría para conseguir un colgajo de oro. No te fíes de ellas porque son como serpientes. Y si eso ocurre, yo negaré toda implicación y aconsejaré al general que te decapite por bruja y enredadora, y ya habrás notado cómo se desvive por cumplir mis deseos.

—No se lo diré a nadie, madre.

—Más te vale.

40

Lucas y Huevazos salieron a pasear por el barrio. Beaufort aprovechó la ausencia de los castellanos para comunicarle a Vergino sus dudas.

—Hermano: ya estamos en esta ciudad y parece que gozamos de la protección del visir, pero ¿qué haremos después? ¿Sabemos qué camino tomar?

Vergino le puso una mano en el hombro.

—Lo sabemos, querido Beaufort, todo estaba en aquella ermita castellana de San Baudelio. ¿Recuerdas las pinturas del muro, el guerrero del escudo redondo y la fuerte lanza?

—Lo recuerdo.

—Era Alejandro, el famoso rey antiguo. Simboliza esta ciudad, Alejandría, que él fundó. Es el comienzo del verdadero camino. Ya hemos cubierto la primera etapa. El dibujo siguiente era un elefante.

—Lo recuerdo.

—La clave de la ermita se refiere a nombres de lugares —prosiguió Vergino—. Por lo tanto debe de existir una ciudad o una montaña que se llame del elefante.

—Será cosa de preguntar —admitió Beaufort.

—En Alejandría no nos han de faltar geógrafos y hombres de ciencia que nos orienten.

—Para nombres de lugares y caminos nadie como un arriero o un camellero —opinó Beaufort—. Pero aun así, suponiendo que los dibujos de San Baudelio nos conduzcan al templo del Arca, bien pudiera ocurrir que, en el tiempo transcurrido desde que se hicieron, el Arca haya cambiado de lugar.

—Ese riesgo existe siempre, pero es todo cuanto tenemos para acercamos al poder de Dios, suponiendo que Él nos lo permita.

En aquel momento entró el fondista a regar el suelo y cambiaron de conversación.

El joven Lucas estaba sentado en la amplia azotea, con una jarra de agua de limón en la mano, y escuchaba el murmullo que ascendía desde la gran ciudad. Alejandría,

iluminada a sus pies, era como un cielo estrellado que hubiera descendido a la tierra, más juntas y numerosas las luces en los barrios del Sicómoro y los Arcos, donde habitaban los ricos, más amarillentas y distantes en el puerto y en la Cadena.

Lucas pasó la noche en blanco, cavilando sobre la suerte de Aixa y meditando arbitrios para alterar el curso de las cosas. La muchacha iba a ser desgraciada el resto de sus días y él debía hacer algo para impedirlo. Su anciano padre le había advertido muchas veces: «No existe nada imposible para el que persevera; la cabeza está para pensar, medita y encontrarás los caminos que necesites.»

Buscando un arbitrio que lo llevara de nuevo junto a Aixa, se durmió.

A la mañana siguiente, los falsos peregrinos desayunaron gachas de harina y chicharrones de cordero, que preparó Huevazos en la cocina de la fonda. Terminada la colación, se disponían a dar un paseo por la ciudad cuando un paje con la librea del visir se presentó en la posada y preguntó por Muhammad Ardon. Era el nombre árabe adoptado por Verguío.

—El visir invita al sidi a su audiencia del viernes.

—¿El viernes? —se alarmó Vergino—. ¿Cuándo es el viernes?

—Es hoy, sidi —dijo el criado sin inmutarse—. El visir te ruega que aceptes este presente.

Batió palmas dos veces y un esclavo, también de librea, que hasta entonces había permanecido prudentemente apartado, se adelantó y depositó un cofre de madera a los pies de Vergino.

—Di al visir que me siento muy honrado y que espero que sus días sobre la tierra sean numerosos y prósperos —dijo Vergino.

El paje hizo una reverencia.

—¿Necesitas algo más, sidi? —inquirió antes de retirarse.

—Sí —dijo Vergino—. ¿Debo ir solo o acompañado?

—El protocolo permite que lleves acompañante y un servidor —dijo el enviado—. A media mañana vendrá un paje que os guiará a palacio.

Hizo otra reverencia y se despidió.

—El joven Lucas está en la edad de aprender —dijo Beaufort—. Le vendrá bien la experiencia.

Lucas le sonrió agradecido.

—En ese caso, mis queridos amigos —dijo Vergino—, debemos visitar los baños. No es decente que comparezcamos ante un rey llevando encima la roña del mar.

—También a Roque le vendrá bien un baño —dijo Lucas.

Huevazos se alarmó.

—¿Bañarnos como los moros, señor?

—No será tan doloroso, buen amigo —lo tranquilizó Vergino—. Muchos cristianos han sobrevivido a esa experiencia. Es como cuando un aguacero te sorprende en un descampado.

Huevazos, resignado, se encogió de hombros. Fijó la mirad; en el cofre de madera que el paje del visir había traído y carraspeó ligeramente.

—Señor —dijo—; digo yo que sería cosa de abrir esa caja porque os recuerdo que tenemos la despensa trasteada y quizá el rey, como-demonios-se-llame, nos haya socorrido con viandas para reponer fuerzas.

El cofre contenía dos brillantes túnicas púrpura con borda dos de plata y otra inferior, para el criado, con bordados de hilo.

—Quieren que comparezcamos decentemente vestidos para entregar la carta del visir de Granada.

Fueron a los baños que había en el extremo de la calle. Los templarios habían

practicado en ultramar la costumbre morisca del baño, pero Lucas y Huevazos nunca habían pasado por aquella experiencia. Huevazos no dejó de gruñir cuando lo obligaron a frotarse con un estropajo empapado de arena, aceite de palmera y natrón, pero cuando la mezcló produjo una considerable cantidad de espuma grisácea, a causa de la roña acumulada, reconoció que, al contrario de lo que tenía entendido, el baño parecía vigorizador, y ya estaba deseando salir de allí para visitar la mancebía y comprobar si estaba en lo cierto. En la antesala de los barberos, los viajeros se arreglaron el pelo y las barbas y un esclavillo los sahumó con un brasero portátil. Regresaron a la fonda, se vistieron de limpio y salieron a pasear por el barrio sin alejarse mucho.

A media mañana, un paje de librea compareció en la posada con dos buenos caballos para acompañar a los invitados al palacio. Discurriendo por las atestadas callejuelas de la medina, la gente se apartaba al ver la librea del visir y algunos transeúntes expresaban su desprecio escupiendo en el suelo disimuladamente. Llegaron a un canal que atravesaba la ciudad separando los distritos populares del barrio residencial. Lucas miró aguas arriba y aguas abajo: no había visto en su vida tantos puentes juntos, incluso había puentes privados, a cual más hermoso, que servían exclusivamente para las mansiones de los ricos. Se veían guardias de librea y bastón en todas las puertas, incluso ante algunas celosías que adornaban las tapias de los jardines. Pasaron junto a un bardal en obras y Lucas pudo ver, entre los árboles y los parterres, un grupo de damas de alcurnia paseando y a los robustos eunucos que las vigilaban.

El palacio estaba cercado por un muro rojo, alto y sin ventanas: una fortaleza disimulada por las esbeltas lanzas de los cipreses que asomaban tras las almenas. Los falsos peregrinos franquearon una puerta de bronce donde un fornido portero nubio examinó las credenciales y los invitó a pasar. Había un parque magnífico poblado de árboles aromáticos y surcado por senderos y parterres de flores, entre los cuales se veían pajareras con aves diversas. Un estanque central, con una cascada, irrigaba el conjunto. El camino transversal era suficientemente ancho como para que dos literas se cruzaran sin estorbarse. Lucas contempló la vasta fachada de piedra tallada en complejas geometrías hasta alcanzar sutilezas de encaje. Le pareció que todas las fatigas del viaje habían valido la pena sólo por admirar aquel tapiz de piedra. Pensó que el califa que había levantado aquel palacio debía de ser tan poderoso o más que los reyes cristianos. La magnífica puerta central, flanqueada por columnas cuya forma bulbosa recordaba el tallo de los puerros, estaba guardada por cuatro porteros de librea. Un paje atractivo, de ambigua sexualidad, recogió las credenciales de los invitados y se las entregó a un secretario, que las examinó cuidadosamente antes de inclinarse en una profunda reverencia e indicarles el camino.

Era una sala magnífica, reluciente de mármoles, jaspes y dorados. Los muros estaban adornados con tapices que reproducían cacerías de leones y victorias del califa. Del techo, sostenido por largas vigas pintadas de vivos colores, pendían pebeteros de plata cincelada que esparcían sus aromas por la estancia.

Los falsos peregrinos no fueron los primeros en llegar. Unos doscientos invitados, bien vestidos, los más con aspecto de estar bien alimentados, departían distendidamente en corrillos. El trono, sobre tres peldaños dorados, al fondo de la sala, permanecía vacío. Por encima del rumor de las conversaciones se oían algunas risas.

Intentaban pasar desapercibidos entre los invitados, pero no llevaban allí dos minutos cuando se les acercó un hombre bajo y rechoncho, vestido a la moda italiana, con calzas de seda, amplio manto bordado y gorro de terciopelo.

—¿De dónde sois? —les preguntó en francés.

—Somos comerciantes francos —mintió Vergino.

El del gorrillo arrugó el entrecejo. Creía conocer a todos los comerciantes y cónsules extranjeros en la ciudad y resultaba que había dos que se le habían escapado.

—Yo soy Nicola Centurione, cónsul de los Catalinei de Genova. Vosotros ¿a qué familia pertenecéis?

—A ninguna —dijo Vergino—. Comerciamos por cuenta propia. Vendemos madera al sultán de Túnez y ahora queremos ampliar nuestro mercado a Egipto.

—¡Ah, eso es muy interesante! —dijo Centurione, despreocupándose.

Los lombardos no comerciaban en madera: lo habían intentado en otro tiempo, pero al final lo dejaron, les parecía mucho esfuerzo para poca ganancia. Aunque quizá vender madera en Egipto no fuese, después de todo, un mal negocio.

—Nos han dicho que hay una ciudad o un pueblo llamado Elefante donde crecen buenos bosques —dijo Beaufort tanteando el terreno.

El mercader lo miró de hito en hito.

—¿Buenos bosques? En Egipto no saben lo que son buenos bosques. Éste es un lugar excelente para vender madera, no para comprarla.

—Algo así tenía entendido —comentó Beaufort—. De todas formas nos gustaría visitar esa ciudad del Elefante.

—No existe en Egipto ni en sus aledaños una ciudad del elefante, a no ser que os refiráis a Elefantina, que es una isla, Nilo arriba, a muchos días de distancia.

—¿Una isla? —Beaufort se esforzó en disimular la satisfacción que le producía descubrir tan fácilmente la meta de la siguiente etapa del viaje.

No quisieron preguntar más por temor a levantar sospechas Ungieron interesarse por los invitados. Había trajes magníficos. Los embajadores rivalizaban en sedas y lujo.

—¿Hace mucho que salisteis de Francia? —preguntó Centurione.

A Vergino le pareció que se aparejaba una buena ocasión para recabar noticias de Francia. Los cónsules lombardos recibían informes regulares de acontecimientos que pudieran alterar los precios.

—Llevamos dos meses fuera de Francia. Hemos estado muy ocupados en Túnez. Por cierto, que hemos oído que los templarios fueron apresados por el rey Felipe. ¿Es eso cierto?

—Ésa es una noticia vieja. —Rió el lombardo de buena gana—. ¿En qué mundo vivís? Eso ocurrió hace casi dos meses. Recientemente, el rey ha tenido que poner a los prisioneros bajo la custodia de la Iglesia. Casi todos los freires se han retractado de sus confesiones inculpatorias en cuanto han salido de las cárceles reales.

—Confesiones obtenidas bajo tortura —añadió Vergino—. Supongo que los coaccionaron para que se acusaran de los delitos.

—Supongo que sí —concedió el cónsul—, pero ¿qué más da? Lo cierto es que la caída de los templarios abre un apetitoso hueco en el comercio de la cristiandad, un hueco que sin duda también os favorecerá a vosotros, los madereros.

Vergino se encogió de hombros. Señaló con la barbilla a la festiva muchedumbre.

—¿Alguno de esos hombres es el visir? Tenemos que presentarnos ante él.

El italiano miró con desconfianza a Vergino.

—¿Ante el visir? Es aquel hombre alto vestido con el caftán rojo y dorado, el que está apoyando la mano en la cabeza del león, al pie del trono. Si gozáis de su favor, no habrá negocio que se os resista en Egipto —prosiguió el lombardo—. El visir es la mano derecha del sultán al-Malik an Nasir. Así, entre nosotros, quizá os convenga saber que el sultán es débil y vicioso y que su única virtud es la de ser hijo del sultán Qlaun. Su padre, cuya memoria se venera en Egipto, era un hombre fuerte y justo. El hijo, en cambio, no hace más que dar bandazos y los, pocos méritos que tiene le corresponden, en realidad, al visir. Por ejemplo, el que hoy nos convoca aquí. Esta fiesta celebra el éxito de la embajada de los mongoles.

—¿Los mongoles?

—Sí, unas tribus paganas ferocísimas que amenazan la frontera siria. El visir los ha pacificado y ha suscrito un tratado con ellos. Buena falta hacía, porque por el otro lado, en el desierto, tiene que sofocar una rebelión de beduinos.

En aquel momento, el sultán entró rodeado de un nutrido séquito con libreas doradas y trajes de corte. Los invitados guardaron respetuoso silencio y despejaron el centro de la sala y el estrado real. Malik an Nasir era joven, fofo, colorado y fino de tez, con los labios gordezuelos y los ojos azules. Arrastraba un manto lastrado por una constelación de piedras preciosas y llevaba un turbante de seda adornado con un rubí espinela del tamaño de un huevo de paloma. Los invitados se inclinaron respetuosamente a su paso.

Malik an Nasir se sentó en el trono y paseó por la sala una mirada complaciente. Cuando reparó en el general Zobar Teca, que estaba en primera fila, le dijo:

—Mi buen Zobarcín, ¿no me habías dicho que tu prometida estaba en camino?

—Sí, mi señor. Llegó ayer.

—¿Y la has traído?

—Sí, mi señor.

—Pues preséntamela. Ardo en deseos de conocer a la novia.

—¡Oír es obedecer!

El general realizó una profunda reverencia y efectuó una media vuelta castrense para dirigirse, dando zancaditas, al fondo de la sala, donde estaban las mujeres. El corazón de Lucas se sobresaltó cuando vio aparecer a Aixa. Un murmullo de cuchicheos y exclamaciones admirativas recorrió la sala cuando Zobar Teca avanzó por el pasillo central, llevando de la mano a una muchacha arrebatadoramente bella. Aixa lucía una túnica de seda blanca orlada de oro y adornada con cordoncillos de lapislázuli. Llevaba el pelo recogido en un elaborado moño salado de perlas y el velo transparente que le cubría el rostro, a juego con la túnica, pendía de una diadema con triple sarta de perlas y rubíes.

Zobar Teca detuvo a la novia a tres pasos del primer peldaño del escabel del sultán, como es preceptivo, pero éste le indicó que se aproximara. El general, henchido como un pavo, murmuró unas palabras al oído de Aixa y la empujó levemente. La muchacha ascendió los tres peldaños hasta situarse a dos pasos del sultán de Egipto.

Toda la sala rompió en un murmullo admirativo cuando vieron levantarse al Señor de los Dos Mundos y ofrecer su mano regordeta y enjoyada a la prometida del general. Aixa ignoraba que el protocolo exigía que se arrodillara y besara aquella mano y se limitó a alargar la suya. Algunos contuvieron la respiración. Los chambelanes cruzaron miradas de alarma. Malik an Nasir era muy quisquilloso en materia de protocolo, pero pareció que la situación, lejos de enojarlo, lo divertía. Sonriendo paternalmente, alargó la mano, alzó el velo que cubría el rostro de la muchacha, y lo contempló con una sonrisa aprobadora. Ella, ruborizada, bajó la mirada, sintiéndose observada por mil pares de ojos, y se apresuró a colocarse de nuevo el velo. Otra conculcación del protocolo. La decisión de cubrir el rostro de la novia era privilegio del Señor de los Dos Mundos, pero Malik an Nasir parecía tan divertido con la espontaneidad de la muchacha que no dudaba en mostrarse regocijado, y para que quedase claro que aquella inocente criatura merecía su benevolencia, se llevó la mano al turbante de seda, extrajo uno de los alfileres de oro que sostenían el engarce del rubí espinela y se lo colocó a la muchacha en el peinado. Luego la besó en ambas mejillas por encima del velo y la despidió. Ella descendió los tres peldaños sin dar del todo la espalda al Señor de los Dos Mundos y regresó junto al general Zobar Teca, que no cabía en sí de gozo. ¿Podía concebirse alguna manera más brillante de recibir la aprobación del sultán?

—¿Cuándo será la boda? —inquirió el sultán, recobrando su. porte mayestático.

—Será dentro de cinco días, si el Señor de los Dos Mundos la autoriza.

—Me complace mucho, general. Espero que muy pronto el terso vientre de la novia os

engendre media docena de robustos retoños que sigan el ejemplo de su padre y algún día lleven mis tropas a la victoria.

—Haremos todo lo necesario para cumplir tus deseos, señor.

—Estoy seguro de que no te costará ningún trabajo obedecer esta orden —dijo el sultán, y estalló en una risotada cuartelera al término de la cual miró a sus ministros, que permanecían en expectante silencio. Los ministros se apresuraron a imitarlo y, tras ellos, con efecto retardado, toda la sala celebró con risas el chiste del sultán.

El general, con el corazón saltándole de júbilo, realizó una ensayada reverencia y, tomando a la novia de la mano, se retiró, orondo como un pavo, con las cicatrices del rostro de color rojo púrpura, como el trasero de un mandril excitado, enhiesto sobre sus poderosas pisadas y lamentando solamente que la alfombra que tapizaba el pasillo central amortiguara el sonido de sus botas sobre el mármol.

Al pasar ante los invitados extranjeros, Aixa levantó la mirada, quizá alertada instintivamente por unos ojos que la contemplaban con especial intensidad: Lucas estaba allí y la miraba con una viva expresión de dolor pintada en el rostro. Sólo fue un instante, pero la comunicación que establecieron sus miradas fue tan intensa que Jadira, la madre del general, la notó desde su privilegiado mirador en el balcón de las viudas ilustres.

La señora se abrió paso hasta la primera fila de los hombres y le tiró suavemente de la manga a uno de los criados de palacio, antiguo conocido suyo.

—Shergui, ¿quién es aquel muchacho?

El criado miró hacia donde Jadira señalaba y sólo vio una multitud de extranjeros que charlaban animadamente.

—¿A qué muchacho te refieres, noble Jadira?

—Al que viste calzones azules y lleva la cabeza medio envuelta en un turbante cereza.

—No sé quién es. No lo conozco. Me parece que es la primera vez que lo veo.

—Pues entérate de quién es. Necesito saberlo cuanto antes.

La recepción se prolongó varias horas, por lo que dio tiempo para que un chambelán condujese a Vergino ante el visir, que recibió complacido la carta bermeja del visir de Granada. Al atardecer cruzaron la sala docenas de criados con grandes bandejas de plata cargadas de viandas que sacaron al jardín. Los invitados se precipitaron tras ellos en tropel. La cena consistió en lonchas de buey asado, cordero con miel, berenjenas a la crema y pastelillos dulces. Cuando los invitados se saciaron, el sultán mandó apagar las luces para que cada cual se fuera a su casa.

—Los gorrones nos devoran —lo oyó Lucas comentarle al visir, mientras pasaba sonriéndole a unos y a otros, que se inclinaban a su paso.

—Ése es el orden de las cosas, sublime —filosofaba el visir mientras se enjugaba disimuladamente los dedos pringosos en el tafilete de las credenciales del embajador mongol.

41

El criado del sultán compareció en el palacio de Zobar Teca bien entrada la noche y solicitó ver a la señora Jadira. El mayordomo el báculo lo acompañó a las habitaciones de la dama. Jadira Padecía insomnio y solía pasar la noche repasando las cuentas o escribiendo cartas a los administradores de sus fincas.

Jadira despidió al mayordomo y ofreció al visitante un escabel que había pasado dos

mil años en las entrañas de una pirámide y aún podía ejercer su oficio.

—¿Qué has averiguado, mi fiel Shergui?

—El muchacho procede de al-Andalus y peregrina a La Meca. Pertenece a una familia ilustre o, al menos, adinerada. Hace dos días que llegó a Alejandría en compañía de dos parientes adultos y un criado. Han traído una carta del sultán de Granada para el visir del Señor de los Dos Mundos. Están hospedados por cuenta del visir en la posada del León.

Jadira reflexionó en silencio. Estaba segura de que la mirada que su futura nuera intercambió con el muchacho delataba que se conocían anteriormente. Pero ¿dónde podían haberse encontrado? Le constaba que Aixa nunca había abandonado Túnez y el muchacho procedía de Granada, al otro lado del mar,

—¿Cómo llegaron a Alejandría esos peregrinos?

Shergui sonrió, admirado de la astucia de Jadira.

—Tal como sospechas, en el mismo navio que trajo a tu nuera.

Jadira, complacida por la corroboración de su fino olfato, se permitió una sonrisa. Así que el petimetre andalusí y su futura nuera se conocían. ¿Serían amantes, quizá? Cabía dentro de lo posible. Reflexionó un momento. «Bien —pensó—, después de todo, es posible que las cosas no estén tan mal como pensaba.»

—¿Puedes hacerme un pequeño favor, buen amigo? —le preguntó al criado real.

—Tú sabes que haré cualquier cosa que me pidas.

Shergui era primo lejano de Jadira y le debía el puesto en palacio y algunas rentas *en* su pueblo de origen. A cambio actuaba como informador de la señora.

—Voy a darte una carta que entregarás a ese muchacho.

Jadira abrió una arqueta de ébano y marfil que había sobre una mesa y extrajo de ella una tabla de palosanto y recado de escribir. Colocó un papel sobre la tabla, mojó la plumilla de ave engastada en caña de oro y escribió:

«Amado Selim: Mi vida será un infierno lejos de ti. Quiero huir de este marido al que no amo. Te esperaré esta noche en el jardín del palacio de Zobar Teca. En la parte de atrás hay una portezuela que da al callejón del río. Estará abierta después de la primera vela y yo te aguardaré cerca. No me decepciones o moriré. Te adora, Aixa.»

Jadira espolvoreó la misiva con arena fina, la sacudió, la sopló, la enrolló y la introdujo en un canutito de plata.

—Llévasela y di que vas de parte de Aixa. Sólo eso.

—¡Oír es obedecer! —dijo el criado.

42

En aquel preciso momento, al otro lado de la ciudad, un hombre vestido a la morisca entraba en la posada del León y preguntaba por Vergino.

—Soy un criado de micer Nicola Centurione —dijo el hombre en francés con acento toscano—. Mi amo tiene que hablaros inmediatamente, pues vuestra vida está en peligro. Acompañadme y os llevaré ante él.

—¿Quién nos asegura que no se trata de una trampa para robarnos? —replicó Beaufort.

—Mi amo me ha dicho que mencione la isla Elefantina para que sepáis que el recado procede de él.

Beaufort y Vergino se miraron.

—Creo que debo ir yo —dijo Vergino.

Beaufort lo tomó del brazo y lo llevó aparte.

—Buen amigo —le dijo—. Si te perdemos, la misión carecerá de sentido. Por otra parte, yo me desenvuelvo mejor si hay algún peligro.

Vergino comprendió que su compañero tenía razón. Regresaron y Beaufort escrutó al criado italiano, pero sólo encontró una mirada opaca.

—¿Vive muy lejos tu señor?

—No vamos a donde vive, sino a una quinta de recreo que posee en el barrio del Sicómoro. Está muy cerca de aquí.

Lucas y Huevazos se ofrecieron a escoltarlo, pero Beaufort prefirió ir solo.

—Quédaos aquí y permaneced alerta —les recomendó—. Sospecho que algo no marcha bien.

El cónsul lombardo lo recibió a la orilla del Nilo, en un cenador de azulejos decorado con pebeteros que despedían humos aromáticos para ahuyentar a los mosquitos. Se había despojado de las ricas vestimentas que llevaba en la recepción de palacio y estaba ataviado con una túnica de lino crudo y unas sandalias de tafilete.

Centurione invitó al templario a sentarse y le escanció personalmente una bebida parecida a la leche. Al notar una sombra de duda en la mirada de Beaufort sonrió y dijo:

—Bebe en confianza, amigo. Ésta es la bebida más sana que existe: agua del Nilo con jugo de almendras dulces.

Beaufort bebió un buen trago y lo paladeó.

—Está buena.

—Está buena —corroboró Centurione—. Es lo que pasa en estas tierras de moros, que uno encuentra unas cosas buenas y otras que no lo son tanto.

Beaufort prestó atención. El lombardo parecía menos jovial que hacía unas horas.

—Como no hay tiempo que perder, iré directamente al grano. La carta del visir de Granada que habéis traído informa de vuestra condición de espías y le solicita al visir que os ejecute.

—¿Cómo sabes tal cosa?

—Porque la secretaría del visir es un coladero donde más de la mitad del personal está a sueldo de los mercaderes lombardos. Beaufort comprendió. Así que el visir de Granada estaba jugando con doble baraja: por una parte ayudaba al maestre del Temple, pero al propio tiempo se congraciaba con el rey de Francia al eliminar a unos templarios fugitivos de la justicia real. Reflexionó un momento, la mirada perdida en el Nilo nocturno que discurría como una serpiente tranquila. Luego miró a los ojos a Nicola Centurione.

—¿Por qué ayudas a unos desconocidos? El cónsul sonrió con sus ojillos achinados.

—Sois templarios fugitivos de Francia, ¿verdad? No era del todo verdad o no era toda la verdad, pero Beaufort asintió.

—Lo adiviné cuando tu compañero, el anciano templario, me preguntó cómo iba el proceso contra la orden —dijo el lombardo—. Yo, en mi juventud, quise ser templario y hasta me escapé de mi casa para ofrecerme como donado a la encomienda de Loranzano. Mi padre se burló de mí, hizo que dos criados me apalearan y me sacó la idea de la cabeza. Ahora ya lo ves. —Recorrió con la mirada el jardín, la casa, la mesa bien surtida de manjares, el lujo y el bienestar que lo rodeaban—. No me puedo quejar. He prosperado y me doy cuenta de que mi padre, al que durante mucho tiempo odié, tenía razón. No obstante, en las noches largas del invierno me desvelo a veces y me da por soñar que fui templario en mi juventud y que combatí contra los sarracenos en Hattin y Acre. Ya ves: tengo los brazos débiles, no soy capaz de sostener una espada, pero albergo esos sueños heroicos. Me sentiré mejor si procuro la salvación de unos templarios fugitivos del rey Felipe. Al fin y al cabo, casi militamos en el mismo bando, el rey Felipe también odia a los

lombardos. Beaufort no estaba seguro de que el lombardo fuera tan sincera como parecía, pero en cualquier caso no tenía más opción que creerlo.

—Si vuestro camino es la isla de Elefantina, como sospecho —prosiguió Centurione—, tendréis que remontar el Nilo. En tal caso me permito aconsejaros que embarquéis inmediatamente y que no escatiméis esfuerzos para alejaros de Alejandría. Os conviene saber que existe una red de postas entre las aldeas fluviales, de manera que cada dos o tres leguas podréis cambiar de embarcación y tomar remeros de refresco. Lo malo es que eso sale caro, pero así es la prisa.

—Tendremos que pagarlo, ¡qué remedio! —Durante la noche, muchas embarcaciones de hortelanos zarpan de regreso a los pueblos, aprovechando la brisa favorable que sopla del mar. Os será fácil encontrar pasaje en una de ellas y que os lleve lo más lejos posible. Si aceptas, uno de mis criados puede buscaros una barca adecuada.

Beaufort comprendió que no tenían alternativa.

—¿Cómo podremos pagarte lo que haces por nosotros?

—No sé cómo podréis y la verdad es que me gustaría cobrarlo. —Rió Centurione con risa cascada—. No estoy acostumbrado a hacer favores gratis. Vamos a suponer que algún día los templarios conseguís capear el temporal y volvéis a ser poderosos y temidos. Entonces acuérdate de mí y pronuncia unas palabras favorables al oído del gran maestre. Mejor todavía seria que tú fueras el gran maestre. El Temple y yo haríamos grandes negocios.

Centurione apartó los vasos de horchata y sirvió dos copas de fuerte vino cretense. Ofreció una al templario y levantó la otra para brindar, sin mucho entusiasmo.

Beaufort bebió un sorbo. Le quemaba el alcohol en la garganta, la misma sensación extraña que solía acometerlo en Tierra Santa antes del combate. La boca le sabia a sangre.

43

—Tenemos que abandonar Alejandría ahora mismo —anunció lúgubremente—. El visir nos apresará mañana. La carta que hemos traído de Granada es una solicitud para que nos entregue al verdugo.

El criado lombardo llegó a media noche.

—Ya tengo la embarcación. Es una falúa estrecha, muy veloz, que va a El Faiún.

—¿Dónde está eso?

—Lejos, más allá de Giza. El barquero es de confianza y tiene dos hijos experimentados que lo ayudan. Ya les he pagado. Volveré a recogeros dentro de cuatro horas, un poco antes del amanecer. Debéis estar preparados. Ahora tengo que informar a mi señor.

Lucas estaba conmocionado desde que recibió la carta de Aixa. Con el preciado papel en la faltriquera deambulaba del patio a la estancia, soñando con la posibilidad de una vida al lado de la muchacha y sintiendo flaquear, por momentos, su vocación religiosa. Quizá no era el mejor momento para reflexionar. Además, sentía remordimientos porque se había desentendido de la suerte común para atender sus propias apetencias. ¿Cómo iba a comunicarle a los demás que Aixa, aquella muchacha tunecina con la que apenas había intercambiado unas palabras durante la travesía del Mediterráneo, les pedía ayuda para huir del jefe de las tropas del sultán? Si tenía que rescatarla, y su caballeroso sentido del deber lo impulsaba a ello, tendría que hacerlo por su cuenta. No podía ponerlos en peligro a todos

en un momento tan delicado. Por otra parte, no había tiempo que perder. Cada instante que Aixa estuviera cerca de Zobar Teca le parecía un infierno intolerable.

Tomó su daga y un diminuto broquel y salió a la calle. No había luna y las estrellas brillaban en el firmamento. Preguntando a los mugreros, que recogían los desperdicios con destino a las huertas, y a los panaderos, que amasaban a la puerta de las tahonas, se encaminó hacia su objetivo. Una hora después contemplaba la fachada principal del palacio de Zobar Teca, iluminada por dos enormes fanales. La imponente puerta principal estaba cerrada. Fingiéndose un transeúnte apresurado, por si algún centinela vigilaba la calle, fue rodeando el edificio hasta alcanzar la parte trasera. Ascendió por la calleja maloliente donde estaba la puerta de hierro que Aixa indicaba en su mensaje. El muro era alto y por encima de las almenas asomaban las copas de los cipreses mecidos por la brisa marina. La puerta disimulada estaba al final de la calleja. Con el corazón en la garganta, puso la mano en el frío metal y empujó ligeramente. La plancha cedió con un suave roce de goznes recién engrasados. Lucas se detuvo angustiado. Podía tratarse de una trampa. Después de todo, no sabía nada de Aixa, aparte de su nombre. No sabía si la muchacha conocía las letras. No era muy frecuente que una mujer supiera escribir, ni siquiera lo era en un hombre. Él mismo había conseguido descifrar a duras penas las letras arábigas del mensaje.

¿Era miedo lo que sentía? El temor a que aquello pudiera ser miedo lo impulsó a seguir adelante. Lo malo no es el miedo —recordó las palabras de su padre—, sino no poder sobreponerse a él. Con un leve rumor acerado extrajo la daga de su vaina de cobre. Empujó la puerta un poco más, rastrillando una acumulación de hojas muertas, hasta que la abrió lo suficiente para entrar. Respiró hondo y se deslizó en el interior del jardín. Estaba oscuro, al fondo brillaba una luz solitaria en la fachada del palacio, detrás de una masa oscura de árboles, entre los cuales apenas se percibía el murmullo de una fuente.

Lucas caminó casi a tientas, evitando el sendero donde el rumor de pasos sobre la gravilla hubiera delatado su presencia. Desde el claro donde brillaba la fuente susurró: «¡Aixa, Aixa!»

No hubo respuesta.

Avanzó un trecho hacia la fachada de la casa. La mano que empuñaba la daga le sudaba tanto que de vez en cuando tenía que secársela en la ropa. Llamó nuevamente: «¡Aixa!»

—¡Aquí, Selim! —¿Era su voz? El corazón de Lucas palpitó descompasadamente.

Una sombra se deslizó desde el fondo del jardín. A la débil luz, Lucas reconoció a Aixa. La muchacha corrió hacia él y lo abrazó, se aferró desesperadamente a él como el náufrago a la tabla que puede salvarlo. Lucas, confundido por la efusión de la muchacha, sintió una conmoción interior, pero no se abandonó a ella porque el sentimiento de peligro era aún más fuerte.

—Tenemos que salir de aquí —urgió—. Es peligroso.

Ella estuvo de acuerdo. Lucas la tomó de la mano y le mostró el camino hasta la puerta del jardín. Salieron.

En el patio de la posada del León, Huevazos esperaba impaciente.

—¿Dónde demonios te has metido, amo? —le espetó al verlo aparecer—. Hace dos horas que te buscamos. Tenemos que poner tierra por medio antes de que sea demasiado tarde. Ya hemos contratado un barco que nos llevará río arriba.

Beaufort y Vergino estaban explicándole al posadero que uno de los dignatarios de la corte, al que conocieron en la recepción, había insistido en hospedarlos en su quinta de recreo al lado del río y les enviaba un barquero para trasladarlos.

Cuando el posadero se marchó a sus quehaceres, satisfecho con la generosa propina con la que los falsos peregrinos lo habían compensado por las molestias, Lucas se acercó a

los templarios.

—Monseñores, no sé cómo deciros que llevaremos una pasajera.

—¿Qué dice este loco? —murmuró Beaufort.

—Que Aixa vendrá con nosotros —repuso Lucas con mayor firmeza. Y, volviéndose hacia la casapuerta, le indicó a la joven que se aproximara.

Estaba oscuro y Vergino no la reconoció.

—¿De dónde sale esta muchacha?

—La tenían secuestrada —explicó Lucas—. Sólo quiere regresar a su patria.

Beaufort negó vigorosamente con la cabeza.

—No podemos llevarla con nosotros —dijo—. Nos pondrá en peligro a todos.

Vergino le puso en el brazo una mano conciliadora al tiempo que preguntaba a Lucas:

—¿Por qué quieres que venga?

—Porque nos necesita. La quieren casar con un hombre execrable.

Vergino reflexionó.

—Está bien. Que venga con nosotros. Pero que se vista de hombre y procure pasar inadvertida.

44

Durante la travesía, Lotario de Voss se había informado de la situación en Egipto. El sultán estaba reclutando mercenarios contra los beduinos rebeldes. Se temía que si las tribus del desierto se federaban pudieran atacar El Cairo.

Cuando la nave atracó en Alejandría, Lotario de Voss se presentó ante los aduaneros como un franco renegado que aspiraba a ingresar en el ejército del sultán. La empuñadura de una espada sobresalía del hatillo que llevaba al hombro.

—¿No eres muy viejo para ser mercenario? —le preguntó el agente gubernamental.

Lotario se fingió corto de entendederas, verdadera carne de cañón.

—Es lo único que sé hacer —respondió—. He combatido desde que tenía dieciocho años.

El agente se encogió de hombros y garrapateó el nombre del extranjero en un vale que llevaba el sello de la mesa correspondiente. Llamó a un guardia y le entregó el papel.

—Acompaña a este hombre ante el teniente del puerto. Está deseoso de servir al sultán.

Lotario se echó al hombro el hatillo, bajó la pasarela y se abrió paso entre la gente siguiendo al guardia.

El cuartel estaba a la entrada del puerto. Pasaron debajo de un arco, donde un centinela mordisqueaba un trozo de pescado seco, y accedieron a un patio cubierto por una acogedora parra. Un hombre gigantesco, vestido con media cota desabrochada que dejaba al descubierto un pecho musculoso y depilado, tallaba un trozo de madera.

—¿El oficial de turno? —preguntó el guardia. El hombrón no se molestó en levantar la vista —Soy yo.

—Aquí traigo a un extranjero, un guerrero franco que quiere servir en las tropas del sultán —anunció dejando el recibo sobre la mesa.

El oficial plegó la navaja y la guardó antes de levantar la mirada para contemplar apreciativamente la nueva adquisición del ejército del sultán.

—¿Sabes combatir?

—No he hecho otra cosa desde que era joven.

—¿Tienes dinero?

—He gastado las últimas monedas que tenía en el pasaje. El gigante asintió gravemente.

—Entonces tendrás que comenzar como un simple recluta, con poca paga. Ponte cómodo. A media mañana traen el rancho del cuartel de Gaujara y los peroleros te llevarán a tu destino.

A la hora indicada llegaron dos pinches de cocina con un carrito portátil en el que llevaban el rancho del día en ollas cerradas con pasadores y candados. Una precaución necesaria para evitar que los pinches vendieran parte del guiso durante el trayecto y compensaran la merma añadiendo agua. Cuando terminaron de repartir el rancho y los últimos hambrones rebañaron las ollas, los pinches regresaron al cuartel de Gaujara y le enseñaron las oficinas al nuevo recluta.

—Tienes suerte, franco —dijo el coronel que lo examinó—. Estamos formando un nuevo regimiento para la guerra beduina y si demuestras tener la experiencia que dices te auguro que pronto serás sargento, con paga considerable y un futuro asegurado.

A la mención del futuro asegurado, el escribiente de servicio, un hombre delgado y triste, levantó una mirada desencantada que no le pasó desapercibida a Lotario de Voss.

Le asignaron un equipo y un catre en uno de los malolientes barracones de adobe.

—Ahora estás libre hasta la oración de la tarde —le dijo el coronel cuando se presentó nuevamente ante él—. Si sales a la ciudad no te metas en líos o conocerás el látigo antes de tiempo.

Era mediodía y el sol ardía en las piedras, pero Lotario no tenía tiempo que perder. Fue al puerto y anduvo curioseando entre los barcos hasta que descubrió a *La Estrella del Islam.* Al aligerarlo de su carga, la línea de flotación había ascendido casi un metro, dejando al descubierto algunos desperfectos. Un calafateador provisto de hornillo y caldero de brea colgaba de un andamio, con los pies en el agua llena de desperdicios, y se dedicaba a introducir un trapo embreado en la juntura entre dos tablas. Lotario de Voss lo saludó y le dijo: —¡Buen barco éste!

El calafateador interrumpió su trabajo para volverse a mirar al que le hablaba. Notó que vestía con cierto atildamiento y pensó que se trataba de un desocupado que buscaba conversación.

—No es malo —contestó y, desentendiéndose, reanudó su tarea.

—Este barco ¿procede de Túnez?

—Así es.

—Entonces quizá conozcas a unos pasajeros amigos míos que estoy buscando.

Entre marinos nadie hacía nada gratis, pero había sonado un rumor de monedas en la bolsa de aquel tipo. El calafateador volvió a girar la cabeza y vio que, en efecto, el hombre del guante sostenía entre dos dedos una moneda de plata.

—¿Qué quieres saber?

—Necesito encontrar a mis amigos y Alejandría es demasiado extensa para ir preguntando de posada en posada.

—Quizá yo sepa quién te los puede encontrar —dijo el carpintero.

—¿No lo sabes tú?

—Yo no, pero sé quién los acompañó a la posada. —El hombre se levantó y ascendió ágilmente por la cuerda de la que pendía su plataforma. Dio unos pasos hacia la portilla de cubierta y se detuvo como si olvidara algo. Volvió sobre sus pasos, se inclino sobre la borda y preguntó a Lotario—: ¿Socorrerás mi pobreza?

Lotario lanzó la moneda de un papirotazo y el carpintero la atrapó al vuelo. La contempló un instante con una sonrisa satisfecha y dijo:

—Aguárdame aquí un momento.

Se perdió en el interior del navio y al instante volvió con un marinero descalzo que se limpiaba las manos grasientas en una madeja de estopa.

—Éste sabe dónde posan tus amigos.

—Sí —dijo el marinero—, pero tendrás que esperar a que acabe mi tarea. El patrón es muy exigente y no tolera retrasos.

—Tengo mucha prisa —advirtió Lotario.

—Tendría que buscarme a otro que me sustituya, y eso vale dinero.

Lotario exhaló un suspiro. Lo estaba esperando.

—Le daré una pieza de plata a tu sustituto y otra a ti por acompañarme.

Un momento después Lotario seguía al marinero por las callejuelas intrincadas de la medina hasta una plazuela. El marinero señaló una posada en cuya fachada campaba un león de azulejos.

—Ahí es donde se hospedan, la posada del León.

Lotario le mostró la moneda de plata, pero cuando el marinero intentó recogerla cerró el puño.

—La paga, después. Aguarda aquí hasta que me cerciore de que no me engañas.

El posadero estaba en el patio, vigilando el almacenamiento de una partida de quesos.

—Busco a unos peregrinos de Granada. Dos hombres altos, un criado fornido y un muchacho.

El posadero lo miró de arriba abajo.

—¿Eres amigo suyo? —Sí, vengo a reunirme con ellos.

—Pues ya no están aquí. Se fueron anoche. Ayer conocieron a alguien en la recepción del sultán y se han mudado con su nuevo o amigo a una quinta de recreo al otro lado del río.

—¿A qué quinta?

—No dijeron dónde iban —respondió el posadero y, volviéndose a su trabajo, se desentendió del visitante.

—Tengo cierta urgencia en dar con ellos —dijo Lotario—. Si dices donde están te recompensaré debidamente.

Esta vez mostró una rutilante moneda de oro, medio besante veneciano.

El posadero se volvió y miró la moneda con ternura.

—Lo siento, amigo mío. No me dijeron adonde iban.

Lotario de Voss comprendió que había perdido la pista de los templarios. Devolvió la moneda a la faltriquera y abandonó la posada.

En cuanto se marchó, el posadero llamó a un hijo suyo.

—Ismael, sigue a ese hombre y averigua dónde se hospeda. Si pasáis cerca de alguna patrulla de guardias, denúncialo porque es compañero de esos extranjeros a los que busca el prefecto de la policía.

—Pues ¿quién es? —inquirió el muchacho.

—Y yo qué sé. No hagas preguntas. Es amigo de los francos que se hacían pasar por peregrinos.

Lotario deambuló por las callejas, atravesó el zoco del barrio y tomó un cuenco de garbanzos sentado en los soportales de la mezquita Abu Abbas. Había advertido que el hijo del posadero lo seguía. Era evidente, eso le parecía a él, que el posadero estaba conchabado con los templarios. Seguramente, el chico sabía dónde se alojaban y estaría más que dispuesto a decírselo sin mediar moneda alguna.

Apuró su sopa, devolvió la taza al tenducho y prosiguió su camino internándose por callejas cada vez más solitarias. En un recodo propicio aguardó al muchacho y lo agarró del cuello.

—Bien, perillán, ahora dime: ¿estimas tu vida? El asustado muchacho asintió vigorosamente con los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir de las órbitas.

—¿Porqué me sigues? Estabais esperándome.

—Sidi, no sé dónde están tus amigos, créeme. La guardia del califa vino esta mañana a prenderlos y mi padre me ha ordenado que te denuncie a una patrulla. Tus amigos han cometido algún delito grave y por eso los buscan.

Luego la carta había llegado a su destino, pero Beaufort había escapado de la muerte una vez más. Se sintió aliviado. No se contentaría con la muerte de Beaufort si no lo mataba él mismo. Miró al muchacho y pensó qué haría con él. Podía eliminarlo silenciosamente, pero entonces el posadero asociaría su muerte con el visitante de la mano enguantada y la policía redoblaría su celo para atrapar al asesino. Optó por propinarle un puñetazo en la sien que lo privó de sentido, y lo dejó recostado contra un dintel, como si estuviera durmiendo la borrachera. Después, el teutón regresó sobre sus pasos, cruzó nuevamente el zoco y se dirigió al cuartel de Gaujara, el último lugar donde la policía buscaría a un sospechoso. No obstante, al día siguiente, se rapó las barbas, se recortó el pelo y cambió de aspecto. Por si acaso.

45

Lotario de Voss llevaba cuatro días en el cuartel de Guajara. Un oficial lo había examinado en el patio de instrucción, lo había visto correr con un saco de arena a la espalda y había comprobado que, a pesar de su manquedad, era un temible esgrimidor con la espada y la daga y que manejaba la maza de combate como un veterano. No había nada que enseñar al nuevo recluta y aun parecía que era él el que hubiera podido enseñar a los otros, oficiales incluidos. Lo declaró apto para el servicio a pesar de su edad, pero prefirió ponerlo a prueba como soldado raso antes de proponerlo para sargento.

El primer destino de un soldado raso era indefectiblemente la guarnición de una de las fortalezas que mantenían a raya a los beduinos en la línea del desierto. A la mañana siguiente, cuando ya Lotario estaba proyectando desertar para proseguir la búsqueda de los templarios por su cuenta, un oficial de palacio se presentó en busca de hombres escogidos para una patrulla de policía.

—¿De qué se trata? —preguntó el coronel.

—Un grupo de cristianos francos, cuatro hombres que estaban condenados a muerte, han raptado a la novia del general Zobar Teca y han huido Nilo arriba.

—¿Nilo arriba?

—Eso es lo que han declarado unos pescadores que los vieron embarcar hace dos noches. Al parecer pretenden llegar al país de los negros.

—¿Quién puede huir para refugiarse en un lugar que los propios cocodrilos aborrecen? —dijo escupiendo en el polvo—. Hay que estar locos.

—Supongo que habrán pensado ocultarse entre los cristianos etíopes. En cualquier caso no llegarán muy lejos, pero hay que salir a capturarlos.

—Se ha alertado a la policía fluvial, aunque es posible que los fugitivos prefieran ir por tierra, lejos del río; incluso puede que se internen en el desierto.

El oficial designó dos patrullas de diez hombres cada una Para que remontaran las dos riberas del gran río. El recluta Lotario de Voss se ofreció voluntario.

—Queremos soldados, no reclutas —dijo el coronel apartándolo con la vara de mando.

Lotario no se movió de su sitio.

—Sidi —insistió—, si los cristianos se dispersan y apresamos a uno de ellos, quizá sea necesario que alguien hable su idioma y lo interrogue para dar con los otros.

—Llevas razón —admitió el oficial—. Ve con ellos.

46

La falúa remontaba la mansa corriente con su vela triangular henchida por la brisa. Desde la toldilla de popa, Lucas veía pasar el variado espectáculo de las orillas, los barrizales, la rica llanura surcada por canales de regadío por los que se deslizaban toda clase de embarcaciones de transporte y de pasajeros.

—El papiro es uno de los grandes dones del Nilo —le explicaba Vergino señalándole los espesos cañaverales—. Esas cañas de hasta seis metros se abren en láminas y se convierten en un excelente papel. Muchas aldeas viven de eso.

Lucas miraba a una orilla y después a la otra. El paisaje era de una belleza monótona: palmerales, campos de cultivo, lagunas pobladas de garzas, de patos, de pelícanos; pueblecitos blancos de los que sobresalían los alminares ocres y, a lo lejos, mesetas cárdenas separadas por valles oscuros a donde alcanzaba el verdor del limo cultivable. A veces entre las mesetas, a lo lejos, asomaban lenguas del desierto rojo que se extendía hasta un remoto horizonte. Así pasaron Naukratis y la llanura de Giza, donde contemplaron las pirámides a lo lejos, como una aparición fantasmal.

Un día, los falsos peregrinos amanecieron con retortijones en el estómago y tuvieron que desembarcar para aliviarse entre los árboles. El único que se salvó del percance fue Huevazos, cuyo estómago era capaz de digerir piedras.

Mientras esperaban el regreso de los enfermos comentó al barquero:

—Ese desarreglo va a ser de comer tanta cebolla y tanta berenjena, que parece que aquí no sabéis comer otra cosa, y nosotros, como somos moros de Granada, estamos acostumbrados a más variedad y a cosas que se peguen al riñón, o sea, carne,

El barquero se introdujo los dedos debajo de la gorra grasienta *y* se rascó la cabeza.

—Yo, no es por meterme donde no me llaman —dijo—, pero me parece que la cebolla y la berenjena no tienen la culpa. Ayer les cocinaste un varano del Nilo.

—¿Y qué pasa? —replicó Huevazos—. Un varano es como un lagarto, ¿no? En mi tierra nos comemos los lagartos y no pasa nada.

Huevazos pasó por alto que no todo el mundo comía lagartos en su tierra.

—Pues aquí sí pasa —replicó el barquero—, porque todo el mundo sabe que la carne de varano es venenosa. Y no me tires de la lengua y tengamos la fiesta en paz, porque en los tres días que llevo con vosotros estoy viendo cosas que no había visto en mi vida.

—¿Qué cosas? —se encaró Huevazos.

—Pues, por ejemplo, que anteayer les diste cormorán, una carne que hasta los cocodrilos rechazan.

—Somos viajeros baqueteados por el camino —comentó el escudero encogiéndose de hombros—. No podemos mantenemos de gachas y cebollas. Para criar sangre hay que comer carne.

—No; si yo no digo nada, pero que no sé qué pensarían tus amos si supieran la de marranadas que les cocinas. Huevazos le dirigió una mirada suspicaz.

—Más te vale no soltar palabra, porque como te vayas de la lengua mañana les daré a

comer barquero del Nilo, y yo me reservaré las criadillas y los hígados. Encebollados, ¿eh?, para que veas que no tengo nada contra vuestras cebollas.

El barquero tragó saliva y miró a Huevazos para ver si estaba bromeando, pero le pareció que hablaba en serio.

El trasiego de falúas y almadías por el río era tan notable que Beaufort aconsejó que Aixa permaneciera oculta bajo la toldilla durante el día y sólo abandonara el confinamiento al caer la noche. Era una precaución necesaria porque, a veces, se cruzaban con embarcaciones de la policía fluvial, con un gallardete rojo en el extremo de la vela. Así navegaron por espacio de una mana. Lucas aguardaba impaciente a que se hiciera de noche el placer de charlar con la muchacha a la luz de la luna. Ya había confiado, con permiso de Vergino, su condición de cristianos.

Al sexto día llegaron a un represamiento del río donde el barro procedente de las bocas del lago Dionisias retardaba la navegación. El barquero introdujo un brazo en el agua, arrancó un brote tierno del fondo y lo masticó para absorber el jugo.

Huevazos lo imitó.

—Está dulce —dijo—. No está mal. ¿Qué es? —Papiro joven —respondió el barquero—: quita la sed, robustece los dientes y el jugo es bueno para la vista y para los riñones.

Cruzaban cargueros, veleros esbeltos y pequeñas barcas de pescadores o de recreo, unos pintados de azul, otros de blanco, otros de bermellón, todos con el ojo protector del profeta dibujado en la proa. En la orilla, un majestuoso ibis blanco hurgaba entre las cañas buscando alimento. De vez en cuando clavaba con decisión el largo pico en el limo y capturaba un animalejo. Huevazos dormitaba gran parte del día mecido por el río. Sólo se animaba cuando veía algún animal grande, cocodrilo o jineta, susceptible de ser cazado. Todas las noches, cuando atracaban en la orilla, armaba su ballesta y salía a buscar carne. Casi siempre volvía con algo, ya cortado y deshuesado, y se regocijaba de que con aquellos animales que nunca vieron ojos cristianos se pudieran preparar estupendos asados a la manera de Castilla, con su ajo y su tomillo.

En la popa de otra falúa, a unos días de distancia, Lotario de Voss meditaba. El general Zobar Teca había asumido personalmente las operaciones para buscar a su novia secuestrada. Había enviado cuatro patrullas al Nilo. Dos de ellas estaban registrando el delta. Entre los siete canales del delta había más de mil aldeas de campesinos y un laberinto de caminos que conducían a haciendas particulares, a casas de recreo y a aldeas de pescadores. Las dos patrullas tardarían más de un mes en registrarlo todo, incluso si contaban con la ayuda de la policía local. No había cuidado por esta parte.

Las otras dos patrullas remontarían el Nilo, una por cada orilla, y la policía fluvial les facilitaría sus embarcaciones. Lotario formaba parte de la patrulla encargada de la orilla derecha. Lo que lo preocupaba era la patrulla de la orilla izquierda, la que estaba al mando del sargento Takla, un moro sanguinario y cruel, especialista en la captura de esclavos huidos. ¿Qué ocurriría si Takla capturaba a los fugitivos? Sin duda decapitaría a los dos templarios y al criado, demasiado viejos para trabajar en las minas estatales, e incluso para venderlos en el mercado de esclavos, y sólo respetaría la vida de los muchachos. La posibilidad de que Takla ajusticiara a los templarios lo preocupaba. El viejo templario era, seguramente, la única persona de la expedición que conocía el paradero del Arca. Muerto el viejo, todo el negocio se iría al traste. No podría encontrar el Arca y no tendría con qué negociar la libertad de Gunter. Todos los trabajos y todos los peligros que había desafiado desde que Nogaret lo liberó de las prisiones del rey no servirían de nada, todos los sueños que había ido forjando desde entonces se perderían como la lluvia en el mar. Adiós a la galera capitana con un fanal dorado en la popa, adiós al manto bordado con el que comparecería ante el basileo bizantino para ofrecerle sus servicios, adiós a la princesa

porfirogéneta con la que se casaría en la catedral de Bizancio y adiós al palacio de mármol con mesas de nácar y techos de mosaicos en el que vería crecer a sus hijos y a los de su hermano Gunter; adiós, también, a la gloria de las batallas, a las provincias que arrebataría a los bárbaros, adiós a los sueños más allá de los sueños que se atrevía a forjar en los insomnios de sus noches solitarias. Tenía que velar por la vida del templario viejo a cualquier precio, hasta que lo condujera al escondite del Arca.

Treinta kilómetros Nilo arriba, Vergino, ignorante por completo de los protectores desvelos de Lotario, contemplaba las aguas cenagosas desde la popa de la falúa.

Los días se hicieron rutinarios. Aunque cambiaban de embarcación casi a diario, cada cual se había acostumbrado a ocupar el mismo lugar: Huevazos junto al barquero, en la popa, ayudando con el timón y la vela; los dos templarios en la proa, conversando en francés en voz baja; Lucas en el pescante de la toldilla, soñador, a veces fingiendo que pescaba o incluso pescando, con escaso éxito; Aixa a cubierto, mortalmente aburrida, desafiando a veces las normas y levantando un poco la lona para contemplar la orilla.

Después de navegar diez días dejaron El Cairo atrás. El tránsito fluvial decreció y Aixa pudo abandonar la toldilla. Ahora discurrían por un valle fértil encajado en el desierto. Era un placer contemplar la vegetación exuberante, los palmerales, las viñas, los espesos cañaverales de papiro, los frondosos sauces, las apretadas acacias, los emparrados que daban sombra a las casas blancas de una sola planta, con ventanas azules, el bullicio de la vida en el río, la increíble cantidad de aves grandes y Pequeñas que poblaban el cielo y las orillas. De vez en cuando asaban ante una aldea que se asomaba al río al abrigo de los tamarindos y veían estanques alimentados por canales donde se refrescaban los búfalos o grupos de aldeanos descansando en hamacas a la sombra de los sicómoros o celebrando meriendas campestres. Algunos daban muestras de haber bebido los licores que reprueba el profeta, porque al verlos pasar los saludaban a voces alegremente. En las huertas y los campos de cultivo se veían cuadrillas de campesinos inclinados al sol, con grandes gorros de paja. A Lucas le pareció que eran esclavos.

—No son esclavos, sino campesinos libres —corrigió Vergino—. Pero trabajan de sol a sol y son más felices que los siervos en tierras cristianas porque aquí la tierra es fértil y asegura excelentes cosechas. Aquí no se conocen las hambrunas.

—¿Y a qué esperan los reyes cristianos para hacerse con estas tierras?

Beaufort sonrió ante la simpleza del muchacho. Lanzó una piedrecita al agua y dijo:

—Amigo Lucas, los reyes cristianos no son tan poderosos como crees. —Y pensó: «Por eso necesitamos el Arca.»

Durante los ardores del día, el barquero acercaba la falúa a la orilla para que sus pasajeros sestearan a la sombra fresca de un emparrado o de un palmeral. El barquero se mostraba más que satisfecho con el salario que percibía y hubiera estado dispuesto a llevarlos al fin del mundo, pero Beaufort decidió prudentemente despedirlo cuando llegaron a Tuna al-Yebel. Se hospedaron en una buena fonda, haciéndose pasar por corredores de trigo camino de Deir al-Bahari.

La ocasión que Lotario esperaba llegó una semana después, mientras la patrulla acampaba al sur de Helión. El sargento Mutar había interrogado a un barquero que transportó a los falsos peregrinos dos días antes. No cabía duda, la descripción del grupo coincidía y el muchacho imberbe y silencioso que ocultaban bajo la toldilla era la huida Aixa. El barquero había notado que hablaban un árabe demasiado vocalizado para ser egipcio y que los dos hombres altos cuchicheaban en un idioma extranjero.

—Necesito un voluntario que cruce el río y avise al sargento Takla.

Lotario levantó la mano.

—¿Tú, abuelo? —se sorprendió el sargento Mutar, y añadió con sorna—. ¿No eres demasiado viejo para estos trotes?

La respuesta de Lotario restalló como un látigo.

—Soy más fuerte que tú y no tengo que fingir que voy de putas al final de la jornada cuando buscas a una mujer que te unte manteca en el culo escocido.

Los soldados sabían que el trasero del sargento no soportaba las largas cabalgadas y constantemente hacían chistes sobre,

ello, pero nadie se había atrevido jamás a decírselo. El sargento, rojo de ira, el puño apretado sobre la fusta de verga de rinoceronte que simbolizaba su autoridad, se acercó a Lotario en actitud amenazante. Lotario, que le sacaba un palmo de altura, le sostuvo la mirada.

—Los tienes bien puestos, ¿eh? —observó Mutar con una sonrisa torcida—. Está bien. Esta tontería no debe interferir en el cumplimiento de la misión que nos han encomendado. Voy a darte gusto para que veas que no te guardo rencor. A partir de ahora vas a ser el voluntario de todos los servicios que vayan surgiendo. —Ensanchó la sonrisa—. Y cuando hayamos cazado a los fugitivos comprobaremos si eres más fuerte que yo y todo lo demás. Ahora ve al otro lado del río e informa al sargento Takla de que hemos encontrado la pista. Dile que mañana estaremos en Aifar.

—¡Oír es obedecer! —respondió mecánicamente Lotario, pero había en su mirada un desafío que desmentía el formulario acatamiento.

Confiscaron una falúa pescadora para que llevara al mercenario y a su caballo a la otra libera. Una vez allí, Lotario se encaminó a la aldea más cercana y habló con el alguacil. La patrulla del sargento Takla llevaba medio día de delantera. Cabalgó toda la noche entre huertas hasta que, al amanecer, encontró a la patrulla, que había pernoctado en una alquería y se estaba preparando para proseguir. Lotario se presentó ante Takla y le dio la novedad.

—Bueno, parece que estamos a punto de echarles el guante —reflexionó el suboficial—. Nos acercaremos más al río e iremos interrogando a los riancheros en cada embarcadero. ¿El sargento Mutar está bien?

—Estupendamente, sidi, un poco escocido en sus partes, pero contento y feliz.

El sargento Takla se sonrió de las tribulaciones ambulatorias de su colega.

—Bien, anciano, toma un cuenco de sopa, come y regresa con los tuyos.

—¡Oír es obedecer!

La ocasión era perfecta. Mientras los hombres atendían a los caballos, el cocinero, con la humeante sopa ya preparada, estaba desmigando pan sobre un odre donde había derretido manteca de oveja y añadido especias. Lotario se ofreció a traerle el caldo y aprovechó para agregarle a la marmita el contenido de una redomilla de veneno que había adquirido en el zoco de Túnez.

Él se sirvió el primero, se retiró a un claro de la arboleda y vertió en tierra el contenido de la escudilla. Cuando regresó, los soldados estaban tomando sopa y algunos incluso repetían.

—Bueno, sargento, si no ordena otra cosa, yo tengo que volver junto a los míos.

—Transmite mis saludos al sargento Mutar.

Lotario se inclinó llevándose la mano al pecho, montó en su caballo y, sin volver la cabeza, se alejó por el palmeral. En el primer recodo descabalgó, ató la montura a un árbol y volvió sobre sus pasos para espiar a la patrulla al amparo de la maleza. El veneno estaba haciendo su efecto. Varios hombres yacían en el suelo entre agónicas arcadas, otros deambulaban como borrachos, las manos en el estómago, escupiendo y vomitando. El sargento Takla había intentado montar a caballo, para buscar auxilio, pero había caído en tierra y tenía un pie enganchado en el estribo.

Lotario dejó pasar unos minutos. Cuando se acercó, los ocho hombres habían muerto y el cielo comenzaba a clarear. Tenía que actuar rápidamente antes de que los hortelanos más madrugadores salieran al campo. Con los caballos ensillados transportó los cadáveres hasta

la orilla del río y se internó en un cañaveral fangoso hasta que los altos y espesos papiros le proporcionaron un escondite adecuado. Dejó caer los cadáveres en el barro y, tomando los caballos aparte, un poco más lejos, los degolló uno a uno. Después se alejó aprisa del manglar. En cuestión de minutos aquello sería un hervidero de cocodrilos. La intervención de los saurios formaba parte de su plan. No dejarían rastro y en Alejandría creerían que la patrulla desaparecida seguía tras la pista de los fugitivos.

En aquel preciso instante, en la ribera opuesta del Nilo, a medio día de distancia aguas arriba, los falsos peregrinos desayunaron frugalmente y caminaron un trecho entre plantaciones y palmerales, hasta una aldea cercana donde contrataron una falúa. Aquella etapa del viaje era más variada. Los antiguos templos de los faraones se alzaban en la orilla derecha y los viajeros iban de asombro en asombro al contemplar los potentes obeliscos de piedra, las avenidas franqueadas por enormes esculturas de carneros, los conjuntos monumentales con sus patios ruinosos invadidos de acacias y tamariscos. Al atardecer, con el sol rojizo hundiéndose en la raya del horizonte, las ruinas faraónicas se teñían de oro viejo sobre el fondo oscuro de las frondas y

su melancólica contemplación sumía a Vergino en un concentrado mutismo. «El mundo se ha hecho viejo, muy viejo», murmuró cuando Beaufort le puso la mano en el hombro.

Navegaron de noche con las luces de Tebas a lo lejos y cambiaron de embarcación en Kom Ombo. Tres días después, al atardecer, pasadas las canteras de Yebel Silsileh, avistaron la línea verde de la isla Elefantina.

—Llegamos al final de nuestro viaje —suspiró Vergino, satisfecho.

Desembarcaron en una aldea de pescadores y un carpintero de ribera los envió a la casa del maestro, un anciano vigoroso de barba blanca y mirada bondadosa que habitaba una espaciosa dependencia de las ruinas de un antiguo templo. Compartió con sus huéspedes una sopa de pescado migada de pan de cebada.

—Está excelente —alabó Vergino—; reconozco en ella comino y laurel, pero ¿qué otra especia contiene?

Abu Said sonrió con ojos maliciosos.

—La más humilde de las especias, ¿podéis adivinarla?

Vergino tomó otro sorbo de su escudilla y lo paladeó.

—Estragón, quizá —sugirió.

—Canela y leche agria —corrigió Abu Said, divertido.

—Nunca hubiera sospechado que combinara tan bien con el pescado —dijo Vergino.

Bebieron la sopa en silencio durante un rato y luego Vergino comentó:

—Veo que tenéis el techo cubierto de atadijos de hierbas, ¿os interesa la herboristería?

—Es mi principal afición —reconoció Abu Said—. Y aunque sea vanidad, me enorgullezco de ser capaz de curar con los antiguos remedios al que cae enfermo en este pueblo. Sólo los que necesitan cirujano van a Tebas.

Vergino también era especialista en hierbas y remedios. Intercambiaron algunas recetas y prolongaron la conversación mientras los demás dormían. La noche era agradable y fresca. Abu Said invitó al templario a pasear por las terrazas del antiguo templo, con el Nilo brillando bajo la luna.

—¿Me confiaréis ahora el motivo de vuestro viaje? —preguntó Abu Said—. No es muy frecuente ver extranjeros en Elefantina.

—No os ocultaré que soy cristiano —dijo Vergino—, aunque he convivido con musulmanes una parte de mi vida y algunas veces he llegado a concebir que el conocimiento mutuo pudiera reconciliarnos algún día. —Abu Said asintió, comprensivo.

También él compartía esa creencia. Con un gesto lo invitó a continuar—. Ahora estoy traspasando los umbrales de la vejez —prosiguió Vergino—, y antes de morir quisiera ver

cumplido un vehemente deseo que me ha acompañado toda mi vida: visitar el templo donde está el Arca de las Escrituras.

—Ese templo que dices no existe ya —dijo Abu Said—. Mañana podremos visitar sus ruinas si lo deseas.

—Pues ¿qué se hizo de la comunidad y del Arca?

Abu Said tomó asiento en un banco de piedra. Vergino se sentó a su lado.

—Conozco bien la historia —comenzó el egipcio— porque figura entre los papeles que heredé de mi padre y él a su vez de mi abuelo. No sé si sabrás que cuando los judíos vivían en Jerusalén hubo un rey que apostató de su religión.

—Manases —dijo Vergino.

—¿Se llamaba así? Bien, nosotros lo conocemos simplemente por el Apóstata. Entonces un grupo de sacerdotes devotos decidieron salvar el Arca y la sacaron subrepticiamente del Templo. Eso ocurrió seis siglos antes de que naciera Jesús, vuestro profeta. Los fugitivos vinieron a Egipto y fundaron una comunidad en Meroe, pero, después de un tiempo, la guerra los obligó a emigrar Nilo arriba en busca de lugares más tranquilos. Entonces se establecieron en Elefantina, y prosperaron tanto con el comercio fluvial que, al poco tiempo, casi toda la isla era suya y mantenían una potente flota que bajaba y subía mercancías hasta El Cairo y más allá. Parte de estas ganancias las invirtieron en construir un templo idéntico al de Jerusalén.

—Y ese templo ¿hasta cuándo perduró?

—Cinco siglos antes de Jesucristo, los persas conquistaron el país y destruyeron casi todos los templos de Egipto, pero respetaron el templo judío de Elefantina. Creo que el rey persa quena congraciarse con el Dios de los judíos. El caso es que el templo se salvó, pero no sobrevivió a la siguiente invasión. Un siglo después lo incendiaron y lo destruyeron.

—¿Y qué fue del Arca?

—El Arca no se perdió. Cuando vieron que peligraba la pusieron a salvo, creo que Nilo arriba.

—¿No sabes adonde la llevaron?

—No. Mis papeles cuentan la historia de los judíos de Elefantina, pero no dicen nada de ellos después de que se disolviera la comunidad. Lo perdieron todo y simplemente huyeron. He oído que unos remontaron el río Takazze y otros el Nilo, eso es todo lo que sé.

Los ancianos permanecieron un rato en silencio mientras la luna surcaba el firmamento y se duplicaba en las turbias aguas del Nilo. En San Baudelio, meditaba Vergino, el guerrero del escudo redondo representaba a Alejandría y el elefante a la isla Elefantina. El fresco siguiente representaba un oso.

—¿Hay alguna ciudad o alguna isla que se llame del Oso?

Abu Said permaneció pensativo.

—No me suena el Oso. ¿Una ciudad, dices?

—Una ciudad o una isla o quizá una montaña.

Abu Said consideró el asunto con el entrecejo fruncido.

—El oso puede ser el nombre antiguo de Sudán, una tierra árida y seca que hay en la cabecera del Nilo. Antes había un refrán que decía «bajar del Oso al Pato», refiriéndose al recorrido del Nilo, desde las tierras altas al delta. Claro, ése debe de ser el Oso que dices.

—¿Y a qué distancia está?

—¿El Sudán? A un mes de navegación, fuera del tiempo de las crecidas. No te aconsejo que llegues tan arriba. Allí no encontrarás la justicia del sultán. Es tierra peligrosa.

Vergino prefirió no decir nada sobre lo amparado que se sentía por la justicia del sultán con las patrullas de mercenarios pisándole los talones.

—En Castilla, más allá de al-Andalus, hay un templo muy antiguo que muestra el

camino del Arca en las pinturas que decoran sus muros. La figura de Alejandro, con escudo y lanza, significa Alejandría, y un elefante significa la isla Elefantina, donde se establecieron los judíos que sacaron el Arca de Jerusalén. La siguiente pintura era un oso, que puede ser Sudán, y a continuación aparecen un arquero cazando un ciervo, un jinete que persigue unas liebres y, por último, un halconero.

—Esas figuras no me dicen nada —reconoció Abu Said negando con la cabeza—. Más allá de Sudán no sé lo que habrá: serpientes, mosquitos y el país de los negros, creo.

Miraba a Vergino con un extraño brillo en la mirada. Quizá lo tomaba por loco. De manera que era eso. Estaban buscando el Arca de Salomón, un objeto perdido hacía más de mil años. Venían de la otra parte del mundo, de Granada, persiguiendo una quimera. Un hombre sabio, que entendía tanto de hierbas, de cocciones y de emplastos, había perdido el juicio y arrastraba consigo a un grupo de chiflados a los que habría llenado la cabeza de sueños y de humo. El anciano sacudió la cabeza con incredulidad, lamentando que la vejez fuera tan cruel con algunas personas.

—Creo que se nos está haciendo muy tarde —dijo—. Será mejor que nos acostemos.

Al día siguiente, los falsos peregrinos volvieron al río monótono y turbio y lo remontaron en silencio, cada cual sumido en sus pensamientos. Habían albergado esperanzas de alcanzar su objetivo en la isla Elefantina y ahora resultaba que la isla era solamente un hito intermedio en un largo viaje; eso les había explicado Vergino. Ni siquiera estaban seguros de las estaciones que los separaban todavía del final de la peregrinación.

Lucas y Aixa hablaban menos que en los primeros días. Era como si un sentimiento nuevo que requería distancia y meditación estuviera creciendo entre ellos, estorbando quizá su recién estrenada amistad. Al día siguiente pasaron cerca de un rebaño de ovejas con un pastor joven, beduino, que tocaba el caramillo con los pies metidos en el agua. Al paso de la falúa levantó la mano y los saludó. Huevazos le devolvió el saludo.

—¿Nos vendes un borrego? —le gritó haciendo bocina con las manos.

—Ya compraremos algo en el mercado, Nilo arriba —intervino Beaufort secamente.

No había indicios de que la policía los estuviera buscando, pero Beaufort sabía que era mejor no confiarse. Más tarde dijo:

—Es seguro que han salido patrullas a buscarnos, y tarde o temprano darán con nuestro rastro. Además, los barqueros nos pueden denunciar en cuanto los despedimos.

—Pero hemos puesto muchas leguas por medio —objetó Vergino—. ¿Crees que pueden perseguirnos tan lejos?

—En las dos orillas del gran río hay calzadas y caminos por las que discurre el comercio y casas de postas en las que pernoctan los funcionarios. El sistema de correos funciona a la perfección y las órdenes circulan con rapidez. Ayer entablé conversación con un tendero de Elefantina y me informó de que en estas regiones apenas se producen robos, porque cada distrito cuenta con su propia policía.

Pasaron de noche por Qasar Ibrim, la isla fortificada por los faraones y los califas, donde residía la guarnición del Norte.

—A partir de aquí, el Nilo ya no es tan seguro —advirtió el barquero, un hombre joven al que habían contratado dos jornadas después de Elefantina.

—¿Por qué no es tan seguro? —quiso saber Huevazos—. ¿Es que hay cocodrilos?

—No sólo hay más cocodrilos y más grandes, sino bandidos que a veces asaltan las embarcaciones en cuanto tocan tierra.

Aquella noche pernoctaron en Musa Tarka, una aldea fortificada donde había una importante albóndiga para recibir las caravanas de Sudán. Durmieron en una fonda, pero antes fueron a refrescarse a la taberna, y Vergino conoció allí al maestro del lugar. La conversación versó sobre el río.

—¡El Nilo! —exclamó el maestro, pronunciando la palabra con reverencia, como si compendiara el mundo—. No se sabe de dónde procede porque nadie ha alcanzado sus fuentes; al menos nadie que haya vivido para contarlo. Por otra parte, hay que estar muy loco para meterse en ese infierno gris y verde donde barritan los elefantes y unos monstruos espantosos, los hipopótamos, bostezan entre remolinos de algas podridas. Eso sin contar con los cocodrilos de siete y más metros que acechan debajo del barro hasta que la confiada presa, hombre o animal, se pone a su alcance. Entonces la golpean con la cola y la devoran.

El anciano hizo una pausa para beber un trago de horchata y prosiguió:

—Dicen que el Nilo procede de dos padres, el Blanco y el Azul. El Blanco nace en un lago grande como el mar, más allá de los desiertos, en el país de los negros. No es navegable porque cuando uno menos lo espera se desploma en grandes cataratas, aparte de que discurre por junglas altas y espesas pobladas de serpientes y de animales feroces. Antes de entrar en las tierras altas sale a unas praderas pobladas de elefantes grises, de flamencos rosados, de vacas y de babuinos.

—¿Qué son los babuinos? —preguntó Lucas.

—Son unos monos tan salidos que están todo el día dale que te pego —respondió el maestro—, machos y hembras. —Huevazos, con los ojos abiertos como platos, sonreía, envidiando la ajetreada existencia de los babuinos—. Finalmente, el Nilo atraviesa grandes pantanos y llanuras de barro en los que hay tantos mosquitos que no pueden vivir personas ni animales, excepto las aves: ibis, marabús, grullas coronadas y flamencos. Luego está el Nilo Azul, que nace en el país de los etíopes, en un lago que se llama Tana, en lo alto de las mesetas, entre montañas inaccesibles. Pues bien, los dos Nilos se unen y mezclan sus aguas en Jartum, a las puertas del desierto de Nubia, y desde allí forman un río único que es éste en cuya ribera vivimos.

Cuando el maestro terminó el relato y los que lo habían escuchado se marcharon, Vergino se le acercó y le preguntó sobre el curso alto del Nilo y sobre los etíopes.

Navegaron otra semana hasta alcanzar una aldea de pescadores que les pareció a propósito para cambiar de barquero.

Huevazos aprovechó para dar una vuelta por la ribera de pescadores y regresar con unas cuantas percas y con un par de tigradas tilapias.

—El pescado está tirado, pero las mujeres no me veas cómo se resisten —comentó mientras preparaba los espetos.

—¡No habrás dado ningún espectáculo! —lo reprendió Lucas.

—¿Por quién me tomas, por un salido?

—Pues, francamente, sí.

El escudero iba a replicar cuando apareció un grupo de vociferantes aldeanos que reclamaban la cabeza del escudero.

Beaufort se las vio y se las deseó para calmarlos. Alegó que el criado, que había invitado a fornicar a la mitad de las aldeanas, era un pobre loco con el juicio trastornado, motivo por el cual solían traerlo atado, pero que aquella mañana se había escapado de sus ligaduras. Cuando por fin consiguió calmarlos y se fueron, se encaró con Huevazos.

—En adelante no irás solo a ninguna parte, ni siquiera al mercado, y obedecerás al que vaya contigo. ¿Has comprendido?

Huevazos se encogió de hombros.

Ese día, la comida no le salió tan suculenta como de costumbre.

Prosiguieron río arriba. Bandadas de blancas garzas surcaban el cielo mientras las riberas se deslizaban monótonas. Las escenas cotidianas de hortelanos labrando los campos se fueron distanciando hasta desaparecer. Como en Castilla, pensaba Lucas, hacían falta colonos y cartas francas para poblar y roturar nuevas tierras. El muchacho, a veces, soñaba

despierto. Se veía en uno de aquellos campos llevando una existencia apacible, excavando acequias para el riego, injertando los frutales, recogiendo las cosechas, viendo crecer sus hijos robustos y guapos al lado de Aixa que, en su sueño, era su esposa.

—¿Cuántos días nos quedan hasta el Atbara?

El Atbara era el punto de confluencia entre los dos Nilos. Allí terminaba el poder del califa.

—Unas dos semanas al paso que llevamos —dijo el barquero.

Dos semanas. Beaufort dudó que pudieran escapar durante tanto tiempo de las patrullas del sultán, pero se abstuvo de compartir sus temores. Por otra parte albergaba cierta esperanza. Quizá el buen Dios los había escogido para restaurar el Temple y devolverle sus días de esplendor. Contemplaba con preocupación las orillas y a menudo volvía la vista para comprobar si alguna embarcación los seguía. No había rastros de patrulla, sólo pacíficos riancheros llevando y trayendo mercancías.

47

La patrulla terrestre, diez hombres escogidos al mando del sargento Mutar, dio con la pista de los fugitivos al décimo día de viaje, pasada la posta de Tuna al-Yebel. El sargento hizo sus averiguaciones en el mercado de la ribera.

—Ayer estuvieron aquí —reconoció el interventor de abastecimientos—. Compraron carne, pescado, frutas y mijo, y contrataron una falúa rápida para ir río arriba. Tenían mucha prisa.

Esa noche, la patrulla acampó cerca de Anteópolis, al amparo de unos árboles. Quemaron en la hoguera tripas de ibis para ahuyentar a los mosquitos, bebieron cerveza de cebada, corearon un par de canciones obscenas, celebraron, ya en la cama, el cotidiano certamen de cuescos y se quedaron dormidos. A Lotario le había correspondido la tercera vela. Dejó transcurrir unos minutos para cerciorarse de que todos dormían y entonces se acercó a Mutar, que resoplaba arrebujado en su capote militar, profundamente dormido. Con movimientos cautos, Lotario desenvainó la daga y se acuclilló junto al sargento. Le puso la mano en el hombro y lo sacudió, despertándolo a medias.

—¿Qué sucede? —preguntó volviéndose. En cuanto mostró la garganta, Lotario lo degolló de un tajo limpio y profundo.

—Ya te dije que no llegarías a oficial —le susurró al oído mientras le sujetaba las piernas para evitar que sus estertores despertaran a los durmientes.

Después degolló al resto de la patrulla, uno tras otro, comenzando por los veteranos. Cuando acabó con todos, terció los cadáveres sobre los inquietos caballos sin darse un respiro y transportó la macabra carga hasta la orilla. Allí hizo un hueco en la espesura del cañaveral, cerca del agua, y amontonó los cuerpos al alcance de los cocodrilos, como había hecho días atrás con la patrulla del sargento Takla. No obstante, esta vez prefirió no degollar a los caballos. Ató a los animales de reata, recogió el hato, remontó el Nilo a buen paso y se emboscó en una espesura hasta la hora del calor, pasado el mediodía, cuando nadie circulaba por los caminos. Entonces abandonó el cañaveral, cruzó los campos de forraje y se internó en el desierto. Al tercer día se cruzó con un grupo de mercaderes de sal, esperó a que se perdieran de vista y liberó a los caballos, reservándose los dos mejores para la monta y la impedimenta.

Regresó al Nilo aquella misma noche y al amanecer entró en la plaza de una aldea

polvorienta. En la barbería, donde los hombres del pueblo hacían tertulia, indagó sobre el paradero de los templarios.

—¿Tres hombres y dos muchachos? —intervino uno de los parroquianos—. Sí, ayer le alquilaron el falucho a mi sobrino. Pagan bien y tienen prisa. Creo que van a la isla Elefantina, donde tienen un pariente.

—¿Y a cuánto estamos de esa isla?

—A dos días.

A cincuenta kilómetros río arriba, Huevazos había preparado un guiso exquisito que todos comieron con avidez, e incluso repitieron.

—Me recuerda la carne blanca, tierna y estupenda del pollo de Arjona —dijo Lucas rebañando el plato—. Un pollo es un pollo en todas partes —razonó—. Porque esto que hemos comido era pollo, ¿verdad, Roque?

—Pues a mí me ha sabido más bien a langosta o a buey de mar —intervino Beaufort sacándose una brizna de entre los dientes—, aunque de sabor más recio que los que se pescan en las costas de Francia. Supongo que, como el Nilo es tan ancho, subirán a criar a estos cañaverales.

Huevazos se abstuvo de opinar, pero pretextó una necesidad fisiológica para visitar el cobertizo trasero y recoger la piel de cocodrilo que había puesto a secar. Había guardado el guiso sobrante en manteca, lo que aseguraba carne para varios días, *y* no quería que su clientela sintiera escrúpulos del reptil.

En Qasr atravesaron una zona pantanosa con altos cañaverales de papiro en los que pululaban serpientes acuáticas de, carnes delicadas y firmes. Espesas nubes de moscas los acosaban de día y los mosquitos les impedían conciliar el sueño de noche. Aixa estaba tan agotada que tenían que detenerse frecuentemente para que descansara.

—A este paso nunca llegaremos al lago —pronosticó Huevazos.

—Tenemos dos opciones —reflexionó Beaufort—: remontarnos nuevamente al desierto, donde corremos el peligro de caer en manos de los nómadas rebeldes, o proveernos de una embarcación y seguir por el río. Pero esta parte del Nilo está poco poblada y la policía fluvial daría con nuestra pista inmediatamente.

Al día siguiente atravesaron unos campos de labor y avistaron una mísera aldea de chozas. Beaufort y Huevazos se acercaron a comprar vituallas.

La aldea parecía desierta. Toda la gente estaba reunida en una plaza polvorienta frente a la casa del alcalde, de la que salían los aullidos lastimeros de las plañideras.

—¿Qué ocurre?—le preguntó Beaufort a uno de los aldeanos.

—Una desgracia tremenda, sidi. El hijo y sucesor de nuestro amo y alcalde se está muriendo.

Otros vecinos lo informaron del caso. Un muchacho de catorce años al que una inflamación de garganta estaba ahogando. Era una enfermedad conocida que los médicos de Tebas sabían tratar, pero hacía una semana que los mensajeros salieron a buscar un médico y no habían regresado.

—¿Alguien puede vendernos pan?—preguntó Huevazos.

El aldeano dirigió al forastero una mirada severa.

—Hace cuatro días que no amasamos pan.

Huevazos reparó en que los aldeanos tenían la cabeza cubierta de ceniza.

Regresaron a la linde de los campos, donde los esperaban Vergino y Aixa.

—Me parece que vamos a tener que seguir comiendo cebollas y tallos de cañas —dijo Huevazos.

Beaufort les explicó lo de la enfermedad del hijo del alcalde.

—Creo que es garrotillo —dijo Vergino—. Quizá pueda curarlo si no es demasiado tarde.

Fueron a la aldea y los dos templarios se adelantaron hasta la casa del alcalde. El mayordomo había salido a explicarle al pueblo la evolución de la enfermedad.

—Soy médico, buen hombre —le comunicó Vergino—. Dile al alcalde que me deje ver a su hijo.

El mayordomo entró con el recado y al instante volvió a salir acompañado de un hombre bajo y gordo, con los ojos hinchados por el llanto.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Sólo soy un viajero que atraviesa tus tierras —respondió Vergino—. Hace treinta años que soy médico y quizá pueda ayudar a tu hijo.

—Pasa, buen hombre —dijo el alcalde tomándolo de la mano— Si salvas a mi hijo, todo lo que tengo será tuyo.

La casa era espaciosa y limpia, con las paredes blanqueadas y decoradas con cenefas azules. Las habitaciones estaban llenas de mujeres, que se turnaban en las lamentaciones y los aullidos, con excepción de la del fondo, donde el muchacho yacía sobre el lecho de su padre, una cama enorme donde habían nacido y muerto varias generaciones de alcaldes. El muchacho estaba extremadamente delgado y consumido por la fiebre. Tenía los ojos apretados y apenas respiraba, salvo el débil silbido que brotaba de la boca abierta y reseca.

Vergino ordenó abrir la ventana y traer luces. Le bastó examinarle la boca y palparle delicadamente la garganta y la nuca.

—Es garrotillo —murmuró incorporándose. Y dirigiéndose al atribulado padre, inquirió—: ¿Hay en este pueblo un herrero?

—¿Un herrero? Sí, sidi, hay un herrero.

—Que venga inmediatamente y que las mujeres dejen de alborotar y preparen agua caliente, frazadas de lino, manteca y paños. También necesitaré cuerdas para atar al enfermo.

—¿Cuerdas? ¿Atar al niño? —preguntó el padre con aprensión.

—No tenemos tiempo que perder, hombre. Haz lo que te digo.

El alcalde salió a dar las órdenes pertinentes.

Compareció el herrero, un hombre robusto y tiznado, con el delantal de cuero de su oficio.

—Necesito un brasero con fuego vivo y un hierro que mida un palmo, más o menos, y sea fino como el meñique de una niña.

—¡Oír es obedecer! —exclamó el herrero, y salió a por lo que se le pedía.

La operación duró media hora. Con ayuda de unas tenazas, Vergino curvó adecuadamente la vara de hierro y después inmovilizó al muchacho mientras el hierro se ponía al rojo en el brasero. Lo más delicado fue sujetar la lengua con una cuchara mientras introducía el hierro candente en la garganta y rasgaba el velo mucoso que estaba ahogando al enfermo. Puso sumo cuidado en no tocar las cuerdas bucales, para no dejar mudo al paciente.

El muchacho se desmayó. Al terminar la operación, Vergino le aplicó en la inflamada garganta emplastos de mandrágora machacada y cocida en eneldo dulce.

—Ahora hay que dejarlo dormir hasta que se despierte.

El angustiado padre le puso al enfermo una mano delante de la boca y percibió la salida del aire. El pecho ascendía y descendía al ritmo de la respiración, los pulmones se llenaban otra vez.

El alcalde se arrodilló delante de Vergino.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó besando las manos que habían salvado a su hijo—. Mi persona y mi casa te pertenecen. Pídeme lo que quieras.

—Sólo necesito tu hospitalidad.

—Has ganado mi amistad y la de los míos hasta la muerte —insistió el alcalde—. Pide

algo más.

—Nada más. Te agradeceré que nos alimentes a mí y a mis amigos porque extraviamos el camino hace varios días y estamos desfallecidos.

El alcalde se dirigió a las plañideras y les dijo:

—¡Cese el llanto porque el médico ha operado al niño y lo ha salvado! Encended el homo y hornead pan para alimentarlos. —Y dirigiéndose al mayordomo le ordenó—: Mata dos corderos para mis invitados y cuatro ovejas para toda la aldea. Trae un serón de higos secos y medio de nueces, manteca y frutos frescos en abundancia, porque gracias a la misericordia de Alá el día de la aflicción se ha tornado en gozo y quiero que todos los que se han desgarrado la camisa y lacerado el pecho se regocijen ahora conmigo.

—¡Oír es obedecer! —exclamó el mayordomo sin ocultar su satisfacción.

No era para menos. El alcalde era rico y sólo tenía aquel hijo.

—Visité a un médico eminente de Tebas —le explicó a Vergino—, pero me quitó todas las esperanzas. «Tu mujer no tendrá más hijos», me dijo. «¿Quiere usted decir que lo hemos estado haciendo todas estas noches para nada?, le pregunté. Y me respondió: «Eso es lo que hay. La ciencia no puede hacer nada más por ti, todo está en manos de Alá.»

En la plaza, las mujeres ululaban de gozo y los aldeanos rodeaban a los forasteros y rivalizaban por agasajarlos. Las viejas tocaban a hurtadillas la ropa de Vergino, como solían hacer con los hombres santos.

Huevazos, después de comer hasta la saciedad, con gran admiración de los demás comensales, anunció que necesitaba dormir la siesta, y aceptó la invitación de una viuda joven de opulentas caderas que le había sostenido la mirada durante el banquete.

Vergino había dispuesto que dos mujeres se turnaran para aplicarle compresas frías al enfermo. Al caer la tarde lo reconoció nuevamente y comprobó que la fiebre había remitido. Lo cubrió con una sábana y ordenó que lo dejaran dormir. AI día Siguiente, el muchacho abrió los ojos y sonrió. Vergino le prohibió hablar hasta que pasaran otros dos días y dispuso que lo alimentaran con leche de camella melada y jugos de frutas. También permitió que sus amigos y los amigos del alcalde lo visitaran e incluso que lo transportaran a la ribera del Nilo en una silla de mano para que se distrajera.

A los cuatro días, el muchacho pudo hablar con normalidad. Vergino fue a ver al alcalde y le anunció:

—Tenemos que partir.

—Estoy en deuda con vosotros —dijo el alcalde—. ¿Qué puedo hacer?

Vergino le habló del jeroglífico de San Baudelio por el que se orientaban para llegar a la meta de su peregrinación. Después del oso, que representaba a Sudán, no tenían idea de adonde dirigirse. Las figuras siguientes eran un ciervo al que daba caza un arquero y un caballero que cazaba conejos con ayuda de varios lebreles. Finalmente había un halconero.

—El paraíso —dijo el alcalde.

—¿Cómo dices?

—El paraíso. Una antigua leyenda que cuentan los viejos asegura que una boca del Nilo conduce al infierno y otra al paraíso. La que conduce al infierno es el Nilo Blanco; la que conduce al paraíso, el Nilo Azul. En el camino del infierno hay dos animales que cazan al hombre: el cocodrilo y el león; en el del paraíso, los dos animales que caza el hombre, el ciervo y la liebre, y el animal amistoso que caza en el aire, el halcón.

Vergino comprendió el sentido de las pinturas de San Baudelio: el camino del Arca remontaba el Nilo Azul hasta el halconero. Ése sería el fin de la peregrinación, el santuario del Arca, suponiendo que el Arca estuviera en el mismo lugar en el que la vio el que compuso el jeroglífico de San Baudelio.

Vergino miró al alcalde y le tomó las manos agradecido.

—Ahora, amigo mío, necesitaremos una embarcación y, si es posible, riancheros

expertos que la manejen, además de provisiones para el viaje.

—Todo lo que tengo os pertenece —respondió el alcalde—. Os proporcionaré cuanto necesitáis. No hace falta que os diga que a vuestro regreso encontraréis aquí vuestra casa.

Aquella noche, Beaufort acompañó a Vergino en su paseo, Llegaron silenciosos al embarcadero y tomaron asiento en un tronco caído.

—¿Tienes idea del lugar a donde nos dirigimos? —preguntó Beaufort—. ¿No será todo una quimera, una ensoñación de estas gentes?

Vergino negó con la cabeza.

—No, no creo que lo sea. —Se abismó en sus pensamientos por un momento y luego prosiguió—: Los egipcios creen que no es posible alcanzar las fuentes del Nilo, pero algunos templarios llegaron a ellas hace noventa años. Todos perecieron salvo uno, Balduino de Saint Mere, que regresó para contarlo, aunque pocos le concedieron crédito porque había perdido el juicio a causa de los sufrimientos. En todos estos años de estudio y cavilaciones en la torre Áurea he encontrado pistas de lo que ahora nos dicen estas gentes sencillas, pistas que, me es penoso reconocer, a veces tomé por simples leyendas. En el libro del Génesis, en las Escrituras, en el capítulo segundo, versículo trece, se habla del gran río que circunda toda la tierra etíope. Ahora me doy cuenta de que se refiere al Nilo. Por otra parle, un geógrafo pagano muy antiguo menciona también el Nilo Azul y dice que nace en un gran lago de Etiopía, el lago Pseboe. Existe también un geógrafo romano, que vivió tres generaciones después de Cristo, Claudio Tolomeo, que señala la existencia de un lago, al que llama Coloe. En Esquilo, finalmente, se menciona el «lago de tonos cobrizos que es la joya de Etiopía».

—¿Vamos a esa tierra que llaman Etiopía?

—Eso parece —corroboró Vergino—. Vamos a un país que visitaron los antiguos griegos. Luego el mundo se olvidó de él y él se olvidó del mundo.

A la luz de la luna, Beaufort percibió el paso de lo que le pareció una nave desarbolada y náufraga, un árbol de largas hojas que el Nilo arrastraba pesadamente entre un cortejo flotante de cañas y ovas. La primera señal de aquella incógnita tierra etíope, a la que marcharían en cuanto amaneciera, le pareció cargada de malos presagios.

El pueblo entero bajó al embarcadero a despedirlos entre cantos y júbilo. Los aguardaba una falúa capaz, aparejada con amplia vela, y dos tripulantes experimentados. A bordo, en odres y orzas, llevaban tasajo de pez ahumado, frutos secos y frescos y provisión de tortas de harina.

Media docena de viudas lloraron desconsoladamente la marcha de Huevazos y algunas casadas también, aunque más discretamente.

Se acomodaron a bordo, los riancheros impulsaron la barca con sus largas pértigas y la vela desplegada acogió la suave brisa ascendente. En el muelle, las aldeanas prorrumpieron en un alarido de despedida y el alcalde y su hijo, ya completamente restablecido, les dijeron adiós con la mano.

Dos días después, una embarcación de la policía fluvial llegó a la aldea. El sargento que iba al mando fue a ver al alcalde.

—Estamos buscando a un grupo de cuatro francos que han secuestrado a una muchacha —informó—. ¿Tienes noticia de ellos?

—¿Cuatro perros cristianos? —se extrañó el acalde—. ¿Una muchacha secuestrada?

—Sí. Iba a casarse con el general Zobar Teca y la secuestraron

El alcalde reflexionó.

—Es terrible arrancar a una novia de los brazos de su marido sin darle tiempo a saborear el plato más dulce que nos reserva la vida. Permíteme que interrogue a mi mayordomo.

El alcalde fue a exponerle el caso al mayordomo y regresó con él al cabo del rato.

—Parece que mi mayordomo puede darte noticia de esos forajidos.

—¿Buscas a cuatro hombres, tres hechos y derechos y un muchacho robusto, aunque algo alelado? —Ésos son —corroboró el sargento.

—¿Y una muchacha alta y suculenta que los acompaña con grandes muestras de pesar?

El sargento titubeó al oír lo de grandes muestras de pesar, pero tampoco podía negarlo.

—Sí. Ésos deben de ser. ¿Dónde están? —Sólo Alá sabe dónde se encuentran —replicó el mayordomo—. Yo lo que te puedo decir es dónde estaban hace cuatro días.

—¿Cuatro días? —se extrañó el sargento—. Creía que no nos llevaban tanta ventaja.

—El miedo pone alas en los pies —sentenció el mayordomo.

—Son ágiles y caminan rápido —corroboró el alcalde.

—¿Y dónde estaban?

—¿Conoces el Buhen? —inquirió el mayordomo.

—No conozco tal lugar.

—Bien, bajando el Nilo, a una jornada de distancia, encuentras el embarcadero de Buhen. De allí parten tres caminos: uno que baja el Nilo; otro que lo remonta, y un tercero que cruza los sembrados y los palmerales y se interna en el desierto atravesando primero el manglar, luego el pedregal y luego el arenal. A tres días de distancia encontrarás las fuentes de Bersa y un oasis con huertas, tamarindos y palmeras.

—¿Tan lejos han llegado?

—Allí fue donde los vi —indicó el mayordomo—. Estaban comprando camellos.

—¿Comprando camellos? —se extrañó el sargento—. ¿Para que demonios estaban comprando camellos? ¿Es que pensaban meterse por el desierto?

—¡Que Alá conserve esa inteligencia nada común que te ha dado! —dijo el mayordomo—. Tu deducción es enteramente lógica. Auguro que harás carrera y algún día te veremos de general.

El sargento sonrió por el halago y se volvió hacia sus hombres

—¿A qué esperáis, hatajo de haraganes? ¡Regresad a la falúa, que tenemos que desandar el camino! Los rumíes fugitivos están en el desierto. ¡Esta vez no se nos escaparán!

Iba a retirarse cuando se volvió para preguntar al alcalde y a su mayordomo.

—Por cierto, ¿habéis visto alguna patrulla del ejército?

Los dos hombres se miraron y negaron al unísono.

—Es que salieron con la misma misión, explorando las dos riberas del gran río —explicó el sargento—. Y no se ha vuelto a saber de ellos.

—El río es grande —comentó el alcalde con un gesto fatalista, como si dijera: «Todo está en manos de Alá, el prudente, el misericordioso.»

El sargento se dirigió a sus hombres:

—¡Todos al barco! Conseguiremos caballos en el cuartel de Zabin y alcanzaremos a los fugitivos en el desierto.

48

Caía lenta la noche y las copas de los sicómoros y el cañaveral se recortaban sobre el fondo púrpura del crepúsculo. En torno a la hoguera, los porteadores cantaban una salmodia triste. Huevazos había encendido otra hoguera más lejos del Nilo dormido, junto a las

ruinas del oratorio.

Vergino terminó sus oraciones, regresó junto a sus compañeros y tomó asiento. Se hizo un silencio prolongado.

—Dice el guía que mañana llegaremos al río Atbara.

—¡Otro río! —suspiró Huevazos—. ¡No teníamos bastante con éste!

Lucas le dirigió una mirada desaprobadora.

—Para llegar al lago Tana tenemos dos caminos —expuso Vergino—: continuar el Nilo o seguir el Atbara y hacer un pequeño tramo terrestre, una semana o así. El Atbara es más corto. Ahorraremos por lo menos quince días.

—En ese caso será mejor el camino más corto —dijo Beaufort—. Debemos reservar fuerzas para el regreso y, por otra parte, al regreso traeremos... más impedimenta.

A medida que se acercaban al objetivo le costaba más no pronunciar la palabra Arca. También el carácter de Beaufort se iba ensombreciendo. Hablaba menos y frecuentemente buscaba la soledad. El misterio pesaba sobre él como un fardo.

Al día siguiente, a media mañana, alcanzaron el punto donde el Atbara descargaba sus aguas claras sobre el limoso Nilo. En la horquilla de las dos corrientes había una aldea de pescadores que hablaban un extraño dialecto. Los riancheros anduvieron discutiendo con ellos y al final consiguieron convencer a un patrón para que transportara a los falsos peregrinos río arriba.

Aquella misma tarde, los riancheros transbordaron las vituallas a la falúa del patrón, cargaron la suya con unos fardos de pescado seco y se despidieron después de solicitar la bendición de Vergino, el hombre santo.

Los falsos peregrinos tardaron dieciocho días en remontar el Atbara. Pernoctaban en aldeas de pescadores y madrugaban para aprovechar las brisas de poniente. A la caída de la tarde, el patrón arrimaba la falúa a la playa fluvial para que Huevazos cazara alguna de las extrañas aves que poblaban la arboleda. Tras la cena remontaban nuevamente el río hasta la aldea más próxima. Aunque habían penetrado en territorio etíope, las míticas tierras de un emperador cristiano llamado el Preste Juan, nunca vieron soldados ni policías.

Cuando llegaron al punto donde el Atbara se encajaba entre dos montañas y era demasiado tumultuoso para navegado, el patrón se despidió después de ajustarles un guía indígena y media docena de porteadores que los acompañarían por tierra hasta el lago Tana. Fue un viaje agradable, por sendas umbrías, entre espesos bosques de Jacarandas. Aixa y Lucas recogían frambuesas y frutas silvestres con las que ella preparaba estupendos pasteles que cocía en el rescoldo de la hoguera.

49

Lotario de Voss penetró en la aldea con el caballo de reata y se dirigió directamente a la plaza. Vestía ropas civiles y se hacía pasar por comerciante, pero viajaba de noche para esquivar las patrullas del califa. Había perdido la pista de los falsos peregrinos, pero su instinto le decía que estaba a punto de recuperarla.

El alcalde estaba atendiendo a unos hortelanos en el porche de su casa. Vio llegar al forastero y envió a un criado a interesarse por él.

—Soy de Granada, la última tierra musulmana de Occidente —explicó Lotario—. Estoy buscando a un grupo de compatriotas míos, dos hombres talludos y dos mancebos que viajan en compañía de un criado. Uno de ellos es mi hermano.

El alcalde, al oír lo del parentesco, bajó los tres peldaños del porche y abrazó al forastero con grandes muestras de contento.

—Da gracias a Alá que te ha enviado a nuestro pueblo porque tus parientes pasaron por aquí hace una semana y el mayor de ellos le salvó la vida a mi hijo. Os debemos gratitud para el resto de nuestros días.

Y mandó matar un cordero para agasajar al forastero e invitó al banquete a sus allegados.

Después de las sopas, el asado y los dulces de piñones y miel, cumplido el ritual de los eructos, Lotario manifestó su propósito de proseguir el camino, pues estaba impaciente por reunirse con los suyos.

—Amigo y hermano. ¿Verdaderamente piensas que somos tan desagradecidos que te permitiremos partir como si fueras un extraño al que se ofrece agua y luego se le da la espalda? declamó el alcalde—. ¡Nada de eso! Pasarán generaciones bajo la estrellada bóveda y se sucederán miles de veces las estaciones del zodíaco y nuestros huesos no serán más que polvo en el polvo y yo todavía seguiré agradecido a lo que tu hermano hizo por mi hijo. Tus desvelos en tierra extraña han concluido.

Mañana pondré a tu disposición una falúa regida por un rianchero experto que te llevará río arriba hasta que encuentres a tus parientes. Duerme tranquilo esta noche.

Una semana después, la falúa que transportaba a Lotario de Voss se cruzó con la que había llevado a los falsos peregrinos, que regresaba, y el teutón supo que los templarios habían desembarcado y se dirigían al lago Tana. Aquella noche le costó conciliar el sueño. Sentía que el Arca, que alguna vez le pareció un sueño absurdo, comenzaba a cobrar consistencia. ¿Y si después de todo era cierto que existía un objeto cargado de potencia mágica? Quizá podría rescatar a su hermano y cumplir sus sueños bizantinos e imperiales, no a cambio del Arca, sino por medio de ella. Cavilando estas cosas se quedó dormido mientras el Nilo fluía a sus pies como una enorme serpiente oscura.

50

Los falsos peregrinos llegaron a Gonder, al norte del lago Tana, cuando amanecía.

—Ésta es Makeda, la montaña de Saba —dijo el guía—. Aquí viven los judíos.

El mítico reino de Saba eran unas chozas miserables de barro, con techo de paja, diseminadas entre gallineros y corrales. En la parte más alta de la aldea había una especie de granero alargado y al lado, protegida por una pequeña corraliza, una acacia tan vieja y desmedrada que parecía a punto de desplomarse. Las guedejas de lana y cintas de colores que adornaban, sus ramas constituían la única nota alegre del lugar más desolado del mundo.

Vergino, decepcionado, se detuvo a tomar aliento. Así que aquél era el santuario donde Dios había aguardado durante más de mil años antes de manifestarse. Quizá era lo que la divina voluntad deseaba. Quizá la cristiandad se había equivocado levantando magníficas catedrales de piedra para honrar al que predicó la pobreza, el que decía: «Vende cuanto tienes y dáselo a los pobres»; quizá él, Vergino, el erudito que había pasado la vida refugiado en la torre Áurea, había incurrido en un pecado de soberbia; quizá el conocimiento era una cascara vacía frente a la simple verdad de un Dios que habitaba entre modestas chozas de barro.

—Hermano —le dijo Beaufort sacándolo de su ensimismamiento—, ¿no deberíamos

proseguir?

—Sí, claro —murmuró Vergino—. Ya casi hemos llegado.

Descendieron la pendiente y entraron en la aldea. Un reguero de desperdicios y estiércol bajaba por el centro de la calleja hacia las huertas. Varios aldeanos tocados con gorros de lana, de los que escapaban rizos hebraicos, acudieron a recibirlos y los condujeron hasta el *wambar,* el sacerdote y jefe de la comunidad, un hombre de mediana edad, robusto, con la barba negra y brillante y la mirada franca y hospitalaria.

—¿Cristianos de más allá del Nilo? —se asombró—. Habéis hecho un largo viaje.

—Hemos cruzado el mar para adorar el Arca de la Alianza.

El *wambar* asintió en silencio y les ofreció asiento en el banco corrido. Cuando todos se hubieron acomodado palmeó un par de veces y aparecieron varias muchachas bien parecidas que ofrecieron a los recién llegados pan, agua y sal. A una señal del patriarca se retiraron cuchicheando y riendo.

Comieron pan espolvoreado de sal y bebieron agua. El *wambar* explicó la historia de su pueblo:

—Mi pueblo desciende de los judíos que trajeron el Arca a África. Nos hemos acostumbrado a vivir entre los cristianos etíopes, pero la verdad es que no tenemos mucho trato con ellos. Los etíopes nos desprecian a causa de nuestra pobreza, nos llaman *quemant, o* sea, paganos, pero nuestra religión es más antigua que la suya, dicho sea sin faltar al respeto a los presentes. Vosotros llamáis a Dios Yahvé y nosotros lo llamamos Yeadara, que es un nombre más antiguo aún para el mismo Dios. Hace mil años —prosiguió el *wambar*—, toda Etiopía era judía. Entonces llegó un sirio llamado Frumencio que convirtió al cristianismo al rey Ezanas, y con él a todo el país, excepto a nosotros, los descendientes de los judíos.

—¿Y vuestro templo?

—No tenemos templo, sólo esa acacia que ves ahí. En ella adoramos a Yeadara.

Vergino asintió asombrado.

—El judaísmo que profesáis es incluso anterior al rey Salomón. En las Escrituras, en el capítulo 21 del Génesis, Abraham planta un tamarisco e invoca a Dios en él. ¿También realizáis sacrificios?

—Sí. En lo alto de aquel cerro hay dos *masseboth* donde, por Pascua, sacrificamos corderos.

—¿Dos *masseboth?*

—Son dos fustes de piedra —explicó el *wambar*—. Nuestra religión no precisa de altares magníficos.

Vergino comprendió. Encastillados en un medio hostil, despojados de todo, aquellos judíos habían aprendido a vivir en la simplicidad inalterable de una doctrina remota que nadie podía arrebatarles. Pero entonces ¿y el Arca, revestida de oro?

—El principal motivo de nuestro viaje es el Arca de la Alianza —dijo Vergino.

El *wambar* movió la cabeza como si aquellas palabras sólo vinieran a confirmarle una obviedad.

—El Arca permaneció aquí durante ochocientos años, en una tienda que se alzaba donde está la acacia sagrada, pero cuando el rey Ezanas se convirtió al cristianismo nos arrebataron el Arca y la llevaron a otra parte. Tendréis que buscarla en el lago del Ciervo.

—¿El lago del Ciervo? —interrogó Beaufort.

—El lago Tana —aclaró el guía—. Está a varios días de camino.

Una semana después avanzaban en fila bajo la tupida bóveda vegetal, en una atmósfera húmeda, bañados en sudor. El estruendo de la pajarería entre los árboles era tan grande que tenían que gritarse al oído. Zumbaban los insectos y las fragancias de las flores tropicales se mezclaban con el olor a tierra húmeda y a vegetación putrefacta. Desde el río

les había parecido el paraíso, pero visto más de cerca resultaba sofocante, aunque las serpientes que se deslizaban entre las ramas y por el suelo mullido y alfombrado de hojas muertas y humus parecían pacíficas.

El guía se volvió hacia Beaufort, al que espontáneamente había tomado por el jefe de la expedición, y le gritó *«Tissisat»*, al tiempo que señalaba al frente y se tapaba los oídos como si el ruido fuera insoportable.

No entendieron nada. El guía sonrió y siguió adelante. Sin embargo, a medida que progresaban, fueron entendiendo lo que había querido decir, pues un rumor, como de millones de voces, iba creciendo sobre el fondo de los gritos agudos de los pájaros, hasta que finalmente sólo se oía el estruendo, como si las aves hubieran enmudecido. El guía se volvió nuevamente hacia los rostros preocupados que lo seguían. Sonrió y volvió a repetir: *«Tassili, Tassili»*, pero ya sólo pudieron percibir el movimiento de sus labios. El ruido lo empequeñecía todo: la selva, los animales y el calor pegajoso y húmedo.

Temblaba la tierra bajo los pies como si un titán golpeara el subsuelo con sus puños. Ascendieron hasta una eminencia rocosa y cuando ganaron la cima quedaron sobrecogidos por el panorama que se extendía a sus pies: una montaña gris cubierta de musgo brillante desde cuya cima se precipitaba una potente catarata que iba a perderse en una enorme nube de agua en suspensión. Un mundo blanco, espumoso y líquido engastado en un universo verde lujuriante de altas montañas cubiertas de jungla. Arriba, asomando tímidamente entre el verdor y el agua atomizada, el cielo azul cobalto sostenía los colores de un arco iris tendido sobre el vacío. El aire estaba surcado de toda clase de aves en nervioso vuelo.

—Verdaderamente éste es el paraíso —murmuró Vergino hincándose de rodillas—. ¡Gracias, Dios mío, por traerme a este templo sin muros antes de morir!

Lucas agarró fuertemente la mano de Aixa, que se había cubierto la boca con el velo, señal inequívoca de que estaba asustada. Beaufort y Huevazos contemplaban la catarata con ojos espantados pero mantenían la compostura. El guía se mostraba regocijado y saltaba de peña en peña sobre el suelo mojado, gritando explicaciones ininteligibles.

Descendieron del alcor y, dejando atrás la catarata y su húmedo estruendo, prosiguieron la marcha por un sendero abierto entre la espesa vegetación. Siguiéndolo caminaron durante dos horas hasta que divisaron, sobre la cresta de una cortada, unas casuchas de adobe y pizarra.

—*Tissisat* —dijo el guía señalando las construcciones—, que en la lengua de los etíopes significa «agua humeante».

La tierra era rojiza y la vegetación de un verde intenso, aunque los arbustos tropicales de flores amarillas y plantas menores sucedían a los árboles, incluso en los claros de la montaña se' veían parcelas cultivadas y algunas cercas de piedras. El camino se estrechó al rodear una gastada montaña, y de pronto, tras un recodo, fue a dar en un cimbreante puente de madera que salvaba una garganta cortada a pico.

El notable de la aldea, un anciano con el rostro negro surcado de profundas arrugas y que llevaba al cuello una gran cruz de plata, los informó de su doble condición de alcalde y sacerdote y les dio la bienvenida, ceremoniosamente, con agua de frutas. Los viajeros bebieron de muy buena gana y permitieron que un acólito los sahumara para espantar los malos espíritus.

Pasaron a la cabaña comunal con los notables del poblado, que les hicieron muchas preguntas sobre los higuerales y las fuentes de al-Andalus, que habían oído ponderar. Vergino respondió como mejor supo y se interesó a su vez por el nacimiento del Nilo.

—Encontraréis el lago Tana a una jornada de camino siguiendo el sol —explicó—. Cuando Etiopía era el paraíso, Adán cazaba ciervos en el lago, por eso se llama así, el lago de los ciervos. Es un lago sagrado, un gran mar interior del que nace el Nilo Azul.

Vergino y Beaufort se miraron. En el jeroglífico de San Baudelio, un cazador a caballo

perseguía a un ciervo. Así que el paraíso no estaba en el río, como creyeron, sino en el mismo corazón de Etiopía. Se acercaban al Arca.

Descansaron unas horas y cuando la tarde refrescó se despidieron del anciano y continuaron el camino hacia el lago entre campos de cultivo, en cuyos linderos crecían Jacarandas.

Aquel día pernoctaron en otra aldea cercana al lago, pero apenas conciliaron el sueño debido a la emoción de llegar a su destino, con la excepción de Huevazos, al que ninguna circunstancia alteraba el sueño tranquilo y roncador. A la mañana siguiente, después de media hora de camino, se abrió ante ellos la luz rosada del primer sol y vieron el lago Tana, una tranquila extensión de agua azul moteada de islas con laderas verdes y escarpadas. Las brumas del fondo impedían ver la otra orilla, pero hasta donde alcanzaba la vista todo era intensamente verde. En las orillas pantanosas crecían espesos cañaverales habitados por cigüeñas, patos, pelícanos, gansos, águilas pescadoras. En las ramas peladas de un enorme árbol seco, que se mantenía obstinadamente de pie, perchaba una pareja de siniestros marabúes, enormes, con sus grandes picos y sus calvas, pero aquella visión no empañaba la belleza del contorno, incluso le ofrecía un contrapunto que la resaltaba.

—Verdaderamente es el paraíso —murmuró Vergino.

—Ahí vivieron Adán y Eva —dijo el guía—. En alguna de las islas. Hay cuarenta y cinco islas habitadas y más de quinientos islotes pequeños.

Un estrecho embarcadero de madera penetraba en el lago una docena de metros. A un lado y a otro flotaban airosas embarcaciones de papiro. Los pescadores preparaban sus aparejos en la playa sombreada de Jacarandas.

—¡Barcas de cañas! —exclamó Huevazos, asombrado. Al guía que los acompañaba le hizo gracia la simpleza del extranjero.

—Son *tankwus* —informó—. ¿Es que en tu tierra no las hay? —¿En mi tierra? —dijo Huevazos—. ¡En mi tierra no hay ni agua!

El anciano sacerdote había señalado que el santuario del lago Tana estaba en la isla de Daga Stéfanos. El guía contrató una *tankwa* que los llevara a la isla. La barca de papiro partió impulsada por dos pares de remos que los pescadores manejaban con pericia. A las dos horas de navegación apareció en el horizonte una montaña verde que surgía del agua.

—Daga Stéfanos —informó el guía, señalándola.

En la parte occidental, donde la isla era menos escarpada, se cruzaron con otra barca que manejaban dos frailes de cabeza rapada y barbas hirsutas. El guía intercambió con ellos algunas frases en el vertiginoso dialecto de la región.

—Arriba está la comunidad —tradujo—. Nos remiten al abad.

Desembarcaron en una pequeña bahía arenosa al pie del acantilado y tomaron un sendero que ascendía zigzagueando hasta la cima de la montaña. Estaba en parte excavado en la roca, a veces en forma de escalones, tan viejos que tenían desgastada por el uso la parte central. Ya había ascendido el sol y comenzaba a hacer calor, pero la sombra de los corpudos plátanos resfrescaba el camino. Alrededor volaban pájaros de diverso colores, sin miedo alguno a la presencia humana. En los recodos había asientos de piedra y capillitas con cruces de madera labrada o iconos de santos.

Ascendieron fatigosamente casi una hora, jadeantes y silenciosos, antes de alcanzar la meseta superior. Siguiendo el sendero se internaron por un espeso bosque que formaba un dosel verde por encima de sus cabezas. De pronto, en la quietud de la mañana, se percibió el sonido cascado de una campana de piedra. Apretaron el paso guiados por el instrumento y divisaron, en un claro de la selva, algunas cabañas circulares.

—Hemos llegado —dijo el guía—. Ésas son las celdas de los monjes.

Un muro bajo de manpostería rodeaba el conjunto. Pasaron por debajo de un arco que parecía a punto de desplomarse. La pequeña explanada empedrada servía de atrio a una

modesta construcción cuadrángulas con las esquinas redondeadas, al lado de una cabaña mayor desprovista de ventanas.

—Ésa es la iglesia —señaló el guía—, y ése el panteón de las momias imperiales.

E1 monje campanero se deslizó ágilmente desde la terraza y se acercó a los visitantes. Era joven, vestía una sotana con lamparones y tenía la cara llena de granos y sucia.

—Son cristianos extranjeros —le explicó el guía—. Vienen del país de los francos y quieren ver al abad.

El monje sonrió, se sorbió los mocos con ruidoso desenfado, les hizo señas de que aguardaran, entró en la cabaña comunal y cerró la puerta detrás de él.

Mientras esperaban, otros monjes de diversas edades, todos con sayales sucios, fueron rodeando a los visitantes con expresión curiosa.

—Parecen amistosos —comentó Lucas.

—Más vale así —dijo Huevazos quien, desde que los vio, acariciaba distraídamente el pomo de la daga,

Se abrió la puerta de la cabaña comunal y salió un monje anciano de barbas largas y venerables, seguido de cinco monjes más jóvenes. Caminó solemnemente hacia los forasteros ayudándose de su báculo.

—¿Sois el abad? —preguntó Vergino en griego.

El monje asintió cerrando los ojos y se irguió con patética solemnidad.

—Venimos del otro lado del mar, del país de los francos —informó Vergino—. Traemos una carta del maestre de la Orden del Temple para el patriarca de Etiopía, el rey sacerdote. Hace cien años, veinte templarios, hermanos nuestros, vinieron aquí. Quisiéramos honrar sus tumbas.

El abad se volvió a uno de sus acompañantes, un hombre aún más anciano que él, al que dos monjes jóvenes sostenían, y le habló rápidamente en un lenguaje desconocido. El anciano asintió y con voz cascada e insegura se internó en un largo parlamento entreverado de jadeos y toses. Cuando terminó, el abad se volvió hacia los visitantes y dijo:

—Esos templarios que decís son los guerreros blancos. En Etiopía los consideramos santos porque ayudaron al rey Lalibela a vencer a los enemigos paganos que amenazaban el reino. ¿Pertenecéis vosotros, por ventura, a la misma comunidad? Vergino asintió.

—En ese caso sois bienvenidos a la tierra de Dios —dijo el abad—. Habéis de saber que no nos hemos olvidado de los guerreros blancos. Cada día se rezan oraciones por los templarios en los monasterios de Etiopía.

—Traemos una carta de nuestro maestre para el rey sacerdote y quisiéramos entregársela personalmente —dijo Vergino—. También quisiéramos rezar ante la tumba de nuestros hermanos.

—Podréis llevar la carta al rey sacerdote y podréis rezar en la tumba de vuestros hermanos. Están en Lalibela, la ciudad santa —repuso el anciano abad en su pedregoso griego.

Vergino tragó saliva. Ahora todo podría echarse a perder. Temía que no supieran de qué estaba hablando o que lo tomaran por loco.

—También quisiéramos rezar ante el Arca de la Alianza —añadió. El rostro del abad se ensombreció.

—Entonces debéis dirigiros a Tana Kirkos y hablar con el patriarca.

—¿Tana Kirkos? ¿Y ese lugar dónde se encuentra?

—Es otra isla y otra comunidad —dijo el etíope—. Están a un día de navegación, hacia occidente. El patriarca os dará la respuesta, si Dios quiere.

Pernoctaron en una de las cabañas. Cenaron sopa de leche agria y cebolla, migada con pan ácimo. Al día siguiente dos monjes jóvenes los acompañaron al embarcadero y se aseguraron de que abandonaban la isla. Desde que preguntaron por el paradero del Arca se

habían vuelto más reservados.

Tana Kirkos era otra isla escarpada y verde, pero en la meseta superior había pequeños huertos y la comunidad parecía más activa. Los monjes, aunque tampoco eran un dechado de limpieza, estaban menos sucios que los de Daga Stéfanos. El anciano abad los recibió en una estancia fresca y oscura, a la luz de unas lamparillas de aceite que iluminaban los muros cubiertos de frescos que representaban santos y escenas bíblicas.

—¿Queréis ver el Arca, el sagrado *tabot?* —sonrió paternalmente—. En ese caso seguidme.

Vergino y Beaufort se miraron perplejos. Así de fácil. Rodeado por su séquito de monjes, el anciano se encaminó hacia la iglesia. El templo estaba oscuro, aunque aquí y allá brillaban lamparitas de aceite a los pies de los santos y las vírgenes pintados en los muros. Discurrieron por un ambulatorio circular hacia otro débilmente iluminado por una solitaria lamparilla Una espesa cortina les cerró el paso.

—Aguardad aquí —ordenó el patriarca.

Y desapareció tras el velo. Lo oyeron trastear, abriendo quizá una alacena de madera, y reapareció al momento con un envoltorio en las manos, una gastada pieza de terciopelo antiguo con bordados de plata deshilachados.

Beso el envoltorio con unción y mostró su contenido. Eran dos tablas de piedra del ancho de una mano y quizá tan largas como un pie, lisas por un lado y algo curvadas por el otro.

—Éstos son los sagrados *tabotat* —declaró. Vergino y Beaufort se miraron perplejos.

—Creo que no nos hemos explicado bien —objetó Vergino—. Lo que estamos buscando es el Arca de la Alianza, el Arca de Dios. Había en el muro frontero un dibujo que representaba un carro de bueyes tirando de lo que, a todas luces, no podía ser más que el Atea: un cajón de regular tamaño con la tapadera adornada con dos ángeles de alas extendidas, todo ello envuelto en una nube y precedido por un hombre coronado que tocaba una lira y danzaba; evidentemente, el rey David.

—Ésta es el Arca que buscamos.

—¡Ah! —El patriarca se propinó un golpe en la frente como si acabara de caer en una obviedad y sonrió. Emitió una prolija e incomprensible parrafada y se apresuró a envolver las tablas y a devolverlas a su sitio. Luego les hizo señas para que lo siguieran. Salieron afuera a través de los oscuros y curvos pasillos y fueron tras él monte arriba, seguidos de un nudoso séquito de jóvenes novicios. A pesar de su edad, el abad ascendió a buen paso por entre las rocas que formaban un zócalo en torno a la cumbre. Era evidente que el sendero, casi invadido por la maleza, se utilizaba raras veces. Un colibrí alzó el vuelo sobresaltado por la presencia de extraños. Otros dos o tres pájaros mayores se limitaron a posarse en las copas de los árboles vecinos para contemplar a los visitantes.

Llegaron a una nave desarbolada y el patriarca buscó entre la hierba unas piedras talladas en forma de columna, con la parte superior ahuecada. Lucas pensó que podían ser abrevaderos para caballos, pero en seguida advirtió lo absurdo de su razonamiento.

—Éste es el lugar sagrado del Arca y éstas son las piedras del sacrificio —dijo el patriarca señalando las piedras ahuecadas—. Aquí se recogía la sangre.

Vergino miró a Beaufort y éste se encogió de hombros con resignación.

—Pero ¿y el Arca? —preguntó Vergino—. ¿Dónde está el Arca?

—Aquí estuvo durante cientos de años —informó el patriarca—. No a la intemperie, sino dentro de una tienda de piel de cabra que se renovaba con frecuencia. Pero los sacrificios se realizaban sobre estas piedras. Lamentablemente, la trasladaron al santuario de Aksum, e hicieron mal porque hace como trescientos años la reina Judita llegó al santuario con la intención de llevársela.

—¿Y qué ocurrió?

—Que los celadores del Arca la habían puesto a salvo un día antes, gracias a Dios. La ocultaron en una isla del lago Zwai. Allí hay hipopótamos. ¿Habéis visto alguna vez hipopótamos?

—Entonces iremos al lago Zwai —dijo Beaufort.

—Sí decidís ir, yo os enseñaré el camino. Es un lugar bello, dicen, con grandes cañaverales y orillas fangosas donde se refrescan los hipopótamos, pero quizá os interese saber que el Arca tampoco está allí.

—¿No acabas de decirnos que la escondieron allí para salvarla de la reina Judita?

—Y es cierto, pero, setenta años después, otro rey descendiente de Judita se convirtió al cristianismo y permitió que el Arca regresara a Aksum.

—El Arca, entonces, ¿dónde está? —suspiró Vergino, resignado.

—Os la he mostrado —respondió el patriarca con una dulce y condescendiente sonrisa—. Son los sagrados *tabotat* de la iglesia.

—Pero ésa no es el Arca que llegó de Israel —objetó el templario.

—Es igual que el Arca —respondió el anciano—. Garantiza la presencia de Dios y la condición sagrada del templo. Por lo demás, existen más de veinticinco mil *tabotat* repartidos por todas las iglesias de Etiopía. El Arca está donde esté cada uno de ellos.

Vergino suspiró.

—Entonces, para aclaramos, ¿dónde se encuentra ahora el Arca?

—El Arca está en toda Etiopía, en los *tabotat.* Huevazos estuvo tentado de expresar su admiración con un silbido. A aquellos locos podría ocurrírseles ahora visitar veinticinco mil lugares. A él le daba igual, con tal de comer caliente cada día, pero al paso que iban se harían viejos antes de encontrar el Arca y probablemente, cuando regresaran a Castilla, todos los que quedaran allí habrían muerto y ninguno de los nuevos se acordaría de ellos.

—Pero lo que nosotros buscamos es el Arca auténtica —explicó Vergino—. Quiero decir, ya sé que todos los *tabotat* son auténticos representantes del Arca, pero nosotros buscamos la caja de madera de acacia dorada y adornada con querubines que construyó Salomón y que sus sucesores trajeron de Israel. El guía sonrió y asintió con la cabeza.

—Esa Arca ya no está aquí. Estuvo en tiempos, pero ya no está.

—¿No es éste Debra Sehel, el monte del perdón? —Lo es, pero el Arca no está aquí —insitió el abad—. O, mejor dicho, está en nuestros *tabotat.*

—Sí; eso ya lo sabemos —repuso Beaufort—; en cada iglesia etíope hay varios *tabotat* que sustituyen al Arca, pero nosotros buscamos la original, la primera, la auténtica.

El anciano les dirigió una mirada recelosa. Había desaparecido la sonrisa condescendiente.

—¿Para qué queréis saberlo?

—Para protegerla —repuso Beaufort sin titubear.

—Está protegida —replicó el anciano.

—A pesar de todo debemos entregar un mensaje del papa cristiano al sumo sacerdote o al custodio del Arca.

Los otros etíopes se miraron. El anciano se encogió de hombros.

—Está bien —concedió—. El Arca original está en Aksum, pero haréis el viaje en balde. Todos los *tabotat* de las iglesias representan el Arca con igual valor.

—Incluso siendo así, queremos ir al santuario para postrarnos ante el Arca.

—No puede rezarse ante ella.

—¿Acaso los cristianos etíopes no le rendís culto?

El anciano pareció escandalizado.

—¡Por supuesto que sí! —replicó—. ¡Es nuestra más sagrada reliquia, pero nadie puede verla ni rezar ante ella sino el guardián del Arca!

—¿Solamente un hombre?

—Solamente un hombre —asintió el anciano—. Cuando está: muy viejo y a punto de morir instruye a su sucesor. Solamente el guardián del Arca la ve. Por lo demás, permanece encerrada en su santuario y solamente se saca en procesión una vez al año, durante el *timkat.*

—¿El *timkat?*

—Es la fiesta mayor. La fiesta en que se sacan los *tabotat* para que bendiga al pueblo.

—¿Y cuándo es el *timkat?*

El anciano sonrió por primera vez.

—Dentro de seis días.

—¿Podremos llegar al santuario del Arca? —preguntó Vergino—. ¿Podremos asistir al *timkat?*

—No será necesario que viajéis hasta el lugar del Arca, —repuso el abad—. El *timkat* se celebra en toda Etiopía. Ese día todas las iglesias sacan en procesión sus *tabotat.* La santidad es la misma que la del Arca, de la que manan los poderes de todos los *tabotat* del reino.

—Sin embargo, los que tienen el Arca misma también la sacan ese día en procesión.

—Sí, la sacan en Aksum.

—En ese caso iremos a Aksum —intervino Beaufort— Hemos hecho un largo viaje solamente para ver el Arca.

El abad sonrió y sacudió la cabeza. Estos guerreros blancos no entienden.

—Aunque vayáis a Aksum no podréis ver el Arca —advirtió—. El Arca sale de su santuario completamente cubierta de paños y envuelta en nubes de incienso porque su poder es tan grande que mata a los que la observan directamente. ¿No habéis leído las Escrituras?

—Sí —respondió Vergino—, pero no sabíamos que ese poder perdurara después de tanto tiempo.

El abad sonrió ante la simpleza que acababa de oír.

—Es el poder de Dios —replicó dulcemente—, es el misterio divino: perdura siempre.

—¿Y el guardián del Arca? —preguntó Beaufort—. ¿Él no siente ese poder?

—Dios, nuestro Señor, permite que el guardián del Arca la vea y siga vivo. Él cuida de ella. Pasa el resto de su vida atado a ella. Jamás puede abandonarla. Vive dentro del santuario y duerme a los pies del Arca. Es su esclavo.

—En ese caso iremos a Aksum.

—Antes os sugiero que vayáis a Lalibala. Sólo os desviaréis un poco del camino y podréis rezar en las tumbas de los guerreros blancos que ayudaron al gran rey a recuperar el territorio.

Aquella noche, Vergino y Beaufort conferenciaron. Quedaban días suficientes para visitar Lalibala y llegar a Aksum a tiempo para el *timkat.* Por otra parte, no les convenía presentarse en Aksum demasiado pronto. Decidieron llegar a la ciudad la víspera de la fiesta, confundidos entre la multitud de romeros que ese día acudirían al santuario.

Al día siguiente despidieron al guía y tomaron el camino de Lalibala entre bosquecillos de tamarindos, sembradíos, huertas y pararnos rocosos. Era un camino muy animado, pues también lo hacían campesinos de la comarca y peregrinos que acudían a la ciudad santa, los ricos a caballo o en asno y los pobres a pie. Muchos llegaban de lejos, para cumplir promesas. Era tierra cristiana, la cruz aparecía por todas partes en las decoraciones de las viviendas y hasta en los bordados que adornaban los atalajes de los animales.

A los tres días llegaron a Lalibela. La ciudad santa constaba de una docena de casas decentes y un par de albergues de peregrinos Al fondo se levantaba la montaña Abouna Josef, una mole verdigris en medio de un desierto de arbustos reseco.

En aquel desolado cerro de roca roja volcánica que la erosión moldeaba en suaves contornos, el rey Lalibela había construido su Jerusalén particular a la orilla polvorienta de una rambla a la que llamaban río Jordán. En la roca sobre la que se asentaba el pueblo habían tallado trece iglesias rupestres que los peregrinos visitaban una tras otra para ganar los mismos privilegios espirituales que si visitaran Jerusalén llevando *en* la mano pequeños cabos de vela encendidos. En las gargantas que rodeaban Lalibela se había establecido una multitud de eremitas que habitaban en cuevas apenas mayores que un sepulcro y vivían de la caridad de los devotos.

Los falsos peregrinos pasaron por una de las gargantas habitadas por aquellos espectros vivientes. Desde sus agujeros alargaban manos esqueléticas solicitando alimento.

—Se ve que la vida aquí está bastante trasteada —comentó Huevazos mirando con aprensión a los desnutridos eremitas—, No sé si después de todo habrá sido buena idea venir tan lejos. —Guardó silencio un rato y después comentó con lúgubre voz— Hace medio año que no cato el tocino. ¡Eso sí que es una penitencia!

—Dedícasela a tus muchos pecados —recomendó Lucas.

—¿Pecados? —exclamó el escudero—, ¿qué pecados? Si desde que entramos en la tierra de los negros no he gozado mujer, con lo ricas que están, si vamos de iglesia en monasterio y de monasterio en iglesia.

Lucas traducía al árabe las protestas de su criado y Aixa se partía de risa. Con esas tontadas, que Huevazos decía muchas veces adrede, la muchacha entretenía el fatigoso camino.

Visitaron una de las iglesias cuyo techo plano en forma de cruz estaba a la misma altura de la roca circundante. Dentro, el recinto era angosto y los santos y vírgenes pintados con vivos colores en la roca volcánica comenzaban a desmoronarse dejando al descubierto el muro rojo. Los fieles entraban y salían con lamparitas, murmurando oraciones.

51

Cruzaron eriales pedregosos y míseros cultivos para llegar, al cabo de dos días, a unas vegas arboladas donde se alzaban al cielo varios pilares de piedra. En un principio los tomaron por ruinas de un templo levantado por gigantes pero, más de cerca, resultaron ser monolitos, a la usanza egipcia, decorados con relieves que imitaban ventanas. En el remate piramidal de las extrañas columnas se distinguían textos escritos en extraños caracteres que Vergino identificó como oraciones y jaculatorias.

—Éstas son las columnas del Arca —dijo Vergino sin disimular su emoción—. El pobre Balduino de Saint Mere las describió acertadamente y nunca lo creímos. Esto quiere decir que estamos cerca del santuario.

La proximidad del objetivo los reanimó. Aunque iban agotados del largo camino, apretaron el paso y sólo se detuvieron para beber en una fuente que refrescaba a los peregrinos. Siguieron avanzando toda la tarde, confundidos entre los alegres grupos de romeros que acudían al *timkat, y* cuando declinaba el día apareció ante ellos, al doblar un recodo del camino, Aksum. Era más bien decepcionante. Desde luego no parecía la capital de un reino, ni mucho menos la sede del Arca: unas docenas de casas humildes separadas por corralizas que trepaban por la ladera de la colina. El viento traía aromas de vaca y estiércol. Casi todas las viviendas eran de arcilla y tapial, con lecho de paja seca que se

confundía con el color ocre de la tierra, pero en la parte más alta del pueblo, sobre la meseta de la colina, se alzaba una iglesia circular de muros blancos y enjalbegados y techo cónico de lajas de piedra.

—Ésa debe de ser Santa María de Sión, el santuario del Arca —dijo Vergino con un quiebro de emoción en la voz.

Así que, después de varios meses de calamidades y trabajos, habían alcanzado por fin su objetivo. Aunque, pensó Beaufort, aún quedaba lo peor. Sospechaba que el camino de regreso no iba a ser más fácil que el de ida. De hecho, lo había planeado desde que escaparon de Egipto, aunque sin comunicar su preocupación a nadie. Mejor hacer cada cosa a su tiempo. En aquel momento la meta era el Arca.

Contemplaron en silencio el humilde santuario.

—¿Recordáis las iglesias que vimos en el lago Tana? —preguntó Beaufort. No había en su voz emoción, sino la tensión reposada del estratega que calcula los riesgos de una operación.

El abad de Tana Kirkos les había mostrado las partes constituyentes del templo etíope. Era evidente que todos ellos eran meras réplicas del que tenían delante: un sagrario circular, en el que se guardaba el Arca, rodeado por tres deambulatorios sucesivos llamados: *kene mahet,* o lugar de los himnos; *keddest o* lugar de comunión y m*akdas,* el lugar de los sacerdotes.

Descendieron hacia las casas. En los huertos que rodeaban la población había hortelanos que al ver llegar a los peregrinos de piel blanca desatendían el trabajo y los miraban con expresión amistosa. Algunos muchachos se unieron a ellos y los acompañaron entre risas. Uno más avispado que los otros se dirigió a Beaufort y le dijo:

—*¡Mosec, mosec!* —Y señalaba hacia la aldea. Vergino entendió.

—Nos está indicando dónde vive el sumo sacerdote o el alcalde de la aldea. Buen muchacho.

Ascendieron por una calle tortuosa, mal empedrada, la principal a juzgar por el porte menos modesto de las viviendas. Pasaron junto a una corraliza en la que dormitaban tres caballos, toda una fortuna en Etiopía. Los niños del pueblo iban sumándose a la comitiva en ruidosa batahola.

—No han visto nunca gente tan blanca —constató divertido Huevazos. Se refería a los templarios francos, porque él, debido a la vida a la intemperie, estaba casi tan moreno como un etíope. Cuando llegaron a la plaza alta los acompañaba una multitud. Aixa y Lucas se miraban divertidos. Huevazos le echaba el ojo a las mujeres que se asomaban a las ventanas. A juzgar por el humo que se escapaba por los techos de paja, en aquel lugar se cocinaba.

En la plaza había una casa de dos pisos con los dinteles y los alféizares encalados. Guirnaldas de ramas de acacia, con las espinas entrelazadas, se extendían de ventana a ventana. Un poyo corrido servía de asiento a media docena de monjes vestidos de blanco que dormitaban, pasaban el rosario o conversaban entre ellos. Cuando vieron llegar a los extranjeros, uno de los acólitos jóvenes entró en la casa, los otros dejaron de hablar y observaron con simpatía e interés a los recién llegados. Al momento salió un hombre maduro y fuerte de rostro redondo y ojos tan vivaces y orlados de oscuro que parecían pintados. Se ajustó en la cabeza un gorro blanco adornado con lentejuelas de mica y aguardó a que los recién llegados descabalgaran y confiaran sus caballos a los monjes. Miró a Vergino y sonrió.

—¿Sois el *mosec?* —preguntó Vergino.

—Lo soy.

—El hombre ensanchó la sonrisa al escuchar su título en labios de un extraño—. Os estábamos esperando.

—¿Conocíais nuestra venida? —se extrañó Vergino.

—En la tierra de Dios las noticias vuelan —dijo ensanchando aún más la sonrisa—. Os ruego que toméis posesión de mi humilde morada. Los monjes blancos son bien recibidos en Aksum.

Pasaron dentro y el *mosec* los condujo a una sala fresca de altos techos rodeada de escaños de madera en los que tomaron asiento. Él ocupó una silla algo más alta, de largo respaldo rematado en cruz. Los dos acólitos que lo seguían se sentaron en el suelo, a uno y otro lado del maestro. El suelo estaba cubierto por esteras de esparto trenzado. En los muros no quedaba un centímetro cuadrado que no estuviera cubierto de pinturas de santos o escenas bíblicas colores vivos.

—¿Habéis encontrado las tumbas de vuestros cofrades?

Vergino comprendió que se refería a las tumbas de los templarios muertos en Lalibela.

—Las hemos encontrado y hemos orado ante ellas —informó—. El gran maestre del Temple se sentirá muy complacido cuando sepa que los restos de nuestros hermanos reposan convenientemente en tierra cristiana y son venerados por los descendientes del gran rey.

—Os ruego que cuando regreséis a vuestro país transmitáis mi respeto y mi agradecimiento al papa y al maestre templario —dijo el gran sacerdote—. Por cierto, ¿cuándo regresáis? No hace falta que os diga que podéis contar con guías que os llevarán a salvo por donde digáis.

Así que el sumo sacerdote no tenía gran interés en que la visita se prolongara. Al parecer, en tiempo de paz los templarios no eran tan bien recibidos como en tiempo de guerra, cuando morían para defender a los cristianos etíopes.

Beaufort miró a Vergino, que permanecía sentado junto a él con rostro impasible y mirada ausente. Comprendió que tendría que llevar él solo el peso de la negociación.

—El segundo propósito de nuestra peregrinación era adorar el Arca de la Alianza.

El sumo sacerdote asintió gravemente pero no mostró sorpresa.

—El Arca es el objeto más sagrado que existe, es natural que deseéis adorarlo —dijo sin alterar su expresión risueña.

—Nos habían dicho que podríamos verla en la iglesia de Santa María de Sión, aquí.

—Os han informado mal —dijo el etíope sin perder la sonrisa—, o quizá sólo se deba a un malentendido. El Arca sagrada no puede verse. Mata al que la ve. Sólo puede adorarse desde la parte de atrás de una cortina. ¿Conocéis las Escrituras? La vieja historia del Arca que no puede verse. Beaufort titubeó. Miró a Vergino, que parecía haber entrado en una especie de ensoñación con los párpados entornados.

—Sí, las conocemos —se apresuró a responder.

—Entonces no tengo que deciros hasta qué punto es peligrosa el Arca. Es el escabel de Dios. Cuando vi el Arca por primera vez temblé de miedo, y todavía hoy tiemblo. —Había emoción en su voz y los ojos se habían velado de lágrimas—. El Arca de la Alianza es fuego que arde dentro del fuego, un fuego sin llama que calcina, una fuerza invisible que reduce a la nada, que quema las cenizas, que es capaz de descrear cualquier cosa contenida en el mundo que Dios ha creado. Ningún hombre normal puede acercarse a ella. Solamente el hombre que la guarda día y noche, y yo, una vez al año, cuando tengo que renovar el compromiso de Dios con los hombres durante el *timkat.* No obstante estáis de suerte. El *timkat* se celebra mañana y podréis asistir a la fiesta y acompañar al Arca al lago sagrado.

—¿Mañana, entonces, se expone a los fieles?

—Ni siquiera mañana. Es cierto que mañana sale de su santuario, pero la veréis cubierta de paños sagrados en medio de una nube de incienso. —Sonrió el sumo sacerdote—. La majestad divina es demasiado cegadora para exponerla directamente a los ojos de los mortales.

¿Recitaba una lección aprendida o realmente creía en lo que estaba diciendo? Beaufort tuvo la sensación de haber recorrido miles de kilómetros para que un aldeano cazurro le tomara el pelo. No obstante disimuló su decepción y dijo:

—En el *timkat* ¿renováis, por ventura, la alianza de Dios con los hombres?

El sumo sacerdote miró fijamente al templario, como si la pregunta lo sorprendiera. Luego dijo cautamente:

—Ése es el objeto del *timkat.*

—¿Conocéis, entonces, la palabra sagrada, el *Shem Shemaforash?*

El sumo sacerdote se removió en su trono, incómodo.

—Esa palabra es el Nombre de Dios, su Nombre verdadero y secreto, sólo puede susurrarse en su presencia.

—¿Pero la conocéis?

El sumo sacerdote miró a sus acólitos. Algunos de ellos entendían el árabe y quizá seguían la conversación.

—Dios reprueba que se hable de su sagrado Nombre en vano —replicó severamente—. Tus preguntas no tienen objeto *y* lindan con la impiedad.

Beaufort no se arredró. Ignoró la mirada alarmada que le dirigía Vergino y prosiguió:

—El Arca y el *Shem Shemaforash* hicieron triunfar a los israelitas sobre sus enemigos y derribaron las murallas de Jericó. Si vuestra Arca es la verdadera y tú conoces el secreto del *Shem Shemaforash* ¿por qué el pueblo etíope no prevalece sobre sus enemigos?

En este punto, el sumo sacerdote se levantó y con dos palmadas dio una orden en etíope. Los acólitos abandonaron la sala.

—Haz salir a tus criados —invitó a Vergino. Vergino miró a Lucas, a Huevazos y a Aixa, y les hizo una leve señal con la cabeza. Abandonaron la sala y un acólito cerró la puerta tras ellos.

El sumo sacerdote se quedó a solas con los dos templarios.

—¿Qué pretendéis? —inquirió dirigiéndose a Vergino.

—La cristiandad ha fracasado en Tierra Santa —reconoció Vergino tristemente— y los Santos Lugares están nuevamente en poder de los sarracenos. El papa de Roma no se atreve a decretar una nueva cruzada porque los reyes cristianos no son tan entusiastas como sus abuelos y seguramente fracasaría. La cristiandad necesita el Arca para derribar las murallas de sus enemigos, como en los tiempos bíblicos.

—Entonces contaban con el auxilio del Nombre de Dios —objetó el sacerdote con expresión fúnebre.

—Tú has dicho que también conoces el Nombre de Dios. El sumo sacerdote guardó silencio. Bajó la mirada y contempló sin ver la punta de sus sandalias teñidas de rojo, las borlas moradas de su túnica ceremonial. Cuando habló, su voz expresaba una profunda tristeza.

—No poseemos el *Shem Shemaforash* —confesó—. Desgraciadamente se perdió cuando la reina Judita mató al sumo sacerdote y a su acólito. Desde entonces custodiamos el Arca y repelimos el *timkat* esperando que algún día Dios se apiade de nosotros y nos revele su Nombre. Desde entonces, el pueblo padece hambre, la tierra escatima sus frutos, los animales Paren poco y la escasez se ha apoderado de un reino que antaño fue próspero.

Beaufort miró a Vergino, pero la opacidad de su mirada no transmitía ningún sentimiento.

—Yo soy el portador del Nombre —anunció—. El último maestre del Temple me lo confió antes de morir, pero entonces yo era un pobre soldado de Cristo, analfabeto e ignorante, y no supe memorizarlo. Sé que lo tengo en la cabeza y la orden confía en que pueda recordarlo en presencia del Arca.

El sumo sacerdote volvió a guardar silencio. «Ya sabe que el objeto de nuestra visita

es hacemos con el Arca —pensó Vergino—, y no se ha creído que Beaufort sea portador del Nombre.» Como si le hubiera leído el pensamiento, el sumo sacerdote se irguió, lanzó una mirada francamente hostil a sus visitantes y preguntó:

—¿Que pretendéis?

—Permitid que el Arca viaje a Occidente, bajo la protección de vuestros diáconos y al cuidado de su propio guardián si fuera necesario.

—¡Eso es imposible! —dijo secamente.

—A cambio os ofrecemos el *Shem Shemaforash* —propuso Vergino—. Cuando el Arca regrese vuestra tierra volverá a ser próspera y rica.

—El Arca no puede abandonar Aksum —dijo severamente el sumo sacerdote—. Habéis hecho vuestro viaje en balde y deberéis regresar lo antes posible. No sois gratos en este santuario. Si los acólitos conocieran vuestras intenciones os matarían inmediatamente y ni siquiera yo podría impedirlo.

Vergino carraspeó ligeramente y se levantó de su asiento. Beaufort lo imitó. Antes de salir dijo:

—Os quedamos muy agradecidos por vuestra hospitalidad, Mañana asistiremos al *timkat y* veneraremos el Arca. Ahora quisiéramos retirarnos a descansar, pues el viaje ha sido largo y fatigoso.

El sumo sacerdote cambió de registro y nuevamente se mostró amable y risueño.

—Os habíamos preparado una casa cerca de aquí en la que hallaréis todo lo necesario. —Palmeó dos veces y al instante se abrió la puerta y entraron dos acólitos, que observaron hostilmente a los templarios—. Y ahora tendréis que disculparme. Todavía falta mucho por preparar para la fiesta de mañana y tengo que recibir a las delegaciones de otros pueblos que siguen llegando.

Cuando salieron nuevamente a la plaza notaron que, en efecto, la afluencia de peregrinos era continua, unos a pie. otros en diminutos asnos y los menos en mulos o a caballo, todos engalanados con trajes ceremoniales y portando grandes alforjas de comida y pienso. Los más eminentes saludaban al sumo sacerdote y le besaban la orla del manto antes de buscar posada. La aldea estaba atestada.

Un monje joven ataviado con un hábito blanco con remiendos azules los acompañó al alojamiento, en una de las primeras casas de una calle adyacente. Era una choza espaciosa con paredes de adobe y chimenea central, a la usanza etíope. La puerta de madera carecía de cerradura pero podía atrancarse desde el interior pasando un palo por dos argollas de piedra.

—No es un palacio —dijo Huevazos al percatarse del mohín de asco que hacía Aixa—, pero para el tiempo que vamos a estar aquí, bien está.

Estaban acomodándose cuando llegó otro monje joven con una canasta de panes tiernos, una orcita de tasajo de cabra y una gran jarra de leche recién ordeñada. Había mantas de lana, paja fresca en los estrados de dormir, cántaros de agua recién sacada del pozo y una pila de leña seca junto al hogar.

Huevazos había salido a explorar la aldea y regresó con noticias.

—Esto está más concurrido que la feria de Andújar —informó—. Las calles están que no se puede dar un paso.

—¿Por la fiesta de mañana?

—Eso parece. Para mí que el de los escapularios nos tiene vigilados. Uno de los frailecillos que estaban con él se ha empeñado en acompañarme a todas partes.

—Y ¿adonde has ido, si puede saberse? —quiso saber Lucas—. ¿Detrás de unas faldas?

—Eso me parece que está trasteado en este pueblo —suspiró Huevazos— porque las mujeres se ponen en las ventanas a ver pasar a la gente, pero si les dices algo se ríen, se

tapan la cara con un velo y no responden. Digo yo que a lo mejor mandan a las putas fuera, por la fiesta, como en Jaén cuando llega la cuaresma. —Hendió diestramente un panecillo con el cuchillo, separó las dos mitades, interpuso un trozo de tasajo y le propinó una dentellada. Con la boca llena prosiguió—: Los romeros no paran de llegar por todos los caminos y el pueblo está tan abarrotado que no cabe un alma. El curilla me ha dicho que cuando todos los alojamientos están ocupados por amigos o parientes la gente levanta tiendas de campaña fuera del pueblo, como en la romería de la Alharilla o en la Virgen de la Cabeza.

52

Huevazos lo miraba todo embobado. La aldea entera, atestada de mercaderías, de caballos, de mujeres, de ricos vestidos, constituía un estupendo botín. En otras circunstancias, claro. Apretó el paso para no separarse del grupo de los falsos peregrinos que, guiado por dos acólitos, se abría camino por la calle abarrotada.

Santa María de Sión, la meta de los templarios, alzaba sus] muros ocres sobre la colina. En sus aledaños se habían levantado varias docenas de tiendas de variados tamaños y colores, entre las que pululaban los romeros en hábito festivo, se buscaban las familias, se saludaban antiguos amigos, se paseaba del brazo del compañero. Algunos se citaban en una fuente de piedra con tres caños que estaba a mitad de camino y realizaban allí sus abluciones. Las mujeres charlaban con el cántaro de agua bajo el brazo.

Una muchedumbre de fieles recitaba letanías mientras rodeaba lentamente la iglesia.

—Tienen que dar doce vueltas al santuario para asegurarse, la protección de Dios hasta el próximo *timkat* —explicó el intérprete, un joven diácono de piel charolada y ojos brillantes.

Los falsos peregrinos se sumaron a los fieles. El recinto sagrado que rodeaba el santuario estaba delimitado por un bardal de piedras tan bajo que servía de asiento a los más ancianos. El edificio estaba adornado para la fiesta: gruesas guirnaldas de ramas de acacia abrazaban el muro recién blanqueado en el que, a través de los desconchones del enfoscado, se veía el humilde relleno de barro y ramas. Vergino, con los ojos llenos de luz, multiplicada con sus lágrimas, suspiró profundamente. Así que al final de sus días había llegado a la verdadera casa de Dios. Un tabique que cedería a un empellón era el último obstáculo que los separaba del Arca.

—¿Podemos visitar la iglesia? —preguntó Vergino al diaconal

—Hoy nadie entra hasta después de la fiesta, pero el *mosec* os ha concedido un permiso especial para que podáis orar en ella.

El edificio circular tenía solamente una puerta de entrada formada por unos dinteles de piedra que parecían el único elemento sólido de la construcción. Dejaron el calzado en un rincón y entraron. El angosto preambulatorio, con las paredes cubiertas de pinturas de santos y escenas de la Biblia, reproducía el trazado circular del edificio. En el muro, dentro de hornacinas minúsculas, ardían candelillas votivas que completaban la débil iluminación de un par de candiles suspendidos del techo. Beaufort advirtió que el techo también estaba decorado con figuras de santos, aunque apenas se distinguían debido al hollín producido por el humo de las lámparas.

—Éste es el *kene mahet* o lugar de los himnos —susurró el guía.

—¿Cuántos recintos tiene el santuario? —preguntó Vergino en voz baja.

—Tres; como todos los templos etíopes. Todos son copia de éste —informó el diácono sin disimular el orgullo que le producía pertenecer a la primera iglesia del país.

El acceso al segundo recinto se encontraba del lado opuesto. En lugar de puerta, el hueco se cubría con una gruesa cortina rellena de paja. El diácono la apartó para que los visitantes pasaran a un nuevo ámbito circular, con los muros decorados con imágenes de santos, cruces y cartelas con textos sagrados escritos en el extraño alfabeto queze. La humareda del incienso dificultaba la respiración.

—Éste es el segundo recinto del templo, el *keddest.* Aquí se toma la comunión —informó el diácono.

Tomó una candelita de la pared y precedió a los visitantes por el ambulatorio. El suelo estaba cubierto de ricas alfombras manchadas de lamparones de cera. En el lugar opuesto del preambulatorio, casi a oscuras, sin más luz que la de la lámpara del guía, pudieron entrever el minúsculo arco de acceso al tercer recinto, el corazón del santuario. Estaba velado por una rica cortina roja ribeteada de oro.

—Éste es el *makdas* —murmuró el guía—. Sólo el sumo sacerdote puede entrar en este recinto. Ahí dentro habita la presencia de Dios. —Y al susurrar reverencialmente estas palabras se santiguó tres veces a la manera copta.

—El sanctasanctórum del templo —murmuró Vergino.

—¿Es ahí donde se guarda el Arca? —preguntó Beaufort.

El guía asintió solemnemente y volvió a santiguarse.

—Podéis rezar aquí —añadió, apartándose para que todos Pudieran colocarse frente a la cortina.

Vergino comprendió que, a pesar de las reticencias de la noche anterior, el sumo sacerdote les estaba concediendo un gran honor.

Así que aquí, detrás de esta cortina, está el Arca», pensó Beaufort. Casi al alcance de la mano. Tres pasos más y podría tocarla. Tuvo que refrenarse para no darlos. Miró a Vergino y lo encontró sumido en profunda meditación, completamente ajeno a todo, pero la mirada de Huevazos, al otro lado del grupo, era la de un chacal que ha venteado su presa. Examinaba las lámparas y los dorados con ojo de tasador.

De pronto, la cortina del sanctasanctórum se apartó levemente y apareció ante los visitantes un hombre gordo envuelto en una capa de lana y tocado con un gorro como el del sumo sacerdote.

—Es el *tesfa markut,* el guardián del Arca —informó el diácono, y dirigiéndose a él en lengua etíope le presentó a los monjes blancos llegados de lejanas tierras para conocer la sede de Dios.

El guardián del Arca sonrió. Era un hombre de elevada estatura y, a pesar de la obesidad, consecuencia de su forzada inmovilidad como custodio del tesoro, se veía que era fuerte y musculoso. No se borraba la sonrisa de su rostro, pero su mirada brillante expresaba fiereza contenida.

—Sed bienvenidos —saludó en lengua etíope, que el diácono se apresuró a traducir—. Podéis rezar frente a la cortina del Arca tanto tiempo como deseéis y podéis tomar un puñado de polvo del suelo para llevarlo a vuestras iglesias. Sólo un puñado.

Se agachó con cierta dificultad y, levantando una de las alfombras, mostró el suelo terrizo.

—Es un señalado honor—murmuró Vergino, y guardó en la faltriquera un puñado de polvo batido y grasiento.

A cambio se quitó el anillo de oro con la amatista que llevaba en el índice y se lo entregó al guardián del Arca, el cual, tras probárselo infructuosamente en varios dedos, logró encajarlo en la primera falange del meñique. Alargó la mano para con templar la joya y sonrió agradecido. Acto seguido murmuró una bendición y regresó al sanctasanctórum,

corriendo bien la cortina.

—Ahora debemos salir —dijo el diácono señalando la entrada con su lamparilla—. El guardián está muy atareado. Debe preparar el Arca para el *timkat.*

Salieron del santuario y descendieron nuevamente hasta la calle mayor, cada vez más bulliciosa. En la fuente de la cuesta, una nueva remesa de peregrinos guardaba turno para lavarse los pies y las orejas, y beber tres sorbos de agua antes de ascender al santuario y rodearlo doce veces salmodiando jaculatorias.

—*Timkat* significa epifanía o manifestación —iba explicando el diácono.

Pero ni Vergino ni Beaufort le prestaban atención, cada cual abismado en sus pensamientos. El Temple esperaba el Arca, el papa esperaba el Arca, la cristiandad esperaba el Arca. Y el Arca estaba en manos de un puñado de labriegos ignorantes y aislados que por nada del mundo se la dejarían arrebatar.

53

Amaneció un cielo azul surcado de cigüeñas y pajarería menuda. Desde la azotea de la casa donde se alojaban, los falsos peregrinos contemplaban el espectáculo de la multitud expectante y silenciosa que se concentraba en la cima de la colina, en torno al santuario. A los pocos minutos fueron llegando sacerdotes y diáconos vestidos con túnicas blancas y esclavinas negras. Levantaban los cayados de oración para anunciarse y la gente se apartaba respetuosamente.

El guía señaló los cayados de oración.

—Algunos de esos báculos son reliquias veneradas porque han pasado de maestro a discípulo durante generaciones, y se han impregnado con la sabiduría y santidad de muchos *timkat.* Cuando todos los sacerdotes estuvieron en el recinto exterior de Santa María de Sión, dos jóvenes diáconos abrieron de par en par la puerta del santuario y se elevó un clamor de miles de gargantas. En la puerta del Santuario había aparecido el *mosec*, revestido con las alhajas ceremoniales del sumo sacerdote. Con paso solemne, se situó en lugar visible, siempre seguido de su séquito de jóvenes diáconos, y salmodió una jaculatoria con voz grave y bien timbrada. Cuando terminó, los sacerdotes y diáconos del séquito levantaron sus báculos de oración. y a esta señal comenzaron a sonar unos roncos tambores cuyo sonido parecía salir del interior de la tierra.

—Son los *keberos* —explicó el guía, y dijo algo más que no entendieron los forasteros, porque la muchedumbre prorrumpía en alaridos de júbilo. Miles de manos se alzaban al cielo en actitud de alabanza y sumisión. Vergino se volvió hacia el guía.

—¿Qué clase de atuendo viste el sumo sacerdote, hermano? —Ese atuendo sólo lo viste en el *timkat* —dijo el joven—. El cinturón que le ciñe la cintura se llama *kenat; y* la mitra que lleva en la cabeza se llama *koba.*

—Y esa especie de pectoral que lleva en el pecho?

—Ese es el *askema.* Tiene doce cruces dispuestas en cuatro filas de a tres.

Beaufort percibió la conmoción que aquel objeto provocaba en el anciano templario.

—¿Tiene alguna importancia ese adorno? —Es algo más que un adorno —murmuró Vergino—. Es la vestidura ceremonial del sumo sacerdote de Israel cuando penetraba en el sanctasanctórum, sólo que el pectoral judío, en lugar de cruces, llevaba engastadas doce piedras, todas diferentes, una por cada tribu de Israel.

Los sacerdotes y diáconos más jóvenes se sentaron en torno a un gran tambor

ceremonial de piel de vaca con un bastidor de madera alrededor, y comenzaron a golpearlo rítmicamente. El *kebero* mayor difundió su voz ronca por toda la aldea. A su compás, una multitud enfervorizada entonó una melopea insólitamente melódica.

—Eso que cantan es geez —dijo el guía—, la antigua lengua sagrada etíope. Hoy sólo la entienden unos pocos sacerdotes ancianos, pero la gente se sabe los himnos de memoria porque los viejos se los enseñan a los jóvenes.

La multitud se puso en marcha detrás de una procesión de sacerdotes que agitaban sonajas de plata, los sistros, con los que componían una repetitiva melodía que contrastaba con la ronca voz del *kebero.* Al son de la extraña música, los peregrinos más exaltados comenzaron a balancearse con los ojos entornados. Al poco tiempo, algunos entraron en trance y comenzaron a danzar girando sobre sus pies, con las manos abiertas en abanico y las cabezas inclinadas a un lado. El baile se fue haciendo más y más extravagante, con grandes saltos y contorsiones, al tiempo que los sacerdotes elevaban los sistros y, entre golpe y golpe de tambor, los bajaban oscilándolos en espasmódico tintineo.

—¿Qué es lo que cantan? —quiso saber Vergino.

—Es una antífona. Un grupo dice un verso y otro responde.

Era como una letanía que iba creciendo, hasta que las voces se confundieron y formaron una sola, tonante y colectiva, una voz que recitaba las palabras de la oración sagrada.

Abandonaron la casa y, tomando la calleja lateral que salía al los corrales, remontaron un cerrete desde el que se dominaba la procesión. La multitud cubría por completo la colina. Muchos llevaban címbalos, trompetas y flautas. Vergino observaba distraído la fiesta y sólo usaba monosílabos corteses para responder a las observaciones de sus compañeros. Su ánimo estaba sombrío. Habían atravesado el mundo para conseguir el Arca y su anciano celador, el que se decía sumo sacerdote y dueño del destino de la reliquia, se la negaba. La supervivencia del Temple y la recuperación de los Santos Lugares dependían del objeto sagrado. ¿Qué hacer? En París, el maestre, en capítulo secreto de la Orden de Sión, le había encomendado conseguir el Arca a cualquier precio, pero de cerca las cosas se veían de distinto modo. Aunque, por otra parte, ¿acaso los etíopes no la habían robado también de los *falashas* que la trajeron de Jerusalén?

—Y, sin embargo, Dios permitió que su sagrado escabel viajara a esta tierra extraña, tan lejos del Templo. Vergino se volvió sorprendido.

—Me has adivinado el pensamiento.

—Porque es también mi pensamiento —respondió Beaufort. Escrutó el rostro del anciano, en el que las arrugas y las ojeras violáceas se habían acentuado después de una noche en vela, meditando y orando.

—He reflexionado sobre el Arca. —Se apoyó en el hombro de Beaufort para tomar asiento y prosiguió—: Cuando los judíos la sacaron del Templo, Dios permitió el latrocinio porque servía a sus altos fines. De otro modo, quizá el Arca habría caído en manos de sus enemigos y no habría prevalecido hasta el final de los tiempos.

—Es una suposición razonable —convino Beaufort. —Sin embargo, es difícil suponer que en vida de Salomón, cuando Israel era poderoso, alguien pudiera robar una reliquia tan voluminosa y sacarla del sanctasanctórum sin ser descubierto, recorrer con ella los caminos y ponerse a salvo en Egipto, atravesando desiertos y remontando ríos.

Beaufort convino en que era difícil suponer tal cosa.

—Quizá no robaron toda el Arca —prosiguió Vergino su razonamiento.

Beaufort lo miró sorprendido.

—¿Qué quieres decir, hermano?

—Quizá sólo se llevaron la parte esencial de ella.

—No te entiendo.

—En Etiopía hay diez mil iglesias, nos han dicho hasta la saciedad estos días, y todas poseen el Arca.

—Bueno —precisó Beaufort—. Lo que poseen son los sagrados *tabotat.*

—Sí. Todas tienen esas tablas de piedra o de madera oscura, los *tabotat* que representan el Arca. Podían representarla en tajas de madera con las verdaderas dimensiones del Arca, según las Escrituras, pero se limitan a las tablillas.

—Es cierto.

—Quizá esas tablillas, me refiero a las originales, a las que se guardan en el Arca verdadera, sean la sede del poder de Dios,

y todo lo demás, el cofre de madera de acacia y los ángeles y la tapa, sea solamente su cobertura, el estuche donde se conservan o la protección contra su poder.

—Creo que lo que dices es razonable —dijo Beaufort—. Si lo esencial son las tablas, eso podría explicar la precisión con que las Escrituras describen el Arca de la Alianza. Cualquier persona que lea las Escrituras puede fabricar una idéntica.

—Exacto —dijo Vergino—. La diferencia está en lo que no se nombra. En los *tabotat* del Arca verdadera reside el poder de Dios. Ellos son los talismanes Urim y Thummin, las dos piedras oniquinas de las que hablan las Escrituras secretas. —Miró a Beaufort, cuyo rostro expresaba ignorancia ante lo que estaba oyendo, y aclaró—: Urim y Thummin eran dos talismanes cosidos sobre el Efod que Aarón, el sumo sacerdote, debía revestir por debajo del racional para mostrar su dignidad sacerdotal. Van sobre el corazón para mostrar que «los hijos de Israel los llevaran sobre sus corazones delante de Yahvé».

—Si el poder reside en los *tabotat,* la historia del robo por los etíopes resulta mucho más verosímil. Sacar subrepticiamente los *tabotat* pudo ser una empresa posible y, por otra parte, pudo transcurrir mucho tiempo, quizá un año, antes de que el sumo sacerdote abriera el Arca y descubriera que los *tabotat* habían desaparecido.

—¿Qué haremos entonces? —Esperaremos a que pase el *timkat y,* cuando la aldea recobre la calma, lo robaremos. Beaufort guardó silencio.

—Si la Providencia aprueba nuestro acto, no pasará nada, como cuando los robaron los etíopes. De lo contrario...

Sabían perfectamente lo que ocurriría de lo contrario. El Arca quemaba vivos a los que se acercaban a ella contrariando los designios de Dios, incluso si su intención era buena, como le ocurrió a aquel pobre hombre que pereció carbonizado cuando intentó sostenerla para que no se cayera. Todo estaba terriblemente claro en las Escrituras.

Los dos templarios prestaron atención nuevamente a la ceremonia. El sumo sacerdote había vuelto a entrar en la iglesia y la muchedumbre, enfervorizada, giraba en torno a la colina. Entre las lajas mal ajustadas que formaban la techumbre del templo se escapaba un humo blanco y espeso que ascendía lentamente hacia el cielo.

El guía se unió a los templarios y siguió con interés los acontecimientos al otro lado de la colina.

—El sumo sacerdote sólo puede aproximarse al Arca después de haber producido humo suficiente para ocultarla por completo —explicó—. El incienso, dice el Levítico, es imprescindible para que no muera.

En la puerta del *keddest,* inmerso en la espesa nube de incienso, el sumo sacerdote bailaba en trance con los ojos entornados, describiendo círculos, delante del pesado velo que cubría la entrada del sanctasanctórum.

El canto, el tambor y los sistros alcanzaron un volumen ensordecedor para cesar de pronto, seguidos de un silencio absoluto. Los danzantes se inclinaron sobre la tierra inmóviles, sudorosos, exhaustos. El humo lo envolvía todo. Entonces el sumo sacerdote apareció levantando en alto el *tabot* envuelto en ricos brocados y en paños bordados en oro, y el griterío se reanudó.

El tintineo de los sistros de plata quedó momentáneamente acallado por los trompetazos de un grupo de diáconos jóvenes que se sumaba a la ceremonia. Otros se esforzaban por proteger del ardiente sol a los sacerdotes más ancianos con sombrillas ceremoniales de vivos colores. Crecía la algarabía de pitidos, flautas y música. Los *keberos*, las panderetas y las liras se conjuntaban en un estruendo terrible.

La multitud era un frenesí de gritos y zapateos. Los más exaltados saltaban por encima de las cabezas de los otros y braceaban sobre la muchedumbre intentando aproximarse, las mujeres ululaban, relevándose en un interminable aullido colectivo que hería los oídos desentrenados de los falsos peregrinos. Varias mujeres se desmayaron.

Éste es el canto del *hallel* —explicó el guía—. Las mujeres se santifican de ese modo y atraen la suerte.

—¿El *hallel?* —repitió Beaufort.

—*Hallel,* en hebreo significa aleluya —observó Vergino.

Atendieron a la ceremonia. El sumo sacerdote apareció mostrando un objeto cúbico cubierto de ricas vestiduras.

—Ésa es el Arca —dijo el diácono.

Vergino lo miró con extrañeza.

—¿El Arca? El Arca debe de ser mucho más grande de acuerdo con las Escrituras.

—Es el Arca —insistió el diácono, molesto, y se puso a sonar su sistro, dando por zanjado el asunto.

El sumo sacerdote se había detenido en el atrio y aguardaba a que la multitud se calmara antes de recorrer el perímetro del templo. Cuando regresó al punto de partida, frente a la entrada, dio una orden y unas dos docenas de jóvenes y forzudos diáconos rodearon el Arca. Sólo entonces comenzó la procesión y, abandonando el recinto del santuario, enfiló el camino del pueblo. La multitud se apartaba, con grandes muestras de respeto, para dejar paso a los sacerdotes con el rojo y el oro del *tabot* al frente, y se cerraba tras ellos en un mar de cabezas morenas, gorros variopintos y manos agitadas. Algunos celebrantes prorrumpían en gritos y aullidos, se desgarraban las ropas y hasta se caían como muertos.

A medida que el Arca avanzaba se iban formando grupos de danzantes que a veces dificultaban la progresión de la reliquia.

—Ésas son las cofradías —explicó el guía.

En el centro de cada grupo, un hombre con un *kebero* colgado del cuello marcaba el ritmo; el resto giraba, gritaba, saltaba, palmeaba, entrechocaba los címbalos. Los chorros de sudor brillaban a lo lejos.

—David y toda la casa de Israel danzando delante del Arca —señaló Vergino, asombrado.

La procesión llegó a la plaza principal en el momento en que desembocaban en ella las procesiones de otras tres iglesias locales, encabezadas por sus respectivos *tabotat* cubiertos de ricos paños y llevados por el sacerdote más venerable de cada templo. Ordenadamente, los sacerdotes de las parroquias ocuparon un lugar inmediatamente detrás del Arca mientras que sus jóvenes diáconos, ataviados con largos ropones blancos y provistos de incensarios, se agregaban a los que rodeaban el Arca y giraban sus braseros, avivando las ascuas sobre las que, a continuación depositaban puñados de piedra de incienso. La nube ambulante eran tan densa que apenas dejaba ver el Arca.

Los cuatro ríos humanos se mezclaron con gran algarabía y, contento para formar uno solo que, con los *tabotat* a la cabeza, se encaminó hacia el campo.

—Un momento —dijo Aixa—. El guardián del Arca no se ha incorporado a la procesión.

Miraron hacia la iglesia, que se había quedado sola en lo alto de la colina. El guardián

del Arca permanecía tranquilamente sentado a la entrada y, apoyado en su báculo de oración, mordisqueaba una fruta y disfrutaba la paz del lugar.

—¿Qué tiene eso de extraño? —dijo Lucas—. El hombre estará harto de ver el Arca, la acompaña todo el año.

—Sin embargo, en todas partes nos han explicado que el guardián del Arca no se separa nunca de ella —observó la muchacha.

—Eso es cierto —reconoció Vergino—. El guardián deberla acompañar al Arca en lugar de quedarse tranquilamente sentado en la puerta de su santuario.

—Además —supuso Aixa—, si se pasa todo el año encadenado a esa iglesia, lo lógico sería que aprovechara para salir el único día libre que tiene. A ese hombre le gustan las mujeres, lo noté ayer por la forma en que me miraba.

Vergino reflexionaba.

—Lo que decís es lógico. El guardián del Arca no puede desatender su misión ni por un instante. Quizá el Arca no esté en la procesión.

—Pueden usar una copia —opinó Beaufort—. Al fin y al cabo, va tan tapada que nadie lo sabría. Sería más lógico, así la original no se sometería a las cambaladas y traqueteos de la procesión.

—El Arca sigue en su santuario —concluyó Vergino.

— Y quizá el mejor momento para conseguirla sea éste —apuntó Huevazos—. ¿No dicen que la fiesta dura hasta mañana?

—Eso dicen —repuso Lucas—: pasan la noche en el estanque santo y regresan mañana a mediodía.

—Con un poco de suerte dispondremos de doce o trece horas para poner tierra por medio —calculó Beaufort—. Escuchadme, porque os voy a explicar mi plan.

54

Dos diáconos jóvenes ascendían por la desierta calle principal portando sendas cestas. Huevazos surgió de una sombra y les salió al encuentro con una sonrisa jovial.

—¿Adonde van los caballeros? ¿Cómo es que no estáis con los *tabotat* en día tan señalado?

—Hola, amigo —dijo uno de ellos que chapurreaba árabe—. ?Y como es que tú no estás en la procesión?

—Ya no tengo edad de excesos —reconoció el escudero con un guiño pícaro—, y anoche bebimos de lo lindo. Me he despertado hace un momento. ¿Qué lleváis ahí?

—Es la comida del guardián del Arca.

—Me imagino que comerá bien en un día como éste.

—La comida la regalan los devotos que esperan una gracia del Arca.

—Yo espero una gracia también. ¿Podría contribuir con algo?

—Si quieres...

—Lo único que tengo es vino, ¿sirve?

Los dos diáconos intercambiaron una mirada cómplice.

—Al guardián del Arca le encanta el vino —dijo uno riendo. Y, captando la mirada severa del otro, añadió—: Aunque lo bebe con moderación.

Huevazos metió la mano en su bolso, extrajo la botella de vino mirrado y se la entregó a los jóvenes, que la pusieron con las demás viandas.

—Tengo otras tres botellas para nosotros. ¿Me acompañaréis para que no beba solo?

Los diáconos se miraron.

—Tenemos que llevar la comida al *tesfa markut* —dijo el mayor.

—Bueno. Os espero aquí. Yo no tengo prisa. Mi amo anda en la procesión con los demás y me han dicho que dura hasta mañana.

—Así es.

—Entonces nosotros podemos cenar tranquilamente y beber, y lo que se tercie.

Los jóvenes parecían entusiasmados con la idea.

—Espéranos junto a la fuente que volvemos en seguida.

Huevazos los siguió con la mirada hasta que se perdieron de vista entre los tamarindos.

La fiesta estaba en su apogeo. Delante del Arca, los grupos de danzantes se sucedían, cuando unos estaban agotados le cedían su puesto a otros que llegaban de refresco. Los cofrades competían con los jóvenes diáconos danzando frente al trono de Dios. Con los brazos extendidos giraban sobre sus pies vertiginosamente, saltaban, hacían piruetas. El sudor les empapaba los gorros y les chorreaba por los brazos y las piernas, goteaba sobre el suelo y dejaba regueros en el polvo. Aixa admiraba los jóvenes y vigorosos cuerpos que se revelaban bajo las ropas mojadas. El ronco *kebero* dominaba el aire y los sistros y las panderetas acompañaban las letanías de la multitud. Nubes de incienso ocultaban el Arca y se elevaban hacia el cielo.

55

Un humilde oratorio con los muros decorados con desvaídas escenas bíblicas guardaba la encrucijada de caminos. Lotario de Voss descabalgó frente a la ermita y dejó pastar el caballo junto a la fuente, mientras él mismo bebía del caño unos sorbos de agua y se refrescaba el cuello y la cara. El esquelético ermitaño que cuidaba del oratorio dejó de ordeñar su cabra y salió a recibirlo.

—Que Dios te guarde, caminante.

—Dios guarde —respondió Lotario distraídamente—. ¿Puedo sentarme un poco a descansar?

—El mundo te pertenece tanto como a mí —respondió el ermitaño, y con un gesto lo invitó a sentarse en el poyo corrido a la sombra de la ermita.

—Soy cristiano romano y vengo en peregrinación para adorar el Arca —dijo Lotario—. Busco a un grupo de hermanos que se me adelantaron. Tres hombres y dos muchachos.

—Los hombres que dices llegaron hace dos días —dijo el ermitaño—. No te será difícil encontrarlos en la ciudad ya que los ha hospedado el sumo sacerdote. Además, llegas a tiempo para asistir al *timkat.*

—¿El *timkat?*

—Es la fiesta anual, la epifanía, en la que se saca el Arca para bendecir al mundo.

Lotario asintió. Si los etíopes mostraban el Arca, sería un buen momento para conocer dónde se guardaba y para sustraerla.

—¿Dónde está ahora el Arca?

—La llevan a un estanque llamado Makeda, que dista una legua de aquí, por aquel camino. El Arca pasa la noche en el castillo del estanque mientras los devotos acampan en el prado, comen, conversan cantan y rezan. Es una fiesta muy alegre.

Lotario asintió, pensativo.

—¿Quieres rezar en la capilla? —ofreció el ermitaño después de una pausa—. Si lo deseas, puedo acompañarte. Es costumbre que los peregrinos recen a san Baudelio.

—Tal vez cuando regrese. Ahora tengo prisa —dijo Lotario.

Y dando por finalizada la conversación, montó a caballo y desapareció a trote corto por el camino que le había indicado el ermitaño. El hombrecillo volvió a ordeñar su cabra.

—¿Sabes? —le dijo al animal, con el que había alcanzado gran confianza tras muchos años de estrecha convivencia—.

Ese hombre llevaba la muerte escrita en los ojos. ¡Ojalá el *timkat* sagrado lo ilumine!

A una legua de allí, cruzando un llano rodeado de arbole, Lotario de Voss pasó ante las gigantescas estelas de piedra que elevaban sus agujas hacia el cielo. No pudo evitar sobrecoge ante la magnitud de aquellos monumentos levantados por los reyes antiguos a la gloria del Arca. Contemplándolos, percibió la pequeñez de los hombres que intentaban enfrentarse a los guardianes del Arca. Un pueblo que había levantado tan desmesurados memoriales no se dejaría arrebatar fácilmente su sagrada reliquia. En ese caso, ¿qué hacía él allí? Aunque lograra sobrevivir, seguramente regresaría a Francia con las manos vacías y no podría liberar a su hermano de su incierto destino. No obstante apartó de su mente tan sombríos pensamientos y prosiguió su camino.

Al rato percibió el rumor de los tambores y el bullicio de la muchedumbre. Pensó que el *timkat*, con la aldea en fiestas, era quizá el momento propicio para que un forastero pasara desapercibido. Se apartó al lado del camino sobre un altozano y vio llegar a la alegre muchedumbre entre nubes de incienso, con el bullicio de címbalos, tambores y panderetas. A la cabeza de la procesión, en medio de la nube de incienso, distinguió los paños rojos y dorados que ocultaban el objeto procesional..

—El Arca —murmuró palmeando el pescuezo del caballo—: hemos llegado al final del trayecto.

Y buscó entre la muchedumbre a Beaufort y los suyos, pero no los vio. Al principio le preocupó, después pensó que se habrían quedado en la aldea y que quizá no actuarían hasta pasada la fiesta. No había armas a la vista, pero, en cualquier caso, atreverse a arrebatar el Arca a la muchedumbre fanatizada hubiera supuesto una muerte segura. Probablemente, los templarios planeaban robarla cuando estuviera de vuelta en su santuario. De todos modos, como no tenía nada mejor que hacer, era preferible no perderla de vista, así que se incorporó a la procesión con el caballo de reata.

El Arca, seguida por su fervorosa muchedumbre, se dirigió a las afueras de la ciudad por el antiquísimo camino empedrado de grandes losas que conducía al estanque de Makeda, el nombre etíope de la reina de Saba que se bañaba en aquellas aguas.

En el prado, la muchedumbre se esparcía cerca de las fuentes o entre las arboledas, y las familias tendían mantas y alfombras y disponían los manjares. Unos iban en palanquines y sillas de mano que rivalizaban en brocados y cubiertas bordadas, algunas con elaboradas cupulillas de latón que relucían al sol y centelleaban a lo lejos pregonando la riqueza del propietario otros llevaban a las mujeres en dromedarios, dentro de baldaquinos cubiertos con chales de algodón. Los más pobres iban a pie y vestían la ropa de diario, aunque lucían báculos adornados con cintas de colores. Todos participaban de la misma algazara: en cestas de mimbre llevaban la comida que iban a consumir aquella noche y frascos con cerveza, vino o hidromiel. Los amigos se saludaban alegremente e intercambiaban bromas. El *timkat* era una fiesta de hermandad y reconocimiento, los clanes y las familias se encontraban, renovaban alianzas y concertaban casamientos. En el entorno del bosquecillo, fuera de los límites del recinto sagrado, algunos vendedores voceaban sus mercancías, panderos de barro para alegrar la fiesta, a comida y bebidas de frutas para los sedientos.

Lotario de Voss cruzó el bullicio con el caballo de la rienda, repartiendo amables sonrisas a los que lo miraban. No era muy frecuente ver a un extranjero blanco acudir a la fiesta. Para evitar explicaciones llevaba al cuello una cruz pastoral que le había regalado el abad de Tana Kirkos.

En el centro del recinto sagrado había un gran estanque cuadrangular rodeado por una balaustrada de piedra. Había sido un día caluroso y muchos devotos, especialmente los jóvenes danzantes, se estaban bañando en las aguas verdosas, nadaban, se perseguían, se llamaban a gritos, competían en natación o en carreras. Viendo aquella festiva algarabía, Lotario de Voss recordó las tardes en Habelberg cuando bajaba con su hermano y otros chicos de la aldea al remanso del molino y se bañaban desnudos. El recuerdo de Gunter, al que tenía que vigilar constantemente, pues no era muy buen nadador, le provocó un cálido impulso en el corazón. Estaba cerca del Arca, cerca de la culminación de la primera parte de su plan. Si las cosas salían como esperaba, en unos meses sería rico y poderoso, y su hermano habría abandonado la sucia mazmorra y caminaría a su lado, vestido con costosas prendas lombardas.

En un extremo del estanque se alzaba un castillete de piedra y sin ventanas, coronado de almenas, entre las que pendían gallardetes, cintas y guirnaldas. Los sacerdotes de los *tabotat* y los diáconos cruzaron el estanque por un puente de piedra y entraron en el castillo. Después, la puerta volvió a cerrarse. Afuera quedaron los músicos y los fieles, haciendo más ruido que nunca.

Lotario pasó un buen rato recorriendo el prado y las arboledas. Una sospecha le preocupaba. «¿Cómo es que no están aquí los templarios, ni siquiera ese escudero salido y tragón que los acompaña, con todo lo que se está comiendo en este lugar? ¿Dónde están? Evidentemente no van a robar el Arca en presencia de tanta gente, pero, en cualquier caso, debieran de estar aquí, puesto que se supone que han venido a adorarla desde el otro lado del mundo.»

Lotario encaminó sus pasos hacia el estanque y llegó al puentecillo de piedra que conducía al castillete. Aprovechando un momento en que los tambores dejaron de batir para dar paso a las salmodias, se acercó a uno de los diáconos danzantes, un joven sudoroso que descansaba tendido sobre la hierba, y le preguntó en árabe:

—Hermano, ando buscando a un grupo de parientes, extranjeros como yo, venidos de lejanas tierras para adorar el Arca. ¿Sabes dónde están?

—Llegaron hace dos días al pueblo con el propósito de ver el Arca —dijo el diácono— y ayer se entrevistaron con el *mosec*, pero esta mañana no los he visto. ¿No han venido a la fiesta?

—No, no han venido —dijo Lotario.

El joven se incorporó con un gesto de extrañeza y se queda sentado en la hierba, pensativo. Luego se dirigió a uno de sus camaradas que, echado a pocos metros, mordisqueaba una salchicha. Le habló en la lengua del país, que Lotario no entendió.

El otro trocó su cara risueña por un gesto de extrañeza y preocupación y llamó a otros dos. Al punto se reunieron media docena de diáconos que rodearon a Lotario con expresiones preocupadas.

—¿Dónde están tus amigos? —preguntó el que parecía de mayor autoridad.

—No lo sé —reconoció Lotario—. Soy yo el que los está buscando. Me quedé retrasado del grupo hace varios días y ahora pretendo unirme a ellos. Me gustaría rezar ante el Arca con ellos.

—Nadie reza ante el Arca —advirtió el diácono jefe—. El Arca no se puede ver. Ven conmigo al sumo sacerdote.

Escoltado por el grupo de suspicaces diáconos, Lotario atravesó el puente de piedra y llegó al castillo. El diácono mayor conferenció brevemente con uno de los robustos

sacerdotes que guardaban la puerta y éste lanzó a Lotario una mirada hostil y se apartó para que pasaran.

Dentro, el humo del incienso era tan espeso que apenas permitía distinguir los perfiles de una docena de sacerdotes sentados en torno al banco corrido de un deambulatorio, en cuyo centro estaba el Arca cubierta de paños. Dos *keberos* de ritmo tranquilo pero insistente y media docena de sistros acompañaban monótonamente la salmodia de una docena de orantes que, con los ojos entrecerrados, se movían a un lado y a otro, hombro con hombro, con la cadencia de un trigal mecido por el viento.

En el centro del grupo estaba el sumo sacerdote, tocado de mitra y revestido con el pectoral y el cíngulo. El diácono jefe se acercó a él y le bisbiseó al oído. El hombre asintió y dio instrucciones al joven. Después volvió a la salmodía y a la ensoñación.

Sacaron a Lotario al exterior y lo condujeron a un pequeño cobertizo de madera que había junto al puente.

—Tendrás que aguardar aquí hasta que la ceremonia termine —le dijo el diácono—. El sumo sacerdote te recibirá después.

56

Salieron del pueblo y ascendieron por el camino empedrado que conducía a Santa María de Sión sin encontrarse con nadie. Hasta los tullidos estaban en el *timkat.* Vergino se detuvo a beber en la fuente de los tres caños. Sudaba copiosamente y continuamente se secaba las manos en la ropa. Beaufort estuvo tentado de preguntarle si se encontraba bien. Era comprensible que estuviera nervioso. ¿Quién no lo estaría en su lugar? Si todo salía bien, en unos momentos iba a comparecer ante la presencia divina, iba a robar el Arca. No podía olvidar que algunos hombres habían muerto al acercarse al trono de Dios. Pero, por otra parte, ¿acaso no lo robaron los etíopes y Dios lo consintió puesto que aquella acción redundaba en beneficio de la cristiandad? Quizá ahora iba a permitirlo también. Con el Arca en su poder, el Temple sobreviviría y volvería a ocupar su puesto en la dirección de la cristiandad, incluso un puesto más privilegiado aún, por encima de un papado corrupto, de la ambición del rey Felipe y de los poderes temporales.

Desde hacía varias noches, un pensamiento angustiaba a Vergino. ¿Tenían derecho a hacerlo? ¿No lo hacían por la supervivencia de la orden más que por la gloria de Dios y por la recuperacion de los Santos Lugares? Las cruzadas habían tenido una motivación económica, aunque el pretexto hubiera sido religioso. Los reyes de la cristiandad se asociaron con las grandes ciudades mercantiles italianas, los banqueros y las grandes compañías compraban a los papas el perdón general, y el verdadero objetivo era aplastar a los selvúcidas y restablecer la ruta de la seda y el flujo de especias y productos orientales. Desde el principio, los intereses financieros prevalecieron sobre los religiosos. Sólo los caballeros y los peregrinos, los infelices que se ofrecieron de corazón y dejaron la piel en defensa del Santo Sepulcro, creyeron otra cosa. Ahora, los templarios se disponían a robar el secreto del Arca de la Alianza. ¿Acaso no lo hacían porque de ello dependía la salvación del maestre y de los hermanos encarcelados en Francia? ¿No estaban supeditando el gran proyecto de salvar a la cristiandad a la mera supervivencia de la orden amenazada?

Iba abismado en estos pensamientos cuando llegaron a las inmediaciones de la iglesia, atravesaron el arco de piedra del murete exterior y entraron en el patio empedrado. La puerta permanecía abierta y, sobre el suelo, la alfombra de hierbas y ramas que los devotos habían extendido despedía una suave fragancia vegetal. No había rastro del guardián del

Arca. Estaría dormido dentro. ¿Y si no había probado el vino mirrado? ¿Y si había sospechado algo y se había abstenido del licor? ¿Se atreverían a arrebatarle el Arca con violencia?

Beaufort se aproximó a la puerta y entró en el templo en penumbra, seguido de Vergino, que murmuraba una plegaria. Desde los muros débilmente iluminados por el sol que penetraba por los intersticios de la techumbre, las imágenes de los santos en vivos colores le salieron al paso: san Jorge alanceando al dragón, la Magdalena penitente señalando la calavera a la entrada de su cueva...

—*Tesfa markut* —llamó a media voz.

No hubo respuesta.

—*Tesfa markut, tesfa markut.*

Silencio.

Se miraron. Vergino estaba mortalmente pálido. Beaufort le hizo una señal con la cabeza, animándolo a continuar. Penetraron en el segundo recinto, el angosto pasillo circular iluminado por varias docenas de lamparillas de aceite. Lo recorrieron buscando a *tesfa markut,* pero tampoco allí lo hallaron. Finalmente llegaron frente a la pesada cortina roja que cerraba el sanctasanctórum.

Durante siglos, sólo el guardián del Arca se había atrevido a traspasar aquella cortina. De la oscuridad interior emanaba un intenso olor a incienso.

—Debe de estar ahí detrás —susurró Vergino.

—Estará dormido —supuso Beaufort, pasándose la punta de la lengua por los labios resecos, y añadió—: Sólo hay una forma de averiguarlo.

Se dispuso a apartar la cortina.

Vergino lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—El hombre que penetre en presencia del Arca puede morir. Yo estoy ya viejo y no sabría guiar a nuestros amigos en el camino de regreso. Es mejor que entre yo. Si no salgo, regresa a París y haz lo que puedas por nuestros hermanos. Que Dios te acompañe.

Beaufort lo comprendió y dio un paso atrás.

—Al menos ponte el manto protector —dijo.

Vergino desató los nudos y el manto se desplegó hasta el suelo. Era un pesado ropón impregnado de aceite griego seco, con una capucha que cubría la cabeza, y protegía incluso el rostro, pues sólo dejaba ver tras una tupida urdimbre de cordones.

Vergino sabía que una antigua escritura conservada en los archivos del Temple instituía que un vestido así ofende menos a Dios, pero nunca le había concedido demasiado crédito. Encomendó su alma y, sin más titubeo, apartó la cortina.

Pesaba como si estuviera tejida de hierro. El templario se deslizó por un lateral e invadió el recinto prohibido, un espacio oscuro apenas iluminado por la mínima lamparita del fondo, cerca del Señor, que había escogido morar en las tinieblas.

Beaufort también entró y dejó caer la cortina a su espalda. En la oscuridad resonaban las respiraciones entrecortadas de los dos hombres.

El deambulatorio era un muro circular decorado con figuras de flores y animales en vivos colores que la luz no había alterado.

Algunos rayos de sol penetraban por los resquicios del tejado y se filtraban a través del finísimo polvo en suspensión. El suelo estaba acolchado con alfombras votivas. El *tesfa markut* dormía apaciblemente al fondo, en un camastro. El vino había hecho su efecto.

Ante el camastro del guardián se abría un hueco provisto de una cortina azul, sutilísima, con una cenefa de oro. A un lado, en un hueco del muro profusamente pintado, había una hornacina con una extraña joya, una lámina cuadrangular con doce piedras engarzadas en tres filas de cuatro, ámbar, cuarzo, lapislázuli, cornalina, y quizá ébano, tachonada con adornos de plata. Vergino puso los dedos sobre el tejido sutil, invocó la

misericordia de Dios y la apartó.

Allí estaba el Arca de la Alianza.

El escabel de Dios, el objeto más terrible y a la vez más precioso, yacía sobre un pedestal de piedra. Sobre la tapa del propiciatorio, los querubines que cruzaban las alas estaban cubiertos con sábanas y sólo se adivinaban sus pies tallados en el estilo de los artífices antiguos. Sonaba un zumbido de abejas, quizá en algún punto de la oscuridad hubiera un enjambre. El zumbido subía o descendía de tono como a impulsos de una respiración. Una nube aromática de incienso brotaba de dos braseros y creaba una especie de niebla en torno al Arca.

Vergino alargó una mano hasta rozar la sábana que cubría uno de los ángeles. Una sensación eléctrica le recorrió el cuerpo.

—¡Señor, ayuda a tu siervo o mátalo si lo merece!

Su angustiada súplica no obtuvo respuesta.

La mano temblorosa del templario se deslizó hasta el Arca y rozó con los dedos una de sus esquinas. El metal estaba tibio y su tacto era irregular, como el de una plancha abollada o acaso cincelada con adornos. No la distinguía bien porque los ojos le lagrimeaban a causa del humo.

Tocó con toda la mano. La misma sensación eléctrica, nada desagradable, que le recorría la espalda.

—¡Gracias, Dios mío!

El escabel de Dios toleraba su contacto. Con precaución, *se* atrevió a posar ambas manos en la tapa del propiciatorio y empujó con cuidado. La tapa cedió y los ángeles comenzaron a girar turbando con el movimiento de la sábana la espesa nube de incienso.

La pobre luz de la lámpara votiva no iluminaba el interior del Arca. Vergino tuvo la sensación de que se asomaba a un abismo, a un precipicio, al espacio más dilatado que el hombre pueda imaginar, a un cielo desprovisto de estrellas, inmenso como la misma inmensidad de Dios, aunque, se tranquilizó, quizá fuera una sugestión. Se esforzó por distinguir algún contorno en aquella absoluta oscuridad y creyó percibir un brillo tenue, como de terciopelo, en el fondo irregular del recipiente. Había, en la parte central, dos nervaduras de madera con sendos encastres que sujetaban dos tablas.

—Urim y Thummin —murmuró.

El anciano comprendió: aquéllos eran los verdaderos *tabotat,* los originales, de los que los miles de *tabotat* de las iglesias etíopes eran sólo copias.

Allí residía el secreto de Dios y su terrible poder.

Aquélla era el Arca.

—¡Urim y Thummin!

Beaufort, agitado por un temblor irrefrenable, cayó de rodillas. Como un látigo de fuego, el *Shem Shemaforash,* el Nombre secreto de Dios, había acudido a su memoria con la misma voz con que el moribundo maestre Guillaume de Beaujolais se la había susurrado al oído en la cripta de Acre quince años atrás. Sus labios habían pronunciado la Palabra tan quedamente que Vergino no llegó a percibirla. Al instante, el zumbido de las invisibles abejas creció hasta hacerse ensordecedor, y un leve resplandor azul iluminó el habitáculo.

Vergino alargó las manos hacia los *tabotat,* pero antes de tocarlos comprobó con el cordón de su cíngulo la distancia a la que se encontraban las acanaladuras que los sostenían: un codo real. Después introdujo la mano derecha y la deslizó por la superficie interior de un *tabot.* Tenía el tacto de la piedra pulimentada; era lisa, con leves rayaduras, ¿inscripciones quizá? Continuó por la superficie exterior, algo abombada. Encontró idéntica disposición en el otro *tabot.*

Sentía el sudor corriéndole por la espalda y un ardor de fuego en el vientre, que se apoyaba en el borde del Arca. Cerró los ojos por el escozor que lo cegaba y, a tientas, tomó

el primer *tabot.* Con un ligero esfuerzo lo desprendió del encastre de madera. Lo elevó en el aire. Pesaba como si fuera de piedra, seguramente era de piedra o de algún metal desconocido, y guardaba la tibieza de un cuerpo palpitante, no de un objeto inerte. Lo envolvió en un paño y lo depositó en el fondo de su mochila. Después repitió la misma operación con el otro *tabot.* Hecho esto, cerró cuidadosamente el Arca, devolviendo a su lugar el propiciatorio con las figuras de los querubines. Los braseros humeaban más que nunca, pero las ascuas habían disminuido bruscamente y parecían próximas a extinguirse.

El guardián del Arca continuaba durmiendo profundamente en la misma postura en que lo hallaron y con una expresión beatífica en el rostro. Vergino se apiadó de él al imaginar lo que sentiría cuando descubriera el despojo. Rechazó la piadosa tentación de devolver la reliquia y, levantando nuevamente la cortina, abandonó el sanctasanctórum. En el ambulatorio exterior, Beaufort notó que tenía el rostro arrebolado como si hubiera estado ante la boca de un horno.

—¿Estás bien, hermano? —le preguntó al tiempo que lo ayudaba a despojarse del ropón protector.

—Estoy bien —murmuró el anciano—. He sentido la presencia de Dios. Es... infinito.

—¿Puedes caminar?

Vergino anduvo un par de pasos vacilantes.

—Puedo.

—Pues entonces salgamos sin perder tiempo —urgió Beaufort—. Tenemos que huir cuanto antes.

Beaufort envolvió los *tabotat* en el manto impregnado de aceite griego y los introdujo en su mochila, que aseguró con nudos.

En el exterior los esperaba Huevazos, nervioso, vigilando el camino.

—Dios está con nosotros —anunció Beaufort mostrando la abultada mochila—. Ahora no hay tiempo que perder.

Descendieron por la calzada. Había un ciego junto a la fuente y pasaron por su lado sin detenerse y sin devolverle el saludo. En el bosquecillo de sicómoros, Lucas y Aixa aguardaban con los caballos ensillados.

—Vamonos ahora mismo —ordenó Beaufort atajando toda conversación.

Montaron a caballo y tomaron el camino de Lalibela, a galope. Sólo cuando estuvieron a una legua de Aksum aminoraron la marcha y permitieron que los caballos continuaran a paso vivo.

57

Descendió el sol y el horizonte se tino de nubes rojas. En el prado comenzaron a encenderse lamparitas y dentro del castillo del estanque se relevaron los sacerdotes. La salmodia y el tamborileo eran más suaves y cadenciosos que al principio. Así transcurrió toda la noche. Lotario, desde su mirador en una orilla del estanque, observaba el trajín de los celebrantes, que iban y venían entre risas descompuestas, algunos con indicios de haber ingerido excesivo hidromiel. Los amigos se visitaban, algunos se acercaban al estanque para escuchar la salmodia del castillete, otros se retiraban a los linderos del bosque. Lotario observó que los diáconos que lo custodiaban dormían por turnos. Cuando comprendió que no lo liberarían hasta que terminara la ceremonia y el sumo sacerdote decidiera su suerte, se arrebujó en su capote de lana y se durmió. Iba a necesitar toda su energía para afrontar

el nuevo día.

A la luz indecisa del amanecer, los que dormían se despertaron y otra vez comenzaron a bullir los que iban y venían del bosque al estanque. Dentro del castillo se reavivaron los cantos y la música. Lotario se despertó y observó la llanura animada. La fiesta tocaba a su fin.

—¿Cuánto dura todavía la ceremonia? —preguntó al diácono jefe.

El hombre ignoró la pregunta. Quizá el sumo sacerdote le había prohibido comunicarse con el sospechoso. Porque evidentemente era sospechoso. De otro modo no lo habrían retenido.

Por un momento pensó que quizá los templarios habían intentado robar el Arca y estaban detenidos o muertos. En tal caso, él no tardaría en seguir el mismo destino. Miró su caballo, que seguía atado al otro lado del puente. El equipaje parecía intacto, con la empuñadura de la espada sobresaliendo indiscretamente. Nadie parecía haber reparado en el arma.

Cuando el sol despuntó por encima de los árboles iluminando la tierra, la puerta del castillo se abrió de par en par y la muchedumbre de los devotos se agolpó en el puente para recibir el Arca. Se reprodujeron las músicas de sistros, panderos, címbalos y tambores, y las algarabías que acompañaron al Arca víspera, si bien esta vez con menos danzantes, porque muchos estaban tan extenuados o tan borrachos que no se podían valer.

Los diáconos que escoltaban a Lotario le indicaron que los siguiera, y se incorporaron a la muchedumbre detrás de la nube de incienso del Arca. Así recorrieron gran parte del camino por la vieja calzada empedrada que conducía a la aldea, pero antes de llegar vieron correr a un diácono que profería gritos enloquecidos. El hombre se arrojó a los pies del sumo sacerdote y, aferrándose a sus vestiduras, le comunicó, entre sollozos, la luctuosa noticia. La procesión se detuvo al instante. Cesaron las músicas y las danzas. La muchedumbre guardó silencio y un momento después prorrumpió en lastimeros alaridos.

Un diácono joven llevó la noticia hasta el grupo que escoltaba a Lotario.

—¡Han robado el Arca! ¡Los extranjeros han robado el Arca!

El diácono jefe lanzó una mirada furibunda a Lotario.

—¡Tú lo sabías, hijo del diablo! —le gritó—. Has venido a vigilarnos para que tus compinches cometieran su fechoría. —Se volvió a los diáconos y ordenó—: ¡Maniatadlo!

Al momento, los fornidos mocetones inmovilizaron al extranjero y le ataron las manos a la espalda.

El diácono que llevaba de reata el caballo de Lotario se acercó al jefe y le señaló el equipaje.

—¡Lleva una espada!

El jefe asió la empuñadura y tiró de ella con fuerza, desenvainando el arma.

—¡Arrodilladlo! —ordenó secamente. Los diáconos obligaron a Lotario a arrodillarse.

La espada se elevó en el aire. Lotario cerró los ojos. Su última visión fue la losa en la que iba a rebotar su cabeza.

58

Habían cabalgado durante dos días, desde el amanecer hasta que la oscuridad impedía ver el camino. Sólo se detuvieron lo justo para que descansaran los caballos, aunque también entonces seguían caminando, con los animales de reata. Sabían que las escasas horas de

ventaja que habían conseguido se consumirían rápidamente y que, en un par de días, la noticia del robo del Arca habría alcanzado las más remotas regiones y lodo el país estaría buscando a los extranjeros blancos. Los etíopes conocían su tierra, podrían adelantar por atajos, los perseguirían incluso de noche, con caballos de refresco, estimulados por la desesperación de haber perdido los *tabotat y* por la gloria que aguardaba a quien los recuperase.

Al amanecer del tercer día avistaron los cañaverales espesos, las aguas oscuras, tranquilas y profundas y las islas cubiertas *de* vegetación verde del lago Tana.

—Estas riberas están muy pobladas —observó Huevazos al regresar de un reconocimiento—. Será mejor que nos mantengamos apartados de la orilla.

Durante varias horas discurrieron por los caminos menos frecuentados pero, a pesar de ello, se cruzaron con algunos campesinos que iban o venían a sus quehaceres y con un par de recuas. Con las armas ocultas y las cabezas cubiertas por velos, a usanza árabe, confiaban en no llamar mucho la atención, pero era evidente que no pasaban desapercibidos y que, tarde o temprano, los perseguidores darían con su pista.

Al caer la tarde bajaron al lago y descansaron junto al agua aprovechando la soledad del paraje a aquella hora en que nadie transitaba por los caminos. Tamariscos y retamas proyectaban largas sombras acariciados por el sol poniente. Cuando el sol se ocultó tras las colinas, establecieron el campamento en la espesura de unos árboles, junto al bancal de cañas en las que el viento arrullaba como una paloma. Mientras Beaufort y Vergino conferenciaban y Huevazos se ocupaba de cepillar y masajear a los exhaustos caballos, Aixa y Lucas bajaron hasta la orilla y pasearon en silencio.

—Andas muy callada estos días.

—Estoy preocupada. Temo la reacción de mi padre cuando regresemos a Túnez. Ya debe de saber que huí de mi futuro marido.

—¿Es severo? —preguntó Lucas—. Tu padre, quiero decir.

Aixa reflexionó un momento.

—Sí, lo es. O no. Quiero decir, está acostumbrado a que lo obedezca. Y se habrá tomado muy mal mi huida. Para él era muy importante dejarme bien casada antes de morir. Está algo enfermo.

Tomaron asiento en un claro del cañaveral, a la vista del lago. Lucas arrojó una piedrecita a las aguas tranquilas, que se abrieron en una sucesión de ondas concéntricas. Sentía una cálida congoja en el corazón, un deseo de que aquel momento se prolongara hasta la eternidad, que no acabara nunca. Entrecerró los ojos, aspiró el intenso perfume de la vegetación lacustre sus sentidos se alertaron hasta percibir la reposada palpitación del cuerpo femenino que yacía a su lado.

—Se está bien aquí —observó Aixa con un suave estremecimiento.

Lo había dicho en un susurro, con una voz levemente ronca. Lucas contempló la suave garganta, los labios jugosos, finos, Presumiblemente suaves, que pronunciaban las moduladas palabras. El idioma de sus enemigos a tanta distancia de Castilla sonaba tan acariaciador y musical como las canciones de los trovadores. Pensó que vivir toda la vida al lado de aquella mujer podría hacer feliz a cualquier hombre.

—Desde el primer momento en que te vi sólo pienso en ti —se sorprendió diciendo en el mismo susurro íntimo que ella había usado—. Tengo que reprimirme para no estar siempre contigo, porque Huevazos me gasta bromas.

Se produjo un breve silencio. Después ella observó, volviendo a su tono natural:

—Es un hombre muy lascivo.

Lucas despertó bruscamente de su ensoñación, alarmado.

—¿Ha intentado algo?

—No, no —rió ella divertida por la súbita preocupación del muchacho—, pero mira a

las mujeres como si quisiera copular con todas.

Lucas se escandalizó de la desenvoltura de Aixa. Había pronunciado la palabra copular con la mayor naturalidad, como si hubiera dicho agua o pájaro. Comprendió que las musulmanas, educadas en el harén familiar, conocían todos los secretos de la vida.

Se produjo un silencio incómodo. Por encima de sus cabezas oyeron volar pájaros camino de las mil islas del lago.

—¿Por qué piensas en mí? —inquirió Aixa volviendo al tono susurrante.

Lucas la miró fijamente, pero ella fingía estar concentrada en anudar una brizna de hierba.

Estaban muy cerca el uno del otro. Lucas temió que la muchacha percibiera el atropellado latir de su corazón y volviera a burlarse de él o lo despreciara por inexperto. Era la primera vez que intentaba confesarle su amor a alguien. De pronto, ella dejó caer la brizna anudada y lo miró, pero en aquel momento una nube piadosa ocultó la luna, el lago dejó de brillar y los dos jóvenes quedaron sumidos en una espesa tiniebla.

—Pienso en ti... —sonó la voz de Lucas.

Le faltaban palabras, pero alargó una mano y tomó la de la muchacha. No era tan suave como la había imaginado. El continuo manejo de las riendas en los últimos días la había endurecido, pero la encontró húmeda y hospitalaria. La besó en la palma, la besó en cada dedo, besos breves y delicados. Ella se dejaba hacer y respiraba profundamente.

Entonces percibieron el inconfundible siseo de Huevazos **al** otro lado de los árboles.

—¡Amo Lucas! ¿Interrumpo algo? La cena está lista.

Había mucha sorna en el tratamiento de amo.

—Ya voy —respondió Lucas de mala gana.

—¿Tú solo? —inquirió el criado candorosamente.

—¡Ya vamos! —añadió Aixa.

Percibieron la risa cascada del escudero alejándose. Lucas había soltado precipitadamente la mano de la muchacha.

Regresaron al campamento en silencio, tan juntos que al caminar se rozaban.

Aquella noche, aunque estaba agotada del viaje, Aixa apenas pudo conciliar el sueño pensando en Lucas. O quizá fuera que hacía frío y en la madrugada la humedad que ascendía del lago traspasaba las mantas y calaba los huesos.

Lucas soñaba despierto con aquel contacto con la mano de Aixa; ella imaginaba la reacción de su padre si se presentaba en casa embarazada de un cristiano.

Bordearon el lago durante dos días y al tercero se habían cruzado con tanta gente que decidieron abandonar las cautelas y marchar lo más rápido posible por la vía principal, puesto que el rastro que iban dejando era tan claro que hasta el más obtuso de los pisteros lo seguiría sin dificultad. Era imposible ocultar un grupo de cinco blancos a caballo en un país donde la población era negra y viajaba en asno o a pie. Al caer la tarde avistaron la zona pantanosa desde la que el lago se extiende hacia el sur.

Al principio les encantó el espectáculo de la luz leonada y clara del amanecer, el aire denso y aromático de la mañana antes de que el sol caliente el pastizal y reverbere en los cañaverales. Al acercarse descubrieron las nubes de insectos y comprendieron por qué había tantos pájaros allí. Olía a vegetación podrida y el sol castigaba como en los días de Egipto.

—Allá delante, el lago se derrama hacia el sur —señaló Beaufort—. Éstas son las fuentes del Nilo.

Habían pensado que el viaje fluvial sería mucho más rápido. Siguieron el camino principal, atravesaron algunas aldeas de Pescadores, en las que compraron pan, pescado seco y hortalizas, y llegaron al embarcadero. Había más de treinta embarcaciones de papiro, algunas de gran porte.

Un esclavo sudanés sostenía una sombrilla roja sobre la Cabeza de un hombre pequeño y gritón que se movía de un lado al otro mientras una cuadrilla de hombres casi desnudos descargaba una barcaza. No hacía falta esforzarse mucho para comprender que era el patrón, así que Beaufort se dirigió a él y le dijo:

—*Salam malikum*, said, somos peregrinos de regreso a su patria y buscamos una barca para descender por el Nilo.

El hombre midió al extranjero con una mirada tan inquisitiva que despertó recelos en el grupo, pero su respuesta fue tranquilizadora:

—Os podré dar pasaje en una barca que envío mañana a Jartum —informó—. Media pieza de oro por cada persona y su caballo.

Beaufort no respondió inmediatamente por no levantar sospechas, sino que se retiró a consultarlo con Vergino. De sobra sabían que no tenían otra alternativa. Un minuto después regresó al de la sombrilla y le dijo:

—Es caro, pero estamos dispuestos a pagar el doble si la barca parte en el acto. Debemos llegar a los meandros lo antes posible porque allí nos esperan algunos compañeros y ya vamos con retraso.

Una sombra de recelo nubló un instante los ojos del barquero. No era frecuente que alguien aceptara una tarifa tan abusiva sin regatear. Tanta prisa resultaba sospechosa. Podían ser malhechores huyendo de la justicia. Entonces reparó en la muchacha. Vestía ropas de varón, pero evidentemente era una mujer que se daba aire con el velo, sofocada por el calor y la humedad. Beaufort comprendió que el barquero acababa de descubrir a Aixa.

—Te seré franco, puesto que veo que recelas —le dijo tomándolo del brazo y llevándolo al otro extremo del embarcadero para que nadie los oyera—. En realidad acompañamos a una joven viuda *falasha* que escapa de la familia del marido que no la quiere liberar para aprovecharse de su dote. Debemos llegar cuanto antes a Alejandría para que el gran rabino la dispense de sus votos. Si transcurren treinta días desde la viudez, tendrá que casarse automáticamente con su cuñado. Ese doncel que viene con nosotros es mi sobrino. Ha intentado suicidarse dos veces por el amor de la muchacha y yo estoy dispuesto a que sea feliz con ella. Los casaremos en Alejandría, en cuanto el gran rabino expida la licencia de soltería.

El gordito asintió gravemente y entornó los ojillos ensoñadores como si meditara. En realidad estaba calculando la ganancia. Valía la pena sacrificar una carga. De todas formas, en aquella época del año siempre tenía un par de barcas grandes varadas pudriéndose en el barro, y la aldea estaba llena de pescadores ociosos que la pilotarían por un salario ridículo.

Una hora después, los falsos peregrinos navegaban por el Nilo Azul y veían pasar bandadas de pájaros desde la plataforma de carga, tendidos a la sombra de la gran vela triangular, refrescados por la brisa que ascendía hacia el lago. Dos riancheros maniobraban la embarcación, cuidando de mantenerla en el centro del río. Huevazos, acomodado en el caballete de popa, vigilaba las aguas y lanzaba sedales a la corriente.

59

—¿Qué vas a hacer, hermano?

El hombre que había levantado la espada miró al sumo sacerdote.

—Este hombre es uno de ellos, uno de los que robaron los *tabotat* del Arca.

—Los *tabotat* saben defenderse —dijo el *mosec*—. Dios mismo castigará la iniquidad de los blancos abrasándolos. Los matará a todos. A este hombre lo necesitamos vivo.

El diácono depuso la espada. La vociferante multitud, que un instante antes animaba al ejecutor, guardó respetuoso silencio.

—No le toquéis un pelo de la ropa —advirtió el *mosec* dirigiendo una severa mirada alrededor—. Llevadlo a la casa de la justicia.

—¿Qué hemos de hacer? —preguntaron los jóvenes diáconos.

—Ahora sois soldados de Dios. Coged vuestras armas y dispersaos por los caminos. Alguien los habrá visto huir, buscad las huellas. El primero que las encuentre, que toque el cuerno y convoque a los demás. El que tenga un caballo que lo lleve a la casa de la justicia para el servicio de los soldados de Dios. ¡Perseguid a los impíos y rescatad los *tabotat!*

»En cuanto a los sacerdotes más ancianos —prosiguió—, que no pueden salir a los caminos, que cada cual regrese a su casa y esparza ceniza sobre su cabeza, porque el sagrado *timkat* fe este año se ha transformado en luto por decisión inescrutable de Dios.

Los diáconos y los sacerdotes obedecieron. La muchedumbre se dispersó. Los portadores del simulacro del Arca, rodeados de la nube de incienso y de un piquete de jóvenes diáconos, apretaron el paso camino de la colina de Sión. El sol estaba alto y Lotario de Voss, con las fuertes ligaduras de cáñamo mordiéndolé las carnes, levantó la mirada y pensó que el día iba a ser largo y caluroso.

Después, desde la celda oscura en la que lo habían arrojado, el antiguo caballero teutónico escuchó el silencio y volvió a pensar en su hermano, que moriría en una horca francesa si él no conseguía salir con vida de aquel aprieto y regresar. Así que el Arca que los negros procesionaban era falsa, y mientras él iba en pos de ella, Beaufort le había ganado por la mano, robando la verdadera.

El encono sucedió a la ira y al encono el cálculo frío. Había perdido una lanza, pero quizá todavía no el torneo. Tenía que recuperar la libertad y volver a la lucha. Con esta determinación se incorporó y se subió en el poyo que le servía de cama. Poniéndose de puntillas logró alcanzar una grieta ancha que descendía por el muro carcomido. Al otro lado, media docena de caballos relinchaban inquietos en cuadra ajena. Los campesinos acomodados del lugar los habían cedido para el servicio del sumo sacerdote. Ya había oído partir varias cuadrillas en pos de los fugitivos, pero era improbable que los alcanzaran pronto con tantas horas de ventaja como llevaban. En cualquier caso, no era un asunto que debiera preocuparle. En su estado, las prioridades eran distintas. La aldea estaba sobresaltada. Al otro lado de la puerta se percibía un presuroso ir y venir de pasos. En la calle se gritaban órdenes, y los que llegaban informaban a voces a la muchedumbre expectante antes de entrar en la casa. Cuando todo se hubiera aclarado, aquellos diáconos jóvenes de mirada torva y encendida bajo los blancos turbantes exigirían la ejecución del prisionero.

Su cabeza estaba en peligro. Si el sumo sacerdote no lo condenaba, la muchedumbre fanatizada lo despedazaría.

Tenía que escapar.

Las ligaduras eran firmes, pero quizá se las aflojaran para que pudiera comer. Hasta la presente no lo habían tratado con demasiada severidad. Quizá lo reservaban para juzgarlo conjuntamente con los ladrones del Arca, cuando los capturaran.

Pasaron dos horas. A media tarde pareció que la casa se había aquietado. Sonó el cerrojo de la celda al descorrerse y aparecieron tres hombres, dos diáconos jóvenes armados de espadas y el secretario del sumo sacerdote, que llevaba al cinto una ancha gumía. Detrás de ellos entró una mujercilla, que depositó ante el prisionero un cuenco de gachas y un jarro de agua.

—Desatadlo —ordenó el secretario.

Uno de los diáconos lo liberó trabajosamente de la ligadura. Para ello tuvo que depositar la espada en el suelo.

Una vez libre, Lotario de Voss se frotó los brazos allá donde había tenido las cuerdas, hasta que sintió que la sangre volvía a circular. Después se movió con tal celeridad que sorprendió a sus custodios: propinó una patada en la entrepierna al diácono armado y, tomando del suelo la espada del otro, estoqueó al secretario. La vieja dejó caer el cuenco y comenzó a chillar, hasta que un sablazo le seccionó la cabeza casi por completo. El diácono, desarmado, arremetió contra el prisionero y dio con él en tierra pero, tras un breve forcejeo, quedó debajo de él y sintió cómo su propia espada le penetraba por encima de la clavícula y le descendía por la caja torácica como una quemadura que luego se disolvió en la nada.

El hombre que había recibido la patada en los testículos contempló resignado su propio degüello a través de una veladura de lágrimas. En menos de un minuto, todos muertos, los tres hombres y la mujer.

Lotario se calzó las sandalias de uno de los cadáveres y cambió sus ropas por las del más alto. Se metió en el cinto la daga del secretario y con la espada en la mano se fue a la puerta, que encontró abierta, y se asomó al pasillo. Había una sala con dos puertas, una de las cuales conducía a la escalera que comunicaba con la vivienda del *mosec*, mientras que la otra llevaba directamente a las cuadras. Lotario de Voss volvió sobre sus pasos, corrió la tranca de madera que cerraba la puerta exterior y se encaminó a las cuadras. A la escasa luz que se filtraba por las rendijas de la pared de cañizo y barro observó los caballos, ensilló el mejor y, desenvainando la daga, desjarretó a los restantes cortándoles los corvejones. Cumplido el sangriento expediente, cabalgó en el alazán negro que se había reservado y, abriendo la puerta del fondo, se lanzó a galope hacia el camino del lago Tana, por donde se suponía que habían huido los templarios. Algunos aldeanos advirtieron su fuga y lanzaron gritos de alarma; incluso le pareció percibir el chasquido de una flecha al clavarse en el ramaje de un árbol bajo el que pasaba a galope. Huyó sin mirar atrás, con el pensamiento puesto en Beaufort y en su aplazada venganza, aunque entre Beaufort y la venganza se interponían varias patrullas de hombres armados que no se apiadarían de él si volvían a capturarlo.

60

Fueron dos semanas de penalidades continuas. El Nilo Azul no era completamente navegable. Al llegar a las inmediaciones del salto de Tisiat, de cuarenta y cinco metros de altura, tuvieron que desembarcar la carga en una aldea, que vivía de la catarata, para que un grupo de hombres fornidos descolgaran la falúa, con ayuda de cabrestantes y palancas, hasta el nivel inferior del agua. Una vez allí, los porteadores devolvieron la carga a la embarcación y recibieron una décima parte como pago por su trabajo, que incluía el remolque de la embarcación río arriba al regreso.

Después de Tisiat, el Nilo descendía en pronunciada pendiente, excavando un tajo profundísimo en las altas mesetas etíopes. En las alturas, el aire debía de ser fresco y suave, pero en el fondo del cañón el calor era insoportable, el aire húmedo y las nubes de mosquitos tan espesas que casi no se podía respirar. Además tenían que hacer largas jornadas sin tocar tierra porque las orillas estaban infestadas de voraces cocodrilos negros. Después de cuatro días de penosa navegación salieron a tierra abierta y el Nilo se ensanchó

entre riberas más hospitalarias, pobladas de acacias y de arbustos espinosos. Las escasas aldeas de aspecto mísero, con chozas de paja, y algunas iglesias excavadas en los acantilados, con las puertas y las ventanas pintadas de blanco y azul, contrastaban con el tono rojizo de la roca madre. En las llanadas herbosas desfilaban ante rebaños de cebús guardados por pastores inmóviles.

Vergino se despertaba al alba y contemplaba ensimismado las aguas del Nilo encendidas por el fuego del astro naciente. En una ocasión, el viento sopló con fuerza, el relámpago iluminó fugazmente la oscuridad y descargó un súbito chaparrón, gotas enormes y dispersas primero, a las que sucedió un aguacero de tal magnitud que temieron que la barca zozobrara. Después, la escampada y la calma igualmente súbitas.

—¿Será un signo? —inquirió Beaufort.

—Quiera Dios que sea un signo de que Él se complace en nuestra obra —dijo Vergino.

Aixa y Lucas, con las manos entrelazadas, guardaban silencio.

—Bueno, habrá que achicar esta agua, ¿no? —dijo Huevazos. Todos echaron mano de recipientes y se pusieron a desaguar la embarcación.

Los *tabotat*, en su mochila, parecían dos piedras inertes. Dios dormía.

Todavía navegaron por espacio de dos semanas, en las que pernoctaron en la ribera, y Huevazos ballesteó carne y preparó sus apetitosos guisos y unas tremendas tortillas en las que mezclaba huevos de cualquier especie de pájaro que anidara en las copas de los tamarindos.

—Mañana llegaremos a la Trompa del Elefante —anunció el rianchero.

—¿La Trompa del Elefante? —se extrañó Beaufort.

—Sí, es el último tramo del Nilo azul. Antes de juntarse con el Nilo Blanco describe una amplia curva parecida a la trompa de un elefante.

Aquel día madrugaron para no perderse el espectáculo de la fusión de las aguas terrosas del Nilo Azul con las blanquecinas y calmas del Nilo Blanco. Durante un buen trecho discurrían unas al lado de otras, compartiendo lecho sin mezclarse, hasta que perdían fuerza y se fundían paulatinamente en una única corriente de color arenoso.

—¿Has visto, Roque? —dijo Lucas—. Cuando le cuente esto a mi tío, el abad, no se lo creerá.

—No se creerá nada de lo que estamos viendo, amo.

—Hoy almorzaremos en Omdurman —anunció el rianchero.

—¿Y Jartum? —inquirió Beaufort—. ¿Cuándo llegamos a Jartum?

—Omdurman y Jartum son la misma ciudad. Los árabes la llaman Jartum.

La ribera se fue abriendo a los campos de cultivo. Se veían pueblecitos de casas de tierra con mujeres lavando ropa en los remansos del río y hombres y muchachos remendando redes junto a la orilla. Mediada la mañana llegaron a un ensanchamiento del río y divisaron una aldea más extensa que las otras, con corrales rojizos y casas blanqueadas de una sola planta, con azotea. Los callejones intrincados de los arrabales llegaban al río. Algunas palmeras asomaban por encima de los derruidos bardales y en las plazuelas polvorientas se agrupaban esqueléticos tamarindos roídos por las cabras. Toda la ciudad parecía desierta al mediodía, pero cuando atracaron en el embarcadero del zoco vieron una muchedumbre que hormigueaba a la sombra de los tenderetes. Se despidieron del patrón, no sin antes recompensarlo por sus servicios, y entraron en el zoco con los caballos de reata.

En los puestos había de todo, incluso plumas de avestruz cuernos de unicornio llegados del país de los negros, así como toda clase de especias, bayas medicinales procedentes de árboles que nadie había visto, harinas de diversos colores, pieles de serpiente, conchas marinas de caprichosas formas, jarras de plata, mesas portátiles

taraceadas, sandalias de piel de león, espantamoscas, sables de hoja ondulada y provista de sierrecilla, de los que denominan «caricia de suegra», de todo.

A Aixa, siempre escoltada por Lucas, se le iban los ojos de puesto en puesto, especialmente a los de telas y cintas, y de buena gana se hubiera demorado en alguno si Beaufort, inflexible, no hubiera advertido al desembarcar que no tenían tiempo que perder. El templario desconfiaba del rianchero, porque durante los días de navegación había formulado demasiadas preguntas sobre los medios de que disponían los peregrinos para regresar a Granada. Podía conchabarse con bandidos locales para robarles. Por otra parte, no debían descartar la posibilidad de que los etíopes les vinieran siguiendo la pista Nilo abajo. Urgía proseguir el camino y abandonar la ciudad cuanto antes.

El mercado de camellos estaba a las afueras, al otro lado de la derruida puerta del desierto. Jartum era un importante núcleo de caravanas, y esta circunstancia le aseguraba un constante flujo de camellos, pues los que cruzaban el desierto necesitaban, al menos, quince días de descanso para reponerse y estar en condiciones de cruzarlo nuevamente.

Había varias corralizas, todas medio arruinadas, con palos cruzados y marañas de espinos taponando los portillos. Cuando el grupo de forasteros apareció, varios individuos salieron de los sombrajos y disputaron por atraerlos a sus corrales respectivos. Ninguno tenía aspecto de persona honrada, así que Vergino se dejó convencer por el que le pareció menos facineroso.

Lo condujo a un amplio sombrajo cubierto de palmas secas, a cuya sombra se resguardaba del ardiente sol un moro gordo y sudoroso que salió al encuentro de los clientes haciendo zalemas.

Vergino le expuso su pretensión de cambiar los caballos por camellos y negociar la diferencia, ya que se disponían a cruzar el desierto.

—¿Cruzar el desierto? —El tratante gordo disimuló la sorpresa que le causaba la descabellada propuesta. Descender Nilo abajo era una alternativa mil veces mejor, pero al fin y al cabo él estaba allí para vender camellos, no para aconsejar a los despistados viajeros—. Si pretendéis cruzar el desierto, tenéis que agradecerle a Alá que os haya enviado a la persona adecuada, porque de todos los camelleros que veis en esta calle yo soy el único honrado y el único que no os dará gato por liebre. Lamentablemente me veo obligado a compartir mercado con esos desaprensivos malditos de Alá, pero esa circunstancia no redunda en perjuicio mío, ya que en Jartum todo el mundo sabe quién soy y los jueces me ponen como ejemplo de acrisolada honradez. Espero que sepáis apreciarlo.

—Y lo apreciamos —respondió Vergino—. Pero tenemos cierta prisa y desearíamos adquirir camellos.

—Yo os venderé todo lo necesario y os proporcionaré un guía que conoce todos los manantiales y que ha recorrido más de cien veces los atajos entre las montañas. El mejor guía de Jartum...

—Más vale que sea así —concedió Beaufort, algo fastidiado.

El gordo abrió una especie de sombrilla y se aventuró por el sol para conducir a sus clientes a la corraliza primera. Por el camino iba declamando:

—El camello es la maravilla de la naturaleza, la obra más acabada de Alá, junto con la mujer —añadió mirando intencionadamente a Aixa, cuyo sexo había adivinado al instante, a pesar de las ropas masculinas—. El camello es transporte y carga, camina cuarenta kilómetros al día cargado con doscientos kilos de mercaderías, pasa cuatro días sin beber, nos da su leche, su carne y su piel y no tiene desperdicio alguno. Su carne, ligeramente dulce, es superior a la del mejor cordero, especialmente la de la giba, aromática y grasienta. El camello es, sin lugar a dudas, el mejor amigo del hombre,

Lucas y Huevazos habían tratado camellos en Andalucía y no eran animales de su devoción.

—En lo de la manduca no están mal —concedió Huevazos—, que el camello es grande y da para muchos guisos, pero nosotros los queremos para transporte, y tengo entendido que son tercos como ellos solos.

El tratante concedió una mirada despectiva al escudero.

—¿Tercos? Quizá, buen amigo, llamas testarudez a lo que simplemente es personalidad y carácter —replicó—. El camello no es un animal dengue: tiene que enfrentarse con el desierto y vencerlo. ¿Quién querría aventurarse en ese mar de arena a lomos de un animal delicado? Para delicados ya están los caballos. El camello, eso sí, si decide no moverse, no se moverá. Pero si lográis que os aprecie, veréis que obedece al mero chasquido de la lengua del jinete. Por otra parte, cuando se pone muy burro —añadió ensombreciendo la voz— siempre os podéis mear en los ollares, para sofocarlo y que se levante, o pincharle la grupa con un aguijón, o aplicarle una tea encendida o un ascua en el trasero. Hay muchas maneras de persuadirlo para que siga caminando.

Llegaron a una corraliza donde dormitaba un grupo de camellos matalones, desdentados y comidos de moscas, las jorobas flácidas, con todas las señales de la enfermedad y el agotamiento. Carne de matarife.

—Aquí tenemos a los animales más escogidos de esta vuestra casa —los alabó el tratante.

Beaufort miró alrededor. En la corraliza del fondo, a la sombra de un cobertizo, descubrió seis camellos blancos.

—¿Y aquéllos? —señaló.

—¿Aquéllos? —dijo el tratante intentando disimular su fastidio—. Animales moribundos que no sirven ni para la carne.

Y reanudó la alabanza de los animales que quena vender, pero Beaufort le tiró de la chilaba y lo contuvo.

—Quiero ver aquéllos —insistió.

—¿Aquéllos, sidi? Ese lote es una calamidad de Alá. Pertenecen a un primo mío que me los ha dejado para que intente criarlos y sacarlos a flote. Son los animales más miserables de todo el corral, no aguantarán ni medio día en el arenal.

—¿De veras? Nunca hubiera pensado que fueran tan malos, porque parecen robustos y diligentes.

—¡Ay, Señor, lo que hace el no entender! —exclamó el tratante—. Esos animales son una vergüenza para un camellero honrado. Ya digo que los tengo aquí meramente por compromiso, por mi primo.

Se habían acercado a la corraliza donde estaban los seis camellos blancos. Beaufort pasó por debajo del palo, entró en el recinto y, dirigiéndose hacia el animal que le pareció más fatigado le palpó el pecho y le examinó la dentadura. Eran estupendos camellos *meharí*, blancos, de largas patas, y ninguno había cumplido más de cinco años.

El templario voceó un par de órdenes guturales en árabe. El inteligente cuadrúpedo obedeció al instante, primero plegó las patas delanteras, después los cuartos traseros, apoyando su poderosa anatomía sobre los callos de las rodillas. Sin hacer caso de las protestas del tratante, Beaufort tomó una de las monturas que había en el cobertizo y ensilló al animal. Luego se encaramó en la silla y tiró ligeramente de la rienda. Al instante, el camello estiró el pescuezo, se bamboleó de delante hacia atrás, desplegó las patas delanteras, luego las traseras, se elevó como un resorte y arrancó a caminar, obediente, hacia donde la rienda le indicaba.

Aixa palmeaba entusiasmada.

Concluida la exhibición, que había dejado boquiabierto al tratante, Beaufort se apeó y discutió el precio de aquellos animales, de todo el lote.

Cuando llegaron a un acuerdo, que consistió en vender los caballos a bajo precio y

comprar los camellos carísimos, abandonaron la corraliza y regresaron al poblado. Allí, mientras los otros adquirían todo lo necesario, Lucas y Beaufort buscaron al juez, de las caravanas, le expusieron su propósito de cruzar el desierto y contrataron los servicios de un guía experto. Beaufort había decidido que no pernoctarían en Jartum, así que cuando tuvieron todo lo preciso, ya pasado el mediodía, salieron con lodo el calor y recorrieron dos leguas para ir a dormir a una aldea llamada Turba, donde solían concentrarse las caravanas antes de internarse por el mar de arena.

Al día siguiente, muy de mañana, se ataviaron con largos velos enrollados en la cabeza para evitar la arena en los ojos, la boca y los oídos, llenaron de agua los grandes pellejos de cabra cosidos que llaman jerbas, cargaron los camellos y salieron en dirección a la tierra que sólo sirve para cruzarla: el infierno de sol y arena.

Durante tres días atravesaron la estepa que precede al desierto, por un camino mal acondicionado que serpenteaba entre pequeñas elevaciones rocosas y cerros desgastados por el viento, a veces esculpidos en formas caprichosas. La única vegetación la constituían matojos secos y espinosos. Los arbustos adoptaban formas inverosímiles para protegerse de los vientos dominantes.

Aixa se divertía de lo lindo observando comer a los camellos, la lenta deglución del bolo alimenticio, la cómica masticación circular con la mandíbula inferior moviéndose a uno y otro lado. La muchacha se asombraba de que aquellos estúpidos animales prefirieran los matojos resecos y los arbustos espinosos a la hierba fresca que crecía alrededor de los pozos. Intentaba familiarizarse con su camello, pero el animal no parecía apreciar mucho a su dueña.

—¿Por qué gruñe tanto? —le preguntó a Beaufort.

—El camello es antipático por naturaleza —respondió el templario—, pero además éstos son machos jóvenes y estamos

en plena época *de* celo, que es entre septiembre y abril. No tienen ganas de juegos, son huraños y solitarios, y hasta puede que peligrosos si se los molesta.

Sucedieron días y días de caminar entre dunas amarillas y pedregales rojizos, descansando a mediodía, cuando el calor era insoportable, a la sombra de las grandes rocas dispersas por el arenal.

Los días eran infernales pero, en cambio, las noches eran de una belleza sobrecogedora. Bajo la luz vacilante y pálida de la luna, los viajeros encendían una pequeña hoguera y hacían la comida principal, conversaban un rato y se retiraban pronto a dormir, bien abrigados, pues durante la noche helaba. Aixa se acostumbró a los gemidos nocturnos del desierto, que el supersticioso guía atribuía a los *efrim* o genios, almas en pena que murieron en el arenal y no encontraban el camino del reino de los muertos. En realidad, aquellos sonidos los provocaba la contracción y dilatación de las rocas, que soportaban más de sesenta grados de diferencia entre la puesta de sol y la madrugada, sumados al rumor de los infinitos granos y partículas de arena impulsados por el viento. Otras veces, dependiendo de la textura de la arena, el gemido de los *efrim* se transformaba en lo que los beduinos conocen como arenas cantantes, una verdadera melodía, al principio agradable de oír pero, a la larga, tan persistente que perturba el cerebro.

Atravesando el desierto nubio, pasaron junto a pequeñas pirámides medio enterradas en la arena.

—¿Llegaron hasta aquí los egipcios? —le preguntó Vergino al guía.

—No, sidi. No se sabe quién levantó estas pirámides en medio del desierto.

En los dos días siguientes pernoctaron entre ruinas de templos y edificios antiguos que Vergino visitaba restándole tiempo al descanso. Al final, el viejo templario comprendió. Había por doquier restos de una pasada prosperidad que no podía corresponder a un país invadido por la arena. Los restos de grandes hornos de fundir hierro le dieron la clave:

habían talado todos los árboles para alimentar los hornos y la deforestación del territorio acarreó la decadencia económica y la ruina del país, el despoblamiento y la muerte. Un gran imperio había habitado allí cuando la tierra era fértil y ahora sólo quedaban sus tristes ruinas invadidas por lagartos. Nuevamente, el viejo fraile se abismó en sus consideraciones sobre la fugacidad de la vida y la fragilidad de los imperios. ¿Serviría de algo, después de todo, que regresaran a Francia llevando el Arca de la Alianza? Eso contando con que no perecieran en el desierto.

Caminaron durante otra semana por un paisaje cada vez más desolado y árido. El aire caliente resecaba la nariz y producía en su interior una costra dolorosa, los ojos irritados por la arena se hinchaban, la arena entraba en la boca a pesar del velo y chirriaba al masticar, el agua se tornaba turbia y maloliente en la jerba, pero, en compensación, cada día disfrutaban de la mudable belleza del desierto pálido a la luz del alba y rosado al atardecer, como una antorcha llameante, y las noches eran magníficas, cuando la luz se iba atenuando y el cielo viraba del azul intenso al negro, al tiempo que miríadas de estrellas horadaban la noche, iluminando las melancólicas dunas. Entonces, el aire se condensaba y olía a tierra, con un olor profundo y nutricio que Aixa aspiraba golosamente. Solía dar un paseo acompañada de Lucas, sin alejarse del campamento a más distancia de la que alcanza una voz, según la regla templaría.

Así atravesaron el Wadi al-Malik y se internaron en el yermo rojo. En esta devastada región han muerto muchos viajeros inexpertos porque la arena forma lagos y ríos que andan y sólo los nómadas y los guías expertos conocen su situación y su anchura y saben cómo esquivarlos o por dónde cruzarlos. No hay seres más endurecidos que estos hombres que se disputan el desierto con las serpientes y los escorpiones.

61

El sol estaba alto y ardía. El guía, inclinado sobre los restos de la hoguera extinta, acariciaba con sus dedos largos y morenos la capa de arena que cubría las cenizas.

—Nos llevan tres días de adelanto, cuatro a lo sumo —concluyó incorporándose.

—¿Cuatro días? ¿Cuánto tardaremos en alcanzarlos? —preguntó el alemán.

El guía sacudió la cabeza.

— No sé. Quizá dos semanas.

—¿No es demasiado tiempo?

—Sidi, en el desierto hay que tener paciencia. El arenal requiere paciencia y no perder la calma, no desesperar. Cuando eres impaciente, el arenal te agota las energías y te vence. Un error de orientación y puedes pasar a pocos metros de un pozo o morir de sed a unos minutos del agua. Los que dices que te robaron van a tardar un mes en cruzarlo. Hay tiempo de sobra para alcanzarlos si ésa es la voluntad de Dios, *Insh'allah.*

—Pues comencemos ahora mismo —urgió Lotario, y tiró de las riendas al tiempo que gritaba la orden de levantarse.

El camello se desdobló y se incorporó con un suspiro casi humano; luego, instigado por la rienda, echó a andar pesadamente por el arenal infinito.

Los falsos peregrinos se detuvieron dos días a descansar en un oasis antes de internarse en la región de Merga que el guía, con miedo reverencial, denominaba ruta de la sed y del espanto. Al tercer día de penoso caminar por una arena ardiente que ocultaba rocas afiladas capaces de herir las fuertes pezuñas de los camellos, sobrevino una extraña

quietud en el aire abrasador seguida de un ronco rumor que parecía proceder del páramo remoto, y crecía y decrecía, iba y venía en lentas oleadas como si latiese la tierra.

—Es el tambor de arena —murmuró el guía al tiempo que realizaba una serie de rápidos conjuros con los dedos untados en saliva.

—¿El tambor de arena?

—Sí. Los espíritus del desierto que le hablan a las estrellas —explicó—. Los genios infernales percuten gigantescos tambores en las grutas oscuras de los infiernos.

El zumbido fue creciendo tan sordo e intenso que los viajeros tenían que hablarse a gritos para entenderse, aunque sólo los separara la distancia de un brazo. Después perdió intensidad y fue distanciándose, hasta que cesó por completo.

Aquel día, a la caída de la tarde, avistaron un campamento nómada plantado a las orillas de un pozo. Eran apenas siete jaimas, tiendas grandes y bajas hechas con tiras cosidas de piel de cabra y un par de postes de madera. El guía se alegró.

—Hoy cenaremos decentemente gracias a la hospitalidad de Abdón el Grande.

Los templarios se miraron recelosos.

—¿No veis aquel rebaño de camellos? —preguntó el guía— Los viajeros miraron a donde señalaba, un punto algo alejado de las tiendas y descubrieron que lo que antes habían tornado por rocas era un rebaño de más de cien camellos en reposo—

Es de Abdón el Grande —prosiguió el guía—, un hombre poderoso por sus rebaños y estricto observador de las sagradas leyes de la hospitalidad.

Aquella noche durmieron sin el sobresalto de las piedras que crujen al enfriarse ni el miedo de que los pasos errabundos de un camello disimularan los de algún salteador asesino.

Después de recibir el agasajo de Abdón el Grande, los dos templarios salieron a pasear a la luz de la luna.

—¿Escuchas el desierto? —inquirió Vergino después de un silencio.

—Lo escucho.

—El guía teme sus sonidos pero yo sólo percibo la música de las esferas —dijo el anciano.

Beaufort lo miró.

—Hubo una edad de oro —prosiguió Vergino— en que el hombre vivía en paz consigo mismo y los astros, al girar en el firmamento, derramaban dulce música. Quizá no todo esté perdido, quizá todavía podamos recuperarla.

Y apretaba con su mano sarmentosa el zurrón donde llevaba los *tabotat.*

62

—El agua se está acabando —observó preocupado Lotario de Voss mientras palpaba su jerba, en la que apenas quedaba una décima parte del contenido.

El guía le mostró su blanca sonrisa lobuna.

—No hay que apurarse, sidi. Mañana llegaremos a Djem.

—¿Qué es Djem?

—Es un pozo donde descansan las caravanas. Allí llenaremos la jerbas y abrevarán los camellos.

Anduvieron un rato en silencio, remontando la falda de una duna, y el guía aguardó a su cliente en la parte más alta antes de iniciar el descenso. Cuando Lotario lo alcanzó,

jadeante, el guía extendió el brazo y le señaló un punto del horizonte.

—¿Ves aquellas dos montañas más altas que las otras, sidi? —Lotario asintió—. Pues entre ellas hay un paso que, a medio día de camino, desemboca en un valle pedregoso en cuyo centro hay un pozo que recoge el agua de los montes. También hay unas ruinas, un corral de tapias donde antiguamente descansaban las caravanas procedentes del país de los negros.

—¿Ya no hay caravanas?

—Ahora casi todas prefieren otro camino más seguro, a muchas jornadas de distancia. Cuando aquél esté infestado de bandidos las personas honradas volverán a preferir éste.

Cenaron frugalmente y se acostaron, envuelto cada cual en su capote. Cuando se restableció el silencio, los murmullos familiares se adueñaron de la noche: el fenec de largas orejas, los ratones, las musarañas a la caza de serpientes, la hiena cojitranca y maloliente que ríe a lo lejos.

En el duermevela que precede al sueño, Lotario percibió súbitamente la certeza de un peligro indefinido. Intentó despertar pero, como un nadador cansado que se deja abrazar por la corriente del río, no logró alcanzar la fresca ribera de la consciencia. Sumido en profundo sueño, su último pensamiento fue que quizá era víctima de algún encanto o de algún bebedizo.

Despertó con el sol en lo alto, sudando bajo el capote, la boca reseca y sedienta. Miró en torno, alarmado, sólo para constatar que el guía había desaparecido llevándose los dos camellos de refresco, la espada y el equipaje. Sólo le había dejado la jerba casi vacía que le servía de cabezal y un camello enfermo. Tenía agua para un día.

63

El zorro estaba comido de pulgas. Desde la cúspide de la duna, a la luz incierta del amanecer, observó el oasis dormido y rápidamente captó el brillo del agua de una charca rodeada de palmeras. Con un trotecillo sesgado descendió de su observatorio, entró precavidamente en la mancha de hierba y rodeó el charco, hasta que halló un trozo de madera seca. Lo tomó con los dientes y se internó lentamente en el agua sin soltarlo de la boca. A medida que iba hundiéndose en el líquido, los parásitos se ponían a salvo trasladándose a la parte seca. Cuando todo el cuerpo estuvo sumergido, la cabeza era un hervor de pulgas. Entonces el zorro sonrió para sus adentros, cerró los ojos, contuvo la respiración y sumergió también la cabeza. Las pulgas y piojos se trasladaron al trozo de madera que asomaba fuera del agua.

Entonces lo soltó y salió de la charca con un trotecillo alegre, desinsectado, fresco y limpio.

El zorro se sacudió la pelambre mojada en la orilla. Aguzó el oído. Le pareció percibir el roce de una rama. Lo último que ovó fue el chasquido de una ballesta al dispararse desde el palmeral.

Huevazos arrancó el virote del cuerpo de su presa, sacó el cuchillo y la despellejó, le cortó las pezuñas, la cabeza y el rabo, y la destripó y descuartizó. Con las tajadas sangrientas y calentitas en su zurrón, regresó al campamento.

La cena fue un verdadero festín.

—¿Estás seguro de que esto era un borrego? —preguntó Beaufort sosteniendo el hueso mondo de la pierna que se acababa de comer.

—Tan seguro como de que me llamo Roque —respondió Huevazos—. Un borrego escuálido, pero borrego al fin y al cabo. Aquí, como hay poco forraje, no se crían muy gordos.

Al mediodía, el cuerpo no proyectaba sombra. Lotario de Voss había caminado en la dirección de las montañas que le indicó el guía. Podía haberle mentido, pero para morir de insolación y de sed en medio de aquella inmensidad ardiente cualquier dirección era buena. El camello profería roncos gruñidos y a veces parecía a punto de derrengarse. Un camello aguanta varios días sin beber. Quizá el suyo viviría hasta que encontraran un pozo. Destapó la jerba y bebió un sorbo de agua, que retuvo en la boca reseca, enjuagándosela, antes de tragarlo. Luego se pasó la lengua húmeda por los labios agrietados. De pronto percibió a lo lejos un brillo parecido al que produce el sol sobre el agua. Entrecerró los ojos para ajustar la visión. Sí, era el brillo del agua. Un lago o, al menos, un chilanco suficientemente extenso para brillar en la distancia. Arreó al camello y sé dirigió directamente a él. Creía distiguir la mancha oscura de la vegetación, arbustos y árboles en las riberas. Caminó durante dos horas, pero no se acercaba al lago. Finalmente desapareció y sólo se vio el pedregal monótono y los montes del fondo.

—Un espejismo —murmuró abatido.

En Tierra Santa había oído hablar de estas figuraciones del diablo producidas por la evaporación de la poca humedad que contiene el suelo, cuando el calor crea una bruma que a lo lejos produce la impresión de ser lo que el viajero quiere que sea, agua v sombra.

Había forzado excesivamente al camello. El animal emitió un último gruñido, se tambaleó, incapaz de mantenerse erguido, plegó las patas y se echó en la arena. Lotario se apeó y lo contempló desencantado. Se colocó delante de su cabezota y le tironeó de la rienda.

—¡Arriba, holgazán! —lo exhortó—. Estamos cerca del agua. Mañana mismo beberás hasta hartarte.

El camello le devolvió una mirada vidriosa, moribunda.

Comprendió que no había nada que hacer.

Estaba anocheciendo. Todavía quedaban dos horas de luz que podía aprovechar para caminar sin el agobio de un sol ardiente. Lotario de Voss abandonó el camello moribundo y prosiguió su camino sin otro equipaje que la jerba del agua y el perpunte que le servía de manta por las noches. Mientras quedaba luz siguió el rumbo de la montaña, que parecía alejarse a medida que él caminaba. Procuraba mantener la cabeza despejada, concentrar todas sus energías en llegar a la montaña, confiando en que el guía no lo hubiese engañado y allá hubiera realmente un pozo. De todas formas moriría si no era cierto, casi no valía la pena preguntárselo antes de comprobarlo. Caminar, un pie tras otro, a un paso regular, ni largo ni corto, respirar regularmente, el aire candente que abrasaba los pulmones, la cabeza gacha en la leve penumbra de la gasa, evitando cualquier movimiento innecesario, apenas asomando la lengua para lamer la gota de sudor salitroso que se deslizaba por el rostro, disciplinándose para beber solamente un par de veces al día, en el inicio de los descansos, un leve sorbo que refrescara la boca lacerada, que bajaba por la garganta como una miel espesa sin alcanzar apenas el estómago y dejando en la lengua la humedad necesaria para revivificar los labios resecos y agrietados con un par de pasadas, no pensar, anular el dolor, anular el esfuerzo. Alcanzar el pozo o morir. Recordaba a su hermano y se esforzaba para no pensar que en la húmeda y pestilente celda de Gunter no faltaba un cántaro de agua que el carcelero renovaba cada día, un lujo inmenso.

Así pasó una noche, caminando sin descanso mientras sobre su cabeza giraba la bóveda celeste. Al amanecer, con la difusa claridad del nuevo día, vio volar una bandada de urogallos que tomó por palomas pardas. Las aves vuelan hacia el agua, recordó, y supuso que avanzaba en la dirección adecuada, con la salvedad de que las aves pueden

recorrer grandes distancias y quizá el pozo estaba a tres o cuatro jornadas de camino. En este caso podía morir de sed y de cansancio antes de alcanzarlo o, peor aún, podía rebasarlo, dejándolo a su izquierda o a su derecha, a sólo unas decenas de metros, si se trataba de uno de esos pozos profundos y escasos desprovistos de vegetación, uno de esos pozos solamente señalados con un leve brocal que a distancia puede confundirse con una roca cualquiera del desierto. A pesar de estos pensamientos, Lotario procuró no desanimarse y prosiguió. Se aleccionaba para no pensar y caminar sin desmayo, para no abandonarse al desánimo, que precede a la desesperación y a la locura.

Así transcurrió otro día, en el que no comió y solamente bebió un leve sorbo de agua. La jerba era ya un pellejo vacío que sólo contenía leves hilos húmedos, quizá suficientes para sostenerlo unas pocas horas más. Sufría diarrea, las tripas se le habían convertido en agua, la piel se le había llenado de pústulas, en un par de días había adelgazado tanto que el cinturón le caía flácido. Intentó remontar un cerrete pedregoso, pero se dejó caer a medio camino y decidió aguardar allí a la muerte. Pasó una hora. Al enfriarse el desierto, las nubes se concentraron en el horizonte y el sol crepuscular se convirtió en un inmenso globo amarillo que fue virando hacia el rojo, como si se desangrara contra los picachos oscuros del horizonte. Una luna blanca apareció sobre el cielo púrpura.

¿Había oído algo o era víctima de otra alucinación? Reuniendo sus últimas fuerzas, se incorporó y con paso tardo y jadeante logró coronar el cerro. Al llegar a la cima se echó a descansar con la cabeza bajo la sombra escuálida de un arbusto. Entonces, entre los fragores secos de su respiración cavernosa, le pareció percibir un rumor lejano. Contuvo el aliento y aguzó el oído. Camellos caminando sobre grava y guijarros en la hondonada contigua. Reptando, demasiado exhausto para incorporarse, se asomó hacia donde se percibía el rumor y contempló una lenta caravana formada por dos docenas de camellos y cinco camelleros que se dirigían a paso vivo hacia la mancha verde del pozo, al otro lado de la rambla pedregosa. El primer pensamiento fue ocultarse y seguirlos hasta el agua, pero después reparó en que las fuerzas lo estaban abandonando, y en cualquier caso no podría escapar del inmenso brasero del arenal sin la ayuda de un guía. Aquellos camelleros irían hacia alguna parte poblada, quizá pudiera persuadirlos para que lo llevaran con ellos. La ley del desierto favorece la hospitalidad. Se irguió, e iba a gritar con todas sus fuerzas pidiendo ayuda, cuando vio salir de detrás de unas rocas cercanas una cuadrilla de salteaderes vestidos con las amplias túnicas y los apretados turbantes de los hombres del desierto. Al instante se organizó un revuelo. Los amodorrados camelleros echaron mano de las armas que llevaban entre el fardaje, pero los bandidos se adelantaron matando al jefe de la caravana y a los dos hombres que lo acompañaban. Los otros, a la vista de los muertos y de que los bandidos los superaban, optaron por rendirse y arrojaron las armas al suelo. El jefe de los bandidos ordenó maniatarlos y los interrogó brevemente. Luego, sus sicarios los obligaron a arrodillarse y los degollaron allí mismo, uno tras otro. Todo ocurrió tan rápidamente que Lotario no sabía si estaba soñando. Se agachó y se ocultó entre los arbustos sin dejar de observar. Los bandidos eran seis y si descubrían la presencia de un testigo, lo eliminarían sin contemplaciones. Decidió seguirlos a distancia. Ellos conocían la región, ellos lo llevarían al pozo. La sed apremiaba, pero los salteadores no parecían tener prisa. Despojaron concienzudamente los cadáveres e hicieron reatas con los camellos cargados y con las monturas, antes de proseguir hacia el fondo del valle en busca del pozo. Lotario bajó de su observatorio y registró someramente los cadáveres por si alguno llevaba una jerba de agua, pero no encontró nada. La sed lo mortificaba hasta límites intolerables. Tenía los labios agrietados y sangrantes. La lengua seca e hinchada no le cabía en la boca.

Uno de los muertos era joven y robusto. Le subió la manga, le buscó con el filo de la daga la vena del brazo, le practicó una sangría y bebió la sangre que brotaba de la herida. Después, con la renovada energía que le daba la esperanza de sobrevivir, siguió

precavidamente a los bandidos de roca en roca.

A unos centenares de metros, Lotario de Voss creyó enloquecer de sed mientras contemplaba a los bandidos que extraían agua del pozo con ayuda de una larga cuerda atada a una pértiga que en el extremo tenía un saco de arena de contrapeso. Los bandidos dieron de beber a los camellos en los largos dornajos del abrevadero, bebieron ellos y llenaron las jerbas entre bromas. Por lo visto, el botín habla sido excelente. Después encendieron una fogata, calentaron largas tajadas de tasajo, y acabada la cena se cubrieron con mantas de piel y no tardaron en dormirse. Uno se quedó de centinela cerca del hato.

Al amparo de la noche, Lotario de Voss se acercó al centinela dormido. Era un beréber de rostro huesudo y barba rala, la boca prieta como una cicatriz. Resoplaba tan pesadamente que Lotario receló un instante si estaría haciéndose el dormido para tenderle una trampa. Se detuvo, temeroso de que si se aproximaba un centímetro más, el guardián saltara como un resorte, con la cuchilla en la mano, y profiriera gritos de alarma. Miró la jerba repleta de agua a los pies del centinela, preguntándose si formaría parte de la trampa. La sed lo atormentaba, pero era disciplinado y tomó todas las precauciones: hizo firme presa en la mandíbula del durmiente al mismo tiempo que le tapaba la boca y, con el mismo movimiento, le rebanó el gaznate. El centinela profirió un breve estertor, apenas el gorgoteo de la sangre al brotar mezclada con aire de los pulmones, y en seguida una mortal laxitud se adueñó del cuerpo. Con manos trémulas, Lotario tornó la jerba que lo había atormentado. No era una jerba, era un atadijo que contenía el equipaje del muerto. Desesperado, miró alrededor. ¿Dónde estaba el agua? Por fin descubrió que las jerbas estaban agrupadas junto al pozo. A la débil luz de la luna, los pellejos grasientos brillaban invitadores. Con paso cauto, se aproximó a los que dormían. Eran cinco. Uno estaba solo, al lado del equipaje, pero los restantes se habían acostado por parejas y estaban abrazados bajo las mantas. Iba a ser difícil degollarlos sin despertar al de al lado. Retiró los sables, que habían dejado al alcance de la mano, y buscó infructuosamente los cuchillos. Quizá dormían con ellos.

Se acercó al que dormía solo, le tapó la boca con la mano enguantada y lo degolló con la otra. Lo dejó desangrarse entre silenciosos estertores y repitió la operación con el que le parecía más peligroso de los otros, uno barbado que dormía con un adolescente. Pasó a la otra vida sin moverse apenas. Lotario dejó que el muchacho siguiera durmiendo y se ocupó de la otra pareja. Parecían fundidos en el mismo molde: mejillas descarnadas y barbas escasas. Uno tenía la mano en el sexo de su compañero. Degolló primero a éste. El segundo, al sentirse herido, golpeó el suelo con los talones atronando el silencio. El muchacho que dormía al otro lado de la hoguera se removió en el lecho y se abrazó al cadáver aún caliente de su compañero. Comenzaba a despertarse y palpaba medio dormido el charco de sangre que iba invadiendo su camastro cuando la sombra se abatió sobre él, le aplastó la cara contra la arena y el acre sabor de la hoja de acero, percibido desde dentro de la garganta, lo sepultó de nuevo en la inconsciencia.

Lotario, enloquecido de sed, pisó los cadáveres y las cenizas yertas de la hoguera para alcanzar la pila de jerbas. Cogió una y la levantó hasta la boca, pero estaba tan ansioso por beber que sus dedos torpes no conseguían extraer el tapón de madera. Exasperado, le propinó una puñalada. Por la ancha herida, un torrente de agua misericordiosa se desplomó sobre su rostro, refrescándole las fauces doloridas. Dejó que el chorro tibio le golpeara la boca llagada, le anegara la garganta seca como estopa, le doliera en el estómago estragado. Luego se contuvo, bebió con moderación y lamentó haber estropeado un valioso odre que quizá le sería necesario para el viaje. Más calmado, pensó que tal vez no hubiera sido mala idea dejar al muchacho con vida para que lo guiara a través del desierto, aunque quizá el muchacho cruzaba el desierto por primera vez, quizá sólo era el amante del barbudo.

Estaba agotado. Se echó a dormir hasta que clareó el día, y a la luz incierta de la

alborada registró el equipaje de la caravana antes de proseguir su camino. Lo que encontró lo sorprendió gratamente. Seis de los fardos transportaban oro en tortas grandes como la mano. Rascó una de las tortas y comprobó que el metal era de primera calidad, sin aleación alguna. Seguramente, los mercaderes egipcios a los que iba destinado lo adulteraban antes de amonedarlo en besantes venecianos o florines lombardos.

—Somos ricos, Gunter —murmuró—. Ya tenemos dinero suficiente para el mejor barco que navegue por el Mediterráneo y para un palacio servido por esclavos. —Lo pensó mejor y añadió—: Si consigo escapar de este horno.

64

Tras un mes de penalidades continuas, sin más respiro que los dos o tres días que permanecieron en un oasis, reponiéndose para afrontar la siguiente caminata, los falsos peregrinos avistaron la devastada Sahra Ribyanah. Dejando a la derecha la cordillera de Tibesti, se adentraron en el desierto libio, evitando el secarral de Sahra Marzuq, y prosiguieron en dirección noreste hasta Darai. Los días eran iguales: arena y viento, calor y silenció, bajo un sol de fuego, atravesando inmensos yermos sembrados de hirientes astillas de roca roja que devolvía centuplicados los rayos del sol. Llevaban cuarenta días vagando por el erial cuando una mañana el guía anunció:

—Aquellos montes son el Sinawan.

Era la noticia que estaban esperando. El Sinawan, la antesala del desierto libio, la puerta trasera de Túnez.

Por la tarde cruzaron un río de piedras y bordearon una quebrada inaccesible hasta encontrar un portillo, guardado por los muros deshabitados de un antiguo fortín romano, a cuya sombra dejaron transcurrir las horas del mediodía. Después remontaron la cuesta y salieron a una llanura inmensa de rocas y arbustos secos que se elevaba hacia la meseta del Tendrá, desoladas cumbres barridas por el viento donde un hombre podía congelarse en las madrugadas o morir de insolación al mediodía.

Al cabo de cinco días, la vegetación se hizo más abundante e incluso recolectaron unas bayas dulces que los camellos comían con fruición.

—Estas bolitas las venden en el mercado de Túnez —observó Aixa.

—Es que esto es el Qabis —aclaró el camellero—. Estamos cerca de Túnez. Dentro de tres días saldremos del desierto. A partir de ahora no hay que racionar el agua: encontraremos pozos abundantes.

En los días siguientes se toparon con numerosos nómadas, a los que compraron dátiles, leche y *pan* de trigo. Incluso se permitieron descansar dos jornadas completas en El Djem aprovechando que Huevazos había cazado una gacela. Lucas y Aixa exploraron las ruinas de un anfiteatro romano inconcluso que los bizantinos habían convertido en fortaleza. Curioseando entre las ruinas adyacentes encontraron un bello mosaico medio enterrado en la arena que representaba un tigre acosando a dos onagros.

—Eran villas patricias —les explicó Vergino—. Toda esta región fue próspera y verde en tiempos de san Agustín, antes de la llegada de los moros.

Prosiguieron el camino por las montañas de Matmata, de roca blanda, donde los campesinos beréberes excavaban pozos y galerías para recoger el agua y hasta construían sus propias viviendas a varios niveles, como hormigueros gigantes.

—La proximidad de un poblado sólo se adivina por la abundancia de olivos e higueras

—observó el guía—, porque los pueblos, las calles y las casas están bajo tierra.

En Matmata comieron miel y aceitunas; en el palmeral de Kebili compraron unos dátiles enormes con los que Huevazos

preparó un estofado de cordero, esta vez auténtico, que saborearon a la sombra del palmeral junto a las fuentes del Ras el Aino.

Al día siguiente, el guía se despidió. Quería subir a una aldea de las montañas a saludar al cuñado de un amigo de su tío que se había avecindado allí, a la sombra de una viuda rica, después de cruzar el desierto más de doscientas veces.

—No puedes dejarnos tirados en medio de este yermo —le advirtió Beaufort.

—¿Tirados?— protestó el guía—. Si hasta un niño sabría regresar a la costa. De aquí a las montañas de enfrente lo que hay no es desierto, es playa. Sólo tenéis que seguir en esa dirección y, a un día de marcha, encontraréis huertas y pozos, caminos y gente, la tierra de Túnez.

«Y soldados», pensó Beaufort.

Entregaron al guía lo estipulado por sus servicios, más un camello de regalo, y se despidieron de él.

65

—¡Allí, allí! —gritó Lucas.

Miraron hacia donde señalaba. A la incierta luz del amanecer, desde la cima de la duna, Huevazos agitaba su gorro de fieltro.

—Dice que nos apresuremos —tradujo Lucas—. ¡Ha visto algo!

—¿Una fuente? —aventuró Aixa.

Apresuradamente recogieron las mantas y el hato y ensillaron los camellos. Huevazos había desaparecido de la línea del horizonte. Montaron en los cachazudos animales y los arrearon. Escalaron la duna a sotavento.

Desde la cima vieron una sucesión de colinas pedregosas que terminaba en un pequeño palmeral, tras el cual nacía un tenue brillo rosáceo que iba virando hacia el dorado a medida que la luz se definía en el horizonte. Brillaba como un manto de seda, como una espada, como una hoguera distante de ascuas esparcidas.

—Aquel resplandor... —señaló Lucas haciendo visera con la mano.

—Es el mar —respondió Beaufort tranquilamente.

Lucas se volvió hacia Aixa, que no se apartaba de su lado.

—¡Hemos vuelto al mar! —le dijo—. ¡Estamos salvados!

Vergino, con los ojos entrecerrados arrasados de lágrimas, contemplaba la inmensa llanura líquida.

—En efecto, debe de ser el mar —corroboró—. Se percibe el frescor del aire y el aroma de las algas. No parece que se trate de un espejismo.

Y murmuró calladamente una plegaria mientras sujetaba con mano firme las riendas del camello que transportaba los *tabotat*. Los animales habían venteado agua y estaban impacientes por alcanzar el palmeral.

Descendieron por el tortuoso sendero y, detrás de un roquedo, avistaron a Huevazos, que enfilaba hacia el oasis reconociendo el terreno. El joven Lucas comprendió el motivo de sus cautelas. No sabían dónde estaban ni si iban a encontrar gentes hostiles.

El palmeral estaba desierto. Había una huertecilla abandonada en la que todavía

crecían algunos matojos esmirriados de alcauciles, pura espina, y un pozo que, a juzgar por las huellas de hombre, de cabra y de camello que lo rodeaban, continuaba en buen uso. Había un odre de cuero y una cuerda remendada atada a una anilla de piedra. Huevazos, después de comprobar que el agua no estaba envenenada, abrevó su camello en un pilón de madera.

Bebieron con deleite el agua fresca y sabrosa y llenaron las jerbas antes de proseguir la marcha hacia el mar. Cuando llegaron a la inmensa playa desierta, Beaufort se adelantó hasta que las olas le mojaron los pies. Se agachó, tomó agua salobre en el cuenco de la mano y la probó.

—¡Sabe al mar nuestro, es el mar muestro, no cabe duda! —gritó sobre el alegre estruendo del oleaje—. Ahora sólo cabe marchar hacia Occidente, hasta que encontremos quien nos diga dónde estamos.

Caminaron cinco leguas, siempre hacia Occidente, por una playa infinita sin encontrar a nadie, hasta que, por la tarde, el sol declinante los deslumbraba y Vergino decidió que pernoctarían en las ruinas de un chozal de pescadores que encontraron junto a una fuente. Con los restos de vigas resecas, que Huevazos extrajo de los mechinales, hicieron una pequeña fogata para hervir los restos de carne seca y galleta. En silencio pasó el cuenco de sopa de mano en mano hasta que la terminaron. Después, Beaufort asignó las guardias y se retiraron a dormir. La Primera vela le tocó a Lucas.

Era una noche sin luna, oscura, pero la mar tenía el fulgor del cielo estrellado. En un extremo del promontorio, desde el que se divisaba la choza, Lucas contemplaba con arrobo el sobrecogedor espectáculo de la bóveda celeste. Sufrió un sobresalto cuando advirtió que una sombra, en la que inmediatamente reconoció las hechuras de Beaufort, se le acercaba desde el campamento.

—¿No duermes, monseñor?

—No, amigo. —Beaufort tomó asiento a su lado. Permaneció en meditativo silencio un momento y luego comentó—: Es hermosa la noche que Dios regala a sus criaturas.

Lucas asintió sin dejar de observar la bóveda.

—Estaba pensando en lo que haré cuando regresemos a España. Ya he cumplido la promesa de mi padre y puedo emanciparme. Le pediré a mi hermano unas tierras que pueda labrar con Huevazos y un par de siervos y me casaré con Aixa. Tendremos media docena de robustos hijos y quizá una o dos niñas con trenzas gordas y mejillas coloradas que me salgan *a* recibir alegremente cuando regrese de cazar el jabalí. Y, si no andáis muy lejos, monseñor, me gustaría visitaros alguna vez...

Beaufort sonrió tristemente y miró al mar. No podía pensar en ningún futuro fuera del Temple, pero la orden había sido suprimida, Jacques de Molay estaba en prisión y el mundo que él había conocido no existía ya.

Aunque, por otra parte, tenían los *tabotat.* El Arca de la Alianza podía alterarlo todo, podía enderezarlo todo.

El ruido procedía de la espesura del matorral, en lo alto de la duna. Había sido un chasquido apenas perceptible, como el roce de una rama al deslizarse sobre otra cuando alguien la aparta, pero el viento soplaba del interior y Huevazos lo había percibido. Quizá un perro o un zorro que amparado en la oscuridad acudía a saciar la sed en el aliviadero de la fuente.

Huevazos se agachó lentamente y depositó su chuzo en el suelo. A continuación desenfundó el cuchillo que pendía de su cinto, y con pasos quedos, se acercó a la espesura. Al rodear un tronco caído y medio enterrado en la arena, una sombra se interpuso en su camino. No era un zorro, pensó con desencanto, y se había dejado sorprender. La mano del enemigo fue más rápida que su pensamiento, un brazo le oprimió la boca y lo obligó a levantar el rostro mientras un cuchillo le buscaba la garganta. Pero Huevazos era un

luchador experimentado e interpuso un brazo, en el que la daga abrió un tajo enorme, evitando la herida mortal. Entonces Lotario le asestó una cuchillada ancha en el vientre y lo dejó herido de muerte.

Todavía Huevazos pudo proferir un grito de alarma desarticulado e inhumano, que puso en conmoción al campamento.

—¿Qué ha sido? —gritó Lucas mientras cogía la espada.

—En la espesura —le señaló Beaufort—. Huevazos, creo.

Beaufort clavó su espada en tierra y levantó los brazos para que Vergino le introdujera el jubón acolchado por la cabeza. Sin abrocharse las correas, retomó la espada y corrió, seguido de Lucas, hacia el lugar del que procedía el grito.

No fue menester indagar. A la luz cenicienta del alba, Lotario de Voss se erguía ante ellos. El guerrero vestido de negro aguardaba a su enemigo con una breve sonrisa en los labios agrietados y blanquecinos.

—Volvemos a encontrarnos, Roger de Beaufort —lo saludó.

Beaufort se detuvo a una distancia prudencial y extendió lateralmente el brazo para apartar a Lucas. El teutón era cosa suya.

—Así que has cruzado el desierto —dijo—. ¿Tanto odio arrastras que ni siquiera el infierno de arena puede disuadirte? Ya no tiene sentido la pelea: el papa ha suprimido el Temple y los templarios están en prisión.

—Yo no peleo ya por el Temple —respondió Lotario con voz enronquecida—. Ni siquiera peleo por el rey de Francia: peleo por mí. Tú y yo tenemos una deuda pendiente.

Beaufort sacudió la cabeza, conmovido.

—Hermano Lotario: consagraste tu vida a luchar por Cristo en Tierra Santa. Eres un héroe de ultramar. En nombre de Santa María te suplico que perdones las ofensas que te haya inferido. Ya no somos los dos jóvenes que un día se encontraron en Acre. La Torre Maldita cayó, Acre cayó, y nosotros tenemos la cabeza cana. Somos otros y el mundo también. No vale la pena recordar aquello.

Lotario esbozó una sonrisa amarga.

—Tú puedes ser otro —concedió escupiendo las palabras con desprecio—. Has viajado al corazón de las tinieblas en busca del Arca y la has conseguido. Siempre has coronado tus empresas con éxito, pero yo no puedo olvidar aquella tarde en que me encadenaste en un calabozo del Patriarcado. He venido a cobrar mi deuda.

—¿Qué deuda? ¿No estás vivo?

Lotario de Voss clavó solemnemente la espada en tierra, se desató el guante de cuero que le cubría la mano izquierda y exhibió la mano que ocultaba. Le faltaban los tres dedos menores y media palma. Era como una repulsiva pinza de cangrejo formada por el pulgar, el índice y una especie de muñón conector que arrancaba de la muñeca.

Beaufort comenzó a comprender.

—Teníais demasiada prisa por dejarle Acre a los sarracenos —acusó Lotario—. Me abandonasteis en una mazmorra infecta y tuve que liberarme yo mismo, utilizando los dientes, antes de que los sarracenos me encontraran encadenado al muro.

—No lo comprendo —objetó Beaufort, estupefacto—. Envié a uno de mis hombres a liberarte.

—Si tú lo dices... —concedió irónicamente Lotario—. El libertador nunca compareció. Estabais demasiado atareados salvando el culo.

Lotario arrojó el guante lejos y empuñó nuevamente la espada. Con la pinza de la mano izquierda tomó una daga de extraña empuñadura ortopédica en la que los dos dedos de la mano mutilada perchaban como las garras del halcón.

—¡Lo que ocurrió en Acre ya no tiene remedio, Lotario! —lo exhortó el templario—. Únete a nosotros y ayúdanos a llevar el Arca Santa a la cristiandad.

Lotario mostró los dientes menudos y brillantes en una mueca.

—No hay trato, Roger de Beaufort. Ese tesoro me pertenece, igual que vuestras vidas.

El teutónico dio unos pasos hacia Beaufort, que les hizo señas a sus acompañantes prohibiéndoles intervenir. Sería un combate singular entre dos campeones, a la antigua usanza, y el que prevaleciera quedaría dueño del campo. Beaufort, en guardia, echó mano de su daga francesa, grande y ancha.

Los pies se hundían en la arena, los guerreros giraban lentamente sin perderse de vista, a la distancia justa para que las espadas no se tocaran, los ojos alerta para prevenir cualquier avance del adversario. Cuando tuvo el sol naciente a la espalda, Lotario atacó: avanzó un paso y golpeó fuertemente la espada de su adversario, consiguiendo a medias su propósito de desequilibrarle la guardia. Luego, aprovechando la débil ventaja, avanzó dos pasos, amagó un tajo a la cabeza y lanzó una estocada a fondo. Beaufort trastabilló con el primer golpe, pero se mantuvo en pie y consiguió desviar la espada de su enemigo, aunque para ello dejó al descubierto todo su flanco derecho. Lotario, que lo había previsto, le asestó en el costado una puñalada que le traspasó el jubón reforzado sin hacer carne.

Pareció que, fracasado su intento, el teutón iba a retirarse, pero, lejos de hacerlo, redobló el ataque alterando la trayectoria del tajo, cuando aún estaba en el aire, una habilidad propia de los esgrimistas experimentados que exigía brazos musculosos y reflejos fulminantes. También ese tajo se estrelló contra la espada y la daga del templario convenientemente cruzadas en una defensa a la sarracena.

—No ha estado mal —comentó Lotario de Voss, y dejó oír su risa siniestra al tiempo que se apartaba unos pasos y bajaba los brazos para descansarlos mientras meditaba el próximo ataque.

—¡Hablemos, Lotario! —lo exhortó Beaufort—. Este duelo no tiene sentido.

Pero el teutón volvía nuevamente a la carga, rápido como el relámpago, con el acero en alto.

Esta vez descargó sobre Beaufort un golpe tal que lo hizo trastabillar y cuando intentaba equilibrarse le propinó la patada lateral en la rodilla, su treta favorita.

Se escuchó un chasquido de hueso tronzado y Beaufort se desplomó de espaldas con un gemido. Lotario se abatió sobre el caído y, antes de que los demás pudieran reaccionar, le puso la daga en la garganta.

—¡Que nadie ose acercarse o morirá también! —gritó a los compañeros.

Nadie se movió, aunque la angustia se reflejaba en todos los rostros.

—¡Roger de Beaufort, contempla ahora cómo mi mano mutilada te mata y te arranca el corazón!

Se disponía a degollar a su adversario cuando una sombra se abatió sobre él y una piedra de considerables proporciones le golpeó la espalda. Lotario de Voss se desplomó sobre Beaufort con la columna vertebral rota.

Era Huevazos, malherido, pálido como un espectro, cubierto hasta los pies por la sangre que le manaba de la tremenda herida. Dejó caer la piedra y, apartando la mano que le sostenía el vientre, permitió que el humeante paquete intestinal se le descolgara hasta el suelo. Cayó de rodillas, agonizante, miró a Lucas, le dirigió un guiño cómplice y una sonrisa mustia y se desplomó sobre el polvo.

Lucas acudió a socorrer a su amigo, pero ya había muerto. Se volvió hacia Vergino, que atendía a Beaufort.

—Estoy bien, estoy bien —repetía Beaufort—. Sólo es la pierna rota. Ved qué ha sido del teutónico.

Lotario de Voss, como una torre desplomada sobre la arena, estaba mortalmente pálido y no podía mover las extremidades. Intentó levantar la espada, que aún empuñaba, pero desistió con un amargo suspiro al comprobar lo inútil de su esfuerzo. Era como si el cuerpo

que veía extendido ante sus ojos perteneciera a otro, o a un cadáver.

—¿Qué va a ser ahora de ti, Gunter? —murmuró. Y emitiendo un sollozo desgarrador reclinó la nuca sobre la fría arena.

Se iba elevando el sol y en el azul purísimo de la mañana flotaban lentas las gaviotas.

66

Beaufort, apoyándose en el hombro de Lucas Cárdena, se acercó cojeando al enemigo caído.

—Roger de Beaufort, ya me has vencido —murmuró Lotario—; pero antes de que me quites la vida, que me pesa insoportablemente, quisiera pedirte una merced.

—Pídeme lo que quieras —repuso Beaufort.

—Mi hermano, mi pobre hermano Gunter, está prisionero en Pugfort. Si el poder del Arca os permite rehabilitar a los templarios y volvéis a ser ricos y dominadores, quiero que lo rescates y lo devuelvas al mundo. Es un muchacho inocente que nunca le ha hecho mal a nadie y le prometí a mi madre que lo protegería. —Le vino un acceso de tos que le produjo un terrible dolor de espalda. Cuando se repuso prosiguió—: No sé si he sido un buen padre para él.

—Sin duda lo has sido —dijo Beaufort. Con ayuda de Lucas se sentó sobre la arena y tomó la mano mutilada del teutónico entre las suyas.

Lotario intentó decir algo, pero sólo emitió un ronco estertor. Lo intentó de nuevo sin resultado.

—He visto otros casos de hombres que se quedan mudos al rompérsele el espinazo —dijo Vergino—. Algunos recobran el habla y otros no.

Comenzaba a hacer calor, a pesar de la brisa marina.

—Creo que deberíamos partir —dijo Vergino—. Enterremos al pobre Roque y prosigamos nuestro camino.

Lucas cavó la tumba de su escudero y amigo y lo sepultó con su ballesta y su sartén. Encima del montón de tierra colocó una laja de piedra en la que rayó toscamente una cruz.

Tres días más tarde, en Kairuán, a la sombra del antiguo minarete, Aixa y Lucas se acercaron solemnes a los dos templarios.

—Lucas tiene algo que comunicaros —comenzó la muchacha sin disimular su ansiedad.

Lucas abrió la boca un par de veces y volvió a cerrarla, nervioso, sin decir nada. Ella le dirigió entonces una mirada entre tierna y reprobadora que le prestó el valor necesario. Se aclaró innecesariamente la garganta y dijo:

—Monseñores, creo que os he servido fielmente durante estos meses y que he sido obediente y me he conducido con diligencia y probidad. Ahora, debido a las circunstancias, quisiera licencia para dejaros y regresar a Castilla.

Los templarios intercambiaron una mirada.

—¿Por qué esa súbita prisa? —preguntó Beaufort.

—Monseñor... —titubeó Lucas—, Aixa y yo..., nosotros..., quiero decir que ella ha decidido no regresar a su casa. Si vuelve a Túnez con su familia, su padre la castigará y la encerrará de por vida o, lo que es peor, la enviará de nuevo a Zobar Teca, y eso sería matarla.

—Pues ¿adonde va a ir entonces la muchacha? —inquirió Vergino con la mayor

candidez.

Los dos jóvenes se miraron.

—Bien —comenzó Lucas—, nosotros hemos pensado... ella y yo.... —tomó con decisión la mano de la muchacha—, hemos pensado regresar a Castilla y solicitar el permiso de mi hermano para casarnos. Ya tengo edad y ella también. Nos casará mi tío, el abad.

—Pero ella es musulmana... —objetó Vergino.

—Me haré cristiana —dijo la muchacha sin titubear un momento—. Dentro de la desgracia de ser mujer en un mundo donde mandan los hombres, creo que es preferible ser cristiana.

—Desde luego, esta criatura sabe lo que quiere —murmuró Vergino.

Beaufort, con el entrecejo fruncido, miró al anciano, que apenas podía reprimir una sonrisa.

—Así que pretendéis casaros...

—Eso es, monseñor, no queremos otra cosa —reconoció Lucas. —Hemos compartido muchos peligros y queremos seguir juntos toda la vida o, al menos, hasta que ella se quede viuda.

Aixa le sonrió con arrobo.

Vergino miró a Beaufort.

—¿Qué te parece, hermano? ¿Crees que este donado ha servido suficientemente al Temple? ¿Podemos dar por satisfecha la promesa de su padre?

Beaufort se encogió de hombros.

—Quizá podamos darla por pagada si él se compromete a cuidar de Aixa y a respetarla el resto de sus vidas.

—Que así sea —dijo el anciano. Y tomando a los novios de las manos, les preguntó—: ¿Dónde pensáis estableceros?

—Mi hermano me tiene prometidos un castillejo y unas hazas de tierra con higueras y olivos en Cotrufes. Es un sitio con algo de monte donde solía cazar con el pobre Huevazos. —Al recordarlo, los ojos se le humedecieron, pero se sobrepuso—. Un buen lugar para criar a nuestros hijos.

—¿Cuándo partiréis? —preguntó Beaufort.

—Lo antes posible. Si contamos con vuestra aprobación, ahora mismo. En lugar de continuar hasta Túnez podríamos dirigirnos a Susa, donde cargan trigo los navíos valencianos. Desde allí no nos será difícil llegar a Castilla.

Vergino se dirigió a uno de los camellos y tomó una alforja cargada de discos de oro en bruto, una parte de lo que habían encontrado en el equipaje de Lotario de Voss.

—Tomad este oro y administradlo sabiamente.

Lucas lo sopesó.

—Es mucho, monseñor. Y el oro es vuestro.

—Te equivocas —insistió Vergino—. No es más nuestro que tuyo. Gástalo con prudencia y dedica una parte a los pobres.

Aixa se desprendió del velo que había vuelto a llevar desde hacía unos días, para evitar que alguien la reconociera más que por obediencia a la costumbre del país, y estampó dos sonoros besos en las mejillas de los freires.

Lucas la ayudó a subir al camello y después se subió en el suyo. Los animales se enderezaron al impulso de las riendas.

—Espero que algún día nos visitéis —dijo Aixa.

Los animales se pusieron en movimiento y tomaron el camino de Hammamet.

—Algún día... —murmuró Beaufort levantando la mano en un último saludo, cuando los jóvenes enamorados estaban a punto de desaparecer tras un recodo del camino.

Los dos templarios se quedaron solos con la parihuela cubierta en la que transportaban al maltrecho Lotario.

—Vamonos —dijo Vergino—, o se nos hará de noche antes de alcanzar la próxima aldea.

67

En Túnez, los falsos peregrinos se presentaron como mercaderes francos del azafrán que habían sufrido un accidente en las gargantas de El Kef. Su carreta se había despeñado con dos de ellos a bordo. Uno se había roto el espinazo y no podía moverse ni hablar mientras que el otro, mejor librado, tenía entablillada una pierna y andaba con muletas.

La casa que alquilaron para convalecer era humilde: dos habitaciones y un corralillo como para criar dos gallinas, pero estaba situada en Sidi Bu Said y desde el porche emparrado se disfrutaba de una espléndida vista del mar con las dos montañas que llaman los Cuernos al otro lado de la bahía. Una criada vieja se ocupaba de las labores domésticas y un pilluelo llamado Muhammad de los mandados.

Llevaban una semana en Túnez cuando, una tarde, los dos templarios salieron a dar un paseo por la explanada que dominaba la bahía. No podían llegar muy lejos porque Beaufort andaba todavía con muletas.

—Esta mañana encontré al hermano Alois Beltran —dijo Vergino—. Se ha empleado con un almacenista genovés, al que lleva los números, y parece que ha mejorado su posición. Ha oído decir que algunos templarios escapados de Francia se han refugiado en las encomiendas de Escocia y están reorganizando la orden bajo el maestrazgo de un tal Larmenius.

—¿Larmenius? Lo conozco —dijo Beaufort—. Sostuvo un castillo en Siria. Lo hizo bien.

Vergino ayudó a Beaufort a tomar asiento en el fuste de una columna que servía de banco. Soplaba una agradable brisa marina y estaban solos.

—Hay un barco de la Hansa, *La Seguridad Velera,* que zarpa mañana con destino a Hamburgo y hace escala en Escocia. He pensado que es una buena ocasión para reunirme con los hermanos escoceses y ver si realmente podemos arreglar las cosas desde allí. No me fío del todo de lo que me ha contado el hermano Alois.

—Creo que es una buena idea —dijo Beaufort.

—Pero no me atrevo a llevar conmigo los *tabotat* —continuó Vergino—. Pueden ocurrir muchas cosas hasta llegar a Escocia o incluso en la propia Escocia.

Beaufort lo miró con asombro

—¿Qué haremos entonces?

—Tú te quedarás aquí con los *tabotat.* Tú eres el portador de la Palabra. Contigo estarán seguros. Regresaré en cuanto pueda o enviaré a alguien a buscarte. Antes de tomar cualquier decisión tenemos que comprobar el estado de la orden después de su disolución. A Francia no podemos regresar: Nogaret y el rey Felipe deben de estar buscándonos. Me extraña que no hayan enviado más gente a seguirnos.

Beaufort comprendió que lo que proponía el anciano era lo más prudente.

—¿Cuándo te marchas, hermano?

—Mañana.

—¿Y qué haré cuando mi pierna suelde?

—Es cosa de un mes, quizá, pero no debes forzarla. Quédate aquí y aguarda noticias mías.

68

Renzo di Trebia, el cónsul veneciano, recibió al visitante en la azotea ajedrezada de su casa.

—¿Eres tú el contable de mi primo micer Enrice Pastizzo?

—El mismo, *signore.*

—¿El que fue templario en París?

Alois Beltran inclinó la cabeza e hizo un gesto, como excusándose.

—Sí, *signore.*

—¿Qué es lo que tenías que comunicarme?

—*Signore.* Esta mañana hablé con Vergino, uno de los templarios que encontré disfrazados de moros hace unos meses, cuando llegué a la ciudad. No quisieron confiarme la misión que estaban realizando, pero el *signore* Pastizzo me advirtió que si alguna vez volvía a toparme con ellos, se lo comunicara. Así lo he hecho y ahora me envía a vos. Los acompañaba aquel caballero teutónico que os sacó doscientas libras tornesas usando una credencial falsa.

La mano del banquero perchó como una garra sobre el torneado brazo del sillón.

—Aquel... ¿cómo se llama?

—Lotario de Voss, *signore.*

—¡Lotario de Voss! —repitió el cónsul como si las sílabas del nombre le quemaran la boca.

La estafa de Lotario había hundido su prometedora carrera. Un sicario del rey de Francia, que había asesinado a los comisionados de la banca toscana, le había tomado el pelo sacándole un buen pellizco. El asunto de Lotario de Voss constituía un baldón difícil de borrar. Quizá nunca lo promocionarían a otro consulado más importante. En la banca toscana los bellísimos engaños, como ellos los llamaban, ensalzaban al que los perpetraba, pero hundían en el descrédito al que los sufría. Un banquero no debe dejarse engañar, mucho menos si es veneciano.

Renzo di Trebia reflexionó un momento.

—¿Dónde dices que están esos templarios? Han alquilado una casa en Sidi Bu Said. Lotario de Voss ha sufrido un accidente y está encamado.

—¿Qué accidente?

—No lo sé. No puede moverse.

—¿Lo tienen prisionero?

—Creo que sí.

Di Trebia se mordió el labio inferior mientras meditaba.

—¿Tú puedes entrar libremente en la casa?

—Por lo menos puedo intentarlo. Hemos sido compañeros en el Temple de París muchos años.

—En ese caso, inténtalo. Mañana mismo. Llévales algo de regalo, comida, ropa, lo que sea. Eso ayudará. Hazte amigo de ellos. Cuando no te vean habla con el prisionero y muéstrale este anillo. —Le entregó un sello con las armas de Venecia—. Dile que vas de mi parte y que si me ayuda a capturar el Arca daré por saldada nuestra deuda y le pagaré el

rescate de su hermano. Las familias lombardas de París darán cualquier cosa con tal de hacerse con ese talismán, el Arca o lo que sea. Intenta averiguar qué ha sido del Arca y, si la han encontrado, dónde la ocultan. Si tienes éxito, serás muy rico, te lo prometo.

Alois Beltran realizó el encargo con diligencia y regresó al día siguiente.

—*Signore,* Lotario de Voss se finge mudo y no habla con sus enemigos, pero en cuanto le mostré vuestro anillo y le dije que venía de vuestra parte me confió todo lo que quería saber. En realidad, el Arca consta de dos ladrillos de piedra o de madera poco mayores que la mano. Han conseguido robarlos y los guardan en una bolsa de la que nunca se separan. El templario viejo zarpó ayer en un barco hanseático con rumbo a Escocia, donde espera reunirse con otros supervivientes de la orden, pero ha dejado las piedras del Arca al cuidado del templario más joven.

Tienen, además, mucho oro en placas. Lotario de Voss asegura que es suyo y que se lo arrebataron.

El muchacho musulmán buscó a Beaufort en el promontorio, donde solía practicar con las muletas.

—Sidi, ya estoy de vuelta —dijo sentándose a su lado.

—Ya lo veo. ¿Has hecho lo que te pedí?

—Sí, sidi. Seguí a sidi Alois, el contable.

—Y ¿adonde fue?

—Al mismo sitio que ayer. A la casa del cónsul de Venecia. Desde la calle lo vi hablando con el cónsul en la azotea.

—Gracias, Muhammad —dijo Beaufort y, desentendiéndose del rapaz, tornó a contemplar el mar, abismado en sus pensamientos.

Muhammad se hizo el remolón. Arrancó una brizna de hierba y se la enroscó en el dedo.

—¿Sabíais que el hombre de la cama no está mudo?

Beaufort lo miró con extrañeza.

—¿Lotario habla?

El muchacho asintió con cierto orgullo, creciéndose al comprobar el impacto que su revelación causaba.

—Ayer, cuando el contable Alois estaba esperando a que regresarais del paseo, entró en la habitación del tullido y estuvo conversando con él. Después se sentó bajo la parra a esperar vuestro regreso y os dijo que acababa de llegar. Por eso me percaté de que no quería que lo supierais.

—¿Y el tullido le contestaba?

—Sí, señor, pero no sé lo que le decía. No entiendo su idioma. El tullido habla mucho, pero cuando entráis vos, o la criada, se hace el mudo.

Beaufort comprendió. Alois Beltran, que nunca había sido muy de fiar, estaba haciendo de correo entre Lotario de Voss y Renzo di Trebia. Los cónsules lombardos eran muy poderosos en Túnez... De pronto se alarmó. ¿De cuánto tiempo disponía antes de recibir la visita de sus matones para arrebatarle los sagrados *tabotat?*

Reflexionó un momento y luego dijo:

—Tienes que hacerme un servicio urgente, Muhammad.

—Oír es obedecer, sidi.

Aquella misma noche, Beaufort asfixió a Lotario de Voss con una almohada. Después, el templario alquiló un asno en la plaza de Sidi Bu Said, bajó montado en él a la playa de Cartago, donde los pescadores sacaban el copo, y preguntó por el cementerio pagano.

—Allí, sidi, detrás de aquellos cipreses —le señaló un pescador que remendaba redes en la orilla—. Un lugar maldito de Alá, en el que se reúnen los malos espíritus. —Y escupió en el suelo para alejar la mala suerte. Beaufort lo imitó.

El cementerio pagano estaba en una hondonada invadida por los arbustos y las malas yerbas. Entre la maleza aparecían, diseminadas acá y allá, aras y lápidas conmemorativas de antiguos sacrificios a los dioses del Mal. Los supersticiosos moros evitaban aquel lugar, incluso los caminos se apartaban de él con un rodeo.

Beaufort montó nuevamente en su pollino y prosiguió hasta el puerto de Túnez, donde entró en la posada de los francos y le preguntó al tabernero si había marineros que zarparan al día siguiente. El del mandil le señaló tres genoveses que ocupaban una mesa. Beaufort les pagó una jarra de vino y se sentó con ellos.

—¿Estañáis dispuestos a ganaros una dobla de oro?

—¿Una dobla de oro? —exclamó un pelirrojo seco como la mojama—. ¿Qué hay que hacer?

—Poca cosa. Tan sólo cavar un hoyo.

—¿Por cavar un hoyo? —se extrañó el pelirrojo—. ¿Un hoyo para qué?

—Soy un templario fugitivo de Francia —explicó Beaufort—. Hace un mes que llegué a estas costas con un compañero enfermo a causa de las torturas del rey Felipe. A mí mismo me dejaron cojo, como veis, y tampoco creo que viva mucho tiempo. Pero mi compañero ha muerto y deseo enterrarlo dignamente.

—¿No hay cavadores en este lugar para que recurras a nosotros? —objetó el pelirrojo.

—Hay sepultureros musulmanes, pero cuando se trata de enterrar a un cristiano rechazan el trabajo. Creen que trae mala suerte.

Uno de los marineros se alborotó.

—¡Estos moros son como las bestias del campo! ¡No conocen la caridad cristiana! —exclamó mientras contemplaba la refulgente dobla de oro que Beaufort había depositado sobre la mesa.

—¿Dónde hay que hacer el hoyo? —preguntó el que antes había desconfiado.

—El lugar no está lejos de aquí. He decidido que mi amigo repose en unas ruinas antiguas desde las que solía contemplar el mar mientras pensaba en Francia.

Beaufort pagó otra jarra de vino y cuando la terminaron salieron. La noche estaba clara, con la luna creciente flotando en un cielo azul limpio de estrellas. Los condujo hasta las proximidades de la isla redonda, a una legua de Túnez. Había una espesura de palmeras y cipreses entre la playa y las ruinas antiguas. Les mostró la hondonada del cementerio.

—Es aquí —dijo—. Ahora esperadme porque he de recoger el cadáver.

Y subió solo a Sidi Bu Said, de donde regresó antes de una hora con un carro en el que portaba al difunto envuelto en una mortaja rígida, con los *tabotat* disimulados en la espalda. Les señaló los picos y los azadones.

—Ahí tenéis las herramientas.

Tardaron media noche en cavar una tumba profunda a la vacilante luz de dos candiles. Después colocaron el cadáver en el fondo y lo cubrieron con un tejadillo de piedras sepulcrales que recogieron por la hondonada. Finalmente rellenaron la zanja y la alisaron. Clareaba el día cuando finalizaron la tarea. Beaufort entregó al pelirrojo la dobla prometida y una cantidad suplementaria para que bebieran a la memoria del difunto en el primer puerto donde tocaran tierra. Cuando se marcharon disimuló el enterramiento esparciendo encima tierra superficial y matojos secos.

El templario pasó el día siguiente merodeando por los zocos de Túnez. Hacía unos días que había abandonado las muletas y se arreglaba bien con un bastón. Cuando regresó a Sidi Bu Said, a la caída de la tarde, lo primero que hizo fue comprobar si todo seguía igual. Unos intrusos le habían puesto la casa patas arriba, habían destripado su parco equipaje a punta de cuchillo y, al no encontrar lo que estaban buscando, finalmente habían cavado en el corral. Allí tuvieron más suerte. Debajo de las losas donde Beaufort había escondido, con calculada torpeza, la alforja de los *tabotat* y dos tortas de oro había sólo un hoyo.

Sonrió el templario y, abriéndose la túnica, orinó en el hoyo.

Su engaño había dado resultado. Los embajadores de Venecia negociarían con el rey de Francia dos simples piedras pulimentadas que el día antes Muhammad, el recadero, había encargado en el zoco de los canteros. Los verdaderos *tabotat* reposaban en la tumba de Lotario de Voss, firmemente sujetos a la tabla que servía de respaldo al cadáver.

Aquella noche, Roger de Beaufort durmió como no recordaba haber dormido desde los tiempos de Tierra Santa.

A la mañana siguiente, cuando despertó, se asomó a la ventana y vio que el recadero estaba barriendo el empedrado de la puerta.

—¡Muhammad!

—¡Oír es obedecer, sidi!

—¿No dices que tienes un tío albañil?

—Sí, sidi. El mejor albañil de Túnez.

—Pues tu tío me va a construir una casa en la playa, cerca del cementerio de los paganos y del mar..

—Pero sidi, en ese lugar habitan los malos espíritus. A nadie se le ocurriría vivir allí.

—Pues por eso. A mí me gusta la soledad. Además, quizá consiga que esos malos espíritus se regeneren y terminen siendo buenos.

Muhammad miró a su amo y se preguntó si estaría loco. Extraña gente estos francos.

Pasó por la calle un vendedor de buñuelos pregonando su mercancía.

—¿Has desayunado, Muhammad?

—Poca cosa, sidi.

El templario y su criado sarraceno desayunaron buñuelos con leche de cabra y Roger de Beaufort descubrió que, habiéndolo perdido todo en la vida, acababa de ganar un hijo. De pronto el *Shem Shemaforash,* el Nombre secreto de Dios, volvió a su memoria y el antiguo guerrero lo pronunció quedo, casi para sus adentros. Con los ojos arrasados en lágrimas, dio gracias a Dios por los beneficios que continuamente derrama sobre sus criaturas.

Lucas Cárdena y Aixa se casaron y se establecieron en la heredad de Cotrufes. Tuvieron once hijos, al mayor le pusieron Roque, y vivieron felices. Lucas murió en 1338. Aixa sobrevivió nueve años a su marido. Reunía a sus hijos y a sus nietos los aniversarios de su huida de Alejandría para celebrar la efemérides con dulces de sartén y aguardiente resoli. Conservó el vigor y el aspecto juvenil hasta la muerte, en parte porque se teñía las canas con alheña.

La Seguridad Velera, la nave hanseática que llevaba a Vergino a Escocia, colisionó con una tabla a la deriva y se fue a pique frente a las costas de Málaga. El anciano templario se salvó, pero decidió continuar el viaje por tierra hasta los puertos cantábricos. Sin embargo no pasó de Chiclana de Segura, cerca de Despeñaperros, en cuyo convento visigodo consagró sus últimos años a estudiar los arcanos del Nombre divino. Algunos historiadores aseguran que el que estuvo en Chiclana, y esculpió la misteriosa Piedra del Letrero, fue su hermano Pedro.

Roger de Beaufort vivió el resto de su vida en las ruinas de Cartago, en una casa junto al mar desde la cual podía vigilar cómodamente el escondite de los *tabotat.* Con sus

propias manos construyó una ermita octogonal en el centro del antiguo puerto militar púnico, al que llamaban la isla Redonda. Cuando murió, con fama de santo, en la primavera de 1327, su fiel ahijado Muhammad lo sepultó en el atrio de la ermita. Con el tiempo, la tumba del hombre santo se convirtió en morabito y fue muy visitada por los tunecinos enfermos de los ojos porque, mirando el mar a través de sus ventanas, sanaban.

La Orden del Temple fue disuelta, por presiones de Felipe de Francia, en 1311 después del Concilio de Vienne, aunque los padres conciliares estaban convencidos de la inocencia de los templarios.

El gran maestre, Jacques de Molay, y los altos dignatarios del Temple fueron quemados el 18 de marzo de 1314 en París, en la isla del Sena. Las llamas de la hoguera iluminaron la imagen de san Juan Bautista de la fachada de la catedral de Notre-Dame.

El papa Clemente V falleció apenas transcurrido un mes desde la ejecución del gran maestre del Temple. Ocho meses más tarde lo seguía a la tumba Felipe el Hermoso, con la nuca rota a consecuencia de una caída del caballo. La misma oscura suerte corrió el canciller Nogaret unos meses después. Esquieu de Floyran, el templario traidor, murió apuñalado en una reyerta tabernaria por las mismas fechas.